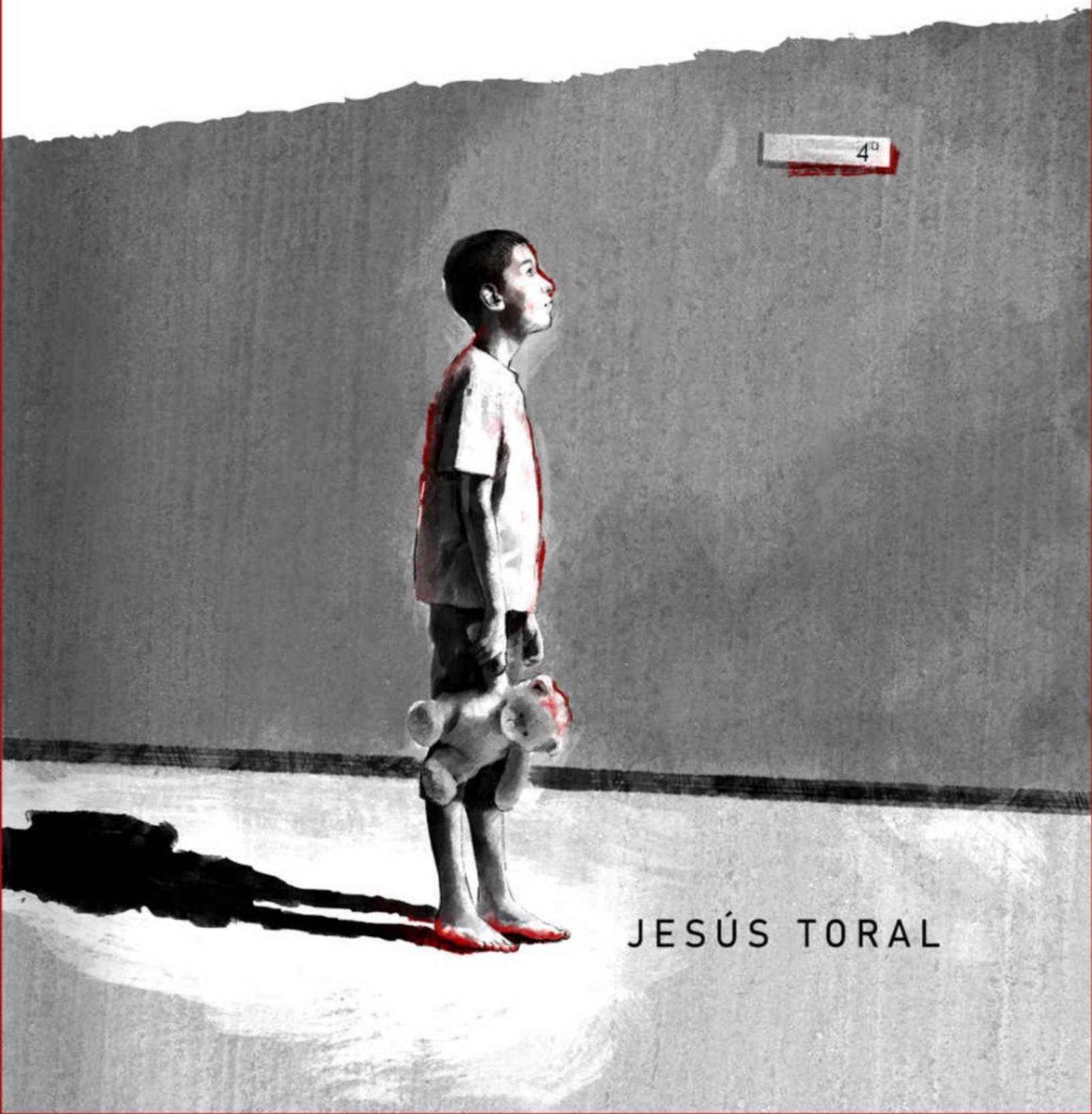


Las huellas de lo invisible



JESÚS TORAL

CONTENTS

[Las huellas de lo invisible](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[EPILOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Las huellas de lo invisible

JESÚS TORAL

©Jesús Toral Fernández 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo no públicos.

@JesustoralTA

@jesustoraltv

Twitter, Instagram & Facebook

www.jesustoral.com

www.facebook.com/JesustoralOficial

Portada: LAURA AYUSO

Para Fran e Ibai, mis compañeros de viaje

CAPÍTULO 1

La hoja afilada y brillante de aquel incisivo cuchillo de acero penetró hasta el puño. El cuerpo inerte del hombre se desplomó sobre el suelo del salón y él, todavía con el arma blanca en las manos, sintió nerviosismo, cierta congoja, pero también liberación. Asido todavía a una empuñadura que no dejaba de mirar, abandonó despreocupado al hombre moribundo mientras se dirigía, seguro de sí mismo, al pie de una escalinata de madera que le resultaba familiar. En mitad del recorrido, un espejo le reflejó la imagen de hombre joven y enjuto, delgado, con la cara ensangrentada, fuera de sí que, pese a no ser capaz de identificar, le devolvía la certeza de que era él mismo.

Desde la parte superior de la vivienda, una mujer le salió al paso alertada por el ruido, vestida únicamente con bata de satén sobre un camisón. Acababa de despertar y al verle con ese enorme cuchillo en la mano, se afanó en resguardarse en el interior de su dormitorio. Tomó una silla y la colocó inclinada en el suelo haciendo palanca con la manilla de la puerta, con el fin de presionar para evitar el acceso del intruso. Los obstáculos solo le incitaron al otro a esmerarse más con el fin de concluir su objetivo, así que acumuló fuerzas para golpear con su cuerpo la puerta. Al principio, apenas se meneó, pese a que la víctima, aterrada, se desgañitaba tratando de que alguien la escuchara y acudiera a socorrerle. A cada nueva embestida, la madera fue cediendo hasta que finalmente consiguió derribar la silla y, con cierta dificultad, se introdujo en la estancia. Era obvio que se trataba de una familia con posibilidades económicas, aunque ese extremo le traía en aquel instante sin cuidado. La cama con dosel, de dos metros de anchura, de estilo victoriano, el suelo de madera, los techos altos, de donde colgaba una lámpara de araña de desproporcionadas dimensiones, y el vestidor, con acceso independiente, hacia donde había corrido a cobijarse la mujer, ponían en evidencia las comodidades que disfrutaban. Se acercó con paso seguro, erguido, hasta alcanzar la puerta del vestidor. Si bien ella opuso toda la resistencia posible con las manos sobre el pomo, no impidió que la abriera con relativa facilidad. Prendió la luz para dejar al descubierto a una joven de unos treinta y tantos años, con cara dulce y atractiva, cabello ensortijado y

ojos aterrorizados bañados en lágrimas.

—¡Por favor, no! Llévese todo el dinero, le daré la clave de la caja fuerte, pero no me haga nada.

—Lo siento, de verdad, pero no puedo hacer otra cosa.

El hombre, con los ojos inyectados en sangre, movió hacia atrás el brazo y con extrema ligereza repitió la misma maniobra que ya había realizado unos minutos antes en la parte inferior de la casa: le asestó varias cuchilladas ante una mirada implorante que empezó a teñirse de rojo en los estertores de la muerte. Nuevamente, sacó el arma y volvió a introducirlo para evitarle más sufrimiento antes de dejarla tendida en el suelo.

Al darse la vuelta, el asesino se topó frente a frente con unas pupilas tan absortas como paralizadas: las de un niño. Un pequeño rubito de no más de siete años que permanecía en *shock*, de pie, con los ojos casi fuera de sus órbitas en dirección a aquella mujer.

—Hola.

El asesino quiso llamar su atención. Trataba, por algún motivo, de captar su interés, desviar su vista del cadáver de la mujer, pero el pequeño no respondía, como si se hubiera convertido en estatua de sal.

—Muchacho, deja de mirarla. No te asustes.

De la boca entreabierta del niño brotaba un hilo de saliva incontenible sin fuerzas para hacer ningún movimiento.

—Niño, ¿cómo te llamas?

Ninguna respuesta.

—No te voy a hacer nada.

Ni un parpadeo.

—No quería que lo vieras.

Las lágrimas se hicieron hueco en sus mejillas y caían al suelo sordas y ciegas.

—Tenía que ocurrir. Lo he hecho por ti.

La mirada, por fin, del niño, se desentendió por un instante del cuerpo yacente de la mujer para posarse en el enigmático asesino y justo en ese instante una simbiosis imposible de describir unificó ambos cuerpos. Era a la vez el atacante y el pequeño, mezcla de sentimientos de dolor y liberación. Le embargó una tormenta de emociones, de terror, de odio, de tristeza, de angustia, de ganas de gritar desde un cuerpo mudo e hierático. El deseo de vociferar se fue haciendo por momentos más evidente hasta que de su voz brotó un desgarrador alarido largamente contenido.

Irguió la parte superior del cuerpo angustiado y, pese a la penumbra, su cabeza hizo un giro lateral para cerciorarse del lugar que ocupaba. Estaba sobre la cama, solo, bañado en sudor pese a no llevar pijama. Trató de recomponerse mientras a oscuras intentaba localizar el interruptor de la luz de la mesita. Finalmente, la habitación emergió ante él intacta, tal y como la había dejado cuando se acostó. Se levantó, todavía nervioso y accionó el pulsador de apertura de la persiana. El sol se desperezaba por el horizonte. Su despertador señalaba las siete y media de la mañana de aquel 8 de abril de 2018. Solo faltaban unos minutos para que sonara insistentemente la alarma. Se volvió a sentar en la cama para visitar el sueño. Era la tercera vez esta semana que sufría la misma pesadilla y, como en las ocasiones precedentes, retornó a la consciencia después de que el asesino del sueño pronunciara esas palabras y que él sintiera nuevamente que formaba parte de los dos cuerpos a la vez: el de la víctima, un niño, y el del verdugo, un asesino. ¿Qué podía significar todo aquello? ¿Cómo era posible que lo percibiera tan real, que recordara hasta el último detalle, que fuera capaz de albergar tal cúmulo de emociones al respecto? Nunca había vivido una situación en su día a día cotidiano que tuviera relación con aquello y, sin embargo, le era sumamente familiar. Ya no sabía si, a fuerza de repetirse, la había asumido como propia o estaba inspirada en alguna vivencia ordinaria que a él le hubiera pasado inadvertida.

Todavía acumulaba una fuerte dosis de congoja mezclada con una inexplicable sensación de libertad, como si se hubiera deshecho de una pesada carga. Aun así, su mente racional le empujó a olvidarse del sueño para retomar su jornada laboral, así que se levantó y se preparó un café. Pese al esfuerzo, lo que menos entendía era por qué tenía la impresión de que esa mujer asesinada era una parte importante de su pasado.

CAPÍTULO 2

—¡Eh, tú! Dame tu comida.

La orden procedía directamente de Marcos, un joven fornido y alto, vestido con una camiseta de tirantes que permitía atisbar unos músculos ostensiblemente desarrollados en cuya superficie despuntaban diversos tatuajes, entre ellos, una serpiente, una cara femenina, un corazón y el símbolo del ying y el yang. Sonreía dejando entrever unos dientes blancos y bien formados.

En el comedor, las miradas de los reclusos de ese centro penitenciario se giraron al unísono para fijarse en el joven de pie, así como en el hombre sentado, con ligeras arrugas en la piel, cabello largo y grisáceo, mediana estatura y que aparentaba unos cincuenta y cinco años. Algunos vigilaban la garita de entrada para auscultar a los distraídos guardias y atestiguar si se percataban de lo que columbraban que estaba a punto de suceder.

—¡Quédatela! Te hace más falta que a mí.

La serenidad con la que el hombre más mayor pronunció esas palabras con un ligero acento sudamericano no sorprendió al resto de comensales, acostumbrados a su discurso siempre medido. Lo que, en realidad, les intrigaba era la reacción del nuevo, un impetuoso toro bravo que acababa de recalar en el módulo de respeto, después de pasar los primeros días en el de ingresos. Por su parte, Lucas, el hombre al que increpaba, llevaba cinco años fuera de aislamiento, donde había vivido la mayor parte de los primeros treinta de su condena. Veinticuatro horas al día en solitario, encerrado en una estancia sin compañía y con una única hora para airearse en el patio. Pese a que siguiera siendo considerado como un recluso de primer grado, salir de aquella reclusión para poder interactuar con el resto de los internos, en aquel módulo de respeto de la cárcel de Albolote, en Granada, le parecía un privilegio. De hecho, se había ganado la fama de ser uno de los más pacíficos y tranquilos de todo el módulo trece.

La actitud retadora de Marcos frente a su compañero respondía a una discusión previa con otros reos acerca de Lucas. ¿Hasta qué punto de sumisión llegaría aquel extravagante preso? Él se mostró dispuesto a

descubrirlo.

—¿Por qué no me das también tus zapatillas puto payo pony? Es que estoy cansado de ponerme las mías...

Sin un destello de duda, Lucas se acuclilló para desasirse los cordones antes de acceder a sus deseos. Al mismo tiempo que las depositaba ante él, le hablaba con afabilidad.

—Espero que te sirvan. Veo que te gustan los tatuajes. ¿Sabes lo que significa ese del brazo?

—¿Tú eres gilipollas, o qué? Dame tu reloj.

—Por supuesto, la verdad es que no me hace falta. Como comprenderás muy pronto, el tiempo no existe.

—¿Tú de qué vas? ¿De filósofo? ¿De cura? ¡Menudo gilipollas! No hay nadie a tu lado, ¿no ves que la gente pasa de tus movidas? ¿Sabes qué? Que no quiero tu comida, que seguro que me enveneno.

Marcos lanzó la bandeja con tal fuerza que fue a parar al suelo tras golpear el cuerpo de Lucas, mientras que algunas risas espontáneas resonaban en el recinto. Sin el menor signo de alteración, el hombre se agachó para recoger los garbanzos y parte del caldo con sus propias manos y ayudado por una cuchara comenzó a devolverlo al plato.

—¿Es que te los vas a comer todavía? Serás cerdo...

El fornido joven aplastó con su pie los garbanzos que todavía no había recogido y le propinó una patada al plato, todavía en manos de Lucas, rompiéndolo y ensuciando por completo su ropa, antes de golpearle con el pie en la barriga, obligándole a doblegarse momentáneamente de dolor.

De nuevo algunas risotadas rasgaron el silencio durante los escasos segundos que ambos permanecieron parados, mientras que los guardias continuaban ajenos al desaguisado. Poco a poco, fue incorporándose hasta que se levantó y dando la espalda a su interlocutor caminó hacia una puerta.

—¿Dónde cojones vas?

—A limpiar eso. No lo vamos a dejar así.

—Serás subnormal.

Fuera de sí, el chico avanzó hasta llegar a su altura y le golpeó inclemente, alentado por algunos presos, que ya de pie, jaleaban y hacían burlas, frente a otros que trataban de ocultarse. Los vigilantes, finalmente se percataron del tumulto y se apresuraron a separar a ambos contrincantes, pese a que uno era el que pegaba y el otro únicamente se limitaba a recibir los golpes.

—¿Qué coño pasa aquí? ¡A aislamiento los dos! Sois un par de capullos. Mientras se los llevaban, Marcos se dirigió por última vez a Lucas.

—¿Qué es esto, me preguntas? El ying y el yang, el símbolo del equilibrio. Y hasta que no te mate no voy a obtenerlo, que lo sepas.

Con la cara ensangrentada y asistido por un guardia que lo portaba a rastras, el hombre elevó la cabeza y simplemente sonrió.

—Lo sabía. Estás en el camino. Me alegro por ti. Estoy aquí para ayudarte.

—Ah, ¿sí? Pues, ve cortándote las venas en aislamiento y me ahorrarás el trabajo.

El eco de las carcajadas de los presos interfirió entre los gritos de los funcionarios que les llamaban al orden.

En un rincón de la prisión, en una de las mesas más alejadas, varios reclusos se miraban entre ellos y cerraban los ojos de impotencia. Era evidente que se lamentaban de lo que había ocurrido, tal vez porque ese hombre apaleado les despertara cierta simpatía, pero el hecho de que ninguno de ellos alzara un solo dedo para defenderle de su agresor, que caminaba nervioso hacia una celda de aislamiento por delante del otro, se podía traducir como un efecto del temor que despertaba ese enigmático interno. Un miedo irracional no solo por el delito que se le imputaba, sino especialmente por su extraña actitud de continua indulgencia y condescendencia hacia los demás, a la cual no encontraban una explicación lógica.

CAPÍTULO 3

—Buenos días, doctor Suances. La mesa de operaciones ya está lista. Cuando quiera...

—Buenos días, Marta. ¿Está el equipo al completo?

—Sí. Todos están ya esperando.

—Perfecto. Me cambio en un segundo y nos ponemos a ello.

Eran las diez de la mañana y Joel no había podido disipar aún las escenas de su inquietante sueño. Atravesaba una de las etapas más difíciles de su vida a raíz de la muerte de su padre, hacía menos de un mes. Se había ido demasiado pronto, cuando todavía lo necesitaba. Con sesenta y ocho años recién cumplidos, empezaba a disfrutar por fin del tiempo libre de su jubilación, tres años después de abandonar el trabajo de enfermero que desarrolló durante más de cuarenta, los últimos de ellos en el mismo hospital en el que Joel ejercía como cirujano. Por eso, al detectarle un cáncer de páncreas, toda la familia se hundió con él. En apenas tres meses pasó de estar perfectamente a consumirse y fallecer.

Aunque Ángel era su padre adoptivo, nunca se lo planteaba, para él no había ninguna diferencia al respecto. De hecho, su conexión iba más allá de lo profesional, se admiraban y respetaban mutuamente y su pérdida había sido más dura de lo que estaba preparado para aceptar.

Quince días después del óbito, la madre le confesó que le había dejado una enigmática carta con el sobre lacrado que leyó delante de ella:

«Querido hijo:

Seguro que te extrañarás al encontrarte estas letras porque no es algo que vaya mucho conmigo. Siempre me ha gustado más hablar, contarte las cosas a la cara y decirte te quiero tantas veces como pudiera.

No deseo que sufras por mi ausencia, he sido afortunado por contar con tu madre y por tenerte al lado y eso me ha otorgado el don de sentirme dichoso. Me habría encantado seguir junto a vosotros veinte años más, pero también te aseguro que, si me hubiesen dado a elegir entre llegar a los ochenta y cinco sin vosotros o morir ahora a vuestro lado, no lo hubiera dudado ni un segundo: mi esposa y mi hijo sois lo más importante del mundo

para mí.

Te escribo esta carta por cobardía. Sé que has tenido una vida relativamente fácil con nosotros y nunca nos has hecho preguntas. Estaba preparado para asumir tus carencias y ayudarte a llevar la mochila que todos los niños adoptados acaban llevando. Y, pese a que nunca llegaste a plantearlas, el fondo de tus ojos siempre me reflejó un halo de contención y de duda. No me malinterpretes, eres un joven estupendo, solo nos has dado motivos para sentirnos orgullosos de ti, sin embargo, hay momentos en los que te miro y veo un poso muy hondo de tristeza de la que ni siquiera tú eres consciente. Te has acostumbrado tanto a ella que has creído que te pertenece y no es así. He querido hallar una justificación en David, esa persona a la que tanto amaste y que te hizo conocer el significado de la palabra decepción; no obstante, a estas alturas he de ser sincero conmigo mismo y descartar esta explicación, porque esa pincelada de amargura te ha acompañado desde que llegaste a nosotros. Creí que nuestra complicidad nos llevaría a hablar de ello, de tu pasado, de tu origen, pero tú nunca sacaste el tema, y te mostraste reacio a buscarlo, así que simplemente lo respeté.

Ahora que me marcho, siento no haber podido bucear más en tu interior, sobre todo porque no me gusta verte aislado, de casa al trabajo y viceversa, sin amigos, sin vida social. Fíjate, que para un padre podría ser una bendición mantener a su hijo siempre al lado, pues, ¿sabes qué? Que solo demuestra que mamá y yo hemos sido egoístas y no hemos sacado lo mejor de ti, ese que es capaz de ser encantador, que enamora a hombres y a mujeres y cuya sensibilidad es su principal virtud y su mayor obstáculo a la vez.

Tal vez tu madre y yo te hayamos sobreprotegido. De todas formas, aún estás a tiempo, eres mucho más fuerte de lo que puedes llegar a imaginar y, aunque te pases la vida tratando de escapar de tu pasado, no te librarás de él hasta que no lo afrontes y lo aceptes. El hecho de que tus padres biológicos fallecieran en accidente de tráfico no quiere decir que no puedas recuperar parte de la historia de ese pasado. Tal vez me exceda, tu madre puede que no comparta mi opinión, ni siquiera me he atrevido a preguntárselo, pero es hora de que desandes el camino para escrutar en tu pasado y te acerques a quienes formaron parte de él, tal vez así encuentres las respuestas que ni siquiera te atreves hoy a formular.

Y, por supuesto, no dejes de querer a mamá, nunca la abandones, sé que no lo harás, inclúyela en tus planes siempre y no te olvides de que ella y yo te amamos incondicionalmente, hagas lo que hagas, seas como seas, solo por

ser tú.

Mientras me recuerdes, seguiré a tu lado».

En una hoja, su padre le había dejado una dirección de Barcelona y un nombre: Vicente Escudero, que Joel leyó con la vista borrosa por culpa de las lágrimas y que le devolvían el recuerdo de un hombre comprensivo, amoroso, gran consejero y con enorme capacidad de perdón. Una persona con la bondad adherida a los pliegues de esas incipientes arrugas que la enfermedad le había regalado. Guardó la carta con la esperanza de tomar una decisión más adelante y ocultó el mensaje principal a su madre, para evitarle preocupaciones en un momento tan crítico para ella.

Esa misma noche, por primera vez, soñó con la tenebrosa escena del doble asesinato. Él, tan racional, con una mente tan científica, lo había traducido como una consecuencia directa de la lectura de la carta, que había prendido su imaginación. En la siguiente semana, sin embargo, las pesadillas se intensificaron y la misma historia del asesino de aquella familia le había visitado en tres ocasiones, con la misma consecuencia: se despertaba bañado en un charco de sudor.

Aquella mañana, mientras se vestía la bata, el gorro y demás atuendos para la intervención, tomó la firme determinación de visitar a su amigo Jonay, psicólogo, aunque hasta ahora siempre había renegado de su ayuda porque la consideraba inútil. Educado con una mente científica, la psicología era para él una forma de perpetuar los problemas más que de resolverlos, a través de terapias que se centraban en retrotraerse al origen, sin llegar a eliminar los síntomas. A pesar de todo, si en alguien podía confiar era en Jonay, al fin y al cabo, lo conocía desde que empezaron casi a la vez en el hospital, y no iba a perder nada por consultarle acerca de las pesadillas.

Al entrar en el quirófano, sobre la mesa central se encontraba la paciente, una joven con cara de circunstancias, a cuyo alrededor una médica anestesista y un par de enfermeros organizaban todo el instrumental necesario.

—Buenas tardes a todos. ¿Cómo está, Susana? —Joel se dirigió directamente a la chica tumbada con el fin de tranquilizarla.

—No le voy a engañar, bastante nerviosa y preocupada.

—No tienes por qué. —Quién respondió con una enorme sonrisa en la

cara fue uno de los enfermeros—. Has tenido la suerte de que te toquen los mejores profesionales de Madrid.

—Confío en vosotros, eso sí.

—Ya verás, te dormimos y en menos de lo que imaginas estarás reiniciando tu vida —sentenció el otro enfermero.

Al ver que todo el personal estaba preparado, Joel hizo un gesto a la anestesista y esta cogió una mascarilla conectada a una máquina.

—Susana, te voy a colocar esto y quiero que cuentes hasta diez con tranquilidad.

—Vale.

—Ya puedes empezar.

—Uno, dos, tres...

Las primeras cifras surgieron tan lentas como fluidas.

—Cuatro, cinco, seis...

Los ojos comenzaron a entreverarse y el sonido dejó de oírse con nitidez.

—Siete...

El equipo médico interpretó la pausa como una evidencia de que se había dormido y procedieron a sujetar el material quirúrgico para comenzar la intervención.

—Ocho...

La voz les sorprendió por su energía y decidieron esperar unos segundos más para cerciorarse de que había perdido la consciencia. Cuando lo tuvieron claro, Joel asió el bisturí y comenzó a cortar el abdomen. Se trataba de una operación de corazón. Habían detectado un fallo aórtico y necesitaban repararlo.

Aunque al principio todo el equipo estaba sumamente concentrado en el trabajo, pasados unos minutos los profesionales empezaron a relajarse y a hablar de asuntos banales, como el tráfico, la última fiesta organizada por los enfermeros del hospital o los planes de boda de la propia anestesista. Joel escuchaba, pero apenas participaba, era algo a lo que sus compañeros estaban acostumbrados. Por eso se había ganado la fama de serio, poco alegre, aunque siempre educado.

Imbuido en sus propios pensamientos, el doctor se dispuso, pasadas unas horas, a iniciar el cosido final cuando una imagen tan espeluznante como asombrosa paralizó sus movimientos: Susana, la paciente, acababa de abrir los ojos, a pecho descubierto, con un enorme agujero que dejaba ver un

corazón palpitante en el interior. La chica giró la cabeza con enorme contundencia, elevó el torso tensando los cables a los que estaba conectada, y se dirigió al cirujano con voz clara y solemne.

—Ha llegado la hora. No puedes seguir evitando tu pasado.

Sin tiempo para reaccionar, la joven volvió a recostarse y cerró los ojos. Joel, espantado, soltó de golpe los utensilios y se echó hacia atrás mientras el resto de sus colegas le miraban absortos.

—¿Pasa algo, doctor? —preguntó uno de los enfermeros.

—La paciente... ha despertado, ¿es que no lo has visto?

El aludido buscó los ojos de sus compañeros sin dar crédito a lo que estaba escuchando y el resto cortaron de golpe la conversación.

—Yo la veo completamente dormida, doctor Suances —acertó a responder.

—Pero ¿qué dices? ¿No has oído lo que ha dicho?

—Yo no he escuchado nada. ¿Vosotros?

—¡Qué va! —Luján, la anestesista, trató de restarle importancia—. Me parece Joel que necesitas unos días de descanso. A mí me pasó una vez algo semejante y por culpa del estrés. No es raro, con la presión a la que estás sometido. Ni siquiera te has tomado un tiempo para asumirlo.

—Yo sé lo que he visto —su tono se elevó y rozó el enfado.

—¿Quieres que acabemos nosotros? Solo nos queda coser la herida.

—No hace falta. Puedo hacerlo yo.

La tensión del ambiente se manifestó en forma de un incómodo silencio, ante el disgusto manifiesto del cirujano. A pesar de todo, se dispuso a cerrar el pecho con grapas y, una vez concluida la labor, salió precipitadamente de la sala, sin una palabra más al respecto. El resto se volvieron a mirar y uno de los enfermeros preguntó en voz alta:

—¿Qué es lo que ha pasado aquí?

Fue Luján la primera que salió al paso para responder.

—Nada. Todos pasamos por etapas difíciles: Joel estaba muy unido al padre y ni siquiera se pidió los días que le correspondían para pasar el duelo, es comprensible. Será mejor olvidarlo.

Nadie se atrevió a apostillar nada al respecto, pese a que por encima de esa justificación sobrevoló inevitable por el quirófano una extraña sensación de temor y angustia generalizada ante la posibilidad de que estuviera perdiendo la cabeza.

CAPÍTULO 4

—¿De verdad eres tú? ¿Estás aquí para pedirme ayuda? ¿A un psicólogo? ¿Ese que siempre nos está poniendo a parir?

—No exageres. Es verdad que no confío mucho en los resultados, pero es que no hay gran diferencia entre hablar con un psicólogo y con un gran amigo.

—¿O sea que, en realidad, vienes para charlar con el amigo?

—Digamos que quiero oír la opinión de un profesional de la psicología que es mi amigo y que, por tanto, sabrá entender mejor mi preocupación.

La inquietante experiencia de Joel con esa última paciente en mitad de la intervención quirúrgica lo había abocado a buscar con urgencia su parecer. Le había trastornado hasta el punto de que pidió inmediatamente una resonancia magnética de su cabeza para descubrir si algo estuviera creciendo en ella. Otro colega oncólogo le hizo el favor y le tranquilizó al asegurarle que no había nada anormal en ella. Casi fue peor, porque el hecho de que su cerebro estuviera impecable ponía de manifiesto que el problema era aún más difícil de escudriñar. ¿Y si estaba desarrollando una enfermedad mental?

Seguía sin saber cómo interpretar la visión de aquella paciente dormida enviándole supuestamente un mensaje. Nunca había creído en Dios, ni había sentido ninguna inclinación hacia temas esotéricos o paranormales, ni daba credibilidad a espíritus o fantasmas, que solo existían en las películas de terror que detestaba. «Nacemos, crecemos, morimos y en medio intentamos sobrevivir». Ese era uno de los lemas con los que Joel había vivido. Así que tenía muy claro que lo que le había parecido percibir, simplemente no había sucedido. La mujer del quirófano estaba completamente anestesiada y era materialmente imposible que despertara unos segundos para enviarle un supuesto mensaje, probablemente inducido por su propia psiquis. La prueba estaba en que sus colegas no habían percibido nada.

Tenía que reconocerlo: estaba asustado. Nunca antes había experimentado algo semejante y necesitaba digerirlo y darle una explicación racional.

Jonay era un psicólogo canario que había recalado en el hospital un par

de semanas después de Joel, hacía tres años. Ambos rondaban la treintena, lo cual, junto al hecho de empezar como novatos, les ayudó a conectar y apoyarse. Era simpático y extrovertido, lo cual contrastaba con el carácter más distante de su compañero, pero también le servía de válvula de escape en los momentos más complicados. Así que, durante más de una hora, Joel se entretuvo en contarle pormenorizadamente el asunto de las pesadillas, cada detalle y cada sensación contradictoria. Después, con algo más de temor, afrontó el episodio del quirófano.

—Te juro que la vi y la escuché como ahora estoy aquí mismo. Hubo un momento en el que incluso sospeché que eran mis colegas los que me estaban tomando el pelo.

—Amigo, no creo que debas preocuparte demasiado. Por lo que me dices, no estás descansando mucho. ¡No sabes lo que la gente es capaz de hacer por la falta de sueño! Solo eso ya sería un motivo suficiente para provocar alucinaciones. Y si le añades el trauma de haber perdido a tu padre, el hombre que ha sido tu principal referente de vida, tiene aún más sentido. Es preciso que vivas el duelo, que te permitas llorar. No puedes seguir adelante como si nada hubiera sucedido. El hecho de que ya no esté cambia toda tu existencia, tus rutinas, tus prioridades y tienes que permitirte asumirlo, y no de un día para otro. Mi consejo, como amigo y como profesional, es que te tomes una semana de descanso, que duermas, te diviertas, salgas, vayas al cine o incluso te emborraches. ¡Por el amor de Dios, Joel, tienes treinta años y tu vida es como la de un abuelo de sesenta! ¿Cuánto hace que no tienes compañía en la cama?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Todo. Tiene que ver todo. El cuerpo tiene unas necesidades y tú te olvidas de dárselas. Eres médico, un tío guapo, tan moreno que parece que siempre estás de vuelta de vacaciones, ojos azules grisáceos, cuerpo atlético... ¡Vamos que, si yo fuera gay, no te me escapabas! No me puedo creer que no te hagan propuestas, tengo amigos homosexuales mucho más aburridos y feos que tú que no paran de follar.

—Pues ya ves, yo seré la excepción que confirma la regla.

Lo cierto es que no es que careciera de oportunidades, es que no les prestaba la menor atención. Con unos doce años empezó a sospechar que le atraían más los chicos que las chicas. Tuvo un par de *novietas* que acabó dejando por honestidad hacia sí mismo y cuando alcanzó la mayoría de edad le conoció. David era el prototipo de intelectual, embaucador, repleto de

encantos: atento, atractivo, de veinticinco años, artista, bohemio... Joel encontró en él un modelo a seguir. Durante el primer año de relación, le incitó a interesarse por el medio ambiente, por los más desfavorecidos, por los animales, se deshizo en detalles con un estudiante de medicina al que embaucó con sus halagos. Pese a que los padres habían aceptado con respeto su opción sexual, ninguno de los dos mostró una especial simpatía hacia David. No era por culpa de la diferencia de siete años de edad, en un periodo de la vida que puede suponer el paso de la inexperiencia a la madurez, sino de la actitud que su hijo mostraba frente a él. Cambió de forma de pensar, de actuar, completamente sumiso a cuanto decía su pareja, como si sus opiniones hubieran dejado de tener importancia, como si la voz de David fuera la del mismo Dios. Sus progenitores fueron testigos de varias situaciones embarazosas que tuvieron que tragarse sin el apoyo de su propio hijo: una noche fueron los cuatro a cenar a un restaurante y ellos pidieron solomillo y David se apresuró a encargarse lasaña de espinacas, lo mismo que a continuación repitió Joel. Cuando los platos estuvieron sobre la mesa, el artista se embarcó en un discurso que denigraba a quienes comían carne, hacia los restaurantes que la servían, hacia las empresas que se aprovechaban de ella... y lo que se inició como una especie de conversación inofensiva acabó a gritos vociferantes que calificaban a los padres de «asesinos», mientras el hijo apoyaba el discurso de su pareja sin remilgos. Tal fue la incomodidad que sintieron que se levantaron, dejaron dos billetes de cincuenta euros y se marcharon frente a una pareja satisfecha por haberles obligado a sucumbir. Y es que la simpatía con la que se presentaba el primer día se transformaba en intransigencia, dureza, prepotencia y orgullo, como si él creyera que el mundo tuviera que arrodillarse ante sus cualidades.

Joel dejó de tener voluntad propia, literalmente le abdujeron el alma. Y, curiosamente, el artista, defensor de las causas perdidas, era el hijo de una adinerada familia de empresarios catalanes, que no tenía inconveniente en pagarle tanto el piso como sus gastos corrientes y cada curso al que se le ocurría apuntarse, sin necesidad de recibirlo, mientras Joel, que recibía una beca de estudios, aprobaba con puntuaciones ajustadas los primeros cursos de la carrera de medicina.

Cuando David conoció a un compañero de clase de Joel, también gay, se quedó prendado de él. Y no tuvo ningún inconveniente en piroppearle ante su novio. De hecho, la conversación derivó en una propuesta firme para acostarse juntos los tres. A Joel no le gustó nada la idea y esto provocó una

primera discusión fuerte con amenaza de separación incluida. Al ver que no reaccionaba recapacitó y sintió que negarse a sus intenciones significaría perderlo. Ya no concebía la vida sin él. Por eso aceptó con gran dolor de su corazón. Y nunca olvidaría aquella velada en la que tuvo que compartir a la persona que amaba en exclusiva con uno que acababa de llegar. También aprendió que a todo se puede llegar a acostumar uno y, a esa cama redonda le sucedieron otras, con otros chicos o chicas o ambos. Joel, en cada ocasión, se sentía más forzado, más artificial, más repugnante, menos él. Cada vez que le exponía a David sus temores y preocupaciones, este se defendía restándole importancia al sexo compartido. A partir de entonces, los ratos de amargura superaron a los de felicidad y una mañana, después de acostarse con Manu, un tercero que para Joel era desconocido, David le miró muy serio, desnudo sobre la cama y, sin esperar siquiera a que el otro se levantara, le lanzó el misil: ya no lo quería, estaba enamorado de Manu y le pedía que no volvieran a verse. Fueron cuatro años de relación a lo largo de los cuales Joel era únicamente la sombra de su pareja. Ni siquiera tuvo agallas para soltarle de inmediato, se mostró como un pajarillo herido y trató de retenerle con la promesa de que aceptaría compartirlo con Manu. Y, sin embargo, lo rechazó: «Lo siento. Ya no siento nada por ti. Has dejado de ser divertido. Me aburro contigo, eres triste, me cansas».

Durante los siguientes meses, el estudiante tuvo que recomponer los pedazos de todo lo que había destruido David para empezar a descubrir quién era en realidad, cómo era. Había llegado a algunas conclusiones, como que jamás volvería a entregar su voluntad a nadie; que era monógamo y que no deseaba volver a compartir cama con terceros.

Y el amor dio paso al desconcierto, y la sorpresa derivó en amargura, y esa tristeza se fundió con el menosprecio más absoluto hasta emerger, como el Ave Fénix, en forma de rabia hacia la vida, dolor por el abandono, enfado especialmente hacia su propia persona, por no haber hecho nada, por haber permitido que lo manipularan. Así que se enfrascó en una etapa de sexo desmedido, fogoso y sin ataduras, de rostros sin nombre, de cuerpos desnudos efímeros y, desde hacía un par de años, abandonó esos desmanes para dedicarse a sus padres y al trabajo, como si temiera caer enredado en la tela de araña de alguien nuevamente. Y es que una ruptura tan traumática le condujo a no buscar nuevas relaciones; es más, boicoteaba las tentativas de posibles pretendientes que le rondaban en el hospital, o que trataban de citarse con él a través de Internet y que pedían algo más que una noche loca.

Por eso, tenía mucho sentido lo que le decía Jonay aunque a él no le agradara escucharlo.

—El no tener deseo sexual ya es, por sí mismo, una patología. Podríamos indagar para encontrar el motivo por el que se ha esfumado.

—Entiéndeme, amigo, no es que no me excite, es solo que siento pereza de intentarlo.

—Joel, si has venido aquí para que te aconseje como profesional y como amigo, déjame decirte que tienes que poner el botón de *pause*. Necesitas tiempo, descanso y permitir que afloren tus sentimientos. Yo mismo estoy dispuesto a darte la baja. Y, tal vez, solo tal vez, si ves que sigues atormentado, sería bueno una hipnosis regresiva.

El médico había oído hablar de ello y sabía que su colega la practicaba. Se trataba de conducirlo atrás en el tiempo, al momento en que se iniciaba el conflicto. Había pacientes que aseguraban haber viajado a una vida anterior incluso y, según Jonay, esto les había ayudado a acabar con sus temores, sus fobias y hasta sus dolores físicos. Por supuesto, él no creía en nada de eso, pero sí en el poder de la persuasión y también de las creencias personales, que podían llevar a alguien a curarse de alguna enfermedad más irreal que física. Y, pese a ello, seguía aceptando que su amigo era un excelente profesional.

—Gracias, Jonay. No dudo de que tengas razón, pero necesito seguir adelante con mi vida y creo que lo que menos falta me hace ahora mismo es dejar de trabajar.

—¡Tú mismo! Ahora, que también te digo que esas alucinaciones y pesadillas pueden ir a más. Vigílalas.

—Serás el primero al que se lo cuente, de verdad.

—Cuídate y cuando quieras me llamas y te acompaño a pegarnos una noche de fiesta.

—Todavía no estoy preparado, pero ese momento llegará.

CAPÍTULO 5

—Hijo de puta, no te voy a perdonar.

Las voces resonaban como un eco en las frías paredes azuladas de la prisión. Pese a que estaba solo en una de las celdas, Lucas escuchaba perfectamente los gritos amenazadores de Marcos, procedentes de la estancia contigua. Llevaban dos días en aislamiento y mientras que la ira iba retorciendo el estómago del más joven, el recluso más viejo permanecía sentado, en la postura de yoga, con los ojos cerrados y las manos extendidas hacia adelante sobre sus pantorrillas. Las voces no parecían afectarle en profundo estado meditativo.

Marcos se levantó de la cama y golpeó con fuerza las paredes desgajadas, humedecidas y, por zonas, desconchadas, por la ausencia de luz solar, que únicamente se tamizaba a través de un ventanuco enrejado inaccesible, sobre un inodoro roñoso y maloliente. Como un ratoncillo en su laberinto, el chico deambulaba por la habitación sin nada que hacer, incapaz de evitar que la rabia le carcomiera. Se detuvo un instante frente a una de las paredes para leer un mensaje marcado sobre ella con algo puntiagudo, donde podía leerse: «Si estás aquí, estás jodido, chaval». Y lejos de tranquilizarle saber que otros habían pasado por la misma situación que él, el aviso incrementó su desazón.

Todavía no había acabado de aceptar que su novia le hubiera denunciado. Si hubiera tenido la oportunidad de colocarse frente a ella en ese instante, tal vez habría sido incluso capaz de acabar con su vida. ¡Tanto amor desperdiciado! Estaba tan enamorado que llevaba una venda en los ojos. Ahora que lo observaba con perspectiva, se consideraba más que inocente, tonto. Con veintiún años recién cumplidos, la cárcel no era el mejor lugar para aprender a vivir. Tendría que haber entendido que ambos procedían de extractos sociales diferentes, que ella se había criado en un barrio de clase acomodada, con un padre director de sucursal bancaria y una madre ingeniera informática. ¿Y él? ¿Qué era si no el hijo de un parado y una ama de casa?

La conoció con diecinueve años en una discoteca. Él era el típico niño sabelotodo, sin oficio ni beneficio, que vivía con sus padres en un piso

destartalado de la zona de Valdemingómez, en Vallecas. Un lugar en el que se había acostumbrado a convivir con la droga desde muy pequeño y donde a los trece años vio cómo un chico de unos veinte disparaba hasta matar a un pobre alcohólico en plena calle, solo porque no dejaba de pedirle un cigarro. Allí, sobrevivir era el objetivo con el que se levantaban cada mañana. Aprendió a liarse un porro con diez años y probó la cocaína con doce. Afortunadamente, nunca estuvo enganchado y ahora, en prisión, se alegraba de ello, porque le hubiera entorpecido aún más su día a día. Su padre era un extoxicómano rehabilitado y tenía dos hermanos, siete y diez años mayores que él, respectivamente. Pese a que de niño les admiraba e imitaba, durante su adolescencia se hartó de continuas órdenes en forma de broncas y eso enfrió su relación. Desde hacía unos años, los chavales habían volado del nido para vivir por su cuenta y apenas mantenían contacto.

Contaba con dos colegas del alma, de esos de los que uno está seguro de que no pueden fallarle y, pese a que en el mes que llevaba encerrado no le habían ido a visitar, continuaba confiando en ellos, o al menos quería seguir haciéndolo.

Adela era una estudiante de enfermería, ajena al mundo que él había conocido. Y aquella noche, en la discoteca, de alguna forma, fue capaz de llamar su atención y conquistarla. La vida dejó de ser gris para Marcos y registró colores hasta entonces recónditos. Y empezó a trabajar de chófer para Uber, una de esas empresas que se han convertido en una especie de compañías de taxis, a un precio más asequible y sin necesidad de los permisos oficiales. Durante algunos meses, el sueño de una vida diferente se hizo realidad. Después, todo empezó a torcerse. Y no por falta de amor, sino más bien al contrario. Sentía que quería darle más de lo que podía, que merecía el cielo y solo estaba capacitado para ofrecerle una estrella. Así que cuando uno de sus colegas le propuso el atraco a la gasolinera, no le pareció tan mala idea. Por supuesto que no se lo contó, la hubiera puesto en un compromiso, pero sus amigos le habían asegurado que con ese único golpe obtendrían varios miles de euros si lo planificaban para el día en el que el dueño hubiera acumulado la recaudación. Javi, uno de sus colegas, había trabajado allí y convenció al resto.

—El capullo del jefe guarda el dinero en una caja fuerte que está hecha polvo. Con unos golpes se abre. El hijo de puta es tan agarrado que no quiere gastarse un euro en comprar otra. Se merece quedarse sin nada. Además, la última semana de cada mes pasa por allí, personalmente, para recoger las

ganancias y se lleva los fajos de billetes en el bolsillo, como si no temiera que se los fueran a quitar los trabajadores.

Dadas las circunstancias, Marcos y sus colegas consideraron que se trataba de un golpe fácil, sobre todo visto con ojos de tres veinteañeros. Así que, después de meditarlo, se enfrascaron en un plan al cual no le veían ninguna fisura. Se calzaron un pasamontañas, como los de las películas, y portando la réplica exacta de un revólver que obtuvieron en el mercado negro, a sabiendas de que en caso de que les pillaran con un arma real aumentaría la condena, se dirigieron en un coche sin matrícula hacia la gasolinera con más nervios que ilusión.

Todavía recordaba la cara de tonto que se le quedó al dependiente cuando entraron los tres, como si fueran los miembros de una banda organizada, en mitad de la noche. Jorge, demasiado abstraído en su papel, descargó un disparo que el dependiente creyó real, antes de acercarse hasta el mostrador.

—Chico, es mejor que no te muevas ni hagas nada. Solo queremos llevarnos el dinero.

—Yo no tengo la llave, no sé dónde está.

—Déjate de historias, que estamos al tanto de todo.

Marcos fue directo al lugar en el que sabía que estaba el botín, extrajo un martillo de la parte trasera de los pantalones y aporreó la caja sin piedad. Necesitó unos cuantos golpes, pero el resultado deseado no tardó demasiado en llegar. La cerradura cedió y su compañero se dispuso a recoger emocionado los fardos de euros, billetes de veinte, cincuenta e incluso cien. Antes de abandonar la gasolinera, Jorge volvió a dirigirse al dependiente:

—Espera al menos quince minutos a llamar a quien quieras. De lo contrario, nos vamos a enterar e iremos a por ti. No te creas que somos idiotas. ¡Cuidadito con lo que haces!

Salieron pitando hacia el coche y desaparecieron hacia la penumbra con la tranquilidad de que el muchacho no haría nada, no se arriesgaría por un viejo ávaro al que odiaba. De hecho, aparentemente nadie les siguió en su huida.

Guardaron las ganancias en el coche sin matrícula, que apartaron de las calles, pensando que era el mejor sitio para que nadie husmease, y al día siguiente se reunieron como si fueran niños con zapatos nuevos. Se abrazaron, se emborracharon y repartieron las cantidades: cinco mil euros para cada uno. ¡Ahí es nada! Gracias a que todavía quedaban seres incautos y

confiados, capaces de amontonar tanto billete al alcance de sus manos.

Todo pareció ir bien. Marcos tenía claro en qué gastaría su parte: en un viaje para él y Adela a Tailandia. Se lo había prometido tantas veces que había llegado a parecer una utopía más que un sueño conjunto acariciado y, finalmente la puerta se había abierto de par en par para los dos. Se embarcaron en esa aventura pese a que ella no dejaba de preguntar acerca de cómo había obtenido esa importante suma. Él, al principio, le explicó que lo había ahorrado, que un tío le había regalado una parte, pero a ella no acabó de cuadrarle la explicación. Una vez en Tailandia, con el regusto de la brisa marina y bajo el cobijo de varios mojitos, Marcos tuvo un impulso de sinceridad y se lo confesó. Su reacción fue inesperada; se enfadó, discutió y después de varias horas de conversación, pareció convencerse y perdonarle. Ella se calmó y pudieron disfrutar de los días que quedaban sin más sobresaltos.

Lo que el chico desconocía era que en su fuero interno ella no había cambiado de parecer, a tenor de la forma en que se precipitaron los acontecimientos. Llegaron un martes por la mañana y esa misma tarde, cuando aún no había perdido la sonrisa tonta de los labios por lo mucho que había disfrutado del viaje con su enamorada, llamaron a la puerta de su casa y, ante él, aparecieron dos agentes de policía que le leyeron sus derechos y le detuvieron, sin más. Se quedó tan petrificado que ni siquiera fue capaz de asimilar lo que le estaba sucediendo. Fue un par de días más tarde cuando su propio abogado de oficio le confesó que había sido Adela la que les había contado a sus progenitores lo del robo y, acto seguido, le había denunciado a la policía, bajo instrucciones expresas de ellos.

Todavía no había sido capaz de digerir una traición de tal envergadura. El desconcierto y la sorpresa habían dado paso a la rabia y esta al odio más absoluto hacia la chica que unas semanas antes había alojado su corazón. Por momentos, la amargura se apoderaba de él y solo quería llorar, pero en otros instantes, como aquel, encerrado en una celda de aislamiento, volvía a imaginar que la golpeaba hasta acabar con ella. Y como esa posibilidad estaba fuera de su alcance, se conformaba con arrojar su ira hacia el que tuviera más a mano, en este caso, hacia ese tal Lucas contra el que le previnieron porque decían que era una especie de brujo, que hacía vudú, que nadie se atrevía a acercarse a él, que era raro y peligroso.

Un hombre cuyo halo de leyenda se había iniciado unos meses atrás, según le habían contado a Marcos, cuando alguien le golpeó en la cabeza y él

solo acertó a responder: «Al único que haces daño es a ti mismo». Aquella misma tarde, su agresor falleció de sobredosis. Una semana después, un amigo del muerto, que le consideraba culpable, le asestó un par de puñaladas por las que fue ingresado en enfermería durante dos semanas, sin que rozaran siquiera los órganos vitales. Y justo el mismo día que salió del módulo de enfermería, su agresor aparecía colgado en su celda. Imposible pensar que hubiera sido Lucas porque había pasado la mañana entera rodeado de médicos y vigilantes en el módulo sanitario, mientras que el supuesto suicida se encontraba encerrado en su celda.

Es verdad que en prisión no es extraño que se produzcan suicidios o accidentes relacionados con la droga, sin embargo, ahí fue donde se fraguó la leyenda de que este preso era maligno, el demonio; de hecho, estaba encerrado por haber matado a cinco personas, a sangre fría, en sus propias casas. Así que, Marcos consideró que si se enfrentaba a él podría ganarse el respeto de los demás y, por añadidura, liberaría parte de esa rabia contenida. Por desgracia, no le habían permitido mostrar toda la violencia de la que estaba dispuesto a hacer gala frente a aquel cincuentón que le miraba con ojos de soberbia, como si fuera más que él. No le daba miedo, no creía en esas patrañas de las brujas o los demonios.

El sonido de unas llaves en el orificio de la cerradura contigua a la de su celda interrumpió sus pensamientos. Trató de escuchar, ya que no podía ver nada y las palabras del funcionario le devolvieron esperanza.

—Lucas, ya puedes salir. Y que sea la última vez que te metes en una pelea.

Marcos oyó los pasos en el pasillo exterior y pensó que a él le sacarían también de allí, pero notó cómo pasaban de largo.

—¡Oiga! Si se lo llevan a él, también debería salir yo.

—A ti todavía te queda algún día más.

—¿Por qué? No es justo.

—Y como no te calles, aún se alargará más tiempo.

Marcos cayó hundido en el suelo, tapándose la cara con las manos, como si alguien pudiera ver sus lágrimas desesperadas, por estar allí encerrado, por no recibir un trato igualitario, por haberse dejado coger, por haber confiado en su novia, por haber tomado la decisión de robar para hacerla a ella feliz, por tener una familia tan insolvente, por no recibir ayuda de sus amigos, por no haber tenido dinero, ni oportunidades, por no ser feliz, por no ser nadie.

CAPÍTULO 6

Después de marcharse de la consulta de su amigo Jonay, lo habitual hubiera sido que Joel hubiera regresado al trabajo, pero sabía que ya le habían sustituido y lo que realmente le apetecía era perder el tiempo, así que salió del hospital en dirección al parque del Retiro y deambuló sin rumbo fijo tratando de entender qué era lo que estaba poniendo su cómoda vida patas arriba.

El horizonte fue tupiendo el brillo de un sol anaranjado, poderoso, en un cielo profusamente azul, completamente exento de nubes, y a medida que descendía, la luz mermaba tanto en el exterior como en el interior de su mente. Absorto en divagaciones, solo era capaz de seguir los pasos de sus propias piernas, como si ellas tuvieran vida propia, separada de él. Al detenerse, observó un cartel a la entrada de un establecimiento y le llamó la atención porque le resultaba familiar. Más de una vez había estado allí con David y había sufrido la humillación de asistir al rito de coqueteo de su pareja con cualquiera que anduviera alrededor, sin atreverse a confesarle lo que pensaba y con un nudo en la garganta que no desaparecía, pese a que su rostro trataba de dibujar enormes sonrisas que sofocaban el grito desgarrador que le nacía de las entrañas. No le traía buenos recuerdos y, tal vez por eso, por cambiarlos, por construir nuevas imágenes que enterraran las anteriores, decidió pasar justo cuando los clientes empezaban a ambientar el local.

Joel apenas levantó la cabeza por temor a toparse de frente con la mirada de alguien que quisiera interceptarla. La verdad es que hacía tanto tiempo que no alternaba que había perdido la costumbre y se sentía cohibido. Pronto se percató de que cada cual estaba en lo suyo, de que había unas cuantas parejas masculinas y algunos grupos de amigos concentrados en su propio baile y eso le tranquilizó. Cuando salía con David, los bares de ambiente eran el principal reclamo y lugar de ligue, pero, claro, internet no estaba tan extendido, ni las redes sociales tan solicitadas. Uno salía por estos locales y, si lo deseaba, acababa con alguien al lado. Era más directo, más atrevido y también más real. Tal vez, los chicos tuvieran acceso más rápido al sexo a través de internet, como si fuera un catálogo gigante de alquiler de cuerpos, y

eso no lo veía mal Joel, porque era una forma de discriminar entre quienes buscaban una pareja o simplemente compañía para una noche, pero el médico prefería el sistema antiguo: horas de charla para conocerse, un cortejo inicial, el crecimiento de una ilusión... hasta que el deseo se desbordaba tanto que abocaba a la pareja a la cama. En el fondo, era un romántico, no podía evitarlo.

El camarero le miró sonriente y él le pidió un gin-tonic. Mientras lo preparaba no reparó en que el chico, que únicamente tapaba parcialmente su torso con un chaleco, permitiendo mostrar parte de sus pectorales, no dejaba de mirarle con ojos traviosos. En cambio, él se afanaba en deshacerse de los amenazantes pensamientos que le acechaban y trataba de poner interés en la música. Se quitó la americana y trató de relajarse sin un objetivo claro.

—No te había visto nunca por aquí.

La voz procedía del otro lado de la barra. Negando con la cabeza y sin apenas levantar la vista le respondió tajante:

—De verdad, no estoy de humor.

—¿De humor para qué?

Respondió el camarero sorprendido. Joel se vio obligado a levantar la cabeza para contemplar de frente a un chico más o menos de su edad que le mostraba una sonrisa impoluta de dientes blancos, un cuerpo definido que se atisbaba a través del chaleco y una melena castaña semi ondulada que le concedía el aspecto de un romántico del siglo diecinueve.

—Para nada, la verdad.

—¡Cuánto siento que tras ese rostro angelical haya tanto tormento!

—Tampoco es para tanto.

—¿Es tu primera vez en un local de ambiente?

—No, pero hoy no busco compañía.

—Oye, me parece que eres un poco engreído. No niego que seas guapo, pero te aseguro que lo habitual es que tenga la barra llena de moscones. Únicamente estoy intentando ser amable porque te he visto solo.

—No lo dudo.

Visiblemente ofendido, el chico se apartó murmurando y fue a servir a otro cliente recién llegado. En ese momento, Joel se permitió mirarle con mayor detenimiento. Tuvo que reconocer su evidente atractivo. Tal vez había sido demasiado hosco. ¿Acaso se estaba convirtiendo en un ser asocial? No le gustaba el reflejo de sus actos. Pese a que el otro se había alejado de él con un gesto de enfado, ambos cruzaron una mirada que al cirujano le hizo

sonrojar. Quería disculparse, sabía que el joven nada tenía que ver con su disgusto, pero después de su soberbia actitud, cualquier intento de arreglarlo podría incurrir en una metedura de pata aún mayor. De todos modos, llamó su atención.

—¿Perdona?

El otro hizo oídos sordos a su llamada, como si pretendiera manifestar de esa forma su molestia por el trato recibido. Como vio que no había surtido efecto, volvió a dirigirse hacia él.

—¿Puedo disculparme?

El camarero le había escuchado perfectamente, aunque prefirió hacerse el sordo una vez más. Joel hizo un gesto de rendición que él percibió y, en ese momento, decidió acercarse.

—¿Has dicho algo?

La pregunta le pilló desprevenido.

—Lo siento. Ha sido un día realmente duro y creo que no te merecías la respuesta que te he dado.

—A ver, que yo lo entiendo, que no me debes nada, ni soy tu amigo ni nadie por el estilo. Es que te he visto tan *entimismado* que he pensado que tal vez necesitaras un poco de charla.

—Estás trabajando. No quiero molestar.

—Estás realmente mal, se te nota en esos ojos tan tristes.

—Bueno... hace unas semanas que he perdido a mi padre y estábamos muy unidos.

—¡Cuánto lo siento! Tal vez me he metido en medio de tus pensamientos sin permiso. Yo también debería disculparme por ello.

—¿Y si empezamos de nuevo? Como si no nos hubiéramos visto hasta ahora.

—Hola.

—Hola.

—¿Y ya está? ¿Solo dices hola?

—Es lo que hago cuando no conozco a alguien y me saluda.

—Tío, me lo estás poniendo de chungo...

La sonrisa engatusadora del joven restó tensión en el ambiente y Joel no pudo menos que responderle con una carcajada.

—¡Vaya! Si eres capaz de sonreír.

—No soy tan capullo como parezco.

—Pero es que pareces muy muy capullo.

—¿Tanto?

—Y más.

Ambos permanecieron en silencio un momento y después, el camarero se echó a reír de nuevo.

—Coño, que es broma. Tal vez me esté pasando contigo, después de lo que me acabas de reconocer. Mira, me queda una hora para acabar el turno. Por qué no me esperas y nos tomamos una copa. Estoy dispuesto a escuchar tus penas e incluso a animarte, si me apuras.

—No tengo nada que hacer ahora, ¿por qué no? ¿Me siento en aquella mesa y te espero?

—Genial. Y yo te invito a copas solo por esta noche.

—¡Qué amable!

—Por cierto, me llamo Hodei.

—¡Qué nombre tan chulo! Yo soy Joel.

—Me gusta. El mío es vasco, es que vengo de San Sebastián.

—Preciosa ciudad.

—Nos vemos en un rato.

—Vale. Te espero.

Joel se levantó del taburete y eligió un rincón apacible y semivacío. Al principio se entretuvo observando al camarero, su rapidez y destreza sirviendo copas, su simpatía con los clientes y las miradas que le lanzaba de vez en cuando. Mientras daba sorbos al segundo gin-tonic, sin embargo, de nuevo la asediaron imágenes de esa inquietante pesadilla de la que no podía despojarse y que acudían más como una vivencia que como un sueño. El alcohol estaba produciendo un efecto depresor que le inhibía y dejaba aflorar emociones contenidas, la ausencia de su padre, la falta de ilusiones, las extrañas visiones en el trabajo... Con la tercera copa, la tristeza se fue transformando en amargura y se apoderó más y más de él hasta que, en un ademán de desesperación, se llevó las manos a los ojos, como si pretendiera dejar de ver por un rato. Al abrirlos, el mundo se había transformado por completo: la música había dejado de sonar, el centenar de clientes se detuvo al unísono en el lugar en el que se encontraba cada uno y giraban la cabeza en dirección hacia él, mirándolo con ojos de odio, restregándole que era culpable de algo que él no alcanzaba a deducir. La escena le produjo tanto horror que trató de agitar la cabeza con el fin de hacerla desaparecer. Más allá de ello, el grupo frente a él empezó a levantar el brazo y a extender el dedo índice de su mano derecha para señalarle inquisitoriamente. Joel no soportaba aquella

presión, quiso pedir ayuda al camarero, pero también él formaba parte del elenco que le estaba aterrizando, también le apuntaba con el dedo, al tiempo que le lanzaba un gesto de profundo desdén que le hizo sentirse completamente vulnerable. Precisamente Hodei fue el que se adelantó unos pasos para insultarle.

—Cobarde. No hay más ciego que el que no quiere ver. Deja de huir del pasado.

Joel se había levantado y trataba de protegerse de las figuras dañinas que llegaban en tropel.

Desde el otro extremo de la barra, Hodei había sido testigo de cómo se levantaba y gesticulaba de forma extraña. Sus ademanes extravagantes y desorbitados comenzaron a preocuparle. El asombro creció aún más cuando, sin venir a cuento, se apartó iracundo de la mesa, dejando caer la silla en la maniobra, mientras se desgañitaba.

—¡Dejadme en paz! Yo no he hecho nada. No me miréis así.

El camarero no daba crédito porque no había nadie a su alrededor y, ninguno de los clientes se había acercado siquiera al joven. Salió inmediatamente de la barra para tranquilizarle cuando el resto de los clientes miraban entre sorprendidos y asustados.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el camarero.

—¿Por qué me señaláis todos? ¿De qué me acusáis?

—Nadie te señala. Nadie te acusa de nada.

—No me digas eso. No estoy volviéndome loco. Tú también lo haces.

Y, nada más gritar las últimas palabras, se liberó del chico que le había colocado su brazo sobre los hombros con intención de sosegarlo, y salió precipitadamente del local, golpeando a algunas personas a su paso hasta que, una vez fuera, corrió como si alguien le persiguiera hasta llegar a casa, situada a unas cuantas manzanas de distancia. Al entrar en el piso, encendió las luces y miró a través de las ventanas, completamente paranoico y se deshizo en un mar de lágrimas convencido de que acababa de vivir un nuevo episodio psicótico. Ahora ya no albergaba ninguna duda al respecto: se estaba volviendo loco.

CAPÍTULO 7

Los rayos de sol se infiltraban por los poros de su piel infundiéndole una sensación de calidez y de paz incommensurables. Era un instante completo en sí mismo, que no necesitaba de ningún complemento para colmarle de felicidad y, al abrir los ojos, Lucas recordó que ya no se encontraba en el diminuto habitáculo que le había alojado en los últimos días, una razón más para alegrarse. El hecho de haber pasado varios días en una celda de aislamiento hubiera sido motivo de abandonar el módulo trece, de respeto y, sin embargo, sin saber muy bien por qué, lo mantuvieron allí. Quizás porque sabían que no había provocado ningún incidente hasta entonces. En cualquier caso, las normas de ese módulo seguían siendo extremadamente rigurosas: desde prohibir que se cantara hasta restar puntos por una arruga en una cama recién hecha, por dar voces o reír con energía. Muchos reclusos incluso preferían ser trasladados a otro módulo de semi respeto, donde había más manga ancha con las reglas.

Entre los cerca de ochenta internos que abarrotaban las celdas del trece, Lucas era uno de los más conocidos, respetados, temidos e incluso observados, por sus características específicas. No le importaba. El universo le había colocado en el lugar preciso en el instante oportuno y sabía que esto que estaba viviendo era lo mejor que podía sucederle. Hacía tiempo que había alcanzado un estado interno de plenitud que nadie podía arrebatarse. Y los intentos fallidos de algunos reclusos solo demostraban el nivel de infelicidad que se reflejaba en aquellos muros. No podía condenar a nadie y, por desgracia, tampoco se consideraba elegido para difundir por doquier la verdad que palpitaba en su corazón, esa que, si aceptaran, les absolvería de un plumazo de la carga que llevaba adherida, como a él mismo hizo en el pasado.

—Por fin te encuentro.

Marcos se colocó frente a Lucas, en el patio del módulo, tapando la luz solar, como si quisiera de esa forma llamar su atención.

—Ya veo que me estás buscando.

—¿Por qué cojones te sacaron antes que a mí?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes? No me vengas con esas. Seguro que pagas a algún vigilante para recibir un trato de favor.

—Si así fuera, no habría entrado en la celda de aislamiento. ¿No te parece?

—¡Qué gilipollas! ¿Me tomas por tonto? Me parece que vas a recibir más hostias de las que estás preparado para resistir.

—¿De verdad?

—Mira, capullo, no me das miedo. Todo ese rollo místico que te traes de que no te importa nada y de que no me odias es una puta mierda. Me da lo mismo que seas un hijo de puta desvalido o que lles aquí más años que los barrotes.

Lucas trató de levantarse con suavidad y se acercó a ponerle la mano sobre el hombro.

—Me gustaría ayudarte...

—Quita la mano. ¿Qué coño te crees? ¿Que soy tu novia? ¿Es que eres maricón? Conmigo no juegues... ni esto.

El hombre, sin el menor atisbo de temor, volvió a rozarle el brazo.

—Siento que estés sufriendo tanto.

—¿Pero tú de qué vas?

Fuera de sí, Marcos volvió a asestarle un puñetazo impiadoso en la cara, justo en la nariz, de donde comenzó a brotar un hilo de sangre que, lejos de detener al agresor, le animó a continuar golpeándole con sus botas de punta de acero en el estómago. A cada patada, las ganas y el odio se incrementaban y se hacían más visibles en el rostro del joven. Tanto es así, que el resto de los reos presentes en el patio comenzaron a temer por la vida del hombre, y uno de ellos, amigo de Marcos, le empujó desde atrás con firmeza, aunque tratando de evitar hacerle daño.

—Marcos, tío, para ya. Los guardias se van a coscar. Lo vas a matar. Déjalo, no merece la pena que te comas unos años más de trena por este tío.

El joven reconoció la cara de su interlocutor y tomó en consideración sus palabras cuando Lucas se retorció de dolor en el suelo.

—Agradéceselo a Martín, por esta vez. Y no te cruces en mi camino. El próximo día, te mato.

Mientras se alejaba, el agredido volvía a incorporarse para sentarse nuevamente apoyado en la pared, con la cara hacia el sol. Respiró profundamente tres veces sin atender a las heridas que teñían de rojo el suelo

directamente derramado desde su cuerpo. Después, abrió parcialmente los párpados y dirigió su mirada complacida al agresor, apostado en ese momento al otro lado del patio, rodeado de colegas, mientras casi imperceptiblemente dejaba escapar de sus labios.

—Este dolor pasará y las heridas se curarán. Lo importante es que tú ya estás preparado para sanar. Me alegro de estar a tu lado.

CAPÍTULO 8

Sobre una almohada empapada, el rostro inquieto del doctor giraba continuamente de un lado hacia otro. Apenas podía parar quieto. De nuevo, soñaba.

Se veía rodeado de altos edificios que no conseguía identificar y al tiempo que caminaba por la ciudad, los viandantes, sin una chispa de pudor, se detenían a mirarle y a señalarle con gesto de circunstancias. Una anciana desde una ventana le gritó:

—No mereces lo que tienes.

Miró hacia arriba y vio cómo el cielo se oscurecía rápidamente. Los relámpagos alumbraban la ciudad entera y, tras ellos, unos truenos ensordecedores le obligaban a taparse los oídos sin que cesara ese desfile de acusaciones a su paso. Comenzó a llover sangre y al mirar sus manos las vio teñidas de rojo. La lluvia arreció hasta que no era posible liberarse del fluido que colmó todo su cuerpo desnudo, reflejado en el escaparate que tenía enfrente. Chilló y la voz sirvió para rescatarle de la pesadilla.

Despertó jadeante, empapado, y palpó las sábanas sobre las que estaba tendido para comprobar que, igualmente, estaban chorreando. Su corazón palpitaba a gran velocidad y, pese a que encendió la luz y ya tenía claro que solo había sido un sueño, tardó un rato en desasirse de la sensación de agobio y desolación que se había apoderado de todo su ser. Levantó la persiana y la luz diurna, por fin, le devolvió a la realidad. No estaba muerto. No había ido al infierno. Solo había sufrido otro episodio onírico traumático.

Su aliento olía a alcohol y pensó que debía ducharse antes de regresar al trabajo. Miró al calendario y recordó que era sábado y que no tenía turno. Así que se introdujo en el cuarto de baño y dejó correr el agua sin prestar atención al tiempo, tratando de expulsar esos demonios que parecían incrustados en su alma. Entonces, comenzó a recordar con pudor la manera de comportarse en el pub en el que había pasado esa noche. El camarero amable y guapo, las copas, el bar de ambiente y, sobre todo... ¡Oh, Dios! El bochorno de haber ofrecido un espectáculo denigrante, gritando como un poseso.

¿Cómo había sido capaz? Él, que siempre apostaba por la discreción, que había huido siempre de llamar la atención, ¿cómo había podido ponerse en evidencia de aquella manera?

¿Y el camarero? ¿Cómo se llamaba? Hugo, sí... o no... era un nombre vasco... Hodei. ¿Qué habría pensado de él? Sin duda que estaba trastornado, que tenía una enfermedad mental. ¡Menuda noche! En ese rato de espera, se sorprendió al verse ilusionado por alguien por primera vez en varios años, incluso imaginando una relación con aquel chico. ¡Qué poco había durado! Se escapó la oportunidad, por su culpa, por ese estado de semiinconsciencia que le tenía abstraído desde el fallecimiento de su padre. ¿Y si hacía caso a su último consejo, de destapar el baúl de sus recuerdos de su familia biológica? Aunque, en realidad, ¿para qué iba a hacerlo? Ya no estaba. No existía. Simplemente había dejado de ser. No se iba a sentir más orgulloso de él por eso. Entonces... ¿Por qué conservaba ese impulso de hacerle caso?

Se preparó el desayuno y decidió ir a casa de su madre para ver cómo se encontraba. Era una mujer muy fuerte y animosa, pero había vivido más de treinta años en pareja. Demasiados como para obviar que fuera la que más le echaría de menos. La avisó de que comería con ella y cuando atravesó el umbral de la puerta se la encontró cocinando. El olor a romero le obsequió con recuerdos de la infancia, cuando él le ayudaba a preparar la carne y traía del jardín una ramita de esa hierba con la que su madre aderezaba el cordero y el pollo.

—¿Qué estás preparando?

—Tu plato preferido: pollo a la cerveza con ingrediente secreto.

—¿El ingrediente secreto es el romero?

La mujer, con media sonrisa, se sintió descubierta.

—No debía de haberte dejado ayudarme de pequeño. Aprendiste demasiado.

—Al contrario, todavía me encantaría que me enseñaras a cocinar varias recetas de esas tuyas que me volvían loco.

—Un cocinero nunca desvela el secreto de sus recetas. Aunque, a decir verdad, si no te las paso a ti, se acabarán perdiendo.

La mujer tuvo el impulso de derrumbarse al pensar en su final y, al percatarse de ello, casi de inmediato, trató de cambiar de tema, con el fin de no mostrar esa cara a su hijo.

—¿Te has cortado el pelo?

—Sí, hace unos días.

—Estás más guapo así, se te ve mejor la cara, y esos ojos azul grisáceos que todavía me imponen.

—¡No digas tonterías! —Joel acompañó el comentario con una sonrisa abierta y distendida.

—¡Qué bien! ¿Sabes que es la primera vez que te veo reír desde que tu padre falleció?

—Lo echo mucho de menos, sus conversaciones, sus consejos, sus charlas filosóficas e incluso cuando me tocaba las narices para provocarme.

—¡Era muy especial!

A la mujer le asomaron unas lágrimas furtivas que turbaron sus ojos.

—Soy un desconsiderado. Sé que tú lo estarás pasando aún peor, era tu compañero de vida, tu amigo, tu amante, tu cómplice... Pocas parejas he visto que se llevaran tan bien como vosotros.

—Tienes razón. Papá era mi guía, mi confidente, mi amor, la persona que me ayudaba a sentirme en casa, estuviera donde estuviera. Le extraño, no te diré que no, y a veces me despierto con unas ganas terribles de volverle a abrazar, pero ¿sabes? Estoy segura de que hay algo más allá de esta vida y que volveré a encontrarle cuando yo me marche.

—Me gustaría creer lo mismo...

—De verdad que no lo considero una creencia, sino una obviedad. Tu padre forma parte de mí, igual que de ti, y no nos abandonará, porque él no ha dejado de ser, no es posible... ¿No decís los científicos que la materia ni se crea ni se destruye, simplemente se transforma?

—Pues eso, él se ha transformado en cenizas desde que le llevamos al tanatorio.

—Él no, su cuerpo.

—Siento ser ateo, pero no me cabe en la cabeza.

—Hay muchas cosas que existen, aunque no creas en ellas. ¿Sabes? Un día antes de conocerte soñé contigo. Te vi frente a mí, como el niño de siete años que eras, y me decías que estabas encantado de venir a vivir con nosotros, que seríamos muy felices juntos y que estabas destinado a formar parte de nuestra familia. Te puedes imaginar la impresión que me dio cuando, al día siguiente, la misma imagen preclara que había visto en el sueño se apareció ante mí como mi hijo.

—Mamá, eso son asociaciones y recuerdos confusos. Tú habrás mezclado los tiempos y aunque creas que lo viviste en ese orden, es muy probable que sea al revés, que soñaras conmigo después de conocerme.

—Hijo, soy vieja, pero todavía no chocheo. Te aseguro que fue como te lo cuento. Nunca olvidaré ese primer día que estuviste ante mí de verdad. Además, tú mismo lo reconoces, que es muy probable que fuera al revés... ¿Y si no?

—No lo sé.

Ambos habían colocado los platos en la mesa y se habían sentado juntos para degustar los alimentos mientras charlaban.

—Lo que yo no entiendo es cómo has salido tan descreído. Es verdad que no te dimos una educación religiosa, porque pretendíamos que tú mismo dedujeras tus creencias, pero...

—Pues eso mismo, mamá, las deduje de esta forma.

—Ayer tuve otro inquietante sueño.

La frase sonó pausada y solemne y Joel trató de no darle importancia, pero sintió una punzada en el estómago. ¿Acaso su madre había tenido sueños tan perturbadores como los suyos?

—Estaba en el campo, era bastante joven, y tú jugabas con unos amigos mientras yo tomaba un refresco con tu padre al lado. Él me decía que no me enfadara contigo por lo que ibas a hacer, que necesitabas completar tu propio ciclo. Recuerdo que yo le preguntaba a qué se refería y no acababa de responder, únicamente me decía que tú me querías tanto como él, que no lo olvidara.

—Es curioso, mamá, porque quería hablarte de algo —respondió él tratando de aparentar la mayor naturalidad posible.

—A ver, cuéntame.

—Estoy pensando en buscar a mi familia biológica. ¿Cómo lo ves?

—No soy yo quién debe resolver ese tema. Sinceramente no estoy segura de que sea lo más oportuno, pero apoyaré lo que determines, ese es tu derecho, es tu pasado y eres dueño de tomar las decisiones que consideres más adecuadas. Lo único que yo te puedo decir es lo que ya sabes, que tus padres biológicos murieron en un accidente de coche.

—Eres mi madre, lo sabes, ¿verdad?, pase lo que pase nunca dejarás de serlo. Jamás podría querer más a alguien de lo que te quiero a ti.

—Ay, hijo, qué bonito eres. ¡No entiendo cómo es posible que mis amigas digan que eres un poco estirado y nada cariñoso! No te conocen en absoluto. Ahora que, más de lo que yo te quiero, que lo sepas, nunca habrá alguien que pueda intentar quererte.

—Lo sé, mamá, lo sé.

—Y otra cosa te digo: si necesitas apoyo, aquí está tu madre para acompañarte a donde haga falta, para defenderte, para hablar por ti... lo que sea.

—Gracias, aunque todavía no estoy seguro de lo que voy a hacer. Ni siquiera tengo claro que desee conocerla.

El chico se acercó a ella y depositó un beso en su frente antes de volver a su sitio para seguir comiendo. La tarde discurrió entre risas acerca de recuerdos conjuntos y preguntas inocentes, sin que asomara un rastro de preocupación entre ellos.

Al abandonar la casa, Joel ya no aguantaba más. El cariño de Sara le había despertado emociones contradictorias: por un lado, se sentía atormentado y necesitaba consejo y, por otro lado, quería apoyar a su madre, darle todo el amor del que ahora estaba necesitada, no aceptaba el hecho de pedir ayuda en vez de ofrecerla a quien siempre se la estaba regalando. Su confusión le condujo a dar un paso que había considerado en las últimas horas y que esperaba que pusiera fin a todas sus preguntas: pediría a su amigo Jonay una sesión de hipnosis regresiva para ver si era posible destapar lo que había sucedido en su infancia.

CAPÍTULO 9

Tendido en su cama, junto a otros cuatro reclusos, Marcos no dejaba de darle vueltas a la actitud de ese enigmático chamán. Le había dado hostias hasta en el carné de identidad y ni siquiera había soltado un alarido de queja. Tuvo que atenderle otro preso, limpiarle la cara y ayudar a meterlo en su celda, porque apenas se sostenía en pie, con extremado celo para que los guardias no lo advirtieran, pero en su rostro no asomaba una señal de sufrimiento. Al contrario, esa sonrisa perenne lo acompañaba a todas partes.

—No entiendo a ese tío.

—Ni tú ni nadie —respondió Mateo, un joven de diecinueve años que llevaba uno en prisión por trapichear con droga.

—¿Es que está loco?

—No me extrañaría. Dicen que en su celda encontraron una vela y un muñequito de vudú. No sé cómo coño lo haría, pero ¿qué quieres que te diga? A mí me da mucho *yuyu* todo eso.

—¿Por qué está aquí?

—¿Es que no lo sabes? Su caso fue famoso en todo el país. Mató a cinco personas, una pareja, dos hombres y una mujer, todas, en su propio domicilio. El tío utilizó cuchillos y puñales y le pillaron con las manos en la masa. En el juicio, parece que se libró de su abogado y ni siquiera se defendió. Le echaron ciento cincuenta años, treinta por cada uno, aunque como no existe la cadena perpetua, cualquier día saldrá. Se le considera un preso peligroso, y eso que parece que nunca ha sido conflictivo. Apenas se relaciona con el resto. Es uno de los más antiguos y ha pasado la mayor parte del tiempo en aislamiento. Hace unos meses que salió de allí. Y tiene suerte, porque si hubiera cometido hoy en día ese delito seguro que no se habría librado de la prisión permanente revisable, que le hubiera mantenido enchironado para el resto de sus días.

—Pero está como un cencerro, ¿no?

—¡Quién sabe! Como te digo, él asumió su culpabilidad y ni siquiera trató de defenderse. Por lo que dicen, jamás habla del tema y después de lo que pasó con los dos pavos que se metieron con él y murieron al poco

tiempo, es un tío respetado... bueno, o más que respetado, temido. Creo que tú eres el único que le ha plantado cara.

—No le tengo miedo. A mí no me ha pasado nada. Eso del vudú son chorradas, no me creo nada. Seguro que es un infeliz que está más loco que una cabra.

—¿Y no te da pena? Si como dices es un pirado, ¿por qué no dejas de *hostiarle*?

—No sé. Es superior a mis fuerzas. Lo veo y me dan unas ganas de matarle...

—Ten cuidado, tío. Yo no jugaría con esas historias.

—¡Bah! Sois todos unos acojonados.

Unas cuantas celdas a la izquierda, Lucas compartía su habitación con Javier: un hombre de cuarenta años y calva incipiente con el que había establecido una especie de relación de mutua consideración. Estaba tumbado en la cama, convaleciente aún de las heridas producidas por Marcos.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. No es nada. Esto en unos días está curado.

—De verdad, no te entiendo. ¿Por qué no respondes? Al menos, podrías denunciarle.

—¡Qué dices! Pobre chaval. Ya tiene bastantes problemas. El odio que lleva dentro le está envenenando. En realidad, yo sé que no tiene nada contra mí.

—Pues, para no tener nada contra ti, te está convirtiendo en su saco de golpes.

—Javier, te lo he dicho muchas veces: el sufrimiento solo conduce a más sufrimiento. En mi corazón ya no hay espacio para el odio. Está demasiado lleno de amor.

—Cualquiera que te oiga pensará que eres el líder de una secta religiosa, o más bien un chamán, con ese pelo largo y tu acento.

— Conozco a muchos chamanes que son pura sabiduría de vida, no los menosprecies. En cuanto a Marcos, no puede hacerme daño. Podrá golpearme, incluso acabar con mi vida, pero solo yo decido el significado de sus actos, solo yo elijo quién o qué me infringe dolor.

—¿Y cuál es el significado de sus actos?

—Este chaval viene hacia mí porque me necesita y no sabe cómo acercarse. Está pidiendo a gritos que le salve y yo estaré ahí para ayudarlo. Es como esos pequeños que en la guardería no dejan de instigar a sus compañeros para llamar su atención.

—Toda esa cháchara espiritual te puede servir, aunque si te mata, ¿cómo le vas a ayudar?

—No lo haré. Lo sé. Es todo fachada. Dentro hay un diamante por emerger, que está a punto de mostrarse.

—¿Nunca te equivocas con la gente?

—Jamás. Es imposible cuando tú sabes que eres quien decide cómo verlos, al margen de lo que te enseñen.

—Me gustaría comprenderte, mira que te aprecio, pero a veces me parece que dices unas cosas tan raras...

—Tú también lo acabarás captando. Estás infectado por el virus, lo puedo ver.

—¿Qué virus? Estoy sanísimo...

—El virus de la verdad, del conocimiento: nada real puede ser amenazado, nada irreal existe.

—Tú sí que estás infectado... por el virus de la locura... ¡Ay, Lucas, Lucas!

El comentario de Javier le hizo reírse antes de voltearse en sus colchones para abandonarse al sueño. Las noches en prisión se alargan, pese a que duren lo mismo que afuera. Añoraba poder percibir el ajetreo de las calles, la iluminación nocturna de los parques, el néctar embriagador de los perfumes femeninos, del aire fresco, o disfrutar de los cantos de los pajarillos o las discusiones acaloradas de clientes de bares apostados en los veladores de esas terrazas que tanto ruido causan y que se escuchan tan inconvenientes desde los hogares particulares hasta que uno ingresa en la cárcel y descubre hasta qué punto es capaz de echarlos de menos.

En la tranquilidad de su camastro, Lucas era capaz de fantasear con su retorno al hogar, a Huautla de Jiménez, en Oaxaca, México, adonde nunca había regresado desde su partida, sin sospechar lo que el destino le deparaba. Parecía haber transcurrido una eternidad y, sin embargo, con los ojos cerrados, se le revelaba cada detalle, cada olor y textura de aquel hogar

familiar. Su estrecho y humilde colchón le ayudaba a desplazarse con la imaginación a un hogar que le devolvía recuerdos agradables, las risas de sus hermanas, la voz aguda de su mamá e incluso los gritos de enfado de un padre que siempre mantuvo la casa caliente y un plato de comida en la mesa para cada miembro de la familia. Un lugar pequeño, sencillo, en el que los hermanos compartían dormitorio y los padres apenas se escondían para quererse en el suyo, siempre con la puerta abierta. La falta de intimidad les convirtió en partes de un mismo todo, sin secretos; ni siquiera ante los primeros signos de percepción extrasensorial del Lucas niño.

Era solo un niño de nueve años cuando vio por primera vez a su abuelo muerto, sentado en mitad del salón. Apenas se sorprendió porque ni siquiera lo había conocido personalmente y no tuvo duda de que era un visitante más en su casa, sentado a la mesa. Cuando preguntó a la madre por esa persona que les observaba, ella, extrañada, le contestó que allí no había nadie. Él no podía creer que los demás fueran incapaces de contemplar lo que se le revelaba tan nítido ante sus ojos. Al principio no le hablaba, simplemente estaba allí como convidado de piedra. Más tarde, empezó a interactuar con él. Le contó que su madre estaba triste porque no se redimía del dolor y la culpa por haberse enfadado con él poco antes de fallecer. Ella trató por todos los medios de llevarle al médico cuando detectó que su padre no estaba bien, pero se negó tajantemente durante semanas y cuando finalmente consintió en hacerlo, era ya muy tarde; así que la hija se lo reprochó hasta la saciedad y se enfadó tanto que en los últimos días de su vida se mostró irritable y distante con él. Al morir, de un fallo multiorgánico, ella no pudo evitar sentirse mal por no haberle perdonado en vida. Le pidió a Lucas que se encargara de transmitirle cuánto la quería y lo poco que importaba que se hubiera distanciado de él en esa última etapa de su vida.

Él, temeroso, hizo lo que le había solicitado y necesitó darle detalles de su aspecto que era imposible que reconociera a través de una foto cualquiera. Así fue como ella acabó creyéndole. No le costó mucho, viviendo en un pueblo considerado como la capital mundial chamánica, donde el curanderismo mágico se entremezcla con el conocimiento de plantas medicinales, hasta el punto de que muchos vecinos no acudían al doctor cuando querían ser tratados de ciertas dolencias, sino al chamán. En el caso de su familia, era nada menos que Iván, el hermano pequeño de su abuelo, que al evaluar a Lucas lo tuvo muy claro desde el principio: había heredado el don.

En un ambiente de naturalidad, sus capacidades fueron incrementándose hasta el punto de que, durante la adolescencia, de repente caía al suelo de golpe, retorcido de dolor, según explicaba, porque frente a él había alguien que llevaba días experimentando ese mismo malestar. A veces, únicamente con rozar a alguien, mientras caminaba por la calle, era capaz de deducir que le quedaban unos días de vida, por enfermedad o por accidente.

Le ocurrió con la hermana de su madre y no pudo hacer nada por impedirlo. En una sociedad como la mejicana, acostumbrada en ciertos ambientes a creer en espíritus y almas errantes, el chico se convirtió en un consultor para muchos de los amigos de sus padres, que pretendían contactar con seres queridos que habían partido al otro lado.

Aquello a lo que tanto tiempo se dedicó solo era una sombra del pasado sin trascendencia, una distracción para conducirlo por el camino correcto, ese en el que todo estaba bien, donde no había culpa ni sacrificio, donde el amor anulaba todo lo demás. Y daba por buena cada experiencia de su vida, los asesinatos, la cárcel, la pérdida de toda su familia o lo que fuera; daba igual que mucha gente no acabara de entenderle.

Por eso, nada más toparse con Marcos, decenas de imágenes le asediaron como flashes, sobre el robo que había cometido, sobre sus padres, su novia y su infelicidad. Experimentó las mismas emociones y comprendió hasta qué punto estaba padeciendo por negarse a aceptar el amor de los demás. Y de alguna forma, advirtió que esa sería su próxima cruzada, que estaba destinado a ayudarlo a pesar de que él todavía no estuviera preparado para aceptarlo. Y también aguardaba la visita de alguien del exterior, que por fin buscaría su apoyo. Tanto tiempo esperándole y estaba a punto de comparecer. Todo se sucedería en el momento oportuno. Mientras tanto, su única misión era descansar, recuperarse antes de una nueva batalla y dejar a un lado aquella vida transoceánica familiar, que ahora parecía diluirse como un sueño del pasado.

CAPÍTULO 10

La garita de entrada a la urbanización en la que vivía Jonay ponía en evidencia que en el interior las casas estaban edificadas para familias de un extracto social más bien elevado. Al avanzar en su vehículo por la carretera interna apenas se colaban los rayos solares, por la cantidad de álamos alineados a ambos extremos de la vía. Las aceras continuamente reformadas y las calles vacías también indicaban un cuidado extremo en cada detalle. Algunas viviendas quedaban al descubierto ante un jardín sin verja desde el que se accedía directamente a la carretera, pero otras permanecían aisladas del entorno por muros altos, en cuyas esquinas se vislumbraban cámaras de vigilancia.

A Joel le había costado aprenderse el camino. Lo consiguió después de perderse muchas veces, algunas de ellas porque no era capaz de distinguir la casa de su amigo, otras porque confundía las rotondas o las veredas como si entrara en un laberinto. Afortunadamente, no le ocurrió ese día y se sorprendió por llegar tan pronto al destino, con una suntuosa fachada, adornada con piezas de piedra natural salteadas, pero modesta comparada con las de alrededor. Aparcó el vehículo frente al garaje como ya le había avisado que hiciera el propietario y atravesó el césped hasta la entrada. Antes de que tocara el timbre, el psiquiatra salió al paso, campechano y afable, acompañado de una rubia imponente que Joel no conocía y a la que despidió con un suave toque en el culo provocando su sonrisa y sin decirle nada más.

—Amigo mío, no esperaba verte tan pronto.

—Yo tampoco, pero ya ves, las cosas se han precipitado. Tal vez he interrumpido algo.

—¡Qué va! Estábamos acabando cuando nos has llamado. En cualquier momento puede volver Marian, mi mujer, ya sabes. Ha salido con el niño a casa de una amiga, pero imagino que no tardará demasiado en regresar.

—¿No estabas tan enamorado de ella?

—Y lo estoy, de ella y de la fortuna familiar, para qué te voy a engañar, pero es que es superior a mis fuerzas. Además, eso de que sea psicólogo las vuelve locas.

—Tú sabrás, amigo. A mí, desde luego, me da tanta envidia tu vida que no entiendo cómo la pones en peligro.

—No te preocupes. Pasa y ponte cómodo. ¿Quieres una copa de vino?

—Sinceramente, alcohol es lo que menos deseo en estos momentos.

—¡No me digas! ¿Una noche movida? Por fin, cuenta, cuenta.

El anfitrión llevó al salón a su amigo y antes de sentarse a su lado se dirigió a la barra, donde él mismo se sirvió un whisky.

—Espero que no te moleste que me lo tome yo...

—Mientras no me lo tires encima...

—¿Te llevo a ti algo?

—Cualquier refresco...

—¿Coca Cola?

—Perfecto.

Jonay regresó portando ambos vasos en sus manos hasta colocarse cerca de su amigo.

—Y bien... ¿qué ha pasado ahora?

—Ayer se me ocurrió la maravillosa idea de tomarme la tarde libre. Así que deambulé hasta llegar a un bar de ambiente y entré, sin más.

—¿No me digas? ¿Conociste a alguien interesante?

—Había un chico, pero... no era eso lo que quería contarte. Resulta que tomé dos o tres copas y empecé a agobiarme hasta el punto de que en un instante concreto sentí que se detenía la música y que todo el mundo me miraba al unísono y me señalaba, incluso el chico que había conocido se me encaró y me habló como si yo le hubiera hecho algo. ¡No veas qué agobio! Luego me di cuenta de que todo había sido fruto de mi fantasía y aún me preocupé más. ¡Fue tan real!

—Te dije que podrían reproducirse las alucinaciones.

—Eso no es todo. Esta noche, he vuelto a tener una pesadilla: había sangre por todos lados, me sentía culpable y te juro que no podía quitarme de encima una sensación de familiaridad, como si todo me sonara, como si hubiera vivido algo relacionado con ello. Estoy preocupado, no te lo voy a negar. El doctor Márquez me aseguró que no había nada destacado en las placas, ni tumores ni obstrucciones, pero no sé qué hacer.

Joel dio un trago a su bebida y Jonay le imitó. Hubo un silencio que el psicólogo consideró oportuno para reflexionar su respuesta.

—Amigo, ya te lo dije ayer. Creo que todo esto tiene que ver con la muerte de tu padre. Probablemente sea un *shock* postraumático, por no haber

asimilado aún lo sucedido.

—No, de verdad. No es eso. Yo adoraba a mi padre, sé que todo el resto de mi vida le añoraré, pero soy consciente de que no está. Es otra cosa: como si su fallecimiento hubiera despertado un monstruo que dormitaba en mi interior.

—Como te dije, tal vez la hipnosis pueda ayudarte. No sé si estás preparado para una sesión.

—Te lo iba a proponer yo mismo. La necesito, estoy desesperado. Ya no veo con claridad y estoy convencido de que algo de mi pasado está volviendo por algún motivo.

—Quizás la semana que viene tenga un hueco para verte.

—Quiero que sea ahora.

—¿Ahora?... ¿Estás seguro?

—Completamente.

—No sé. ¿Y si viene Marian?

—Jonay, por favor, no puedo más.

—Bueno, vamos a intentarlo, pero no te prometo nada.

El psicólogo se incorporó de golpe dejando parte de la copa inacabada y acercó un sillón de piel, relax, ubicado en un extremo de la sala.

—Siéntate aquí y ponte cómodo. Baja el respaldo hasta que te encuentres confortable.

Joel, presuroso, obedeció a su amigo y presionó el botón hasta que los pies se elevaron casi a la altura de la pelvis y el respaldo permaneció en un ángulo de unos treinta grados.

—Tengo que avisarte de que la hipnosis no es un método adecuado para todo el mundo. No todas las personas son susceptibles de sumirse en ella, aunque en tu caso estoy casi convencido de que podré conseguirlo. ¿Estás cómodo?

—Del todo.

—Bien, empecemos. Relájate, respira hondo. Coge aire... retenlo... expúlsalo.

El terapeuta bajó las persianas y durante los siguientes minutos se esmeró en lograr un estado de relajación tal que pudiera servir para que Joel redujera la guardia. Le llevó a imaginar un paisaje idílico, habitar en él, degustar sensaciones placenteras, agradables y poco a poco le fue induciendo a un sueño más profundo.

—A partir de ahora vamos a ir más abajo en tu consciencia. Voy a

contar lentamente desde el uno al diez y quiero que a cada cifra que pronuncie, tú te relajes más, más a gusto, más cómodo... Uno...

El gesto de Joel se había distendido notablemente e incluso parecía dibujarse una sonrisa en el rostro. De vez en cuando, un movimiento espasmódico meneaba una mano o un pie para después quietarse.

—Ahora —continuó Jonay—, quiero que visualices una enorme escalinata, grandiosa, con una barandilla dorada y peldaños de mármol. Estás en la parte superior de la misma y comienzas a descender muy despacio. A cada paso que das, aumenta tu bienestar y tu pérdida de consciencia. Una vez abajo, verás que en la parte inferior de la escalera hay tres puertas cerradas. Cada una de ellas conduce a un lugar de tu pasado que guarda secretos que incluso tú has olvidado. Puede ser que te lleven a una vida anterior o simplemente a un momento de tu infancia, pero lo que está claro es que en el estado en el que estás ahora mismo ninguno de ellos te puede hacer daño y por eso estás preparado para enfrentarte al mensaje que te espera al otro lado. Elige la puerta que desees y cuando hayas tomado dicha determinación, coge el pomo o la manilla, ábrela y atraviésala.

Un silencio denso se abrió paso entre terapeuta y paciente hasta que el primero volvió a tomar la palabra:

—Cuéntame, ¿qué es lo que ves?

CAPÍTULO 11

La primavera en su apogeo, pese a que estaba acabando, alternaba días que aventuraban un verano caluroso con otros más lluviosos, en los que la temperatura experimentaba un brusco descenso y traía el cercano recuerdo del húmedo invierno. Las nubes negras solapaban a otras de color gris oscuro que se confundían en el firmamento en una danza de ritmo vertiginoso gracias a un viento racheado que, por momentos, parecía dispuesto a levantar los bancos sujetos al suelo.

Pese a la incipiente tempestad, Lucas, como cada mañana, había decidido salir al patio común de los módulos trece y catorce para afrontar su sesión de *footing* matinal. Si bien en días precedentes se había visto obligado a esquivar a otros deportistas reclusos, en esta ocasión contaba con todo el espacio para él: un camino circular acotado por árboles que rodeaba a una plaza ocupada por bancos y jardineras.

Se había acostumbrado a ese paisaje y se sentía feliz de poder correr, como a él le gustaba. Desde la ventana de alguna celda que accedía a dicho patio, algunos compañeros le gritaban insolencias, pero él ni respondía de palabra ni de gesto.

Los árboles agitaban con virulencia sus ramas y Lucas se fijó en uno que estaba inerte, carecía de hojas y se tambaleaba peligrosamente, como si quisiera volar y desvanecerse de aquel lugar. Cada vez que lo miraba, percibía su fragilidad.

Imaginaba que el viento le trasladaba a otro lugar, donde pudiera ser acariciado por la brisa marina e incluso saborear la sal procedente del agua de alguna playa. De pronto, se sobresaltó al darse cuenta de que alguien se acababa de colocar a su lado para seguirle el ritmo.

—Eres ya algo mayor para hacerte el fuerte... ¿Quieres mantenerte en forma? ¿No ves que vas a salir volando con este huracán?

Al girar la cabeza, reconoció a Marcos, con una extraña sonrisa, que aguantaba el tipo mientras avanzaba al ritmo de Lucas. Hacía tres meses que se conocían y cada encuentro acababa con más violencia que el anterior.

—No te había visto salir a correr hasta ahora.

—Es que me he animado... al verte. —Su voz albergaba un profundo poso de cinismo que su colega o no quiso compartir o prefirió soslayar.

—Me alegro de haberte inspirado.

—Sí, claro, también me inspiras cuando estoy en el váter, para echar el truño más rápido.

Lucas no pudo contener una carcajada sonora, aunque discreta, mientras seguía corriendo alrededor del patio con Marcos a su lado.

—¿Qué pasa? ¿Te hago gracia?

—Eres mucho más gracioso de lo que tú mismo supones.

—¡Serás capullo!

Marcos detuvo en seco el paso al tiempo que sujetaba al otro con fuerza para que le imitara.

—¡Te tengo un asco que no puedo contigo! Es algo que no puedo reprimir ni explicar, pero es que me lo pones a huevo para que te dé hostias hasta en el carné de identidad.

Y, sin más, le dio un puñetazo con toda la energía de la que fue capaz, sin que consiguiera doblegarle.

—No respondes, ¿verdad?

Lejos de hacerlo, Lucas trató de retomar su paso, aunque el joven lo impidió nuevamente. Lo estampó contra la pared y dobló su rodilla con fuerza, atizándole un golpe con ella en la boca del estómago, con tal virulencia que el otro empezó a vomitar sangre.

Desde las ventanas, los presos se fueron haciendo eco de la pelea y jaleaban especialmente al más joven, animándole a acabar con él, mientras la lluvia arreciaba y comenzaba a empapar sus vestimentas. Un enorme relámpago iluminó el firmamento y a los pocos segundos el estruendo del trueno llegó acompañado de rachas de viento aún más fuertes. Tanto, que apenas se llegaba a escuchar lo que cada uno decía al otro.

—Te voy a matar.

Y la amenaza de Marcos se complementaba con el odio expresado a través de unas manos que rodeaban el cuello de Lucas, apretando hasta el punto de que el aire dejó de entrar en sus pulmones. Durante un rato, el más joven sintió que ahí acababa todo, especialmente, porque el otro apenas se defendía con los brazos, agitándolos sin repeler la agresión, con tan poca rotundidad que no había duda de lo que acabaría ocurriendo. Cuando parecía que el más mayor estaba a punto de desfallecer, por algún motivo, el chico tuvo el impulso de soltarlo y cayó al suelo antes de tomar una enorme

bocanada de aire que le hizo toser.

—Me cago en... Sé que te mereces morir. No sé por qué no puedo hacerlo.

La intensidad de la lluvia había disminuido ligeramente, pero el aire continuaba rugiendo. Lucas levantó la mirada y vio a su agresor empapado y tras él, el árbol sin hojas se movía tanto que supo que en unos segundos se desplomaría sobre Marcos. Con gran ímpetu, sacó fuerzas de donde no parecía que hubiera nada más que dolor para levantarse y empujar al chico con tanta rapidez y energía que el otro no tuvo tiempo de reaccionar, justo hacia el lado contrario al que cayó el pesado tronco. Solo algunas ramas consiguieron rozarles. Los presos, que seguían apostados en sus ventanas mirando el espectáculo, empezaron a gritar de alivio e incluso a aplaudir.

El muchacho, tendido en el suelo, miraba absorto cómo ese árbol había estado a punto de acabar con su propia vida. Desvió la vista hacia Lucas, exhausto, tendido junto a él, también empapado, y comprendió que aquel al que había estado a punto de matar le había salvado.

—No entiendo...

—¿Estás bien?

—¿Yo? Eres tú el que sangra por todos lados.

—¡Bah! No es nada.

—Me parece que, después de habernos librado de una muerte segura ambos, vamos a morir aquí mismo de una pulmonía como no nos levantemos y vayamos dentro.

El más mayor trató de ponerse en pie, pero el dolor era tan intenso que apenas podía menearse.

—Yo te ayudo.

Ambos caminaron lentamente por el patio hasta alcanzar la puerta de entrada, donde Marcos pidió a los vigilantes que llamaran a un médico.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó uno de ellos.

Lucas se apresuró a responder.

—Las ramas del árbol muerto se me han caído encima.

—Te llevaremos a la enfermería.

Cuando lo trasladaron al módulo de enfermería, en camilla, le lanzó un guiño cómplice a su agresor que, aún compungido y extrañado por su propia actitud, no pudo evitar responderle con una sonrisa.

CAPÍTULO 12

—Lo veo todo muy oscuro...

—Trata de enfocar, de verte, tu ropa, dónde estás, quién eres...

Las indicaciones de Jonay servían para que el hipnotizado descansara la voz y tratara de obedecerle.

—Ahora... estoy en un lugar cerrado, sí, es una casa. Concretamente en un dormitorio. No hay nada de luz. Tengo un poco de miedo, pero no sé por qué. Estoy acostado en la cama. Es una habitación infantil.

—¿Sabes tu edad?

—Soy un niño. Tengo... seis años. Me gusta dormir con mi osito, pero hoy lo agarro muy fuerte, como si temiera algún peligro.

—¿Estás solo? ¿Hay alguien más en la casa?

—Oigo ruidos, como alguien trasteando en la parte de abajo.

—¿Sabes de dónde proceden?

—No.

—Escúchame. No estás ahí. Es solo un recuerdo, así que no te puede pasar nada. ¿Te atreves a levantarte de la cama?

—No.

Meneaba la cabeza de izquierda a derecha como si realmente se hubiera transformado en un chiquillo, negándose a hacerlo a la vez que un gesto compungido brotaba en su cara. Una especie de puchero incontenible como si supiera que tenía que levantarse y fuera lo último que quisiera hacer.

—Tengo mucho miedo. Quiero que vengan mis papás.

Las lágrimas se precipitaban desde sus párpados sin contención, pero no llegó a gimotear, solo unos quejidos silenciosos acompañaban el torrente.

—Puedes salir de la habitación para hallarles. ¿Sabes si están en casa?

—Sí. Estarán abajo, supongo, cenando, como todos los días.

—¿Por qué no sales del dormitorio y me describes lo que ves? Si están ellos, nada grave puede pasar.

—Eso no es así. Hay alguien más. Escucho una voz desconocida... Estoy saliendo. Recuerdo este suelo de madera, tan brillante, y la barandilla rústica a juego. Quince escalones me separan de la planta baja, lo sé porque

muchas veces los cuento al subir desde que aprendí a hacerlo. La madera cruje al pisarla, incluso cuando lo hago yo, que peso tan poco. Hay un espejo en mitad de la escalinata y a medida que voy descendiendo escucho más fuertes las voces que salen desde el comedor. Las dos puertas correderas están parcialmente abiertas, pero no consigo ver nada.

A medida que avanzaba en su relato, el gesto compungido tornaba a curiosidad mezclada con cierto temor. Pese a todo, parecía que estaba entregado a destapar lo que allí sucedía.

—Estoy descalzo, para hacer menos ruido. Camino hacia el comedor y me coloco detrás de la puerta con el deseo de enterarme del motivo de las voces. Entonces lo veo: es un hombre delgado, no muy alto, moreno, y porta en su mano derecha un cuchillo enorme. Está frente a mi padre, que trata de refugiarse en un rincón de la pared, mientras suplica a mi madre que se vaya. Ella, en cambio, permanece inmóvil, con la mano tapándose la boca, sin reacción alguna. El agresor levanta el cuchillo y lo hunde en el pecho de papá. Doy un paso atrás, estoy a punto de gritar, pero mi instinto me detiene. No sale la voz de mi garganta.

Mamá sí que lo hace y las paredes recogen ese alarido cargado de dolor y de congoja. Es entonces cuando trata de escaparse, antes de que le alcance ese hombre tan malo. Papá sigue en el suelo, desangrándose. Un solo navajazo ha servido para partirle en dos el corazón. Lo sé porque ha jadeado solo un momento, luego parecía tener como espasmos y finalmente ha dejado de respirar. Está muerto. Me gustaría ir adonde él, pero no puedo. Estaba tan cerca de él... y no he podido salvarle.

—¿Cómo te sientes?

—Mal, aunque ahora estoy preocupado por mamá. No puedo pensar en él. Ella sigue en peligro y no sé qué hacer para salvarla: no tengo armas, los cuchillos están en el comedor y si entro me verá y me matará a mí también.

—¿Qué hace ahora ese hombre?

—Tiene acorralada a mamá. Ella le suplica que no lo haga, que siente el daño que le haya podido producir y que hará lo que sea para que le deje vivir. Él también está llorando por momentos y asegura que no puede evitarlo, que así es como debe ocurrir. Entonces, mamá le ruega que tenga compasión por su propio hijo, no quiere que se quede sin sus padres, y antes de responderle, él desvía la mirada hacia mí. Me ha visto, pero no me hace caso. Estoy paralizado y, sin embargo, siento que nada me va a ocurrir. Mamá está de espaldas a mí y durante el intercambio de miradas con el asesino, que ha

durado apenas un segundo, él responde al último ruego de mi madre con enorme contundencia.

—Lo hago por él.

Inmediatamente después, hunde el cuchillo de cortar carne, de al menos quince centímetros de longitud, en el estómago de mamá, mientras ella emite el último grito sordo antes de desfallecer.

Pese a que lo contaba con todo lujo de detalles, el corazón de Joel bombeaba gran cantidad de sangre y, si bien permanecía semi incorporado en el sofá, se percibía la agitación e incluso el temor en sus movimientos reflejos.

—¿Dónde te encuentras tú en ese momento? —preguntó Jonay.

—Estoy allí. Justo detrás de la puerta. No me atrevo a mirar porque sé que sabe dónde estoy y tampoco soy capaz de dar un paso para escaparme. Me caen gotas de sudor frío. Estoy muy asustado. Quiero llorar. Sé que no hay nadie más que me pueda ayudar en casa y ese hombre, no entiendo por qué está allí, por qué ha hecho lo que ha hecho. Hace unos segundos que ha dejado de oírse nada. No sé si el hombre malo seguirá en el comedor o habrá salido por la otra puerta, la que se comunica con la cocina. Decido mirar para estar seguro de que se ha ido antes de pedir ayuda. Giro la cabeza y la muevo muy despacito hasta estar en una posición que me permita ver lo que está sucediendo. Parece que no está. Solo veo a mi mamá y mi papá muertos en el suelo. Un poco más confiado, continúo moviendo un poco más la cabeza hacia mi derecha con el fin de estar completamente seguro. Cuando la puerta corredera desaparece, veo a ese hombre malo que justo en ese instante se coloca ante mí. Tengo tanto miedo que me orino encima.

—Tranquilo, Joel. Estoy aquí para protegerte.

—No puedo pronunciar una sola palabra. Estoy mudo, paralizado... Quiero moverme, pero no sé por qué me cuesta tanto hacerlo. El hombre ha tirado ya el cuchillo y sus ojos están también como idos, lleva una camisa blanca y unos pantalones vaqueros manchados de sangre por zonas. Las manos, hacia abajo, chorrean gotas rojas que desembocan en el suelo. El tiempo parece haberse detenido. Tengo sentimientos encontrados: por un lado, me aterroriza ese hombre y lo que ha hecho; por otro lado, parece que me está salvando de algo, que trata de tranquilizarme con la mirada. No lo consigue.

—Algún día lo entenderás.

Se va con una tranquilidad pasmosa y yo me quedo tal cual, como si

fuera una estatua de piedra. Quiero gritar, quiero morirme con mis padres. Me he quedado solo, ¿qué va a ser de mí?, ¿quién me cuidará?

Como si empezara a reaccionar, el Joel adulto se permitía derrochar una cascada de lágrimas al tiempo que su voz iba alzándose y se ponía cada vez más nervioso. Comenzó a removerse en el asiento y parecía que le iba a dar una especie de ataque, así que Jonay se levantó de la butaca para desplazarse hasta su amigo y tratar de sujetarle.

—Ya está. Ya está. No estás allí. Sal de esa casa y márchate a otro sitio donde te puedas relajar, a una playa o al monte. Tranquilo. Todo está bien. Nadie te puede hacer daño. Estás seguro conmigo. Yo te protejo. Respira hondo. Así. Tres veces más. Vamos a iniciar el regreso. Vas a recordar todo lo que has visto, pero te vas a despertar relajado, como si supieras que todo es un sueño falso, quédate con la última imagen que estás viendo: esa playa o esa montaña donde reina la paz.

Dejó pasar unos segundos antes de continuar.

—Cuando cuente hasta diez despertarás. Irás poco a poco percibiendo tu cuerpo: uno, los dedos de las manos y los pies hormiguean, los empiezas a notar; dos, estás tranquilo pero sientes los latidos de tu corazón; tres, eres consciente de que puedes mover sus manos y tus pies; cuatro, notas tu nariz, tus orejas, tu boca; cinco, sigues relajado pero ahora empiezas a mover la cabeza; seis, percibes tu cuerpo, se está despertando, el cuello, el pecho, el estómago...; siete, la cadera, las piernas, las rodillas...; ocho, percibes el asiento en el que estás recostado; nueve, más despierto, más consciente, totalmente relajado; diez, abre los ojos. Estás de nuevo en mi casa y todo está bien.

CAPÍTULO 13

No alcanzaba a calcular el tiempo que llevaba recostada en el frío suelo de aquel cuchitril. El olor a humedad había sido sustituido por hedor a humanidad, a orines, a vómitos. En apenas quince metros cuadrados había recluidas una veintena de mujeres. Todas ellas desvalidas y malnutridas. Evangelina era una de ellas, brasileña, con veintidós años recién cumplidos. Siempre se había tenido por una chica fuerte y, sin embargo, ahora se sentía la mujer más desgraciada y frágil del universo.

Llevaban cinco días hacinadas en aquel espacio infecto. Muchas eran mestizas como ella y unas pocas procedían del Este de Europa. Lo sabía porque les había oído hablar. Incluso había una mujer embarazada, a punto de dar a luz. No paraba de quejarse y eso acrecentaba las protestas del resto, insensibilizadas después de varios días de gemidos que nadie trataba de atajar.

En aquel espacio únicamente compuesto por cuatro paredes azuladas de la humedad, iluminado por una bombilla que apenas permitía distinguir detalles, destacaba la escalera de hormigón que partía de la estancia para ascender a una planta superior separada del resto por medio de una puerta de hierro, que las más atrevidas, nada más recalar allí, se habían hartado de golpear hasta la extenuación sin obtener el resultado perseguido: salir de allí.

Evangelina había entrado en contacto con algunas chicas: una colombiana, otra mejicana, dos dominicanas, y una más brasileña, como ella. Todas reconocían no entender el motivo por el que las mantenían allí: pagaron lo que les pidieron para poder viajar a España y trabajar como siempre habían hecho en sus países. Y al pisar suelo ibérico destrozaron sus sueños en mil pedazos.

En su caso, se pasó la adolescencia y la juventud estudiando. Sus padres carecían de recursos y trabajaban en todo lo que podían, pero siempre inculcaron a la hija que la única manera de salir adelante, de librarse de aquella miseria, pasaba por estudiar. ¡Y vaya si lo hizo! Acabó la carrera de psicología, de hecho, fue la primera de su promoción, y alternó la universidad con el aprendizaje de inglés y español. Su idea, desde un primer momento,

era emigrar a Estados Unidos, a San Diego, en California, donde su primo Joao se había hecho un hueco en un taller de coches. Él mismo la animaba a prepararse y le aseguraba que cuando terminara la mandaría llamar. No fue así.

Cuando obtuvo el título, salía con un moreno fortachón de su barrio. Así que demoró la petición porque no estaba segura de sus sentimientos. A los pocos meses se dio cuenta de que él carecía de aspiraciones, que se había acostumbrado a sobrevivir sin más, que la compartía con otras mujeres, y un cosquilleo le recorrió de arriba abajo el estómago cuando se animó a retomar el sueño de viajar a Norteamérica. Con el título bajo el brazo y profusos conocimientos de tres idiomas marcó el número de Joao ilusionada, deseosa de comunicarle que estaban a punto de volver a abrazarse.

—Estoy preparada. Aprobé todo con buena nota.

—¡Ya! Es usted la más grande. Tan requeteguapa y lista. Pensé que se demoraría más en acabarlo todo.

—Pues no. Estoy deseando verle, primo.

—Ya, bueno... es que... ahora... no es el mejor momento.

—¿Por qué?

—Estoy en relaciones con una chica de aquí y acaba de venirse a vivir conmigo.

—Joao, yo no ocupo nada de sitio. Estoy dispuesta a dormir en el suelo si hace falta.

—¡Qué va! No sabe cómo está la Migra ahora con todo eso. Lo mejor sería que siguiera estudiando y ya, dentro de un par de años, estaré en disposición de acogerla.

—Pero, primo —el tono de la joven comenzó a ser implorante—, necesito irme de aquí. Es insoportable.

—Ya, bueno... No vaya a pensar que aquí todo es miel sobre hojuelas, tampoco hay tanto trabajo, menos para las chicas jóvenes y sudamericanas, como usted.

—Usted me dijo...

—Sí, ya yo sé lo que le dije y con gusto la invitaría si pudiera.

La chica no pudo reprimir más sus lágrimas y golpeó el teléfono mientras liberaba tensión. Su padre, que observaba la secuencia, se acercó comprensivo a ella y cogió el teléfono para hablar con el primo.

—Joao.

De nuevo le soltó toda la retahíla de excusas por las que no podía acoger

a la joven, excepto la verdadera: estaba sin un dólar, se había quedado en paro y se estaba planteando trapichear con droga para salir del hoyo. No era un buen momento para ocuparse de una prima curiosa. Sobre todo, porque a sus cuarenta y cuatro años creía que había fracasado y se encontraba desesperado. Decirles la verdad era extender preocupación a la familia en un momento en el que ninguno de ellos podía hacer nada por ayudarlo. De forma que se vio obligado a mentir a su prima, aun reprimiendo su rabia por no poder cumplir su promesa, ni siquiera a ella, cuyos padres fueron tan generosos que le entregaron una buena suma de dinero antes de despedirse.

—Está bien, Joao, lo entiendo. Ya nos arreglaremos.

Pero no lo hicieron. Evangelina entró en picado en una depresión exógena, por una causa real: necesitaba marcharse de aquel país e iniciar una nueva vida.

Su propio padre no soportaba verla así, a su hija única, la niña de sus ojos, esa que llegó cuando ya casi habían renunciado, después de tantos intentos. Por eso, localizó una agencia española que se dedicaba a ayudar a chicas a entrar en el país y labrarse un futuro por medio de un contrato laboral.

Evangelina, aleccionada por Rafael, su progenitor, y por su propia madre, Sonia, decidió acudir a dicha agencia: le ofrecían un trabajo en España, el viaje e incluso apoyo en los primeros meses de llegada; eso sí, estaba obligada a pagar más de dos millones de pesetas, sesenta mil reales, una fortuna imposible en un país donde su propia familia no ingresaba en total más de sesenta al mes y eso deslomándose a trabajar.

Quiso ocultarles el resultado de la entrevista por evitarles sufrimiento, pero al llegar a casa se encontró con los dos expectantes y deseosos de saber lo que había sucedido. Al escuchar el dineral que era necesario, intercambiaron entre ellos una mirada cómplice.

—Yo sé que jamás podré reunir tal cantidad de dinero.

—Hija, nosotros...

—Padre, no. No quiero que se sacrifiquen más por mí. Ya es suficiente. Trataré de buscarme aquí la vida.

—No tienes que hacerlo. Tenemos cincuenta mil reales ahorrados. Llevamos toda la vida incrementándolo, monedita a monedita, para emergencias. Ya lo hemos hablado entre los dos. Y este es el momento.

—No, por favor. No quiero sentir que les dejo sin nada. Además, ni siquiera con todo eso será suficiente.

—No te apures, hija mía. Tenemos mucha familia y cada cual aportará lo que pueda. Así lo hicimos siempre.

—¡Oh, papá! ¿Cómo podré devolverles yo todo eso?

—Ya lo has hecho. Con tu amor, tu manera de esforzarte en los estudios. Te mereces lo mejor.

—Además —añadió la madre—, así tendremos un sitio para jubilarnos cuando seamos más mayores.

—Seguro que sí. Allí donde yo esté, tendrán ustedes su casa. No lo duden.

Los preparativos fueron más rápidos de lo que todos esperaban y un par de semanas después de entregar la suma ya tenía los billetes para el inminente vuelo a Madrid. No era Estados Unidos, pero podía servir para emprender nuevos sueños, nuevas ilusiones en un país que había superado con creces la transición desde una dictadura a un régimen democrático.

El largo viaje —ella nunca había recorrido una distancia semejante—, acompañada de un español que se suponía que le ayudaría a pasar la aduana una vez pisada tierra española, le sirvió para aclararse, para decidir qué trabajos escoger y cuáles no. Sabía que tendría que empezar por lo más modesto, limpiar casas o lo que fuera, pero también estaba dispuesta a continuar preparándose, a homologar sus estudios y a tener paciencia.

Al llegar al aeropuerto de Barajas, el acompañante de Evangelina entregó los papeles a la policía española y, después de unos segundos de duda, se los devolvió. A continuación, ambos salieron de la terminal, con el equipaje en la mano. Le pareció que aquel hombre serio no era muy galante porque ni siquiera le llevó la maleta, ni tampoco quiso hablar apenas con ella durante el vuelo; por otra parte, pensó que el machismo imperante en Brasil también se reflejaba a través de la galantería, así que entendió que tendría que amoldarse a esas nuevas costumbres. Al salir por la puerta de cristal, su acompañante saludó a un joven treintañero, con aspecto agradable, de melena castaña y bien vestido, que la saludó escuetamente. Junto a él había otras chicas, morenas la mayoría, también con su maleta en la mano.

—Bueno, niñas, creo que ya estamos todas, así que nos vamos.

—¿Adónde? —preguntó la más atrevida.

—¡Ya lo verás! —exclamó él con una media sonrisa plagada de picardía.

Las chicas se miraron curiosas y nada asustadas. Les hicieron caminar varios minutos, hasta llegar a un lugar semi apartado del aeropuerto, donde

localizaron una furgoneta grande, blanca y con los cristales tintados. El treintañero abrió las puertas traseras y quedó al descubierto una fila de bancos en los laterales.

—Podéis ir entrando.

—¿Aquí cabemos todas? —preguntó la misma chica de antes.

—Será mejor que sí, porque si no, vais a ir más que apretujadas.

Casi a empujones, fueron ayudando a colocarse a la decena de chicas absortas por el trato.

—Esto no era lo que me habían prometido. —Evangelina no pudo contenerse al ver que incluso el chico le había puesto la mano en el culo.

—Luego nos pones una reclamación, bonita. No te preocupes.

Inmediatamente después de su respuesta, el joven cerró ambas puertas de un portazo e incluso giró la llave.

En esa parte oscura, las jóvenes se miraban incrédulas.

—¿Alguien sabe adónde nos llevan? —la pregunta procedía de una boliviana rellenita, de estatura media, con una cara entre nerviosa y risueña.

—Pos, a mí me dijeron que me llevarían a una casa a trabajar para empezar —respondió la que estaba a su lado.

A través del pequeño cristal que comunicaba con el asiento del piloto y el copiloto, ante el silencio de las jóvenes, la voz de los dos chicos se escuchaba perfectamente.

—¿Cómo es que has venido tú? ¿No es tu hermano el que lleva todo este cotarro? Deberías tener un puesto más tranquilo.

—Eso digo yo. Estoy hasta los cojones del capullo de mi hermano. Se ha pasado la vida dándome órdenes, como si yo fuera incapaz de hacer nada. Y la mosquita muerta de mi cuñada es aún peor. Ella es la que le pone firme y la que da instrucciones de cómo hacer las cosas.

—Nadie lo diría, con ese aspecto tan delicado.

—¡Ya ves!... Menos mal que mi mujer está al margen de todo. No soportaría a una esposa así a mi lado.

Los jóvenes continuaron charlando más de tres horas, el tiempo que tardaron en llegar a su destino, sin reparar en que las chicas estaban absolutamente exhaustas del viaje, sin una referencia que les permitiera siquiera intuir los lugares que iban atravesando. Por fin, el vehículo se detuvo y algunas intercambiaron miradas cómplices de satisfacción hasta que se abrieron nuevamente las puertas.

—Hala, venga, salid todas, que llevo prisa.

Las muchachas se apresuraron a desalojar la furgoneta. El maquillaje de algunas de ellas se había descorrido por el calor y tenían el cabello enredado. A su frente, una especie de chabola o cabaña destacaba en un entorno natural y despoblado. A cierta distancia, solo acertaron a ver árboles y matorrales. El paisaje distaba mucho de lo que habían imaginado que encontrarían.

—Quisiera tomar una ducha y asearme un poco, antes de nada —de nuevo, la joven más osada, lanzó la petición.

—Sí, hombre, y yo quisiera tener una finca en Miami, ¡no te digo! Anda, entrad ahí... Os esperan.

Una a una, bajo una oscura sombra de preocupación que sobrevolaba el ambiente, fueron introduciéndose en el habitáculo donde un hombre de no más de treinta años y otro algo mayor, calvo y barrigón, vestidos ambos de traje, les aguardaban pacientes.

Fueron ocupando el lugar que les señalaban los dos chicos que las habían traído. El joven trajeado se dirigió primero en voz baja a uno de los dos recién llegados.

—¿Todo bien, hermanito?

—Todo en orden.

—Gracias. Tengo muchos planes para ti. Luego hablamos.

A continuación, habló a las muchachas:

—Señoritas, estamos encantados de recibirlos. Lo que tengo en mis manos son vuestros pasaportes legales, esos que os permitirán entrar y salir del país cuando lo consideréis oportuno. Por desgracia, ahora los debo guardar en mi poder. Han cambiado las leyes españolas y os habéis convertido de la noche a la mañana en ilegales, así que es preferible que la documentación esté a buen recaudo. Mientras tanto, no podemos permitir que andéis solas por el país, así que permaneceréis bajo nuestra tutela. Por supuesto, todo este contratiempo aumenta los costes respecto a lo anteriormente pactado, pero no os apuréis, trabajaréis para nosotros y de esta forma iréis abonando la deuda hasta que esté completamente saldada. Serán apenas unos meses. Comprended que es necesario, porque si os dejamos libres en el territorio nacional podríais exponeros a que os detenga la Policía y, a que os deporten, en el mejor de los casos. Lo digo porque la legislación es ahora tan estricta que lo más habitual es que aparezcan cadáveres de chicas como vosotras a diario en las riberas de los ríos, a manos de las propias autoridades. Así que tenéis que ser conscientes de que es con nosotros con quienes estaréis más seguras. ¿Alguna pregunta?

—Sí, yo. —Evangelina se atrevió a intervenir a pesar del temor y la confusión que había generado aquella perorata en su fuero interno—. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda volver a mi casa?

—Por supuesto, cuando quieras, pero antes tendrías que reunir el dinero del coste de tu billete además de la deuda que has contraído con nosotros. ¿Lo tienes?

—No, pensaba trabajar aquí para reunirlo.

—Y lo harás guapa, no te quepa la menor duda de que lo harás. Y de esta forma iremos pagando poco a poco lo que nos debes y después podrás incluso ahorrar dinero para irte o hacer lo que quieras.

—¿Y de cuánto es esa deuda? —preguntó la osada chica colombiana, de cabellera rizada y no más de diecinueve años, delgada, enjuta y de labios prominentes.

—Habrá que hacer cuentas. Por el momento, no lo sabemos.

—¿Y en qué vamos a trabajar? —insistió.

—Quieres saberlo todo muy rápido. A su debido tiempo os enterareis. Tranquilas. Acomodaos y descansad. Podéis pasar a esa sala y, por cierto, bienvenidas a España.

¿Acomodaos? ¿Tendría poca vergüenza el tío? Les introdujo en aquella lúgubre habitación en la que llevaban tantas horas encerradas sin ver los rayos diurnos que habían perdido la noción del tiempo, con un par de inodoros en una esquina, separados del resto de la estancia por una cortina, un espejo ajado y una bombilla que las mantenía en la semioscuridad como única luz artificial. A través de una abertura en la pared, les pasaban los platos de comida: arroz, pollo, pasta... todo cocinado con prisa y sin demasiado esmero. En las primeras horas aporrearon la puerta y pidieron explicaciones, hasta que una de ellas, descorazonada, fue la primera en declarar en voz alta a las que estaban a su alrededor lo que muchas de ellas llevaban tiempo sospechando.

—Esto ha sido una estafa. Nos han secuestrado. No tenemos documentación, no podemos salir de aquí porque nos pillarían. Así que estos hombres nos mantienen retenidas para su conveniencia. Ahora nos dicen que tenemos que pagar una deuda que se han sacado de la manga y me temo que lo que pretenden es que trabajemos para ellos, que ayudemos a enriquecerles, mientras nosotras no veremos ni un céntimo.

Sin poder pronunciar una palabra más, la muchacha se derrumbó en un mar de lágrimas. Su llanto era el único sonido que rasgaba la cortina del

silencio. Todas las mujeres habían ido girando sus cabezas hacia la voz de aquella joven de apariencia angelical, cabello liso recogido con una coleta, negro azabache, morena de tez, ojos negros y pómulos rojizos. Llamaba la atención la voluptuosidad de sus pechos porque contrastaban con un cuerpo delgado y sin demasiadas curvas.

Evangelina se levantó y caminó hacia la parte opuesta de la habitación, en la que se encontraba aquella otra chica. Se agachó y la abrazó con dulzura.

—¿Cómo te llamas?

—María Elena.

—¿Y de dónde vienes?

—De Quito.

—Yo soy Evangelina y vengo de Río de Janeiro. Puede que tengas razón, pero aquí estamos todas en la misma situación y podemos apoyarnos unas a otras.

Otra de las mujeres rompió igualmente a llorar como reflejo de la primera y varias más gimoteaban en la intimidad.

—Lo peor está por llegar. ¿Qué trabajo nos aguardará? —La osada colombiana hablaba con profunda amargura.

—¡Quién sabe! Tal vez sea limpiando casas... —Evangelina detectó la dirección de la pregunta y quiso dar un giro de atención.

—¡No seas ingenua! Nos tienen aquí para prostituirnos. Ese es el trabajo para el que nos quieren: de putas.

Unas cuantas arreciaron el llanto y otras soltaron un grito sofocado antes de concluir. Evangelina eligió abrazarse a su compañera mientras escuchaban el sonido de la llave que giraba en la puerta anunciando por primera vez en los últimos cinco días que alguien iba a entrar y que, por fin, algo pasaría.

CAPÍTULO 14

Joel bebía ansioso el vaso de agua que su colega le había ofrecido mientras le observaba visiblemente afectado.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien... supongo.

—¿Seguro? Mira que llevo años de profesión y pocas veces me he impresionado tanto durante una sesión.

No respondió porque se le hizo un nudo en la garganta. Trataba de recomponer en silencio en su mente los retazos de aquel relato que él mismo había ido desentrañando a lo largo de los últimos minutos frente a Jonay. No acaba de entender muy bien lo que había sucedido. Sentía angustia, pero al mismo tiempo una sensación liberadora, como si el recuerdo exorcizado por fin hubiera salido de un baúl cerrado bajo llave.

—Tengo que decirte, antes de nada, que a veces la hipnosis te arrastra hacia caminos ignotos. No puedo asegurarte que esto que has contado haya ocurrido alguna vez o sea simplemente una fantasía de tu mente que te ha transportado hacia un lugar imaginario solo para buscar explicaciones a un estado de alerta que te tiene subyugado. Aun así, como te he dicho antes, has dado tantos detalles y parecía tan real...

—Porque lo era.

—¿Qué quieres decir?

—Ha sido una vivencia, no un sueño. Lo he experimentado con la misma intensidad con la que ahora mismo sé que hablo contigo. Todo eso fue real. Quizás el pasado que creía cierto no ha sido más que una montaña de mentiras, construidas por alguien que quería hacerme olvidar. Es comprensible.

—Pero tú siempre me has dicho que te adoptaron y que tus padres biológicos murieron en un accidente de tráfico.

—Y eso es lo que siempre he creído, pero también tengo que reconocer que nunca he guardado imágenes de esos días, ni siquiera del funeral. Me explicaron que fue por evitarme sufrimiento y que me quedé con los servicios sociales, pero ¿y si no fue así? ¿Y si eliminaron de mi mente esos recuerdos o

aquel trauma me llevó a mí mismo a negarlos?

—¿Qué piensas hacer ahora?

—No hay otro camino. Tengo que indagar, he de saber qué hay de verdad en todo esto y por qué viene ahora a mí. Tal vez mi padre lo sabía y por eso me animó a través de su carta a remover el pasado.

—Mi consejo profesional es que en los próximos días busques calma. Si, como dices, son recuerdos, es muy posible que vayan surgiendo más imágenes para completar el puzle entero. Y si descubres que aquello fue lo que ocurrió, tendrías que empezar a hacer algún tipo de terapia. Un niño que se enfrenta a una tragedia de semejantes dimensiones, ver cómo sus padres son asesinados ante él sin que pueda hacer nada, conlleva inevitablemente a la culpa, a la angustia, al miedo... Es necesario protegerte de todo ello.

—Lo tendré en cuenta, pero lo primero es empezar a escarbar en mi pasado. Al menos, ahora tengo un hilo del que tirar. Muchas gracias, amigo.

—No hace falta que te diga que estoy aquí para cualquier cosa que necesites, que puedes contar conmigo.

—Siempre que no tengas una visita femenina, ¿no?

Aunque en apariencia formuló la pregunta con seriedad, la verdad es que trataba de reducir la tensión acumulada, pese a que Jonay, también impresionado aún por la vivencia, no hizo amago de reírse.

—Es broma. Siempre has sido mi amigo. Gracias por todo.

Joel se levantó apresuradamente y atravesó el umbral de entrada despidiéndose del psicólogo. Salió prácticamente en *shock*. ¿Cómo podía haber inventado toda esa historia si no era cierta? Había ahondado tanto que era capaz de describir incluso los rasgos faciales de sus padres y de aquel asesino inclemente que les había sesgado la vida de una forma tan cruel como enigmática.

Tenía muy claro cuál sería su próximo destino: la casa de su madre. Si el padre había guardado esta información en secreto, era previsible que la madre lo supiera. Y tenía claro que ni siquiera en ese caso la culparía. Era fácil comprender que lo habría hecho únicamente para protegerle y era más profundo el cariño que le procesaba que la decepción de haber sido engañado. Al abrir la puerta de casa se encontró con Sara sentada en su butacón, frente al televisor. Se dispuso a apagarlo para colocarse frente a ella. No la había querido avisar ni había previsto quedarse a comer como el día anterior; su intención era mantener una conversación sincera con ella y para eso debía ir al grano.

—Mamá, tengo que hacerte una pregunta y necesito que seas lo más sincera que puedas.

—¿Pasa algo, hijo? Te veo nervioso.

—No es grave, solo que quiero respuestas.

—¿Sobre qué?

—¿Qué les pasó realmente a mis padres biológicos?

—¿Tus padres? Fallecieron en un accidente de tráfico. Lo sabes igual que yo.

—¿Es eso cierto o solo el pasado más amable que habéis querido contarme?

—No te entiendo, hijo. Me estás preocupando.

—Tranquila. No quiero alterarte. He recordado ciertas cosas...

—¿Qué cosas?

—Una vivencia terrible de mis padres biológicos. Fueron asesinados, ¿verdad?

La pregunta cayó como un misil, sorprendente, inesperado, lleno de amargura. Los ojos de Sara se abrieron hasta que parecían estar a punto de estallarle de las órbitas. Trató de decir algo, pero sus palabras se ahogaban antes de ser pronunciadas. Joel, ante aquella reacción, comprendió que se aproximaba a un entorno que solo había circundado durante toda su vida: la verdad.

—¿Es así?

—Hijo, ¿qué has recordado?

—Mamá, ¿qué les pasó a mis padres biológicos?

La mujer no pudo contener las lágrimas que recorrían sus mejillas sin una expresión acompasada. Se levantó y caminó hacia la puerta despacio y segura, sin responder al hijo que trataba de saber adónde iba.

Joel permaneció quieto, confundido, sin decidirse sobre si seguir a la madre o permitir que fuera en solitario asimilando paulatinamente el hecho de que había destapado definitivamente una parte recóndita de su pasado. A los pocos minutos, Sara apareció frente a la puerta, todavía con los ojos nublados y sujetando un pañuelo en una mano y en la otra, una abultada carpeta. Se acomodó en su butacón y, cerrando los párpados, extendió sus manos, ofreciéndosela.

—Tenía la esperanza de que nunca tuviera que utilizarla. Jamás te preocupó indagar en tu infancia, pero soy consciente de que te pertenece, de que tienes derecho a conocerla y, si has venido a mí, es porque estás

preparado para saber.

Triste pero recompuesta, miró condescendentemente a su hijo mientras liberaba las gomas para extraer el contenido. Lo primero que pudo ver fue una imagen en color, algo ajada, de su madre biológica sentada en el interior de una sala. Cabello rubio, suelto, labios prominentes y ojos negros. Llevaba una camisa blanca y estaba apoyada en su mano derecha. Sonreía directamente a la cámara. Realmente, se intuía que era una mujer cautivadora y atractiva, de unos treinta y cinco años, la reconoció inmediatamente como la mujer que vio durante la sesión de hipnosis. Pasó la página, con cierta parsimonia, para encontrarse con su padre, castaño, ojos verdes y vestido con un traje de verano, mientras la madre le agarraba por la espalda. Infundía seguridad, con el cigarro en la boca, y también simpatía, aunque no se podía decir que fuera guapo, quizás por las orejas de soplillo o por una nariz algo desviada, que no le afeaba en exceso.

—No me parezco a ninguno de los dos.

Sara prefirió no responder y dejar que él solo fuera descubriendo las instantáneas a caballo, en el jardín, apoyados en un coche, en la playa... Fotos costumbristas, familiares, que le enviaron rayos fugaces de recuerdos vividos. A continuación, la información era más siniestra y triste: fotocopias de recortes de periódicos con las imágenes de ambos cónyuges y titulares en negrita y a gran tamaño: «Asesinado el matrimonio Escudero a sangre fría en su propia casa», «Cinco víctimas del descuartizador de El Born», «La policía detiene al descuartizador de El Born en la vivienda de sus dos últimas víctimas».

Durante los siguientes minutos, bajo la atenta mirada de una madre compungida y expectante, Joel se sumergió en la documentación que tenía frente a él en la que se narraba su propia historia. Según las noticias, la tragedia que acabó con la vida de sus padres se asemejaba punto por punto a aquello que él mismo había recordado el día anterior: era noche incipiente en uno de los barrios más de moda de Barcelona, El Born, en pleno centro, donde vivían al parecer sus padres biológicos, cuando el asesino entró en la casa rompiendo la cerradura y apuñaló mortal y certeramente al padre y a la madre. Las informaciones hablaban, asimismo, del hijo del matrimonio, que había entrado en *shock* al presenciar los hechos. Según contaban, el pequeño había sido acogido bajo la custodia de los servicios sociales, a pesar de que la víctima tenía un hermano que, por algún motivo que no explicaban, les había cedido su tutela. No aparecía ninguna otra familia aparte de esta persona.

En cuanto al ejecutor, los periódicos explicaban que se trataba de un asesino en serie, de origen americano, que había mantenido en jaque a las autoridades policiales durante varias semanas, después de haber acabado con la vida de cinco personas: dos hombres, una mujer y los padres de Joel. El *modus operandi* fue semejante en todos los casos, ocurrió en sus propias casas, todas ellas del citado barrio barcelonés, hundiendo cuchillazos en sus cuerpos, a una de ellas hasta en quince ocasiones.

Extrañamente, el descuartizador de El Born, después de acabar con sus padres salió del domicilio de ellos y caminó apenas unos metros para permanecer sentado, con la camisa empapada en sangre y el puñal teñido de rojo frente a él, hasta que llegaron los policías alertados por un vecino. No dijo una sola palabra, aunque reconoció todos los crímenes. En algunos diarios, un par de años más tarde, aparecía la noticia del juicio, que también despertó el interés general, en el que fue condenado a ciento cincuenta años, treinta por cada víctima. No se defendió, ni siquiera dio una explicación a sus actos. Los psicólogos y psiquiatras acreditados para el juicio aseveraron que estaba cuerdo y que era perfectamente consciente de lo que había hecho. Ingresó en prisión inmediatamente y después ya no había más informaciones al respecto.

Había pasado casi una hora y Joel respiró profundamente después de acabar de leer todo el material. Miró a su madre y a medida que su gesto se le iba descomponiendo formó un puchero, antes de cerrar los ojos. Sintió una punzada de dolor aguda en el pecho y se tapó la cara, gimiendo, ante la impotencia de su madre, que le abrazó con cariño. Pasados unos instantes, el joven empezó a recomponerse.

—¿Por qué? ¿Cómo alguien es capaz de hacer algo así a una pareja tan joven?

—Hay mucha maldad en el mundo, hijo mío. A veces, no hay respuestas.

—Pues... yo las necesito. Ahora quiero saber, ¿por qué los mataron?, ¿de dónde procedo?, ¿cuál es mi origen? Tengo que descubrirlo.

—Lo entiendo...

—Aquí dice que mi padre tenía un hermano.

—Así es. Él tenía esposa e hijos y parece que la tragedia le sobrepasó hasta un punto que no se vio con fuerzas de hacerse cargo de un niño aparentemente traumatizado.

—Pero... según las informaciones, mis padres eran ricos.

—Las apariencias... engañan. Estaban en bancarrota. Tu padre había sido empresario, pero parece que invirtió dinero en negocios que acabaron hundiéndose. En el momento de su muerte, incluso la casa estaba rehipotecada por segunda vez. No te dejaron nada.

—Necesito tiempo para digerir todo esto.

—Lo entiendo. Es demasiada información. Solo quiero que sepas que tu padre y yo no pudimos haberte amado más de lo que lo hicimos, que cuando nos contaron tu historia se nos partió el corazón y, siguiendo la recomendación de los profesionales decidimos callar y esperar por si alguna vez el pasado llegaba a visitarte. Queríamos creer que nunca ocurriría, pero éramos conscientes de que lo más probable era que acabara pasando. Parece ser que tú mismo transformaste la historia y empezaste a contar que tus padres habían fallecido en un accidente de tráfico. Los profesionales que te atendían entendieron que podía ser una forma de auto protegerte y de ir asimilando tu pasado. Además, tú nunca mostraste interés en revivirlo, fuiste un niño feliz, un joven responsable y afable y la única secuela de aquella terrible tragedia parecía ser ese carácter introvertido que te caracteriza. Es verdad que, en los últimos años, tu padre y yo estábamos preocupados porque te veíamos más perdido, más triste, y él quería abordar contigo la cuestión, pero yo lo detuve. No quería que sufrieras y tenía miedo de perderte.

—Mamá, pase lo que pase, tú siempre serás mi madre, igual que papá. Habéis estado siempre a mi lado, me habéis apoyado, me he sentido muy amado y protegido por vosotros. Por duro que sea lo que llegue, jamás dudes de que eres lo que más quiero.

Ahora sí, ambos compartieron un abrazo sincero colmado de lágrimas que se prolongó varios minutos.

—¿Entiendes que tengo que buscar en el pasado para que mi mente recupere la calma que ha perdido?

—No solo lo entiendo, aquí estaré para lo que me necesites.

—Lo primero que voy a hacer es visitar Asuntos Sociales. Debo conocer más datos de mi familia biológica antes de aparecer ante ella.

—Te acompañaré.

CAPÍTULO 15

—Por favor, sáquenos de aquí, esto es insoportable: el olor, la falta de higiene. Es inhumano.

Fue la primera petición que lanzó la colombiana al recién llegado, el mismo joven atractivo, con una pequeña cicatriz bajo el labio, 1,80 de altura y cabello castaño ensortijado y ojos verdes, que acababa de entrar en la habitación y permanecía en la parte superior de la escalinata, el que les había recibido el primer día. Esta vez no llevaba puesto un traje, sino un pantalón de pinzas y una camisa larga de cuadros, remangada.

—Tranquilas. A ello vamos. Voy a llamaros a algunas de vosotras y quiero que os coloquéis en esta escalera a medida que vayáis escuchando vuestros nombres.

Evangelina miró a la compañera de al lado entre temerosa y esperanzada.

—María Elena, Joana, Victoria, Nicoleta, María, Evangelina, Viorica, Alejandra, Antonia Leonarda y Elisabeth.

Las mujeres se fueron agrupando en la escalera. Evangelina se situó junto a Elisabeth, la joven embarazada que apenas se tenía en pie. En un gesto de solidaridad, le agarró del brazo tratando de ayudarla a sostenerse.

—Venid conmigo. Las demás, deberéis esperar un poco más. No demasiado, tranquilas.

Pese a que la desconfianza se había apoderado de todas las mujeres, aquel joven, con aspecto de buena persona, emanaba cierto halo de seguridad y respeto.

Ellas se subieron en una furgoneta similar a la que les había conducido a aquel lugar en medio de la nada. Ni siquiera hubieran sido capaces de localizarlo en un mapa, tampoco sabían demasiado de geografía española como para ubicarse. Los rayos del sol otoñal impregnaron los huesos de las muchachas por primera vez en varios días y Evangelina se sintió agradecida por ello. Extendió sus brazos y giró la cabeza hacia el cielo tratando de absorber la energía irradiada por el astro rey. Su maniobra fue interrumpida bruscamente por el mismo hombre que las había trasladado hasta aquel lugar

inmundo.

—Venga, para dentro, jacas, que no tengo todo el día.

—Trátalas con dulzura, hermano. Que se note que eres un caballero—. Le respondió el joven agradable, algo molesto.

—Perdóname, no sabía que te habías convertido de repente en un samaritano. Después de cómo te comportaste ayer con aquella fulana, a la que se han tenido que llevar al hospital.

—Eso es otra historia. Y no tienes por qué hablar de ello aquí delante.

—Tampoco deberías tú dejarme en evidencia ante las chicas por aparentar lo que no eres.

—¿Y es así como pretendes convertirte en mi socio? Me estás demostrando que todavía te queda mucho que aprender.

—Menos de lo que crees. Llevo mucho tiempo observándote y sé perfectamente cómo funciona el negocio.

—De verdad, no es el momento ni el lugar para hablar de esto.

—Está bien, es cierto que tenemos un largo viaje por delante y no quiero que se nos haga de noche. Ya lo hablaremos.

—Llévate a Hugo... Súbanse, señoritas.

El hombre ofreció su mano para que todas ellas pudieran acomodarse en el interior, en dos bancos acolchados dispuestos en cada lateral del vehículo, mientras su hermano lo observaba con una mezcla de recelo y odio.

Una vez más, al cerrar las puertas, la luz volvió a desaparecer detrás de unas ventanas con los cristales opacos y a lo largo de las más de seis horas de trayecto, algunas dormían, otras rezaban y Evangelina intentaba distraer a su colega embarazada.

—¿De cuánto estás?

—De ocho meses.

—¿Y cómo te has atrevido a hacer un viaje tan largo en esas circunstancias?

—¿Y tú me lo preguntas? He oído que eres brasileña, yo vivo en Méjico. Mi familia solo conoce la pobreza, mi marido es un hombre extraordinario; si supiera lo que estamos sufriendo no lo permitiría. No quiso que viniera, me imploró que lo olvidara, prometió que él se encargaría de los tres, pero cuando alrededor solo convives con la miseria y presientes que tu pequeño va a crecer en un lugar sin oportunidades, entonces es fácil tomar la determinación de hacer algo para cambiarlo. Conseguí que mi abuela, que me crio tras la muerte de mis padres, fuera cómplice del viaje y que vendiera

todo su patrimonio para que yo pudiera costear el pasaje. Estaba enferma desde hacía años y, poco antes de marcharme, ella también falleció. Mario se rindió a mis pies llorando y me imploró hasta el final que no viniera y yo no le hice caso. También trató de acompañarme, pero era una locura, sin dinero, sin posibilidades; incluso quiso viajar él mismo en solitario, aunque los dos sabíamos que si nuestro pequeño nacía en España tendríamos más oportunidades... así que tomamos la decisión de hacerlo de esta manera y quedamos en que lo llamaría cuando nos hubiéramos establecido y volveríamos entonces a reunirnos.

—¡Qué suerte tener a alguien pendiente de ti!

—¿Suerte? Tengo veinte años y estoy sola en un país extraño, sin el apoyo de los míos y sin poder comunicarme con ellos. Debí escuchar a Mario. ¡Él nunca se equivoca!

—Bueno, ahora, todas estamos igual. Tendremos que considerarnos familia ya que la nuestra está tan lejos.

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

—Soy Evangelina, ¿y tú?

—Elisabeth.

Cuando la furgoneta por fin se detuvo, a todas las mujeres les dolían los huesos de la incómoda postura. Nada más abrirse el portón trasero del vehículo, el conductor, enfadado y de malos modos se afanó en echarlas a la fuerza.

—Id saliendo una a una y rapidito que no tengo tiempo.

Se encontraban en un pueblo, eso era obvio porque no había edificios altos ni tampoco grandes avenidas, solo una calle y una casa semiabandonada frente a ellas. La fachada lindaba con un aparcamiento que, a su vez, limitaba con una carretera comarcal al otro lado de la cual había un pinar que ascendía hasta que la vista se perdía. Ni rastro de existencia humana alrededor, si bien a unos cientos de metros de distancia se podía divisar un núcleo de población, con un conglomerado de casas rurales. Pese a que desde el exterior aparentaba ser una agradable cabaña montañera, al entrar, la profundidad y amplitud eran mayores de lo esperado. Frente a ellas, una escalinata llevaba a una segunda planta; a la izquierda se podía apreciar una puerta semiabierta, que Evangelina empujó disimuladamente para dejar al descubierto un despacho, con su escritorio junto a la ventana y un armario grande. El conductor, sin embargo, las llevó a la derecha, hacia una sala de estar sin mucho mobiliario, más que una mesa de roble amplia rodeada de una docena

de sillas, además de un sofá frente a la chimenea.

Las chicas se fueron distribuyendo por la estancia con rostros de preocupación y temor, mientras, a su espalda, caminaba hacia ellas una señora de mediana edad, oronda, rubia teñida, exageradamente maquillada y con el cabello encrespado.

—Bienvenidas, chicas.

La voz ronca y atónica les puso en guardia.

—Me llamo Rosa y podéis llamarme doña Rosa a partir de ahora. Digamos que voy a ser vuestra jefa, pero también la persona a la que podréis recurrir cuando necesitéis cualquier cosa.

—A mí me gustaría bañarme, por favor —suplicó María Elena.

—Todo a su tiempo, morenita —y mientras se lo decía, se acercó a la chica—, aunque la verdad es que os hace falta una ducha urgente. ¡Vaya pestazo!

El conductor del vehículo aprovechó la coyuntura para agarrar el trasero de Evangelina, pillándole tan desprevenida que dio un salto.

—¡Menudo culito respingón! Va a volver locos a los hombres.

—Señor, por favor... —La brasileña no se atrevió a responderle con la contundencia que lo hubiera hecho fuera de aquel sitio.

—Venga, chato, deja el material, no lo vayas a estropear antes de que lo estrenen.

Doña Rosita mostró su mejor sonrisa al chico.

—¡Está bien! Pero quiero que me reserves una noche enterita con ella.

—Eso está hecho.

La mujer guiñó un ojo al hombre, antes de dirigirse al resto.

—Tenéis que trabajar, ya os lo dijimos. Aquí vais a poder empezar a pagar vuestras deudas.

—¿Y qué vamos a hacer? Tal vez no estamos capacitadas para la labor que quieren que hagamos...

La enorme risotada de la tal Rosa retumbó en la habitación. Al instante, la señora, que deambulaba observando a las chicas, torció el gesto.

—¡No me dijiste que había una embarazada! ¿Y qué hacemos con ella?

El hombre le respondió con inusitada parsimonia.

—Está a punto de parir. Hasta entonces, ofrécesela a los clientes más morbosillos.

Doña Rosita se quedó pensando un momento y sonrió.

—Está bien. Me quedo con ella.

—El jefe aparecerá por aquí en los próximos días. Espero que el negocio se haya puesto en marcha para entonces.

—¿Está ya preparado su catálogo?

—Por supuesto, listo y circulando de mano en mano.

—Pues, en ese caso, no tienes de qué preocuparte. Sé perfectamente cómo hacer mi trabajo.

—Eso espero.

El conductor levantó la mano a modo de despedida y abandonó la sala dejando a las desvalidas jóvenes con la mujer. Ella, inmediatamente, les instó a seguirla hasta la segunda planta, donde un pasillo largo conducía a media docena de puertas distribuidas a ambos lados. Fue abriendo una a una con el fin de introducir a dos en cada habitación, antes de proceder a encerrarlas con llave. Al dejar a la primera pareja les dijo:

—Acomodaos y descansad.

Al resto, que aguardaban entre aterradas y atónitas, ni siquiera les repitió las instrucciones, se limitó a abrir puertas y empujar a las más reacias al interior. Al final del pasillo, a mano derecha, les tocó el turno a Evangelina y a Elisabeth.

—Vosotras habéis obtenido el premio gordo. Una de las dos debuta esta noche. ¡Enhorabuena!

Ambas se miraron desoladas mientras que la mujer les cerraba la puerta en su propia cara. Había dos camas pequeñas, con somieres de láminas, algunas de las cuales estaban rotas, algo que quedaba patente porque los colchones permanecían apoyados en la pared. Al cogerlos, para colocarlos en su sitio se dieron cuenta de lo poco que pesaban y de su extrema delgadez, algo que notarían al dormir cada noche. Una única y pequeña ventana les comunicaba con el exterior, pese a que no se podía abrir por ninguna parte, porque habían clavado maderas que impedían incluso el paso de la luz diurna. Al abrir el armario empotrado de dos puertas, hallaron algunas perchas de plástico y tres maderas para dividir el espacio.

—¡Qué horror! Mi casa era un palacio al lado de esto.

Las dos chicas se abrazaron llorosas y trataron de consolarse la una a la otra pese a que su futuro no podía intuirse más negro, sobre todo después de que les comunicaran que una de ellas estaba a punto de entrar en el infierno.

CAPÍTULO 16

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra?

La dulce voz de la enfermera le ayudó a volver a la consciencia y trató con dificultad de abrir unos ojos hinchados por los golpes. Lucas intentaba enfocar la imagen que emergía a contraluz frente a él y no estaba seguro de si se trataba de una escena real o imaginada. Hacía tiempo que había descubierto que la diferencia entre el sueño y la realidad únicamente radica en el hecho de que cada mañana somos conscientes de que el primero es falso, pero nos cuesta más llegar a la conclusión de que el mundo exterior es igual de irreal.

Ladeó mínimamente la cabeza, lo justo para percatarse de que estaba postrado en una cama, cubierto de vendajes y con un gotero inyectado en vena.

—¿Qué ha pasado? —su voz sonaba débil, pero sin aparente sorpresa, como si el incidente no hubiera afectado lo más mínimo a su naturalidad.

—Te trajeron prácticamente inconsciente, parece que te cayó un árbol encima. —Viró el gesto de incredulidad—. El caso es que te hemos hecho una transfusión, porque perdiste mucha sangre, y te mantenemos con analgésicos y antibióticos para que baje la inflamación de los golpes. Llevas aquí dos días.

—Tengo mucha sed. ¿Puedo beber un vaso de agua?

—Por supuesto. Has perdido muchas sales y el suero te está ayudando a recuperarte, pero es lógico que estés sediento. Por cierto, hablabas en sueños, apenas se te entendía nada, parecía otro idioma, pero sí escuché claramente cómo repetías: «No, no quiero que muera, no, por favor» como si te estuvieran anunciando que alguien cercano iba a fallecer.

—No recuerdo nada.

—Sería la fiebre.

Mientras la enfermera le traía el vaso de agua, recordó una imagen del sueño que había tenido y le vino a la mente la palabra *Fehetsejen*, un espectro en idioma mazateco, el que probablemente había oído la sanitaria. Todavía le resultaba más sencillo encontrar el término adecuado en su lengua de cuna

que en español, especialmente cuando se trataba de una idea mágica. Huautla de Jiménez era un recóndito territorio en plena sierra mazateca, en el Estado mejicano de Oaxaca, que se había hecho popular entre intelectuales, académicos y celebridades del siglo XX por la importancia y la cantidad de chamanes en un pueblo de 10 000 habitantes, entre los cuales destacó María Sabina, una personalidad retratada incluso en publicaciones norteamericanas que falleció en noviembre de 1985 y popularizó la utilización de plantas alucinógenas.

Su tío, discípulo de María Sabina, le ofreció por primera vez un hongo mágico llamado seta psilocibina, cuyas propiedades psicoactivas le confirieron un importante valor religioso entre los pueblos indígenas del mundo, desde hacía miles de años.

Aquel día, por efecto de dicho hongo, Lucas se encontró de frente con su nagual, en forma de leopardo. El animal daba vueltas a su alrededor en mitad de un bosque, mientras ambos se comunicaban sin despegar los labios. Le contó que era un espíritu viejo, que había elegido volver una última vez para afrontar retos complejos, que le aguardaba un largo camino por delante y que todas las preguntas que se hiciera acabarían siendo respondidas.

La experiencia chamánica le sobrecogió hasta el punto de que todavía ahora, convaleciente, distinguía nuevos detalles de aquella mágica conversación.

Y se le había presentado este recuerdo porque en el sueño del que hablaba la enfermera aparecía *Fehetsejen*, un espectro junto a su nagual, el leopardo, infundiéndole fuerza y alertándole de lo que iba a ocurrir, algo para lo que ni siquiera él estaba dispuesto. Al pensarlo, suspiró y su faz reflejó la amargura que somatizaba, hasta tal punto que llegó a enternecer a la enfermera cuando apareció con el vaso en la mano.

—Mire —le espetó la mujer—, no suelo aceptar este tipo de ruegos, pero me da la impresión de que es usted una buena persona. Lo tengo terminantemente prohibido, en fin, tome... Me han pedido que le entregue esto, de parte de otro recluso, lo iba a romper...

Era un papel doblado. La muchacha ni siquiera quiso esperar a que lo abriera y se marchó. A decir verdad, Lucas no necesitaba extenderlo para saber quién lo enviaba, aunque estaba nervioso por conocer el contenido.

«Estamos en paz. No nos debemos nada.

Espero que te recuperes pronto.

Un abrazo.

Marcos».

Sonrió con plenitud. Sabía que llegaría ese momento, pero no por eso le alegraba menos. La primera vez que vio a Marcos estableció con él una conexión irrefrenable que desembocó en un cúmulo de emociones contrapuestas al tocar su hombro... No se trataba de una sensación, era como si sus almas transfirieran información sobre su vida, sus recuerdos, sus traumas, ilusiones, decepciones o expectativas. Y la emoción que despuntaba era la decepción por el mundo: Marcos había dejado de creer en nadie, ni en su familia, ni en sus amigos, ni siquiera en sí mismo. Era un ser atormentado clamando por hallar una pequeña brecha en mitad de la oscuridad. No era la primera vez que le sucedía a Lucas, tampoco acababa de acostumbrarse, especialmente por esa especie de corriente eléctrica que experimentaba internamente sin que el mundo se diera cuenta.

En aquella ocasión, el chamán tuvo claro que estaban destinados a entenderse, que él era el maestro idóneo para ese alumno, Marcos, cuando estuviera listo para recibirlo. A partir de ese momento, el sentido de su propia vida pasaba por interferir en la del chico. No sabía si terminaría viendo la verdad, pero su función no era cuestionarlo, sino desempeñar su cometido. Las casualidades no existen, nada ocurre porque sí, todo tiene un sentido y un significado y cada nueva experiencia que aparece ante nosotros es la oportunidad ideal para que elijamos el amor en lugar del dolor. Y todos llegan, tarde o temprano, a alcanzarla, solo que algunos han de abandonar el cuerpo físico para descubrirla.

Lucas se recreó en ese dulce ahora en el que había conseguido revocar la actitud hacia él de un chico tan especial. Cerró otra vez los ojos y degustó cada palabra escrita en el papel a la espera de sucesivos encuentros con el destino, ese que está hecho y no hecho a la vez.

Unos días después, Marcos descansaba sobre su lecho, aturdido todavía por un episodio que no acertaba a interpretar con exactitud. ¿Cómo había podido pasar del odio a algo más parecido al aprecio en tan corto plazo? Ya le asombraba su propia actitud beligerante y esa aversión tan exagerada por alguien que apenas conocía, como si se viera empujado a destruirle y, sin más, después de haberle salvado la vida, esa emoción había desaparecido como el agua de la lluvia al contacto con el fuego. Claro que lo conoció como

uno de los asesinos más salvajes y temidos de la prisión y, ese mismo al que le había hecho durante semanas la vida imposible había arriesgado la suya para salvarle. A él, que desde muy pequeño había aprendido a ser autosuficiente, que había comprendido que estaba solo ante los peligros del mundo. Seguía queriendo a sus amigos, aunque no hubieran dado señales desde su reclusión y apenas se había detenido a profundizar en esas emociones. Le aterraba, después de la traición de su novia, verse obligado a descartar también a sus colegas por no haber sido capaces de apoyarles con su presencia.

En un gesto sorprendente para él, Lucas le había regalado más cariño sincero y desinteresado del que había obtenido en muchos años de nadie del exterior.

El sonido de la llave en la puerta irrumpió entre sus pensamientos.

—Nos lo pediste y aquí tienes a tu nuevo compañero. Para que veas que te hacemos caso.

El vigilante de seguridad se apartó hacia un lado para dejar a la vista a Lucas, aún magullado, con un fajo de ropa sobre sus manos y una sonrisa en los labios.

—Hala, aquí os dejo, para que intiméis.

El guarda soltó una risita nerviosa y salió de la celda cerrando la puerta. Los dos nuevos compañeros de habitación se examinaron unos segundos sin saber muy bien qué decir.

—Pasa, pasa y pon tus cosas por ahí.

El compañero con el que estaba Marcos se había marchado un día antes: había obtenido el tercer grado y pasaría a combinar la libertad con la reclusión en el CIS (Centro de Internamiento Social), un paso previo a salir en libertad. Así que había disfrutado de una noche en soledad, pese a que era consciente de que no duraría. Él mismo se prestó a admitirle en su celda, al comprobar que en la de Lucas habían incluido a otro recluso. No sabía si aceptaría su propuesta y al verle se alegró.

—Bienvenido.

—Gracias.

El más mayor se limitó a colocar su ropa, una tarea que le llevó poco tiempo, y después se tumbó sobre la cama a la espera de si su colega se animaba a hablar con él. Solo transcurrieron un par de minutos hasta que sucedió.

—Quería decirte... bueno... no sé...

—Yo sí sé. No tienes por qué agradecerme nada.

—Fui demasiado duro contigo.

—Te equivocas, con quien realmente fuiste y eres aún demasiado duro es contigo.

—No sé, no lo creo. Si vamos a convivir entre estas mismas paredes, ¿qué te parece si firmamos la tregua?

—Yo nunca he estado en guerra contigo, pero por mí está bien, firmamos lo que quieras.

Se levantaron en un gesto de cortesía y chocaron las manos con fuerza, al mismo tiempo que Lucas se fijaba en que de los ojos de su compañero había desaparecido el rastro de ira, aunque aún permanecía bien visible un profundo poso de tristeza hasta la cual no sería fácil acceder, una aflicción de la que ni él mismo era consciente todavía. Y, una vez más, la sombra de la preocupación se cernió sobre las espaldas del chamán, pese a que sabía que era inútil, por lo que estaba por llegar.

CAPÍTULO 17

Joel se vio obligado a esperar unos días para concertar una cita con Asuntos Sociales de la Comunidad de Madrid, porque los trámites obligaban a rellenar varios formularios y aguardar a que algún profesional le llamara a partir de ese momento. Estaba impaciente, no quería esperar más, así que utilizó el contacto de un amigo de su padre, compañero en el hospital antes de meterse a política y convertirse en diputado del gobierno madrileño para que moviera algunos hilos y pudiera acelerar todo el proceso. Lo consiguió de un día para otro. Y le recibieron acompañado de su madre, que se empeñó en ir con él. Una amable señorita indagó hasta localizar el expediente y al leerlo, frente a ellos, pensó que tal vez necesitaría un psicólogo que le ayudara a asumir toda aquella tragedia.

—No se preocupe, estoy en ello. Lo que me interesa averiguar es el motivo por el que la familia de mis padres biológicos no quiso quedarse conmigo.

—Bueno, según esta documentación, solo aparece un tío, un hermano de su padre: Vicente Escudero, y él parece que pensó que ni estaba preparado para asumir su custodia ni tampoco la situación económica lo hacía recomendable.

—¿Y yo tengo posibilidad de conocer el paradero actual de este hombre? Mi padre me dijo que estaba en Barcelona.

—Pues en los papeles, que deberían estar actualizados, en realidad aparece una dirección, pero es en Madrid, en el barrio de Salamanca.

—Ah, ¿sí? ¿Y se sabe algo acerca de su vida?

—Es empresario, tiene una posición holgada y dos hijos: un chico y una chica. Está casado y... ¡Vaya!, según esto es un potentado: tiene varios negocios.

—¿Podría dejarme la dirección?

—Por supuesto. Se la escribiré en un papel. Mire, yo entiendo que esto debe ser muy duro para usted, y uno tiende a culpabilizar a los demás. Solo le pido que considere que aquello pasó hace casi veinticinco años, que eran otros tiempos, que no es recomendable juzgar a su familia sin tener todos los

datos y que, estoy segura de que se sentirá orgulloso de los maravillosos padres que le tocaron, no hay más que ver el rostro angelical de su madre, aquí presente, para darse cuenta de ello.

—Señorita, se lo agradezco mucho —empezó Sara—, pero soy consciente de que la historia de mi hijo, cuando era un niño, solo le pertenece a él y tiene todo el derecho del mundo a profundizar en ella.

—No lo dudo. Y es de agradecer que usted esté con él en este asunto. Seguramente va a necesitar mucho apoyo.

—Muchas gracias.

—Para lo que necesiten, aquí estaremos dispuestos a ayudarles.

Ante el consejo de su amigo Jonay, Joel había solicitado la baja por primera vez desde que trabajaba en el hospital. Así que aquel jueves, después de pasar por la Consejería de Políticas Sociales y Familia de la Comunidad de Madrid, llevó a su madre a comer en *El Pescaíto*, un bar con encanto que recordaba mucho a una tasca andaluza, y que sabía que a ella le gustaría. En efecto, nada más entrar y ver los platos de cerámica colgados, los manteles de cuadros, las vigas adheridas al techo, las imágenes en la pared y el ambiente sureño, a la mujer se le abrieron los ojos de par en par: le encantaba esa tierra, en especial, Cádiz, lugar en el que había pasado junto a su marido y su hijo vacaciones extraordinarias. Al acabar el convite, Joel acompañó a su madre a casa y deambuló durante varias horas, con un nudo en el estómago, compungido y triste, hasta que la inercia le condujo a un parque urbano en el que estuvo sentado más de media hora, con la mirada fija en el papel que tenía en la mano izquierda, en el cual únicamente aparecía un nombre, una dirección y un teléfono escritos a boli por la trabajadora social que les había atendido aquella misma mañana a él y a su madre.

Mimetizado con el blanco de la hoja, su mente apenas era capaz de trascender de las imágenes de unos padres cruelmente asesinados, tirados en el suelo, rodeados de un charco de sangre, y de un hombre implorando perdón a un niño que ahora sabía que había sido él mismo. Lo imaginaba saliendo de la casa y recordaba cómo él se había quedado inmovilizado, hierático, incapaz de hacer el más mínimo gesto. Y a continuación, le llegaron flashes de un centro de acogida, imágenes fugaces de otros niños que trataban inútilmente de jugar con el recién llegado, del silencio que le embargó durante mucho tiempo, de la impotencia, la tristeza, la rabia e incluso la culpabilidad por no haber intentado siquiera evitar la muerte de sus padres ante sus propios ojos.

¿Se había inventado una vida para ocultar la verdadera? ¿Era eso posible? En su cabeza se colaban alusiones ficticias del instante en el que le comunicaban el fallecimiento del matrimonio en accidente de tráfico, del odio que había sentido hacia aquel camión que presuntamente había arrollado al utilitario en el que viajaban.

Ahora destapaba que había construido una infancia alternativa, una vida inventada, creada por la mente de un niño de siete años que no estaba preparada para asumir las consecuencias de ese cruel asesinato. ¿En qué momento lo inventó todo? ¿Fue idea suya o de algún profesional de la salud que le indujo a reconstruir sus recuerdos?

¿Cómo iba a asumir que una persona hubiera llegado a incubar tanto odio hacia sus padres, sin conocerlos personalmente, como para poner fin a sus vidas?

Si algo sentía era la necesidad de recuperar los detalles de esa memoria borrada. ¿Y por qué su familia no lo acogió? ¿Qué clase de personas son capaces de dejar desamparado a un niño que acaba de vivir un trauma tan horrible como ver asesinar a sus padres frente a él? De pronto, las palabras de la trabajadora social pidiéndole que fuera comprensivo le imploraron cautela y redujo su acritud. Al fin y al cabo, ni siquiera los conocía personalmente como para juzgarlos.

El recorte de papel con los datos de su tío esperaba una respuesta. Ahora el dilema radicaba en llamar o presentarse directamente allí. De cualquier forma, iba a ser un mal trago, no había manera de minimizar los efectos.

Su historia se quebraba como la rama seca de un árbol, tenía la impresión de haber caído en un pozo estrecho y frío desde el que apenas tenía acceso a la luz.

—Hombre...

Alguien se detuvo frente a él sin que se percatara de ello.

—¡Hola!

Tampoco a la segunda atendió al reclamo.

—¿Te pasa algo?

A la vez que soltaba la pregunta, el joven dio un paso hacia su izquierda tapando los rayos solares, una variación que percibió el otro y que le animó a levantar la vista. Frente a él se hallaba el camarero que unos días antes había sido testigo del episodio paranoico que le había obligado a huir desfavoridamente del establecimiento en el que trabajaba.

En otro momento habría sentido pudor, pero lo que estaba viviendo le

ocupaba tantos pensamientos que apenas le dejaban un resquicio a la vergüenza.

—¿Qué? Hola.

Acertó a responder al comprender que le estaba hablando.

—¿Te acuerdas de mí?

—Sí, claro. Eres... Hodei.

—Hostia, incluso recuerdas mi nombre.

Un ademán de sonrisa que no consiguió desarrollarse puso en guardia al recién llegado, que detectó en él un cerco de desdicha. Dejó pasar unos segundos en silencio hasta que se aventuró a lanzarle una propuesta.

—¡Qué casualidad encontrarnos aquí! ¿Es que vives cerca?

—Bueno, más o menos.

—El otro día me quedé preocupado. ¿Estás bien?

—Sí, claro.

—No te quiero molestar, no te veo muy hablador...

—Perdona, no es por ti. Estoy pasando un momento un poco chungo y puede que no sea la mejor compañía.

—O sí. ¿Por qué no te animas a tomar algo? Hoy no me tienes que esperar, no trabajo.

—¿Cómo? No sé... ¿Después de lo que pasó esa noche, todavía tienes ganas de conocerme?

—Digamos que me picó la curiosidad. Creo que dentro de ese cascarón puede esconderse una perla.

—¡Uy, qué decepción te vas a llevar! Vale, acepto. ¿Dónde vamos?

Tenía gracia el chaval, y eso que no estaba el horno para bollos, ni tenía ganas de iniciar una amistad ni en ese preciso instante debía acceder a una invitación como esa, aunque llegara de un tipo de ojos negros y profundos, que acompañaban a su pícara sonrisa como cómplices de un ofrecimiento tan tentador. En su interior él quiso decir *no*, aunque su interlocutor escuchó claramente un *sí* que no pudo desmentir y que incluso a él mismo le sorprendió. Se levantó y, casi como un autómatas, siguió el paso firme de su acompañante hasta llegar prácticamente en silencio a una cafetería de dos plantas, inspirada en los años 60, con sillas de madera y veladores que componían un ambiente retro sumamente sugerente. Cada uno pidió un café.

—¿Y bien? —preguntó afable Hodei.

—¿Y bien qué?

—No sé. Tal vez estaría bien que empezaras contándome qué ocurrió la

otra noche.

Joel liberó un suspiro de desgana, estuvo tentado de levantarse y marcharse antes de empezar, pero por alguna razón decidió quedarse y consideró que no tenía otra opción que darle una explicación veraz.

—Estoy pasando un bache. Me adoptaron cuando tenía siete años y siempre pensé que mis padres biológicos habían fallecido en un accidente de tráfico. Acabo de descubrir que fueron asesinados, que un tío entró en nuestra casa y los mató a sangre fría dándoles varias puñaladas en el corazón.

—¿Qué dices? ¿Pero no me dijiste que tu padre acababa de morir?

—Mi padre adoptivo, sí. Hablo de quienes me tuvieron.

—¡Qué fuerte! No me extraña...

—Eso no es lo peor...

—¿Todavía hay más?

—Yo lo presencié todo.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Ese niño de siete años estaba delante del asesino, sin mover una pestaña, mientras aquel desalmado acababa con la vida de sus padres. Lo he recordado ahora y estoy... bueno, un poco hecho polvo.

Hodei se quedó petrificado. Aunque Joel no había llegado a derrumbarse, las palabras le calaron tan hondo que pudo imaginarse a ese pequeño en aquellas circunstancias y la angustia y la tristeza le embargaron produciendo dos enormes lagrimones que resbalaron hasta la comisura de los labios. Solo fue consciente de ello por el gesto confundido de quien tenía enfrente. Entonces, sacó un pañuelo y se apresuró a secárselas con pudor.

—Perdona, no quería... es que me he puesto a imaginar. ¡No sé qué decir!

—No tienes que decir nada. El otro día estaba atravesando un momento complicado y supongo que la bebida me confundió aún más. Por eso me comporté de esa forma.

—Es lo mínimo que te podría pasar. ¿Y cómo lo llevas en el trabajo?

—Soy médico, trabajo en el Hospital General y acabo de pedirme una baja para empezar a asimilarlo con tranquilidad.

—¿Médico y guapo? ¡Menudo fichaje! Seguro que no paras de quitarte a moscones como yo de encima.

—No me conoces. Creo que esta conversación que estoy manteniendo contigo es la más larga con alguien ajeno a mi trabajo y a mis padres en varios meses.

—¡No me lo puedo creer!

—Pues créetelo.

El diálogo se prolongó hasta bien entrada la noche. Ni siquiera hicieron amago de levantarse de aquella mesa, temerosos de que la magia que sobrevolaba en el ambiente se disipase. Hablaron de sus vidas, de sus relaciones con otras personas, de sus expectativas. Y Hodei le explicó que había salido de San Sebastián porque, aunque le parecía la ciudad más bonita del mundo, se le había quedado pequeña y le asfixiaba, sobre todo con unos padres religiosos, seguidores del Opus Dei, que no cejaban en su empeño de encauzar el camino de un hijo que creían que se había desviado por culpa de una orientación sexual equivocada. Llegó a Madrid en busca de una oportunidad como actor, después de haber estudiado derecho en la capital vasca.

—Cuando le dije a mi padre que quería dedicarme al teatro casi le da un infarto. Ahora lo pienso y entiendo que debe ser duro enterarte de que tu hijo es gay cuando siempre has considerado que la homosexualidad es una enfermedad. El hecho es que los míos tuvieron que asumir en menos de un año mi sexualidad y mi salida de la facultad de derecho a falta de una sola asignatura para acabar la carrera.

—¡Es que también tú...! Deberías haberla terminado, nunca sabes si te podrá servir en el futuro.

—La acabé. Hace un par de años, aquí en Madrid. Tienes razón. Era mi forma de decirles que quería vivir a mi aire, la rebeldía juvenil.

—Lo que no me cabe en la cabeza es que, en el País Vasco, en pleno siglo veintiuno, todavía haya alguien que no acepte de buena gana la sexualidad de su hijo.

—Pues aún hay mucho más rechazo del que te puedas imaginar. Al menos en el entorno de mis padres: muy conservadores, de clase media alta y tan cercanos al cura que le invitan a comer algunos domingos después de asistir a la misa.

—¡Vaya! ¿Y tus hermanos?

—Tengo una hermana, mayor que yo, muy afín a las ideas de mis padres. Tampoco me entiende.

—¿Y cómo llevas ahora la relación con ellos?

—Desde que me fui, hace cinco años, apenas he mantenido tres o cuatro conversaciones telefónicas con mi madre y siempre concluyen con la misma cantinela: están dispuestos a apoyarme en todo lo posible... para que reciba

un tratamiento que me cure.

Hodei bajó los ojos compungido. Era tal el intercambio de información que ambos decidieron dar un giro a la noche tomándose un combinado, luego dos y más tarde cayó el tercero. Acabaron en la cama del apartamento de Joel uno sobre el otro, amándose como si los besos y los abrazos fueran la terapia que ambos precisaban para acallar sus problemas. Bajo las sábanas, ni siquiera el reflejo de la luna en el espejo del armario del dormitorio osaba entrometerse. Dos cuerpos jóvenes vibrando con tanta precipitación como ansia el uno del otro, mirándose a los ojos como rúbrica del deseo y cabalgando conjuntamente uno sobre el otro hacia la extenuación. Y después de unos momentos para degustar el relax en el que el ejercicio sexual les había sumido, nuevamente arrejuntados, como si fueran una pareja de enamorados el día del reencuentro, después de varios años de separación.

Hacía semanas que Joel no descansaba tan bien, protegido por una cúpula invisible de cristal. Abrió los ojos y descubrió que Hodei aún dormía, su cuerpo fibroso y exento de grasa, su pendiente en la oreja, su cabello tupiéndole un rostro anguloso y angelical. Al mirarle, con un brazo sujetando la cabeza y una sonrisa involuntaria que demostraba que no se arrepentía de lo que había sucedido, le envolvió una aureola de inmensa ternura hacia él.

—¿Qué miras? —le sorprendió Hodei al abrir los ojos y verle frente a él, sin disimular siquiera.

—A ti. Tal vez creas que te miento, pero es la primera vez que me pasa algo así. No soy un tío de esos que se acuestan cada noche con uno, no sé tú...

—Yo... sí. A mí me gusta variar el menú a menudo... —soltó el comentario cargado de ironía y esperó hasta comprobar que el otro lo había entendido para continuar—. No, de verdad. Al llegar a Madrid pasé una temporada loca hasta que me cansé y me harté de la superficialidad. Me gusta el sexo, pero priorizo otras cosas.

—Entonces, ¿te apetece que nos sigamos viendo?

—Pufff... No sé... depende de cómo te portes ahora.

Joel no se lo pensó. Se abalanzó hacia Hodei y le besó apasionadamente como paso previo a colocarse sobre él para culminar la primera relación sexual de la pareja exenta de los efectos del alcohol.

Antes de despedir a su visitante, Joel ya intuía que Hodei había aparecido en su vida para quedarse, o al menos eso fue lo que quiso creer. Cuando se marchó de su casa ese día, no obstante, las sombras de noches

previas reaparecieron mostrándole imágenes de un pasado que seguía golpeándolo y que le llevaron a tomar una firme determinación, la de presentarse en casa de su tío aquella misma mañana. Ahora tenía una ilusión que le fortalecía para desentrañar los secretos de su infancia y avanzar hacia el futuro con paso firme.

CAPÍTULO 18

Aquel pasillo oscuro y siniestro exhalaba un hedor a rancio, igual que el resto del edificio. Rosita acompañaba a Evangelina y a otra joven apresuradamente, sin decir palabra. La brasileña estaba absorta en las dimensiones de aquella casa, que desde el exterior aparentaba ser bastante más pequeña. Le obligaron de malos modos a vestirse ligera, con un camisón de raso y unas braguitas de seda únicamente, ni siquiera un sostén para ocultar los pechos. Intentaba esconderlos con ambas manos, muerta de vergüenza, y seguía los pasos de Rosita por detrás de una compañera, ambas igualmente aterradas, y por delante de dos hombres fornidos que en cuanto ellas ralentizaban el paso se apresuraban a darles cachetes en el culo acompañados de una risotada. No había posibilidad de protesta, ni de pedir explicaciones al respecto. Tanto la mujer mayor como sus compañeros vivían aquello con tal naturalidad que era preferible acatar sus instrucciones al pie de la letra.

Subieron a la tercera planta y percibieron el eco de algún que otro grito femenino, combinado con jadeos de excitación masculina, entreverados con música diversa. A esas alturas, Evangelina tenía claro que iba a trabajar como prostituta, o más bien, que la iban a violar. Ella, que tantos remilgos había puesto a los novios que tuvo para aceptar sus proposiciones sexuales.

Doña Rosita se detuvo a mitad del pasillo, abrió una puerta e invitó cortésmente a la otra chica a entrar. Esta se resistió.

—No tengo todo el día. Pasa, zorra.

Mientras los vigilantes la empujaban, la señora se acercó a dos milímetros escasos de su cara y, con el más absoluto desprecio, le espetó.

—Y no se te ocurra protestar porque te aseguro que como reciba la más mínima queja de ti, te corto el cuello. Nadie sabe que estás aquí, nadie va a preguntar. Ahora yo soy tu Dios. ¿Entiendes?

La muchacha llorosa cayó al suelo sin responder. Uno de los matones, al ver que no respondía, le atizó una patada rotunda en la barriga.

—¿Me has entendido o te lo tengo que decir a hostia limpia?

La joven levantó lentamente la mirada.

—Sí, señora, la he entendido.

—Pues, déjate hacer... es lo único que necesito.

No aguardó a la respuesta. Simplemente cerró de golpe la puerta y giró la llave para asegurarse de que no podría salir de allí.

Pasó de largo por varias entradas hasta llegar al último acceso.

—A ti te ha tocado el premio gordo. Pasa ahí.

Evangelina sintió que un chute de adrenalina le recorría la piel. Nunca había experimentado un terror tan abrupto. No tenía ni idea de lo que allí iba a suceder. Sus pies se resistían a moverse, las manos le temblaban, tenía frío y pese a que a la chica anterior no le había servido de nada quedarse inmóvil, no pudo evitarlo.

Una vez más, los mastodontes avanzaron para empujar con fuerza a la brasileña al interior.

—Bautizo de sangre. Será mejor que te tomes esto. —Doña Rosita le introdujo a la fuerza una pastilla en la boca y la obligó a tragársela—. Si resistes la prueba de esta noche, todo será más fácil... te lo aseguro.

Y una enorme carcajada se fundió con el golpe de la puerta, cerrándose frente a ella. Giró lentamente la cabeza. Aquella sala era bastante amplia, unos focos iluminaban una zona concreta de la habitación, convirtiéndolo en un escenario, y el resto de la sala desaparecía en una oscuridad tan tenebrosa como profunda. Se fijó en las cadenas que colgaban del techo, junto a las cuales, destacaba un baúl de considerables dimensiones además de un colchón colocado en el suelo, sin sábanas ni almohada. Si bien no hacía frío ni calor, Evangelina llevaba unos minutos petrificada en la habitación y ya había comenzado a tiritar, fruto de los nervios. A un volumen más que estridente empezó a sonar *The number of the Beast* de Iron Maiden y, a medida que la pieza avanzaba, su respiración era más agitada. De pronto, desde la oscuridad emergió una imagen: la de un hombre obeso, con poco pelo en la cabeza y algo más en el pecho, encubierto tras una máscara. En su cuerpo únicamente se veían unas cintas de cuero como meros adornos que no camuflaban ni el torso ni las partes más íntimas. Tanto los genitales como un culo blanquecino se exhibían impúdicos ante la chica, aunque los pies estaban embutidos en unas botas altas, cerradas, con la punta de acero y un pincho metálico nacido de ella. El hombre salió emocionado, como si se dispusiera a actuar ante el público. De hecho, empezó a bailar ante ella, moviendo el cuerpo y riendo como si estuviera disfrutando de un espectáculo recién iniciado. Evangelina retrocedió acongojada hasta la pared y levantó las

piernas rodeándolas con los brazos en un gesto de protección ante lo que consideraba una agresión. Hubiera preferido desaparecer, evaporarse. Aún no entendía el papel que ella representaba en la función.

El hombre se acercó al baúl y lo abrió al ritmo de la música, sin dejar de bailar. Sacó un látigo y lo agitó a modo de prueba, provocando el primer grito de la joven, aunque no llegara a tocarle; asimismo, cogió unas esposas y una especie de correa de perro con cadena. Con gran naturalidad, se encaminó hacia la muchacha y, pese a su resistencia, le colocó el collar y tiró de ella como si fuera un perro. No hablaba, pero canturreaba la música de Iron Maiden y, a veces, se detenía para hacer el ademán de que tocaba una imaginaria guitarra eléctrica, frente a una chica cuyo corazón estaba a punto de salirle por la boca.

Ni una sola palabra. El hombre tiró fuertemente de ella y cuando iba a levantarse él le asestó un puntapié hincándole el extremo de la bota en el hombro, brotando un hilo de sangre y otro alarido sofocado, que lejos de provocar la compasión de su agresor extrajo una sonora carcajada del obeso cincuentón.

Se agachó frente a Evangelina y abrió la boca antes de dar un lengüetazo a la sangre. Nuevamente se levantó y tiró de ella para acercarla hasta su pene. Agarró su cabeza con las dos manos y le obligó a meterse en la boca un miembro viril aún flácido, semioculto entre un matojo de pelos. Ella retuvo una arcada como pudo, mientras él, completamente mudo, le propinaba golpes en la nuca hasta que se vio obligada a obedecerle. Cuando estaba erecto, separó el cuerpo de la asustada brasileña y comenzó a utilizar su látigo contra ella. Golpes certeros a escasa distancia que parecía que iban a partir en dos su espalda y que dejaban un rastro de sangre instantáneo.

De la oscuridad surgió otro rostro, igualmente tapado tras una máscara. En esta ocasión, era alguien más joven, delgado, también desnudo por completo. Entre los dos agarraron a Evangelina y la esposaron, antes de colgarla de una cadena sujeta al techo. Su fuerza se había evaporado como el rocío de la mañana con el sol y apenas se mantenía en pie, de rodillas y con los brazos sobre la cabeza. El recién llegado, sin remilgos, se calzó un par de guantes de cuero cuyos dorsos aparecían adornados con una especie de cuchillas de acero estrechas y alargadas. Se acercó a ella y sin la menor consideración le arreó varios tortazos con tal fuerza que dibujó en su cara algunas líneas rojizas paralelas, mientras los dos se reían profundamente excitados.

La chica estaba a punto de caer inconsciente cuando el más gordo se agachó y le pegó un mordisco en el cuello, como si fuera un vampiro, que provocó otro quejido.

La descolgaron de las cadenas y la trasladaron al colchón casi a rastras. El que había llegado primero se tumbó sobre ella, al ritmo ahora de otra canción del mismo disco de Iron Maiden. Introdujo en la vagina su pene erecto y comenzó a cabalgar sobre la chica sin atender a los chillidos de dolor que se le escapaban del pecho. El más joven, de pie y pegado a su cara, se masturbaba con fuerza mientras con la otra mano apretaba los pechos de la joven como si pretendiera ordeñarla. Finalmente, el más delgado eyaculó sobre el rostro sin que pudiera evitar que parte del semen entrara hasta su garganta imposibilitada por el dolor para cerrar la boca. El más mayor, lamía la sangre de sus heridas y movía su pelvis a una velocidad inusitada para alguien con evidente escasa agilidad. Sacó el aparato para correrse sobre su cuerpo en lugar de dentro de ella. Evangelina hubiera querido morir allí mismo. Toda la traumática experiencia apenas había durado quince minutos, pero fueron los más largos de su vida. La pastilla apenas le había hecho efecto, aunque en cuanto los dos la dejaron postrada en la camilla y salieron de allí por donde habían venido, no sabía si sentir alivio porque todo hubiera acabado o si temer que empezara de nuevo. La extrema situación de estrés la llevó a caer inconsciente mientras, en el ambiente, seguía sonando la música y unas carcajadas que se alejaban y, sin embargo, le retumbaban en la cabeza.

CAPÍTULO 19

La dirección escrita en el papel le guio hasta el mismo corazón del barrio madrileño de Salamanca. El bloque en cuestión era un edificio del siglo XIX de ocho plantas que hubiera entonado sin ningún problema en la zona de los pintores de París, Montmartre, con tejado de pizarra a dos aguas en medio del cual aparecían unos coquetos balcones separados unos de otros y que guardaban completa intimidad.

Joel había pensado muchas variantes de cómo presentarse ante su tío, el único familiar directo con el que podía entablar contacto: entregarle fotos de sus padres biológicos, exigirle información, entrar pidiéndole disculpas por irrumpir en su casa... Al final, simplemente se dejó llevar.

Allí estaba. Frente al vídeo portero automático, sin saber muy bien qué decir cuando le hicieran la pregunta.

—¿Quién es?

—Me llamo Joel... Necesito hablar de un asunto familiar con ustedes.

—¿Con quién quiere hablar en concreto?

—Con Vicente Escudero.

—No está.

—¿Y su mujer?

La puerta se abrió sin más preguntas y Joel pasó hasta las escaleras, para subirlas de dos en dos. Sabía que tenía que acceder al ático, pero no le importaba no tomar el ascensor, así dispondría de unos minutos para recapacitar, todavía podía echarse atrás. Al fin y al cabo, era una familia que había ignorado su existencia y le había dejado abandonado después del horror de perder a sus padres delante de él. Al contrario de lo que imaginaba, a cada planta que subía se notaba más nervioso. ¿Cuál sería la reacción? ¿Lo reconocerían? ¿Dirían que no quería saber nada de él? Su madre se había ofrecido a acompañarle, pero había elegido hacerlo solo, sin nadie que pudiera condicionar su reacción, ni sufrir como fruto de ella.

Por fin estaba allí, frente al último piso del edificio. No había más que una puerta, probablemente porque la enorme vivienda se extendía por toda la planta. Permanecía cerrada, con una maneta metálica adosada a la puerta, a la

altura de la cabeza, como alternativa al timbre; no obstante, decidió accionar este último. Tardaron apenas unos segundos en abrir y apareció una mujer oronda y sonriente.

—¿En qué puedo ayudarle?

El acento de su español era latinoamericano, pero Joel no fue capaz de distinguir el país, tal vez porque se advertía que la señora llevaba tanto tiempo en España que lo había neutralizado ostensiblemente.

—Quería hablar con Vicente Escudero.

—Lo siento, como le he dicho, el señor no está.

—¿Quién es?

La voz que irrumpió de repente procedía del interior de la casa.

—No lo sé, señora, es un joven que pregunta por Vicente.

Frente a Joel apareció una mujer rubia, de pelo ondulado, delgada y muy arreglada. Pese a que aparentaba no más de cuarenta y cinco años, lo cierto es que el recién llegado intuyó que al menos tendría diez más.

Nada más verlo, ralentizó su paso sorprendida.

—Buenas tardes, me llamo Joel... ¿Es usted la esposa de Vicente?

—Sí, ¿y tú eres?

—Su sobrino.

La mujer se llevó al instante las manos a la boca sorprendida por lo que acababa de oír y durante varios segundos ninguno de los dos fue capaz de pronunciar palabra. Finalmente, fue ella quien reaccionó.

—Pasa, jovencito, no te quedes en la puerta. Yo soy... tu tía Lidia.

Mientras ambos se dirigían a un amplio salón con cristaleras opacas que se extendían de pared a pared, cuya vista alcanzaba un horizonte de edificios que se perdían en la lejanía, la señora pidió a la mujer del servicio que les trajera un par de tazas de café. A continuación, invitó a sentarse a Joel en un sofá de piel y ella escogió un sillón a juego colocándose frente al invitado.

—¿Entonces, eres Joel?

—Así es. Mis padres adoptivos decidieron no cambiarme el nombre porque ya era un niño mayor cuando llegué a sus vidas y consideraban que de esa manera podrían mantener una parte de mi pasado.

—¿Y a qué te dedicas?

El joven permitió que ella fuera la que guiara la conversación por sus propios derroteros, en vista de que parecía dispuesta a hablar. Consideró que de esa forma las respuestas podrían irrumpir de una forma natural en la charla.

—Soy médico, cirujano.

—Un médico. ¡Qué contentos estarían tus padres! ¡Lo sabía! Ya desde que eras bien pequeño me di cuenta de que resultabas muy despierto y de que veías más que el resto de la gente. Siempre supe que llegaría este día. Se lo decía a Vicente, que un día acabarías buscando respuestas. Lo que me sorprende es que hayas tardado tanto.

—He pasado toda la vida viviendo un sueño feliz. Por algún motivo que ignoro, olvidé mi infancia completa. Cuando mis padres adoptivos se presentaron en el centro en el que me localizaron, parece que desconocían los pormenores de la tragedia. Me vieron y, según cuenta mi madre, sintió que estábamos destinados a formar una familia. Yo apenas recuerdo nada, pero ella asegura que los miré, me acerqué y les entregué un dibujo en el que estábamos los tres juntos, así se lo dije, pese a que era la primera vez que los veía en mi vida. Las propias cuidadoras se quedaron asombradas porque mi carácter introvertido imperaba cada vez que alguien pretendía conocerme. El caso es que siempre creí que mis padres biológicos habían fallecido de un accidente de tráfico.

—¿Y quién te dijo eso?

—Tal vez los propios psicólogos consideraran que era lo más oportuno después de una experiencia tan traumática o quizá fuera yo mismo el que lo inventara para borrar de mi mente una fatalidad tan terrible, lo que sé es que hasta ahora no he sido consciente de la verdad.

—¿Y cómo ha pasado?

—Mi padre falleció hace unas semanas y su pérdida empezó a provocarme pesadillas, he vivido cosas extrañas y, de alguna manera, el pasado ha vuelto en forma de obsesión que quiere ser revelada.

—Y supongo que necesitas saber por qué tu tío y yo te abandonamos.

—A decir verdad, no quiero que esto sirva para culpar a nadie. Han transcurrido muchos años y yo era solo un chaval. Aun así, he de reconocer que me hago preguntas. Todavía no tenía ocho años, mi madre era hija única y mi padre tenía un solo hermano. Si le soy sincero me cuesta mucho trabajo imaginar cómo alguien es capaz de separarse de un pequeño aterrado y traumatizado.

La mujer resopló compungida, consciente de que era el momento que tantas veces había dibujado en su mente. Nunca había estado completamente segura de que sería capaz de convencerle con sus razonamientos, pero tampoco estaba dispuesta a falsear la historia. Menos ahora, que contemplaba

a su sobrino, tan vulnerable y temeroso, tan sensible como tenaz.

—Se me hace muy duro, de verdad. Hubiera querido que estuviera aquí tu tío, pero tal vez así deba de ser. Tu padre y él mantuvieron siempre una relación difícil: y eso que de adolescentes fueron uña y carne, grandes amigos además de hermanos, inseparables, solo se llevaban dos años de diferencia, y cuidaban el uno del otro. Tu padre tuvo que ponerse a trabajar muy joven, porque era el mayor y el abuelo falleció a los cincuenta años, de un infarto. Así que no pudo estudiar, a pesar de ser un hombre muy vivo para los negocios. Lo primero que constituyó fue una inmobiliaria y se movió tan bien que en pocos años consiguió ampliar su negocio con una agencia de viajes y a una constructora y contrató a Vicente como comercial. Durante varios años, la compañía fue creciendo y los hermanos, mejoraron su nivel de vida. Llegaron a tener una plantilla de cientos de trabajadores. Sin embargo, las cosas se torcieron cuando los dos hermanos empezaron a coquetear con las drogas, con el alcohol... La fortuna de ambas familias fue mermando a pasos agigantados por los desmanes de ambos. Al principio, tanto tu madre como yo tratamos de ayudarles, de sacarles del pozo, e incluso colaboramos con la empresa para que emergiera, hasta que la situación se hizo insostenible y después de una discusión en la que llegaron a las manos, dejaron de hablarse y pasaron a considerarse enemigos. La estrecha relación que manteníamos tu madre y yo no se rompió de inmediato por completo porque, a sus espaldas, nos veíamos y tratamos inútilmente de reunirlos. Y después de humillaciones varias y de un distanciamiento paulatino con mi propio marido, tomé la determinación definitiva. Alrededor de una semana antes de los asesinatos, me pasé por la casa de tus padres para decirles que Vicente y yo, a pesar de los dos hijos que teníamos en común, habíamos decidido divorciarnos. Su respuesta fue que ellos no podían apoyarme, que la empresa estaba en concurso de acreedores y que estaban desesperados y en la ruina. Después, nos enteramos de la tragedia y nos planteamos acogerte, pero recapacité a tiempo y comprendí que, en una situación como esa, a punto de apartarme de tu tío, no podía cumplir con ese compromiso. Por otro lado, económicamente tampoco estábamos boyantes, únicamente vinculados al sueldo que yo recibía en el comercio en el que trabajaba. De forma que, con todo el dolor de mi alma, tuve que decir que no a tu tutela.

—Entonces, ¿Vicente y tú estáis separados?

—No. Parece que el infortunio de tus padres le hizo reaccionar. Tomamos la decisión de venirnos a Madrid para cambiar de vida y reaccionó,

se transformó en otra persona, dejó las drogas, y encaró su futuro con seguridad.

—Veo que no os ha ido nada mal.

—Tengo que reconocer que no. Nos embargamos económicamente para montar una tienda de ropa y así empezamos a crecer desde la nada, tal y como le ocurrió a tu padre.

En ese preciso instante, una joven morena, de ojos azules, rostro angelical y figura escultural, irrumpió en la estancia emanando un aroma a perfume fresco y en su justa medida. Su sonrisa se detuvo a la vez que sus pasos al toparse con la imagen de Joel.

—Mamá... ¡Vaya, perdón, no sabía que tenías visita! Voy a salir.

—Magda, no es una visita solo para mí. Este es tu primo Joel.

El aludido se levantó para saludar a su prima quien, a su vez, visiblemente impresionada y en tono displicente se acercó a él y le dio dos besos.

—¿Es el famoso Joel, el hijo del tío Sebas? —preguntó ella.

—Así es. Y desde ahora me encantaría que lo aceptáramos como parte de nuestra familia. Quizás no podamos compensarle por los años que le hemos mantenido alejado, pero tal vez seamos capaces de demostrarle que todavía le sentimos cerca. ¿Por qué no te vienes mañana a comer? Así conocerás a tu tío y a tu primo.

—Señora, se lo agradezco mucho. Lo que quiero dejar claro es que mi madre es para mí la mujer más importante del mundo, siempre ha respondido con amor a todo lo que he hecho. Puede que esté buscando respuestas sobre otra parte de mi familia, pero tengo que decirle que mis actuales padres son lo más importante para mí.

—Por supuesto, lo entiendo. No trataba de marginarlos, al contrario, tráete a tu madre y si tienes novia, que venga también.

—Bueno, en realidad más bien sería novio, aunque todavía no sé si considerarlo así. Más bien es un amigo.

—¡Vaya, hijo! Eres una caja de sorpresas. En fin, que a mí no me importa. Hoy en día es más que habitual eso de que los jóvenes tengan parejas de su mismo sexo. Entonces, ¿os esperamos mañana a los tres para comer?

—En principio sí, aunque tendré que consultarlo con ellos.

—Por supuesto. ¡Ya nos lo dirás! ¡No imaginas cuánto me alegro de que por fin hayas reaparecido en nuestras vidas! Siempre he pensado en ti, me he

preguntado dónde podrías haber acabado y he sentido una punzada de culpabilidad por no haberte acogido en casa. Te compensaré por lo que hicimos, y me encargaré de que tu tío también lo haga.

—No me deben nada. Mi vida ha sido completamente feliz.

La señora se levantó de su sillón para abrazarle con ternura sin poder contener un par de lágrimas furtivas que, inmediatamente, enjugó en el pañuelo que llevaba en el pecho.

Joel no entendía cómo había sido capaz de hablar de su pareja masculina, sobre todo porque acababa de conocer a Hodei y no estaba seguro de que invitarle a algo tan comprometido, con su madre y su nueva familia, no le costara la relación. Era muy posible que huyera ante el compromiso que suponía, pero por alguna razón se había visto capacitado para hablar de él. Quizás lo que pretendía era tener cerca varios hombros en los que cobijarse si aquel convite acababa saliendo mal.

CAPÍTULO 20

—Céntrate únicamente en tu respiración. Coges aire por la nariz, en una profunda inhalación, y lo expulsas por la boca. Así. Una vez más.

La carcajada de Marcos interrumpió la sesión de meditación que Lucas había tratado de iniciar con su compañero de celda.

—Perdona tío, pero es que me hace mucha gracia verte así, tan serio, pareces un gurú, yo qué sé... No estoy muy preparado para eso.

—Llevo semanas mirándote mientras medito y tu alma está más que preparada. Solo debes dejarte llevar por el momento, aunque te sigues resistiendo.

—Mira, Buda —era el mote que había escogido para él, con cariño, por su carácter espiritual y dado a la expansión de la energía—, me flipa como eres. Desde que te conozco no he visto que te hayas alterado por nada, siempre tienes para todo el mundo una sonrisa, siempre una palabra agradable. Y lo más increíble es que no veo que te cueste ningún esfuerzo, te sale natural. Vamos, que te admiro mucho, pero ahora me es imposible meditar.

—Amigo mío. El mundo es un lugar maravilloso.

—Jajaja... ¿Un lugar maravilloso? ¿Y lo dices tú, encerrado entre estas cuatro paredes húmedas y asfixiantes de calor?

—Eso es solo una idea fruto de tu interpretación. Tu realidad solo depende de los pensamientos que tú mismo eliges.

—¡Me cago en la hostia! Pues yo tengo que estar todo el puto día escogiendo pensamientos de mierda, porque mi vida es una ídem.

—Tú lo has dicho. Y crees que es una tontería, pero es quizás de las cosas más sensatas que te he oído en mucho tiempo. Los pensamientos crean emociones y esas mismas emociones se extienden por el mundo para construir tu realidad. Si lo que ves no te gusta, entonces deberás cambiar el enfoque, tendrás que mirar a otro lado hacia el que puedas contemplar algo que te agrade más.

—Ponme una tía en pelotas delante, ya verás cómo me enfoco en ella. ¡No te jode! Estoy en este puto antro donde solo hay paredes y techo y una

puerta y me pides que mire hacia otro lado, como si fuera posible.

—Claro que lo es. Llevas toda la vida seleccionando tu realidad sin saberlo. Solo te estoy pidiendo que lo empieces a hacer con consciencia.

—Entonces, según tú, los dos hemos elegido entrar en la cárcel por gusto.

—No. Imagínate que descubrieras que esta realidad es igual que tus sueños. Cuando duermes, tú crees que estás viviendo acontecimientos sobre los cuales no tienes ningún poder, te relacionas con personas que conoces en la vida real, te ríes, lloras, te enfadas... y si yo apareciera en uno de esos sueños inquietantes en los que parece que alguien te persigue para matarte y te dijera que no estás ahí, que estás acostado en una cama, tranquilo, que no te están persiguiendo tal y como crees, ¿sabes lo que harías?

—Te escucharía.

—¡Qué va! Te reirías de mí o me dirías que estoy equivocado. Ni siquiera, aunque alguien te comunicara mientras duermes que estás soñando te lo creerías. Y seguirías sufriendo esa persecución sin comprender que no hay nada que temer, que no te puede pasar nada.

—Hay quien asegura que, si te mueres en un sueño, también lo haces en la realidad.

—¿De verdad? ¿Quién lo asegura? No creo que sea el que se muere soñando que se muere, porque no le da tiempo de contárselo a nadie. Eso es simplemente un mito construido desde la inquietud que muchos soñadores sienten cuando creen que van a morir porque caen desde un edificio de diez plantas o porque les han disparado... tanta, que escogen escapar del sueño y despiertan agitados.

—Ahí sí que tienes razón, porque yo alguna vez he soñado que mi novia me mataba con un cuchillo y no llegaba a morirme en el sueño, me despertaba antes.

—Así es el mundo onírico. ¿Y sabes qué? Pues que la realidad es exactamente igual a un sueño, la inercia nos conduce hacia la locura solo porque nos dejamos llevar por los pensamientos de temor más que por los de amor.

—Oye, que te vuelvo a decir que si me pones una tía *buenorra* delante le doy preferencia a cualquier otra cosa, jajaja.

—No hablo de sexo, sino de AMOR, con mayúsculas. Lo único que mueve el mundo, lo único que puede salvarte.

—Mira, de verdad, que me parece muy bonito todo lo que cuentas, pero

que me lo digas tú, el que se ha cargado a cinco personas, no es muy serio, la verdad.

—Tú crees que soy un asesino por haber matado a cinco personas, pero yo no me etiqueto. Entonces, ¿si haces cinco comidas eres un cocinero?

—Macho, usas muy bien las palabras, pero no me engañas. Alguien que acaba con cinco personas es un asesino y punto.

—¿Y si es en defensa propia? ¿O para proteger a los suyos?

—Coño, entonces no, pero este no es el caso.

—¿Y cómo lo sabes?

—Todo el mundo lo cuenta. Se dice que lo hiciste a sangre fría.

—No hagas caso a todo lo que oyes.

Una profunda voz a través de los altavoces irrumpió con rotundidad en las celdas para recordarles que había comunicaciones. A Marcos le habían anunciado que su madre quería verle a través de los cristales y a él le hizo ilusión, pese a que en los más de tres meses que llevaba en prisión preventiva no hubiera hecho acto de presencia ni una sola vez.

La misma voz enunció los nombres de los reclusos designados para acudir a la entrada del módulo y ser conducidos al lugar en el que contactarían con el familiar. Al escuchar el suyo, Marcos se levantó de un salto, se despidió de su compañero de celda, que le lanzó una mirada compasiva, y en cuanto abrieron la puerta salió presuroso hacia la entrada.

Seguramente, su madre le iba a pedir mil veces disculpas por no haberlo visto hasta ahora y estaba dispuesto a hacerse el duro y acabar perdonándola. Al fin y al cabo, ella al menos no se drogaba, fumaba como una carretera, eso sí, pero nunca le había visto meterse nada como a su padre. Tenía ganas de saber de su familia. No habían estado nunca unidos, aunque formaban parte de un mismo clan y eso no podían eludirlo ninguno.

Llegó junto al resto de reclusos a una habitación amplia, de esas que se había hartado de ver en las películas, con cristales que separaban a los presos de los familiares. En el cine, siempre había un intercomunicador, un botón que se apretaba y un altavoz para escuchar a la visita, pero allí lo único que veía era unas ventanillas como las de los bancos y nada más. Al entrar, echó una rápida ojeada a todos los visitantes y entre ellos, en la mitad, estaba su madre, con el cabello descuidado y el rostro maquillado con poco esmero. Marcos pensó que no era la imagen habitual de la mujer.

—Hola, mamá.

—Hola, hijo. ¿Cómo estás?

—Bien —su tono seco y aséptico denotaba lejanía y algo de tristeza.

Tampoco la madre aparentaba estar demasiado contenta ni cercana a su hijo.

—Siento no haber venido desde que te metieron aquí. Tu padre no quería acercarme y yo no sabía cómo hacerlo. Al final, me ha traído la Pepi.

—¿La vecina?

—Sí, está esperándome fuera.

—Bueno, no pasa nada. ¿Cómo estáis?

—Así, así. Tu hermano mayor ha desaparecido, yo creo que se ha ido con la novia, pero no sabemos nada de él desde hace más de un mes; el otro sigue atolondrado, ha vuelto a casa y se pasa todo el día fumado, sin hacer nada. Y tu padre, ya sabes, en el bar, con sus amigos, insultándome, quejándose... —la voz se fue rompiendo a medida que avanzaba en el relato hasta que se desvirtuó en una llantina.

—¡Vaya por Dios! Ha vuelto a las andadas... Y tú, ¿cómo estás?

—Mal, hijo, mal, para qué te voy a engañar. Estoy harta, no puedo más. He decidido marcharme y dejarlos. Pepi ha dicho que me ayudará.

—¿Y adónde vas a ir? Si no tienes dinero...

—Esa es la cosa, hijo mío. Había pensado que igual tú guardaste algo del robo. Si me dijeras dónde está, yo podría ir a por ello y, con poco que sea, puedo empezar una nueva vida.

—¡Mamá! ¡Qué ingenua eres, Dios! Yo no tengo un euro. Todo el dinero lo gasté en mi novia.

—Si es porque no puedes decírmelo aquí, por si nos oyen, podemos buscar una fórmula más segura...

—No es por eso. No hay nada. Gasté todo. ¿Ese es el motivo por el que has venido a verme? ¿Para pedirme dinero? No tienes corazón...

—No, hijo, quería verte, pero si no me ayudas estoy condenada a vivir con tu padre toda la vida.

—A mí todavía no me han juzgado y ya estoy pagando, así que no me hables de condena. Creo que nunca os he importado a ninguno una mierda. No vuelvas.

Marcos, visiblemente emocionado, pese a que trataba con tesón de sofocar las lágrimas para evitar que su madre lo presenciara, salió de la sala sin girarse ante los gritos sordos de la mujer que, desesperadamente, le pedía ayuda. Nada más acceder nuevamente a su celda, se tumbó en la cama, cubrió su cabeza con la almohada, y se desahogó de espaldas a Lucas, quien se

limitó a ponerle una mano sobre la espalda y, sin esperar una respuesta, le dijo:

—Amigo mío, entiendo que estás sufriendo y que el dolor es insoportable, pero te aseguro que estás preparado para liberarte de tu pasado. Y yo te conduciré por la senda más corta.

CAPÍTULO 21

—¡Bridemos por mi nuevo sobrino!

Vicente levantó la copa de vino, de pie, frente a su esposa y sus dos hijos, la chica que Joel había conocido unos días antes y un joven de edad aproximada a la suya, rubio, corpulento y de compostura orgullosa. Colocado junto a la persona más importante de su vida, su madre, y al lado también de Hodei, Joel no podía quejarse del trato dispensado hasta el momento.

Cuando su nueva pareja le pidió que le acompañara a ver al hermano de su padre, porque necesitaba apoyo, Hodei lo dudó. No demasiado, la verdad, pero le dio un poco de vértigo conocer tan pronto a la familia de alguien que únicamente había visto unas cuantas veces. Afortunadamente recapacitó a tiempo y se dejó llevar por la inercia en los albores de una relación que no tenía duda de que iba a ser importante para él. Ahora que formaba parte de aquella reunión y que se sentía tan agasajado como Joel y su madre, se alegraba de haber aceptado la invitación.

Los comensales se habían distribuido alrededor de la mesa en la terraza del dúplex, bajo la sombra de una carpa, que les resguardaba de un sol más propio de verano que de finales de mayo. Desde allí se divisaban los tejados de gran parte de los edificios colindantes y era fácil sentirse en la cima del mundo, protegido por el poder del dinero que, sin duda, evidenciaba cada detalle dispuesto tanto en el exterior como en el interior de la casa.

Para Joel aquellos agasajos eran como ver un cielo despejado después de una tormenta. Y eso a pesar de que su tío era el tipo de hombre del que había huido toda la vida: fanfarrón, ostentoso, seguro de sí mismo y con un aire de soberbia que le eximía incluso de unas palabras de disculpa por no haberse ocupado de su sobrino. Se dirigió a él mientras troceaba el pato confitado servido por la sirvienta.

—Al final va a resultar que te hicimos un favor. Me ha dicho mi mujer que eres médico y de los buenos. ¡Algo habrá influido que lleves nuestra sangre! Que imagino que tus padres adoptivos te habrán ayudado —el hombre, que había desabrochado los botones inferiores de la camisa para dejar espacio a su barriga, miró directamente a Sara—, pero tiene que haber

mata para que haya patata, los genes, amigo mío, influyen mucho.

—Perdóneme, pero los genes no me pagaron la carrera, lo hicieron mi madre, aquí presente, y mi padre.

—¡Claro! No te ofendas, hombre. Se ve que eres trabajador. ¡Lástima que seas homosexual! Nunca he entendido que haya tíos a los que no les gusten las mujeres, esos pechos, esas piernas... No se pueden comparar con las de un hombre peludo.

Gustavo fue el único que rio la gracia del padre. Lucía una sonrisa pícara y vestía con una americana veraniega que había dejado tras la silla y una camisa blanca de diseño, que combinaba con el mismo tipo de pantalón, también blanco. Mientras hablaba no tenía ningún inconveniente en desplazar su mano bajo el mantel hasta encontrarse con las largas piernas embutidas en medias de seda y minifalda de su acompañante, que lejos de oponer resistencia, se abrían facilitándole el camino hacia sus partes más íntimas. La chica soltaba de tanto en tanto un respingo acompañado de risitas nerviosas, pero ningún gesto de disculpa, como si no tuviera ningún pudor ante la familia.

—No creo que su esposa ni su hija piensen lo mismo. —Hodei no pudo morderse la lengua y lo soltó con cierta mala leche y algo molesto.

—Desde luego, papá, tienes que modernizarte —sentenció Magda.

—Mira, hija, yo lo siento, pero no concibo que dos tíos sean un matrimonio igual que tu madre y yo, y menos aún que adopten. ¿Dónde vamos a llegar? Un chiquillo que se cría sin una mujer, sin su cariño... No somos lo mismo. Tenemos naturalezas diferentes; la hembra está capacitada para cuidar bebés, para dar cariño y sensibilidad y nosotros, los varones, hemos nacido para salir a cazar, para traer comida a la familia. Nos complementamos. Y una pareja del mismo sexo está incompleta. Eso es indiscutible.

Hodei y Joel se miraron como tratando de decidir si intervenir en la discusión o dejarla pasar. Fue el médico quién tomó la palabra:

—No estoy de acuerdo. Hay sitio para todos. Afortunadamente, las nuevas generaciones lo están entendiendo.

Gustavo, mientras seguía concentrado en explorar lo que Gemma guardaba más allá de sus finas braguitas de punto, le cortó el discurso:

—Mira, primito, que yo te respeto y todo eso, pero creo que mi padre tiene razón, yo pienso igual. Me la soplan vuestros gustos sexuales, pero no los entiendo. Y, la verdad, me da un poquito de asco pensar siquiera en ello.

—¿Y por qué te lo tienes que imaginar?

A continuación, acercó su boca a la de Gemma, sacó la lengua y se la introdujo entre los labios de la joven, que la aceptaba gustosa, delante de los comensales. En esta ocasión, fue la madre quien irrumpió en la secuencia.

—¡Ya está bien! Tengamos la fiesta en paz. Cada uno que haga lo que quiera y tú, Gus, trata de comportarte.

Vicente aprobó la afirmación de su esposa.

—Tu madre tiene razón, eres un puto guarro. Podías aprender educación de tu primo, será maricón, pero se le ve culto y preparado. Tal vez, incluso para nuestros negocios.

—¿Es que le vas a dejar la herencia?

—Seguro que quieres impresionar a esta chica y por eso te haces el gracioso, pero me parece que ahora no toca —añadió Magda en tono reprobatorio.

—Esta chica se llama Gemma y te la he presentado al llegar.

—Me da igual a quién hayas traído o que le metas mano en mitad de una comida familiar —interrumpió de golpe el padre—, pero compórtate y no me hagas recordar que todavía estás a prueba después de lo de la otra noche.

—Soy joven, tengo derecho a divertirme.

—¿Divertirte? ¿A coger un coche borracho y aprovecharte de una menor le llamas divertirte? Menos mal que ha accedido a quitarte la denuncia, porque si no, en vez de una noche en el calabozo te habrías quedado hasta pudrirte. Y como sigas así, tal vez sea yo el que te envíe directo allí.

De pronto, la madre le lanzó una mirada desafiante al marido que no pasó inadvertida para Joel, quien trató de traer calma a la conversación.

—No te preocupes, Gustavo, no tengo intención de coger nada que no sea mío. Además, estoy trabajando en un importante hospital, ni mi madre ni yo necesitamos compensación alguna.

Hodei le puso la mano sobre la pierna como gesto de aprobación a sus palabras y se escuchó un estruendo procedente de la cocina. Vicente, sulfurado, se levantó de golpe.

—¡Coño, Sabina! ¿Otra vez? Vas a acabar con toda la vajilla esta semana.

La sudamericana apareció acongojada tratando de disculparse.

—Lo siento, señor, ha sido un descuido.

—¿Un descuido? Pues que sea el último o te juro por mi madre que te vas a la puta calle.

—No volverá a suceder, de verdad.

—Eso espero.

Vicente le hizo un gesto para que se marchara, al tiempo que Gus se tapaba la boca para evitar soltar una risotada, y siguió hablando:

—Estas putas sudacas no aprenden ni a tiros. Treinta años en casa y sigue siendo tan inútil como el primer día.

—No hables así de ella —le espetó Lidia violenta.

—Cómo tú no pagas lo que rompes... así vamos a ahorrar en esta casa...

—Papá, nuestros invitados van a pensar que somos unos negreros. — Magda apoyó a su madre, también con cierta vergüenza.

—Bueno... —atajó Vicente—. ¿Con qué estábamos? ¡Ah, sí! Iba a hablarte de mi hermano. No te negaré que fuera un *hijo de puta*, aunque nuestra madre fuera una santa. Se pasó la vida jodiéndome. Desde que murieron nuestros padres, con pocos años de diferencia, Sebas se auto consideró el cabeza de familia y me despreciaba continuamente, siempre con un aire de prepotencia, como si fuera superior a mí. Cuando suspendí una asignatura de primero de Derecho me llamó de todo y decidí que no quería que siguiera pagándome los estudios; así que, abandoné sin más. Él se había casado con tu madre y me parecía increíble que, pese a ser un déspota conmigo, se convirtiera en un perrito faldero suyo. Y al final, curiosamente, la mujer fue quién empezó a coquetear con las drogas y él cayó detrás, de cabeza. Así fue como lo perdieron todo y nos llevaron al resto con ellos a la ruina.

Sara, hasta entonces había guardado silencio, pero estaba sufriendo en la silla al contemplar el dibujo que ese hombre estaba trazando de los padres biológicos de Joel. Se le rompía el corazón al pensar en su hijo.

—Seguro que su hermano y su cuñada también tenían cosas buenas...

Antes de que el hombre reiniciara su discurso, Lidia tomó la palabra:

—¡Por supuesto! Ella era muy amable, extrovertida y extremadamente amorosa con su hijo, era lo más importante, lo adoraba. Y él también te quería y tenía las cosas muy claras. Tuvieron mala suerte, los negocios son así, a veces se gana y otras se pierde. Y ellos se quedaron sin nada por culpa de una adicción, que es una enfermedad.

—¡Lástima! —exclamó Sara.

—Bueno, ha sido una comida muy agradable, pero Gus, necesito hablar contigo de negocios, vamos para dentro.

Mientras padre e hijo entraban a la casa, la chica de servicio, con la

cabeza gacha, empezó a recoger los platos y Sara y Lidia continuaron en el mismo sitio para charlar de cosas triviales. Los cuatro jóvenes restantes se levantaron para sentarse en otra mesa contigua a tomar una copa.

—Siento mucho el comportamiento de mi padre. Creo que la empresa está teniendo algunos problemas y está algo nervioso. Además, no te voy a negar que es un hombre bastante chapado a la antigua. No le hagas mucho caso, por favor.

Magda se veía afectada y Joel trató de restarle importancia.

—No te preocupes. No es la primera vez que escucho un discurso como ese. Afortunadamente, en España se han aprobado leyes que nos conceden derechos y poco a poco la gente nos respeta. Lo acabaré entendiendo.

—Pues a mí me ha parecido un hombre con dos cojones, de los que quedan pocos.

La opinión de Gemma, pese a echar más leña al fuego, pasó inadvertida porque inmediatamente Magda introdujo otro tema. Al percatarse de ello, la chica sacó su lima de uñas y comenzó a trabajárselas, algo disgustada, ajena a la conversación que los demás mantenían. Hodei se disculpó.

—Necesito ir al cuarto de baño. Demasiada bebida para mí.

Mientras los otros seguían hablando, el vasco se levantó y entró en la sala en dirección al servicio, cuando unos susurros llamaron su atención. Eran Gus y Vicente, que hablaban en un despacho contiguo, con la puerta semiabierta. Un impulso le llevó a acercarse más para tratar de descifrar lo que decían.

—¿Por qué lo dices? —el padre preguntaba con cierto aire de contrariedad.

—Antonio está empezando a meter el hocico, hace preguntas incómodas en la clínica.

—¿Y sabe algo?

—No creo. Te dije que teníamos que haber elegido a alguien del grupo para dirigir la clínica, por si ocurría algo así.

—Y yo te contesté que no, que era mejor para ese puesto alguien que estuviera al margen y se dedicara a hacer un buen trabajo.

—Pues empieza a ser peligroso.

—Todavía no lo sabemos. No lo pierdas de vista.

Vicente dio unos pasos y cerró la puerta como si presintiera que podía suponer un peligro y Hodei se vio obligado a marcharse para no ser descubierto. Definitivamente se había hecho una composición del carácter de

ambos familiares y no le gustaban. Sopesó si contar lo que había escuchado a su novio y determinó que debía de hacerlo. Tal vez no fuera nada importante, pero estaba entrando en contacto con unas personas que parecían ocultar más de lo que mostraban y Joel tenía derecho a saberlo. Al volver del servicio, Magda y él seguían hablando.

—Según creo, el asesino de mis padres está en la prisión de Granada. Estoy pensando en ir a visitarle —decía Joel.

—No te lo aconsejo. ¿Qué vas a ganar? Solo te puede servir para inquietarte más y remover el pasado.

—Mi pasado. Te recuerdo que me pertenece.

—Es cierto, tal vez si estuviera en tu lugar pensaría como tú. No sé si es lo más adecuado... En cualquier caso, si quieres pasarte por mi despacho, tal vez pueda tramitar tu visita, pero te animo a que lo pienses bien antes de enfrentarte a un momento tan difícil y que sopeses las alternativas, es posible que no acabe siendo tal y como tú esperas.

—Te tomaré la palabra. Estoy decidido.

Tras abandonar la casa y dejar a la madre en su casa, la pareja regresó al piso de Joel para compartir otra velada de intimidad. Hodei le contó lo que había escuchado de Vicente y Gus y al otro le inquietó, pero tampoco quiso concederle demasiada importancia. Prefirió centrarse en él. Parecía mentira que se hubieran conocido unos días atrás, porque fluía un hilo de complicidad entre ambos. Cuando le miraba a los ojos, el médico sentía un arraigo extraordinario que nunca había vivido antes. No se trataba únicamente de que le atrajera físicamente, ni de que se excitara con el solo roce de su dedo en el brazo, aquello iba mucho más lejos. Era una sensación de haber llegado a casa, de no querer separarse un instante de él. Cuantos más detalles conocía de su vida y su pasado, más profundamente caía imbuido en sus encantos. Quería salvarle, protegerle como nunca antes le había sucedido con nadie. Estaba enamorado y ni siquiera había espacio para el temor a que se marchara. Afortunadamente, el sentimiento parecía ser mutuo y Hodei respondía a cada propuesta de su nuevo amigo-amante tal y como el otro esperaba. Durante varios días convivieron en el piso de Joel, sin que ni siquiera hubiera surgido previamente una propuesta al respecto. Fue tan natural, que simplemente se levantaban, hacían el amor, desayunaban, volvían a la cama y ambos se marchaban a trabajar con la promesa de regresar por la noche. Joel le esperaba levantado, a veces hasta las tres de la madrugada y, pese al cansancio, no había un reproche ni una protesta. Era

una forma de dejarse mecer el uno por el otro como si disiparan las preocupaciones futuras, esas que, sin embargo, a pesar de todo, estaban a punto de brotar como una tormenta.

CAPÍTULO 22

Todo estaba borroso, como si una nebulosa o una cortina impidiera ajustar la vista a su alrededor. Evangelina permanecía tumbada en la cama, y comenzó a ser consciente del olor a humedad que impregnaba el éter y al que ya se estaba acostumbrando a medida que se fue despertando. Intentó menearse ligeramente y descubrió que ni sus manos ni sus pies le respondían. El dolor era insoportable. Ni siquiera era capaz de localizar el origen de las heridas, porque el sufrimiento recorría su cuerpo de una punta a la otra.

—No te levantes. Es mejor que descanses.

La voz de Elisabeth le permitió enfocarse en un ser humano. Evangelina volvió a intentar incorporarse sin éxito.

—Cariño, ¿estás bien?

—Me duelen hasta las pestañas.

La indulgente mirada de su compañera despertó su compasión y le dio la medida de su estado.

—¿Qué te han hecho?

La pregunta le condujo de inmediato a aquella inmunda sala donde había sido maltratada, vejada, violada, mancillada, y a su mente acudieron fotografías que le hicieron ladear la cabeza de un lado a otro. Un torrente incontenible asomó a sus párpados.

—¿Hay algún espejo por aquí?

—Sí, pero es mejor que no te veas ahora.

—Necesito hacerlo, por favor...

La implorante forma de decirlo subyugó a la joven compañera, que fue a por un pequeño espejo que le entregó dudosa. Al colocárselo delante no pudo dar crédito a lo que vio. No se reconocía. La cara estaba completamente hinchada, un ojo semicerrado, los brazos y las piernas mostraban decenas de magulladuras y moretones y todavía eran visibles los restos de sangre en su cuerpo. Una vez más, se descompuso en un mar de lágrimas.

—¡Pobrecita mía! ¿Qué clase de monstruos están a nuestro cargo? Te trajeron inconsciente y llevas dos días acostada. Desde entonces, solo vienen a dejarnos comida y a curarte las heridas, excepto ayer que llegaron a por mí.

—Ha sido terrible. La peor experiencia de mi vida.

—Te comprendo. A mí también me han violado.

—¿Así? ¿Embarazada?

La chica intentaba contener unas lágrimas espesas que, sin embargo, humedecieron su rostro.

—Así. Tú estabas inconsciente. Me trasladaron a una habitación y apareció el chico tan bien educado, ese que nos recibió, el joven...

—¿El jefe?

—Eso parece.

—¿Y qué te hizo?

—¿Tú qué crees? Es un baboso, no hacía más que decirme que le ponían mucho las embarazadas y que su mujer era estéril... ¡Ya ves! Lo que a mí me importará. Me violó sin miramientos. Pensé que mataría al bebé del dolor que me produjo.

—Tenemos que marcharnos de aquí.

—Es imposible. Estamos todo el día encerradas y no hay manera de huir.

—¿No las has visto? ¿A ninguna?

—¡Qué va! Pero a veces oigo sus gritos desgarradores y me acurruco en un rincón porque sé lo que le están haciendo a alguna otra.

La cerradura de la puerta se escuchó y supieron que alguien iba a presentarse ante ellas. Doña Rosita precedía al conductor del vehículo que las había traído. Cuando vio a Evangelina, se dirigió afectado hacia la cama para fijarse mejor en su aspecto.

—¡Por Dios! ¿Qué habéis hecho? Sois gilipollas.

—No te preocupes. Se recuperará. Son todo heridas superficiales, no le dejarán marcas.

—¿Seguro? ¿Has visto cómo tiene la cara? ¡Tienes que curarla cuanto antes!

El joven salió precipitadamente de la sala, muy disgustado, sin esperar a doña Rosita, que trataba de alcanzarle a duras penas. Ambos entraron en el despacho sin antes mediar más palabras.

—Se ha pasado. ¿Quién ha sido?

—El juez Moncada y el jefe de la policía local.

—Hijos de puta... Son unos bestias.

—Pagan bien y nos mantienen seguros.

—Ya, pues el hermano del jefe se ha encaprichado de ella.

—Tendrá que recuperarse antes.

—Pues tú sabes que él no es muy comprensivo, cuando se le mete algo en la cabeza...

—Le diré al médico que haga cuanto pueda para que la cure lo más rápido posible.

Uno de los vigilantes llamó a la puerta y entró sin esperar a que respondieran.

—Es esa chica.

—¿Qué chica?

—La embarazada. Ha roto aguas.

—Llama inmediatamente al médico y llévala al quirófano.

Lo que llamaban con cierta ligereza el quirófano no era más que una habitación cerrada, con una camilla en medio y material quirúrgico disperso por doquier. La futura madre entró jadeante, andando, hasta que la tumbaron delante del joven y doña Rosita. El médico tardó casi una hora en presentarse, cuando los dolores de parto eran ya insostenibles. Hasta ese momento, en algunas lagunas de consciencia, Elisabeth se alegraba de que por fin fuera a ver la carita de su pequeño después de casi nueve meses de imaginarlo. Recordó a su marido y se entristeció de que no estuviera junto a ella, porque seguro que le habría consolado. Si no lo hubiera convencido seguiría con él y el niño sería mejicano en lugar de español. De poco importaba en aquellas circunstancias. De nuevo, otra contracción y sentía como si se fuera a romper por la mitad. Si Mario le hubiera acompañado no habría permitido que la esclavizaran, pero las normas que le detallaron imponían esa regla y consideró que viajar sola era lo mejor para toda la familia.

En cuanto apareció el señor de bata blanca, el parto se sucedió con relativa rapidez.

—Empuja, empuja.

Los gritos del doctor incluso trascendían a los de la parturienta.

—¡Coño, empuja más, que no tenemos todo el día!

Elisabeth hubiera querido responderle, aunque en realidad el dolor era tan acusado que ni siquiera los malos modos de una voz externa le afectaban. Ella era la que más ganas tenía de que todo aquello acabara. Finalmente, percibió cómo salía de sus entrañas y, de inmediato, el sufrimiento se transformó en felicidad. Estaba allí, frente a ella. El médico lo levantó y ella trató de ver sus facciones, pero las lágrimas eclipsaban la imagen. Lo que sí pudo hacer fue escuchar su llanto. Estaba bien. Era lo que más le preocupaba.

Ahora solo quería tenerlo en sus brazos, tomarle y decirle que ya nada malo podría suceder, que desde ese momento la vida de ambos iría a mejor. El profesional sanitario le cortó el cordón umbilical, envolvió al niño en una toalla ajada y, en vez de depositarlo en brazos de Elisabeth, lo entregó a Rosita, que lo sostuvo en sus brazos unos segundos.

—Es un niño precioso, Elisabeth. Ha salido blanquito. Parece que su padre no era mestizo como tú.

—Por favor, déjeme tenerlo.

—No estás en condiciones de cuidarlo. Será mejor que te recuperes. Ya nos encargamos nosotros de todo. Ahora tienes una razón más para ser generosa con nosotros. Si te portas bien, te lo dejaremos un rato de vez en cuando. Cuanto mejor sea tu actitud, más lo verás.

—Haré lo que quieran, pero permítanme verlo, por Dios. Solo tomarlo una vez en mis brazos al menos.

—No es bueno que te encariñes tan pronto.

Doña Rosita y el joven salieron de la sala haciendo oídos sordos a los alaridos de una madre que llevaba meses soñando con que su pequeño llegaría para liberarle de todos los problemas del mundo.

Unas horas después, la llevaron de nuevo a la habitación, donde su compañera esperaba ansiosa. Al verla sola, la miró sorprendida.

—¿Dónde está tu bebé?

Todavía exhausta, la joven, completamente hundida, le respondió ligeramente aturdida a consecuencia de las pastillas que le habían dado para detener el ataque de ira que había sufrido.

—Se lo han llevado, no me han dejado siquiera tocar su carita de ángel. Era precioso, un querubín, lloraba, y no he podido consolarle.

Evangelina hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse de la cama y acercarse a la suya. Se sentó en ella y la abrazó con fuerza. Ambas se desahogaron durante un buen rato, conscientes de la tragedia que se había cernido sobre ellas, completamente vulnerables y destrozadas, en un país desconocido, sin el aliento de la familia, ni de ningún amigo. Escondidas en un lugar que ni siquiera serían capaces de ubicar en un mapa y temerosas de un futuro que no podía augurarse más negro.

—No te preocupes, Elisabeth... estamos juntas y saldremos de esto, te lo garantizo. No van a poder con nosotras.

CAPÍTULO 23

Joel fijó su vista en las rayaduras del cristal de la sala de comunicaciones de la prisión de Granada. Fue su prima Magda la que le tramitó todo el papeleo. Realmente, pese a que tanto el padre como el hermano le habían parecido unos estúpidos, tenía que reconocer que ella no se parecía nada a ellos. Era cortés y cariñosa y se había ofrecido a ayudarle sin contraprestación ninguna. Ella se puso en contacto con la prisión y le organizó una primera visita. Desde que le había comunicado que el tal Lucas estaba dispuesto a recibirle, el médico no había podido dormir. Hubiera querido acudir ese mismo día, pero los trámites requieren su tiempo y se había visto obligado a aceptar que pasaran unos cuantos días para desplazarse hasta la capital de la Alhambra. Por la puerta asomó un hombre de unos cincuenta años, delgado, moreno, de no más de 1,70 metros de altura y escasa complexión. Vestía un vaquero ajado y una camisa de cuadros, antigua pero limpia. Mientras caminaba hacia el cristal, Joel posó sus ojos en el rostro y le reconoció pese a estar más mayor: era el mismo tipo cuya cara había visto en los periódicos y en la sesión de hipnosis. No pudo evitar pensar cómo alguien con esa insignificante hechura podía haberse convertido en un asesino tan cruel. Nada más sentarse abrió el interfono.

—Yo estaba allí. Lo vi todo.

—Lo sé, Joel, y lo siento.

—¿Sabe usted quién soy?

—Mucho mejor de lo que te puedes imaginar. Llevo tiempo esperando este encuentro. De hecho, he sido yo el que te ha llamado.

—¿A mí? No he recibido ninguna llamada.

—¿Por qué estás aquí?

—Si conoce mi identidad y me esperaba, imagino que también sabrá el motivo.

—Claro, pero es necesario que seas tú el que lo verbalice.

—¿Por qué?

Lucas bajó los ojos como si de pronto le abrumara un profundo dolor.

—Eso es más complicado de lo que crees. En una visita no puedo responderlo, y menos en una primera cita. En ese momento, creí que hacía lo correcto.

—¿Matar a dos personas inocentes era lo correcto? ¿Destrozar a una familia entera? He leído sobre usted y no está loco, nadie pudo sacarle una confesión más allá de la confirmación de que había acabado con la vida de cinco personas.

—En ese momento pensaba que el mundo estaba mejor sin ellas. Sé que es duro para ti, pero te has adentrado en el camino hacia la luz y ya no hay vuelta atrás para ti.

—¿A qué se refiere? ¿Qué camino? ¿Qué coño de luz? Eran mis padres, me arrancó de su lado y me lanzó a un futuro incierto. Quiero saber el motivo...

—Esta es la primera vez. Deberás venir periódicamente, cada vez que lo necesites, no te pondré un plazo, pero sí que te iré guiando hacia donde tú has de llegar. De cualquier forma, recuerda que solo tú puedes recorrer ese sendero.

—No le entiendo nada.

—Es lógico. Te prometo que todas tus preguntas serán respondidas en su momento. Has aceptado la llamada y eso te ha conducido a mirarte en un espejo que te refleja el dolor escondido durante todos estos años. No te aflijas. Ya no hay vuelta atrás. ¿Cómo has vivido el encuentro con tu familia biológica?

—¿Cómo lo sabe?

—Investiga por ahí. Es el primer paso. ¿Quiénes son? ¿Por qué no te cuidaron?

—No podían, estaban a punto de separarse.

—No te quedes con la primera respuesta. Cerciórate de que no hay duda de ella.

—Me está poniendo muy nervioso.

—Lo entiendo. Es suficiente por hoy. Tu padre adoptivo fue un hombre sabio. Bucea en tu pasado. Indaga dentro de ti. Ahí es donde hallarás cada solución.

El reo se puso en pie y, sin más, retornó por donde había entrado, dejando a Joel con más preguntas y dudas que antes de llegar. Muy confundido salió al *parking* de la prisión, donde aguardaba paciente Hodei.

—¿Qué tal ha ido?

—No sé, raro. Es un tipo de lo más extraño. Sabía muchas cosas de mí, me ha dicho que tengo que investigar a mis tíos, que no me fíe de lo que me han contado.

—¿Y tú le has creído? Es un asesino, no tiene mucha credibilidad.

—Ya, pero había algo en él... No sé, mostraba tanta seguridad...

—¿Te ha servido para algo verle?

—Todavía no puedo contestarte a eso.

—Quizás te vendría bien descansar un poco. Han sido unos días muy duros para ti. He pensado que podíamos quedarnos en Granada este fin de semana. He venido un par de veces y su embrujo es cautivador. ¿Te apuntas?

Era curioso porque, pese a la preocupación que le había dominado, las palabras de Hodei le traían de nuevo a una realidad placentera, en la que solo existían ellos dos, un paraíso donde cada plan era una oportunidad de disfrutar de la vida al margen de los problemas acuciantes que litigaban su cabeza.

—Habría que buscar un hotel.

Su pareja le mostró el teléfono móvil.

—Ya lo hice. Tenemos una habitación reservada en plena calle Ganivet, en el centro de Granada.

En las últimas semanas pocas noches había podido conciliar el sueño, así que llegaba cansado y deprimido. No obstante, caminar por el Paseo de los Tristes, un lugar tan emblemático lleno de terrazas y separado por el río Darro de la colina de Sabika, donde se alzaba lustrosa aún la fortaleza más visitada del país, la Alhambra, fue disipando las preocupaciones. Sobre la torre de la Vela había turistas diminutos que se percibían desde el frente y la vegetación alledaña se extendía por el Generalife, el palacio de verano de los reyes nazaríes, cuyos trabajadores acometieron durante siglos una de las obras más faraónicas del país. Los visitantes se apostaban en bancos y en el poyete que protegía del descenso al río para sacarse fotos con la imagen de la Alhambra al fondo y el bullicio de las calles, camino de Plaza Nueva, por una vía empedrada por la que únicamente circulaban taxis y pequeños microbuses para subir al Albaicín y al Sacromonte, le concedía un aspecto de ciudad alegre y ruidosa. Las paredes de los edificios centenarios que limitaban con la carretera exhalaban aromas a especias y a inciensos que procedían de los establecimientos árabes, en cuya puerta exhibían toda una gama de variedades de té, pantalones finos y anchos, camisas marroquíes y toda clase de adornos que aglutinaban las miradas de los curiosos. Al llegar a Plaza

Nueva, frente a un imponente edificio que alberga el Tribunal Superior de Justicia de Andalucía, un conjunto de baile flamenco se hacía un hueco entre la multitud para hacer gala de su arte. Allí, de pie, mientras el sol comenzaba a desdibujarse por detrás de los bloques de viviendas, en aquel incipiente verano, por primera vez en varios días, Joel respiró profundamente y sintió que estaba en casa.

Hodei había realizado una reserva en el restaurante Las Tinajas, no muy lejos de donde se alojaban, para degustar un succulento menú a base de entrantes y una jugosa carne de cochinillo. Al salir, deambularon por las calles más céntricas hasta toparse con un local de copas tranquilo y coqueto, rodeado de construcciones históricas.

—Gracias. Esto ha sido un regalazo. Parece que he viajado a un universo paralelo.

—Granada es una ciudad mágica, tiene un encanto especial. Desde que vine aquí por primera vez me ha parecido un lugar idóneo para vivir. Me encantaría desaparecer de Madrid y empezar una vida nueva aquí.

—Es cierto, pero es allí donde tenemos nuestros trabajos, mi madre...

—Ya. Entonces, ¿vas a dejar estar lo de tus tíos?

—No sé. He abierto un baúl y creo que debo avanzar y desgranar lo que vaya encontrando. Seguramente no habrá nada que rasgar y ese asesino me habrá mentido, pero tengo que disipar todas mis sospechas.

—¿Te vas a meter a detective?

—No, pero tengo algo de dinero ahorrado y, tal vez pueda solicitar una excedencia. Me ha pedido que lo visite de vez en cuando, así que creo que voy a tener que viajar a esta tierra unas cuantas veces.

—Yo no sé si voy a poder acompañarte, algunos tenemos que trabajar y no podemos pedirnos excedencia.

—Lo sé. No te preocupes. Siempre volveré a tu lado.

Hodei, sonriente, acercó su rostro al de Joel y se dieron un cálido beso sin importarle que a su alrededor hubiera miradas que se posaran en ellos, unas con una media sonrisa en los labios y otras con algo de desprecio. Daba igual, en ese instante, el mundo era un lugar extraordinario, mágico, un parque de atracciones de las emociones construido solo para agradecerles a ellos dos. Ni siquiera se percataron de que, a unas mesas de distancia, un policía vestido de paisano no les quitaba ojo de encima, de hecho, había vigilado todos sus pasos desde que habían llegado a Granada.

CAPÍTULO 24

La finca a la que les había llevado Magda era más que extensa, en plena sierra madrileña. Una llanura verde acotada por vallas y varios establos junto a una casa de campo impresionante a un par de kilómetros del pueblo más cercano, Miraflores de la Sierra. Montar a caballo estaba resultando más sencillo de lo que había imaginado. A Joel le agradó la libertad de verse dirigido por un ser vivo que meneaba su cabello al compás del viento, aunque, a decir verdad, no podía comparar su estilo con el de su prima, que cabalgaba a un ritmo de jockey y regresaba al rato para acompañar su paso al de la pareja. Magda detuvo el paso para alcanzarles.

—¿Qué tal? Lo hacéis muy bien para ser vuestra primera vez.

—¿Tú crees? Es fantástico. Me gusta mucho.

—Te lleva Yoldi, un caballo pura sangre, no puede ser más bueno.

—Es precioso.

—Hacéis muy buena pareja Hodei y tú.

—Nos estamos conociendo, pero nos va bien. ¿Tú estás sola?

—¡Ya ves!

—No lo entiendo. Seguro que habría cola si lo permitieras.

—No me apetece nada. Vamos, que no me cierro en banda, pero después de mi última experiencia no estoy muy por la labor.

—¿Salió mal?

—Era un capullo. Me engatusó con regalos caros y pretendía que fuera su mujercita, que dejara de trabajar y me dedicara a cuidar a sus hijos y a él, así que lo dejé.

—Bueno, seguro que alguien saldrá. Eres una tía encantadora.

—¡Gracias! Lástima que Hodei y tú seáis gais porque me quedaría con cualquiera de los dos.

La ocurrencia les hizo reír a los dos.

—¿Nos tomamos algo fresco? Podemos ir a la piscina de la casa y nos pegamos un bañito.

—No hemos traído bañador.

—Por eso no te preocupes, estamos sobrados de ellos.

Los tres galoparon hasta el establo y después de acomodar a los animales se encaminaron a la casa. Mientras intercambiaban comentarios jocosos, Joel, de pronto, dejó de escuchar. Frente a él apareció la figura de alguien conocido. Al principio no reparó demasiado en su imagen, pero a los pocos segundos se hizo más nítida. Estaba de pie, con el brazo derecho levantado hacia la casa, señalando a un lugar concreto. Giró la cabeza con nerviosismo hacia Hodei y Marga, que seguían hablando, como si no fueran conscientes de que alguien les llamaba la atención. Estuvo tentado a preguntárselo y la aparición, como si leyera sus pensamientos, se colocó un dedo en la boca para pedirle silencio. Por otro lado, era imposible que estuviera allí, porque se trataba ni más ni menos que de Lucas. Estaba en la cárcel, no podía haberse escapado, pero lo veía con claridad. Cuando bajó la vista comprobó que no tenía pies, flotaba en el aire como si fuera... un espíritu. Y le sonreía. Se frotó los ojos y volvió a mirarle. No se había marchado. Entonces desvió la cabeza hacia el punto que indicaba con el brazo y se percató de que allí estaba su tío, echando una bronca a otro hombre, fuerte y alto, con bigote y el pelo encrespado, que no había visto antes. Levantaba los brazos en aspas y gritaba, pero no alcanzaba a escuchar una sola palabra de la conversación. El otro, con la cabeza gacha, aparentaba estar incómodo y, en ocasiones trataba de explicarse, aunque antes de terminar, Vicente le interrumpía con más gritos. En un momento dado, ambos entraron en la casa y él tuvo la intuición de ir hacia allí.

—Me estoy haciendo pis —dijo como excusa rápida para alejarse de sus dos acompañantes.

—Pues, entra en casa. El servicio está en la planta baja —respondió Magda relajada.

Joel casi corrió para tratar de entrar por donde había visto a los dos hombres y accedió a una cocina. No parecía que hubiera nadie en el interior, pero escuchó que en la sala contigua estaban hablando. Uno de ellos era su tío, el otro, tenía acento del Este de Europa.

—No entiendo cómo ha podido pasar. Menos mal que le dije a Gus que lo vigilara. Hay que acabar con él —la voz hosca y profunda de Vicente resonaba en la habitación.

—Parece que llegó a la cuarta planta por casualidad.

—¿No será policía?

—No. Lo hemos investigado.

—En fin, que nos quedamos de nuevo sin jefe de cirugía.

—Lo siento.

—Tú eres el encargado de que no pasen estas cosas.

Joel permanecía tras la puerta, sin darse cuenta de que el interlocutor de Vicente lo acababa de ver e hizo un gesto a su jefe, que intervino de inmediato.

—¿Quién está ahí?

—Soy Joel —el joven, nervioso, se vio descubierto—, estaba buscando el aseo.

—Claro, está en ese pasillo a la derecha.

—Gracias y perdón.

—No te preocupes.

Ambos comprobaron que el médico desaparecía por la puerta indicada y, en voz baja, volvieron a hablar:

—¿Habrá oído algo?

—No creo, además, puede ser la solución. Déjame a mí —respondió Vicente.

Al salir del servicio, Magda y Hodei habían entrado y charlaban con el dueño de la casa.

—Joel, no sé si has escuchado lo que estábamos hablando, resulta que nuestro jefe de cirugía ha estado robándonos sin enterarnos: ha operado a algún paciente sin decir nada a la clínica, así que lo hemos despedido. Y teniendo en cuenta que tú eres de la familia y que estás más que preparado, tal vez te gustaría ocupar ese puesto.

—¿A mí?

—Sí, sé que tienes un buen currículum y que estás considerado como uno de los mejores cirujanos de Madrid.

—¡No es para tanto!

—No quiero presionarte, pero piénsatelo. Me hace falta gente de confianza a mi alrededor. Afortunadamente hemos cogido a tiempo a ese sinvergüenza, porque si se hubiera enterado antes la prensa, nos habríamos metido en un lío muy gordo. Si es por cuestión de dinero, te doblo el sueldo.

La propuesta le llegó tan de sopetón que no supo qué decir. Estaba satisfecho con su labor en el hospital y no tenía muy claro si mezclar familia y trabajo era arriesgado. No le había gustado la conversación que había escuchado tras la puerta. Claro que, por otra parte, estar cerca de ellos le permitiría conocerlos mejor, investigar esos negocios y ver si había algo más allá, tal y como el preso le había asegurado.

—Es muy generoso de tu parte, pero no sé.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Llevo mucho tiempo en el hospital.

—Haz una cosa: pídete una excedencia de un año o unos meses y pruebas, pondré a tu servicio a los mejores profesionales para que te guíen y si no estás contento siempre podrás volver atrás.

—Déjame pensarlo un par de días.

—Por supuesto. Ya me dirás algo. Nos tenemos que ir o llegaré tarde. Adiós a todos. Llámame.

Los tres se miraron las caras asombrados. Durante unos segundos nadie quiso decir nada, después Magda fue la que rompió el silencio:

—¡Madre mía! Te adelanto que mi padre es exigente, pero si eres capaz de ganarte su confianza, te lo dará todo.

—Bueno, ya veremos lo que hago. Me lo pensaré.

Camino a casa, en el Audi de Joel, Hodei estaba deseando sacar el tema.

—No quiero meterme en tus decisiones, ¿pero no crees que no es lo más adecuado entrar en la empresa de tu tío ahora?

—Al contrario. Recordé lo que me dijiste y, cuando iba al servicio escuché una conversación. Vicente decía al hombre con el que estaba que había que acabar con el jefe de cirugía.

—¿Será el mismo del que hablaban el otro día Gus y él?

—No lo sé. Es posible. En esa clínica están pasando cosas.

—¿Y no te parece que, por eso mismo, entrar en ella puede ser meterte en la boca del lobo?

—Estar dentro me ayudará a descubrir más cosas de esta familia. ¡Tengo la sensación de que hay tanto oculto detrás de ella!

—Está bien. No me gusta demasiado, pero lo acepto. Otra cosa: hay algo de lo que quería hablarte. Me han llamado de casa, mi madre se ha puesto enferma, no sé si es una arritmia o hay algo más. La han ingresado. Sé que ellos no me han apoyado y que nunca han aceptado mi condición, pero es mi madre. Tengo que ir.

—Lo entiendo perfectamente. Yo te puedo acompañar.

—No. Sería un mal rato innecesario. Es mejor que vaya solo. Serán solo unos días.

—No sé si voy a aguantar estar alejado de ti. Te has metido en mi vida como un huracán.

—Me alegra escuchar eso. Siempre nos queda el teléfono.

—¿Y cuándo piensas marcharte?

—Mañana mismo. Ya he avisado en el trabajo. Menos mal que tengo un jefe comprensivo. Acepta todo lo que le pido.

—¿Vas a ir en avión?

—Hombre, no. San Sebastián está solo a cuatro horas en coche.

—Pues vete en el mío. Es más seguro.

—Gracias, pero no. Mi Fiat no es nuevo, pero está preparado para esa distancia sin problemas. No es la primera vez que le hago un viaje así.

—Mira que no me importa.

—¡Que no hace falta!

Habían pasado tantos días juntos y el vínculo entre los dos se había estrechado tanto que su partida le produjo un profundo vacío. Se había acostumbrado a descargar sus problemas con él, como si de un disco duro se tratara y, por primera vez entendía que la vida podía ser maravillosa. No siempre estaban de acuerdo, pero el respeto mutuo era tan natural que, por sí solo, acababa llenándole por completo. Hodei no era solo un chico guapo más, era un compañero de fatigas que se preocupaba por él, que sabía ofrecerle el consejo adecuado sin empujarle a él. Sentía que lo quería por ser como era y hacía mucho tiempo que algo así no removía sus entrañas. Así que, pese a la tristeza de su ausencia, se consideraba afortunado por tener su amor y eso le daba fuerzas para afrontar un futuro incierto.

Había decidido no contarle la visión que había tenido de Lucas porque no tenía justificación al respecto. ¿Qué había sido aquello? ¿Un fantasma? ¿Una alucinación? El caso es que le había llevado a una duda razonable. Tal vez era momento de volver a visitar a aquel enigmático personaje que estaba trastocando los cimientos de su mente racional. Demasiados detalles inexplicables, demasiadas coincidencias para alguien que siempre había aludido a ellas para justificar lo aparentemente extraño.

¿Y si en realidad estaba desarrollando algún tipo de capacidad extrasensorial? ¿O se estaba volviendo loco y veía fantasmas alrededor como le decía Hodei? Muchas preguntas sin respuesta. Así que, la única manera de resolverlas era considerar que no tenía otra opción que aceptar la oferta de trabajo de su tío. En el hospital donde estaba contratado le estimaban lo suficiente como para concederle una excedencia y aprovechar ese tiempo

para tratar de averiguar lo que se escondía en aquella clínica y detrás de su nueva familia.

CAPÍTULO 25

Lucas deambulaba por el patio inmerso en sus pensamientos. Estaba centrado en Joel, tanto que sabía que su única función ahora en el mundo era ayudarlo. Por eso se había desdoblado para ofrecerle una pista. Le observaba en silencio, sin que él lo supiera, desde la distancia de la prisión. Era una capacidad que había comenzado a desarrollar unos años atrás. La primera vez que abandonó su cuerpo estaba completamente despierto y llevaba unos quince años de condena. Viajó a Huautla de Jiménez, Oaxaca, en Méjico, donde su padre continuaba viviendo en una humilde casita, en un modesto barrio de la ciudad. No sabía cómo, pero de pronto se trasladó desde la prisión hasta la habitación de la casa que le vio crecer y tumbado en la cama, un anciano al que le costó reconocer como su padre, perdía a bocanadas el hilo de la consciencia. Entonces lo supo, sin más. Estaba allí para ayudarlo a efectuar el tránsito, para despedirse. Junto al abuelo, permanecían sumisas y apenadas sus otras dos hijas, las hermanas de las que no había sabido nada desde su partida. Habían envejecido, como él, y sentadas y asidas de ambas manos se consolaban mutuamente en los instantes previos al fallecimiento de un hombre sin cultura, bondadoso y sabio, que siempre había trabajado para ofrecer lo mejor a su familia, sobre todo, tras la muerte de la esposa, muchos años atrás.

No lo percibía como una imagen onírica, sino con la emoción que conlleva la realidad. De hecho, había sido capaz de dissociarse y vivir dos historias a la vez: la del preso encerrado en la prisión de Albolote y la de la definitiva marcha de su padre. Se acercó a él con gesto compungido y se agachó a darle un beso. Aunque parecía con la consciencia perdida, el anciano volteó su rostro y fijó la vista en el hijo.

—Estás aquí.

—Padre, ¿qué es lo que está diciendo? —una de sus hijas le preguntaba asustada al ver que de repente se había despertado.

El abuelo, ajeno a la pregunta, prorrogó su interrogatorio:

—Siempre te he estado esperando. ¿Por qué nunca volviste?

—Padre —Lucas experimentó una punzada de culpabilidad—, me duele

en el alma, pero estoy en España. Me encerraron en la cárcel y por eso no pude venir.

—¿En la cárcel? No lo entiendo. ¿Qué hiciste? ¿Y por qué no nos avisaste?

Las hijas se miraron anonadadas y se acercaron a él.

—¿Con quién habla? Nos está asustando.

—Padre, tal vez no fuera la mejor decisión, pero usted era pobre, no hubiera tenido posibilidades ni de ayudarme ni de viajar a verme. ¿Cómo iba a causarle tanto sufrimiento baldío?

—Creí que estabas muerto.

De nuevo, las hijas intervinieron.

—¿Quién estaba muerto?

—He venido a despedirme.

—¿Adónde te vas?

—Por ahora me quedo, es usted el que debe partir. Ha disfrutado de una buena vida, lo sé, su mirada lo delata, ha sido muy amado, incluso por mí desde la distancia. Nunca he olvidado cómo me enseñó a arar la tierra, cómo me construía juguetes de madera y se reía de mis ocurrencias. Ha sido el mejor padre que pudimos tener, debe estar orgulloso de ello y del amor que repartió y que le ha sido devuelto.

—¿Me voy?

—¿Tiene miedo?

—No. Ya es suficiente. Estoy deseando de ver a los míos que están al otro lado, a tu madre, a mis padres y a mis hermanos.

Una de las hijas se acercó a su oído.

—Padre, ¿de qué habla? ¿Con quién?

Por primera vez, el hombre se ladeó hacia la hija y la miró fijamente.

—Ya me puedo marchar. Por fin sé de tu hermano.

—¿Mi hermano? ¿Lo está viendo? ¿Está muerto?

El abuelo se giró hacia su hijo con ojos ahítos de una ternura desbordante mientras él le devolvía el gesto y le sonreía. Se agachó a besarle y después le dedicó un guiño que al anciano le hizo reír con fuerza.

—Hijos míos, les quiero.

Como si de una obra de teatro se tratara, el hombre expiró en ese mismo instante ante los lamentos de las hijas que empezaban a comprender lo que estaba sucediendo. Lucas pudo ver el alma de su padre despegándose de un cuerpo inerte, colmado de arrugas, y elevándose a las alturas antes de que

apareciera de nuevo rodeado de las cuatro paredes de la cárcel.

Después de ese primer viaje astral, en alguna otra ocasión había conseguido desdoblarse con un grado mayor de consciencia. Y así había desarrollado la capacidad de hacerlo posible cuando estaba seguro de que era necesario. Como en el día anterior, cuando había vigilado en secreto los pasos de Joel hasta acercarse hacia esa casa y, en vista de que podía perderse la acalorada discusión entre Vicente y su empleado, supo que tenía que instarle a fijarse en ellos.

En realidad, su función era acompañarle y guiar sus pasos, en silencio, sin llamar demasiado la atención. Igual que en prisión contaba con un discípulo especial que no había levantado cabeza desde la visita de su madre. Le quiso dar unos días para recapacitar antes de abordar el asunto. Se acercó a un lateral del patio donde Marcos estaba sentado, en solitario, sin hacer otra cosa que sujetar su cabeza con las manos.

—Puedes seguir así todo el tiempo que quieras —Lucas lo dijo con la mayor ingenuidad posible.

—¿Eh? —acertó a preguntar sorprendido—. ¡Ah, coño, eres tú! ¡Qué susto!

—¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Por qué lo dices?

—A mí me puedes engañar, pero a ti, no. Al menos, no deberías hacerlo.

—¿De qué hablas?

—Escucha. Cada vez que evitamos que aflore una emoción o que tratamos de esconderla bajo una apariencia física o de normalidad, lo único que conseguimos es guardarla en una especie de archivo secreto. Tal vez creas que así no volverás a vivirla, pero no es verdad. Tarde o temprano, esos sentimientos retornarán a ti en forma de sufrimiento. La única manera de liberarte de ellos es prestarles atención, colocarte a su frente sin juzgarlos.

—Eres demasiado culto para mí... No te entiendo muy bien.

—Marcos, ¿acaso no es verdad que sigues pensando en tu madre?

El chico calló, tratando de no contestar.

—No quiero hablar de ese tema.

—Ya, sin embargo, no dejar de pensar en él.

—¿Y qué quieres que haga? Vino a verme únicamente para obtener algo a cambio. No se ha dignado a visitarme en los últimos meses y cuando necesita mi ayuda, se presenta. Nunca me ha querido. Ni ella ni mi padre. En cierto modo, son los culpables de que yo esté aquí. Si me hubieran ayudado

un poco más, si me hubieran apoyado... pero no ha sido así; jamás me han dado un euro, siempre he tenido que valerme por mí mismo. Mi padre estuvo permanentemente ausente, aunque siguiera con nosotros, por culpa del alcohol y de las drogas; mi madre eligió ser una víctima y se ha pasado la vida quejándose de la mala fortuna de haber dado con él; mis hermanos supongo que, como yo, aprendieron a sobrevivir y a ocuparse solo de ellos. Cada uno metido en su cascarón privado, incapaz de asomarse siquiera a lo que nos ocurría a los demás. ¿Sabes que no recuerdo un solo día en el que haya jugado con alguien de mi familia? Me he criado solo y eso me ha traído hasta aquí.

—Eso ya es un principio. Al menos estás reconociendo tus sentimientos. Ahora puedes empezar a luchar para cambiarlos. Lo primero que debes saber es que no estás sufriendo porque nadie te haya hecho nada, sino porque piensas que te han hecho algo.

—¿Y qué diferencia hay?

—Toda. La realidad es neutra, no es buena ni mala, no es positiva ni negativa, es lo que es. Tú la traduces y en función de esa interpretación que realizas a través de tus pensamientos, notas una emoción que únicamente es fruto de lo que has pensado; y por eso la experimentas. En este caso, no sabes cuál es el grado de infelicidad de tu madre, hasta qué punto puede estar destrozada. Tú has sido testigo de que no ha venido a verte y lo has deducido como una consecuencia de su falta de interés por ti, pero lo único cierto es que no ha venido, lo otro es solo efecto de tu pensamiento. Si te enteraras de que ha estado secuestrada en su propia casa por tu padre y que por eso no te ha visitado, tal vez no lo considerarías como un desprecio hacia ti. Lo que te quiero explicar es que tú escoges la interpretación, tú seleccionas personalmente tus pensamientos y determinas tu realidad en base a ambos. Eso lo puedes cambiar, hay otra forma de ver el presente, pero antes debes empezar a darte cuenta de lo que piensas y a no culparte por ello.

—Te contradices. Me estás contando que soy yo el que se está fustigando por lo que he hecho mal y luego me pides que no me culpe por ello.

—Este mundo no existe, es literalmente un sueño como te he dicho muchas veces. Imagínate que en un sueño tú te enfadaras con un vecino y fueras injusto con él. ¿Al despertar te culparías? Sería absurdo. Pues igual de ilógico es que lo hagas por algo que solo parece que está sucediendo en este mundo.

—Eso es muy bonito, sobre todo para personas como tú, que han acabado con la vida de otras. ¡Qué cómodo! No pasa nada por haber matado a cinco, así que dejo de culparme. Incluso me parece egoísta porque te olvidas de que el mal que has hecho ha sido hacia otros. No me digas que el mundo no existe: lo veo, lo puedo tocar y sentir y hay cosas que me pasan y que no lo puedo evitar.

—Entiendo que viniendo de mí te parezca extraño, e incluso puedes creer que es una forma de liberarme de mis errores pasados, pero todos los cometemos varias veces al día y solo podemos hacer dos cosas: culparnos hasta el infinito por ellos, lo cual nos llevará a padecer, o perdonarnos y mirar hacia adelante. Si yo pregunto a diez amigos y familiares tuyos quién es Marcos, seguro que ninguno de ellos me dirá lo mismo. Si te lo pregunto a ti, también me contarás detalles diferentes. Para mí, tienes otras características también distintas. En función de lo que piense de ti serás una buena persona o alguien cruel, dependiendo de la persona a quién preguntes te dirá lo mismo. Eso significa que cada uno ha construido una imagen personal de Marcos, por lo tanto, no es posible que todos te veamos igual. Interpretamos la realidad de acuerdo con nuestras vivencias, nuestros gustos, nuestras creencias, nuestro pasado y para cada cual es de una forma o de otra. Eso significa que no hay una realidad objetiva semejante para todos. Ninguna. Incluso el asesino más cruel, ponme a mí, si quieres, tiene incondicionales, amigos que le consideran una buena persona. No hay un mundo ahí fuera, solo existen tus propios pensamientos acerca de este y, según en lo que te enfoques, pienses y sientas, te encaminarás hacia un mundo desdichado o a otro más feliz. Recuerda que no puedes cambiar el mundo que ves, pero si cambias tu forma de verlo, tu mundo cambiará.

—Entonces, ¿tengo que ver a mi madre como una buena persona?

—Puedes hacer lo que quieras. Todo lo que ves en el otro es una proyección de lo que está dentro de ti mismo, está ahí como un espejo para reflejar la realidad que estás rumiando en tu interior. Si odias a tu madre ahora es porque esa emoción está dentro de ti, porque te has encargado de rebuscar dentro los pensamientos de odio que residen en alguna parte de ti mismo, también te podrías conectar con la tristeza, con la alegría e incluso con el amor. ¿Y sabes algo más? Que todos somos uno, que estamos enlazados, y que tú solo puedes constatar la existencia de uno: de ti mismo. Nunca sabrás lo que piensa nadie más que tú, pese a que lo creas, porque jamás podrás verlo con su mente. Solo puedes interpretar a través de la tuya.

—¡Puff! Me está dando dolor de cabeza.

—Entiendo que es mucha información de golpe, pero acabarás comprendiendo. Y cuanto antes lo veas, antes podrás librarte de aquello que no te gusta de tu vida.

—Eres un capullo, ¿pero sabes qué?... No entiendo todo lo que has dicho y, sin embargo, empiezo a sentir una especie de alivio dentro de mí.

—Eso también tiene una explicación: tal vez tú creas que no lo entiendes, pero tu yo interior sí que lo hace. Él lo sabe todo. Y ve que te estoy señalando una verdad que mora en ti desde antes que tu cuerpo naciera y hasta después de que se marche de aquí.

—Lo pensaré, pero ahora necesito descansar.

—No te preocupes, la resistencia es lógica antes de que llegue la aceptación.

CAPÍTULO 26

Dos semanas tenía el hijo de Elisabeth, catorce días sin verle, trescientas treinta y seis horas, veinte mil ciento sesenta minutos. Un periodo suficiente como para agriar su carácter, desconfigurar su mente, almacenar ira. Ya apenas pronunciaba una palabra y, aunque Evangelina se esmeraba en consolarla, nadie podía transformar la realidad: en el mismo instante en que se convirtió en madre, le arrebataron a su bebé. Ni siquiera cuando la obligaron a volver a prostituirse experimentó dolor, pese a haber soportado a tres hombres diferentes en un mismo día. Era como si su alma se hubiera desvinculado del cuerpo como método de protección. De un plumazo, le habían sustraído las ganas de vivir.

—Tenemos que marcharnos de aquí.

Evangelina se había recuperado de sus múltiples lesiones, pero aún presentaba las huellas de las heridas que iban cicatrizando.

—¿Adónde vamos a ir? No se me ocurriría abandonar a mi hijo de ninguna manera.

—Cariño, no lo entiendes: se lo han llevado. No va a volver.

—Dijeron que me lo devolverían.

—Y no lo han hecho. No te puedes fiar de ellos.

—Tengo que hacerlo. Es lo único que me hace seguir adelante.

—Claro, pero debes pensar en ti y en tu familia.

—¿Mi familia? Está a 10000 kilómetros de distancia. Ni siquiera mi marido sabe qué ha sido de mí. Le dije que me pondría en contacto con él en cuanto estuviera establecida para poder reunirnos. Tal vez esté ya con otra y me haya olvidado y si no, lo hará cuando se entere de los hombres que han pasado por mi cama.

—Si te ama de verdad, lo perdonará. Estás encerrada y te han violado. Nadie te puede culpar por ser víctima de estas agresiones. Por él, tienes que reaccionar.

La llave se escuchó trasteando en el pomo de la puerta antes de que apareciera doña Rosita con un garrote en la mano derecha:

—¿Cómo estáis? —preguntó en tono hosco.

—Bien —contestó Evangelina desganada.

—Tengo algo que decirte, Elisabeth. Tu bebé se puso enfermo. Lo siento. No ha sobrevivido.

Las palabras brotaron como una cascada de pedruscos que se precipitaron demoledores desde el cielo, sin posibilidad alguna de guarecerse de ellos.

—¿Qué dice? No puede ser. Estaba muy bien.

—Ya, pero empezó a tener fiebre, llamamos al médico y nos dijo que no había nada que hacer.

—¿Pero él está bien?

—¿Qué dices? Te he dicho que ha muerto, ¿o no me has oído?

—Es imposible. Quiero verlo, seguro que yo soy capaz de curarlo.

—¡Madre mía! Se te ha ido la cabeza...

—Mi niño, mi niño...

Elisabeth cayó destrozada en el suelo, implorando inconsolable frente a una mujer impertérrita que se limitaba a torcer el gesto disgustada. Evangelina se acercó y la intentó abrazar, pero la otra estaba tan excitada que no se lo permitió.

—Déjeme ver su cuerpecito, aunque sea por última vez, por favor.

—No insistas. No puedo hacerlo.

Con un nudo de congoja que dificultaba incluso su respiración, como si fuera tomando consciencia de lo que acababan de decirle, se arrodilló ante doña Rosita.

—Se lo suplico, por favor, haré lo que me mande sin rechistar, trabajaré toda la vida para ustedes, pero déjeme despedirme de él.

—Es imposible. El niño ya no está aquí. Murió ayer y lo han enterrado.

La chica, completamente enajenada, se levantó para abalanzarse contra la madame.

—Tiene que enseñármelo. Es mi niño. Hija de puta.

Visiblemente amedrentada, doña Rosita intentó frenarla y la misma Evangelina quiso apartarla de la señora por temor a que fuera ella la que resultara dañada. Elisabeth, sin embargo, incontenible, gritaba improperios y obligaba a retroceder a la mujer hasta que, acorralada, utilizó el garrote que sujetaba en la mano contra la joven, asestándole un sonoro mamporro en la cabeza. Al instante, la muchacha perdió el equilibrio y cayó como un castillo de naipes, mientras la sangre manaba sin interrupción y formaba inmediatamente un pequeño charco que evidenciaba la gravedad de su estado.

—¿Qué ha hecho? La ha matado... —Evangelina se inclinó a socorrerla, perdiendo repentinamente el miedo para enfrentarse a la madame que, apostada frente a ella, hacía gala de gran confusión.

—Se ha puesto como una loca. No me ha dejado otra opción. Llamaré al médico.

Evangelina sesgó una parte de su sábana y se la colocó en la herida con el propósito de atajar la sangre al tiempo que veía cómo la madera se teñía de rojo, mientras doña Rosita salía precipitadamente y cerraba la puerta a sus espaldas sin saber si había acabado con la vida de la madre primeriza.

CAPÍTULO 27

Antonio salió de la clínica todo lo aprisa que pudo. Tenía que reflexionar con calma. Lo que acababa de encontrar rebasaba los límites de su imaginación. Llevaba unos meses trabajando allí y no había alcanzado a sospechar que algo así pudiera estar ocurriendo bajo ese mismo techo. Ahora empezaba a entenderlo. Unas semanas antes había localizado unos documentos sospechosos por casualidad. Después de preguntar a algunos trabajadores consideró que tenía que acceder al lugar que acababa de visitar. Y su rostro se tiñó de preocupación antes de transformarse en pavor, a medida que avanzaba por la carretera. Por lo que sabía, había policías implicados y aquella imagen de la cuarta planta le sobrecogió. Salió con tanta prisa que uno de sus compañeros le interceptó y solo se le ocurrió responder que se había equivocado, una burda excusa que estaba seguro de que no había colado. No se podía fiar de nadie, así que había decidido marcharse cuanto antes. Incluso estuvo tentado de hablar con Andrés, cuando este le salió al paso; afortunadamente, se contuvo por evitar involucrarle a su colega.

Lo primero que debía hacer era poner a salvo a su mujer y a su hija y después desaparecería por algún tiempo. Afortunadamente, conservaba una cantidad de dinero, suficiente, para contratiempos en casa. Estaba en un buen lío y a medida que se acercaba a su destino fumaba un cigarro tras otro, pese a que se había comprometido a dejarlo unos días antes.

Al llegar, la mujer preparaba la comida, como de costumbre, aunque al ver el rostro blanquecino de su esposo se inquietó.

—¿Qué te ocurre?

—No puedo decirte nada. Solo quiero que cojas ropa para ti y para la niña y que os marchéis con tu hermana a Trevejo por una temporada.

—¿A Cáceres? ¿Ahora? ¿Te has vuelto loco? La niña no puede dejar el colegio, así como así.

—Marta, por el amor de Dios, debes confiar en mí. ¿Ha vuelto ya?

—Sí, está en su cuarto.

—Es muy grave lo que ocurre.

—¿Pero de qué se trata?

—No quiero que corráis ningún peligro.

—Pero... ¿Es que tú no vendrías con nosotras?

—Por ahora, es mejor que nos separemos. Yo te llamaré y te contaré más. Hasta entonces necesito que me hagas caso y que no vayas a la policía. Tengo que desaparecer.

—Antonio, dime lo que pasa. Me asustas.

—De verdad, es por tu seguridad. Prefiero que no sepas nada.

—¿Te has metido en algún lío? ¿Has cometido un delito?

—No es eso. Yo no he hecho nada malo, y que nadie te convenza de lo contrario. Solo estoy en un apuro y tengo que ponerlos a salvo.

En vista del alterado estado del marido, Marta empezó a obedecerle. Cogió una maleta y metió lo imprescindible con la ayuda del esposo, al tiempo que preparaba otro equipaje con algunas cosas para él. La hija, de doce años, se oponía a marcharse hasta que percibió la preocupación de sus padres y decidió también hacerles caso.

Bajaron las escaleras media hora después y se metieron en su coche con la intención de desplazarse hasta la estación de autobuses. Allí estuvieron alrededor de una hora esperando al primer vehículo que las conduciría hasta Cáceres, donde su hermana las recogería para trasladarlas a Trevejo, una pequeña aldea de la sierra de Gata ideal para perderse de la civilización.

—Antonio, ¿me llamarás?

—No lo dudes. Y en cuanto pueda, volveremos a reunirnos. Tranquila, todo saldrá bien.

—Me voy muy preocupada.

—Lo sé y lo siento, pero no puedo decirte nada todavía.

—Te quiero.

—Yo también os adoro a las dos.

Trató de tragarse las lágrimas con el fin de que su familia no detectara el grado de temor que albergaban, aunque en cuanto el autobús partió a su destino, se derrumbó. Estuvo varios minutos con la cabeza gacha, sentado en un banco de la estación de autobuses. Al levantar la mirada se topó con dos hombres que, a una distancia prudencial, lo observaban. Uno de ellos era alto y con bigote, el otro, fuerte y rubio. El pavor le recorrió como un latigazo la espina dorsal de arriba abajo. Se levantó precipitadamente y comenzó a caminar deprisa, miró atrás y comprobó que los dos hombres le seguían los pasos. Entonces se apresuró aún más hasta alcanzar el aparcamiento de la estación de autobuses. Se subió al coche y volvió a girar la vista. El cielo

encapotado anunciaba lluvia, tal vez una tormenta de verano. Parecía que les había perdido. Arrancó y salió lo más deprisa que pudo y entonces vio que un Hyundai Tucson negro le seguía. Se acercó lo suficiente como para que Antonio reconociera al conductor y a su acompañante, así que aceleró y condujo por las calles de Madrid con furia para desprenderse de ellos. El intenso tráfico jugó a su favor y en pocos minutos interpuso varios coches de distancia entre los perseguidores y él. Algo más relajado discurrió por la carretera hasta que tomó la M-30. Quería salir de allí, marcharse lejos, olvidar ese último y nefasto día. Unas gotas gordas estallaron en el parabrisas como si el cielo le asistiera en su tristeza. En pocos minutos, la lluvia caía con tanta intensidad que los vehículos se vieron obligados a reducir la velocidad.

Nunca había sentido una soledad tan extrema. No podía confiar en nadie, ni siquiera pedir ayuda a su familia o amigos. Era algo tan grave que debía salir solo de aquel atolladero. Mientras se alejaba del bullicio del centro de la capital, recordaba las esperanzas que había depositado en su hija, las ganas que tenía de verla crecer y se lamentaba del tiempo que había restado de disfrutar de ella y de su mujer por culpa del trabajo. Si bien en la clínica no estaba desbordado, el hecho de haber aceptado un puesto de profesor en la Facultad de Medicina de la Complutense le había desbordado. Le habría encantado, en aquel momento, volver atrás y decir que no y jugar más con su pequeña o ir al cine o conocer a sus amigas. ¿Y Marta? Ella, que nunca se quejó de nada, siempre apoyándole, siempre amándolo. ¿Por qué no hicieron el viaje a Toronto que tuvo que cancelar por aquel congreso? Ya no podía dar marcha atrás, pero si conseguía salir de esta juraba que se convertiría en un verdadero padre de familia, en un esposo ejemplar. Al menos, se podía sentir orgulloso de no haber sido infiel a la mujer como muchos de sus colegas. La quería. Y qué poco se lo había dicho. Lejos de detenerse, el caudal de agua procedente de las nubes había arreciado y, pese a que los limpiaparabrisas se afanaban en retirarla del cristal delantero, apenas se divisaba a unos metros de distancia.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el impacto trasero de un coche. Al mirar por el retrovisor se le escaparon unos lagrimones de terror. Otra vez estaban allí, detrás suya, en aquella carretera secundaria. ¿Cómo le habían encontrado? No lo entendía. Tampoco tenía tiempo de pensar en ello. Solo podía acelerar y poner su Lexus a más velocidad de la que lo había puesto en toda su vida. En la curva estuvo a punto de salirse y por detrás, los

perseguidores no se despegaban de él. El copiloto abrió la ventanilla y sacó una pistola. Antonio escuchó un disparo y debido al susto, hizo un requiebro, aunque consiguió controlar el coche. Discurría en línea recta por una carretera secundaria, ni siquiera él mismo conocía el lugar por el que circulaba, y el otro vehículo se colocó en paralelo. Antonio miró un segundo y, tras la neblina que acompañaba a la lluvia, pudo ver la pistola. No le apuntaba a él, sino a la parte baja del coche, probablemente a la rueda. Estaba a punto de llegar a un puente estrecho, por el que solo podía pasar un coche cuando escuchó un segundo y un tercer disparo. Las balsas de agua de la carretera dejaron de preocuparle. El último de ellos impactó en su objetivo y el Lexus dio bandazos de un lado para otro de la carretera. Accedió a la entrada del puente con tal descontrol y velocidad que su coche impactó con la barandilla de hierro y la destrozó, atravesándola y quedando al aire hasta que el vehículo aterrizó sobre el agua de un río. El sonido del choque se escuchó a distancia, y el chapoteo sobrepasó la altura del propio puente.

Los dos hombres detuvieron el Hyundai unos metros antes de llegar al lugar del siniestro y salieron, protegidos bajo un paraguas, para comprobar el resultado de su hazaña. Pese a que habitualmente el caudal de ese río era reducido, la intensidad de la lluvia en la última hora le había conferido un aspecto tan inusitado que se hundía muy deprisa, hasta que desapareció por completo bajo el agua. Prepararon sus armas con el fin de disparar en cuanto vieran asomar la cabeza del conductor, pero eso no ocurrió. Esperaron varios minutos y se cercioraron de que no había emergido por ningún otro lado hasta que estuvieron seguros.

—Está hecho. Este ya no sale de ahí.

—Perfecto. Ha sido un accidente. Que descanse en paz.

El caudal empezaba a crecer por la fuerza de aquella espontánea tormenta. Se subieron al coche y el cielo tupido por nubes negras se iluminó por un segundo, poco antes de escucharse el estruendo procedente de un relámpago.

CAPÍTULO 28

Un edificio centenario, de ladrillo visto, que había sido al principio una residencia de ancianos se había transformado en la clínica de la Cruz. De dimensiones reducidas pero muy coqueta, su apariencia señorial, con ventanas de medio punto y tejado a dos aguas, evidenciaba que estaba dirigida a pacientes de un nivel económico alto. Desde el exterior no era fácil adivinar que se trataba de un centro sanitario, parecía más un palacio perteneciente a un adinerado noble, y una vez dentro, las paredes en tonos claros y alegres recorrían un lugar agradable para pasar una convalecencia. Al entrar, llamaban la atención los techos altos y el suelo encerado que brillaba al contacto con la luz solar que incidía en ellos desde las ventanas. Una doble escalera con barandillas doradas conducía a la primera planta, aunque a mano derecha había dos ascensores que salvaban el desnivel de las plantas sin el esfuerzo de subir los escalones. Joel revisó el instrumental moderno, actualizado, con aparatos de última generación, alguno de los cuales tenía un coste tan elevado que se convertía en artículo de lujo en la mayoría de los hospitales privados. Había dos quirófanos completos y un equipo de cinco cirujanos que se turnaban para optimizar la utilidad de las salas de operaciones. Joel había empezado a trabajar solo un par de días antes y ya preveía que iba a poder estar más tranquilo que en su último puesto. Y más arropado. Al menos para eso fue Vicente, en persona, aquel mismo día, a presentarle a sus colegas en la sala de reuniones.

—Este joven apuesto que tenéis enfrente va a ser vuestro nuevo jefe. Quiero que le ayudéis en todo lo posible y que tengáis en cuenta que está considerado como uno de los mejores cirujanos de Madrid. No lo digo yo, lo afirman los especialistas. Así que, si alguien piensa que el hecho de que sea mi sobrino ha influido en mi determinación, le diré que sí, pero que no ha sido el motivo decisivo.

—Hola a todos —tomó la palabra Joel—, mi tío es muy generoso y le agradezco esta presentación, aunque quiero que sepáis que soy un colega más y que me gusta trabajar en equipo, así que no os preocupéis, lanzadme vuestras propuestas sin miedo, cuando queráis.

A los pocos minutos, ya estaba tocando a la puerta de su despacho un comité de recepción formado por tres médicos: Vicky, una doctora cuarentona, entrada en carnes y con una pícara sonrisa; Miriam, una experimentada cirujana que pese a sus sesenta años aparentaba poco más de cuarenta y cinco, rubia, delgada y todavía atractiva, y Andrés, un chico de veintinueve años, con un currículum que amedrentaba a cualquiera y aires de gigoló.

—Jefe, me ha encantado lo que ha dicho.

Fue Andrés el que rompió el hielo.

—Gracias.

—Me llamo Andrés y ellas son Miriam y Vicky. Mira, no te fíes demasiado de todo el mundo, porque aquí cada uno va a lo suyo, no hay mucho compañerismo que digamos.

—¿Lo dices por vosotros?

—¡Al contrario! Nosotros somos de fiar. —Una amplia sonrisa le permitió mostrar una dentadura blanca y reluciente.

—¡Ah, vale!

—No le hagas mucho caso a este, es un guasón —continuó Gemma—, es el más listo de la clase... ¡Ya sabes! Nosotros solo hemos venido para ofrecerte nuestra ayuda en lo que necesites. Y no solo dentro de esta clínica. Si te apetece salir a tomar algo, cuenta con nosotras.

—¿Con vosotras? Querrás decir conmigo, porque vosotras sois unas carcas... ¡No te fíes, Joel! Estas te llevan a bailar salsa en un dos por tres. Si de verdad quieres divertirte, avísame a mí, que conozco los mejores garitos de Madrid y donde van las chicas más guapas.

—No busco a nadie.

—Hombre, a nadie le amarga un dulce, siempre puede aparecer una chica de improviso.

—Más bien un chico, me gustan más.

—¡Por mí perfecto! A más me toca. Es broma; ahora en serio, cualquier cosa que necesites no dudes en preguntárnoslo. No somos mala gente.

—No lo dudo. Gracias por vuestro apoyo. Si queréis, quedamos un día todos y nos tomamos unas cervezas, pero ahora me gustaría ponerme manos a la obra, descubrir el trabajo que nos ocupará los próximos días, semanas y meses.

—Por supuesto —asintió Andrés—. Por cierto, si yo fuera gay... no te me escapabas, jejeje.

Los tres profesionales se dispusieron a salir entre risas, aunque Andrés pareció remolonear para quedarse a solas con el nuevo jefe. Cuando se cercioró de que las chicas habían salido, cerró un instante la puerta y volvió al escritorio de Joel.

—Perdona que sea tan directo, pero ¿tú sabes algo de Antonio Garcés?

—¿El antiguo jefe? No mucho, la verdad —trató de ser prudente.

—Es que es un poco extraño porque no sé la razón por la que ha sido destituido, pero hace unos días que trato de ponerme en contacto con él y no lo encuentro por ningún lado.

—Puede ser que haya cambiado de móvil.

—Es posible, pero me extraña que no nos haya dicho nada a ninguno. Siempre fue muy amable con nosotros. Además... bueno, no sé si contarte esto...

—Puedes confiar en mí...

—El día que se marchó, hablé con él en su despacho. Parecía nervioso y le pregunté por qué, pero no quiso responderme. Solo me dijo que ya hablaríamos fuera de aquí, que se marchaba porque tenía que pensar.

—¿Sobre qué?

—Ese es el caso, que no me lo contó. Y no lo hemos vuelto a ver desde entonces.

—Ya que has sido sincero conmigo... te contaré, en confianza, y espero que no salga de aquí, que parece que Antonio llevó a cabo varias operaciones sin el permiso expreso de la clínica y se quedó con el pago de los clientes.

—¿Cuándo? Si aquí hay cirujanos todos los días.

—¿Los fines de semana también?

—Bueno, esos días no hay intervenciones.

—¿Seguro? Pues eso, seguramente ha desaparecido por temor a lo que pueda pasar.

—Es posible. Muchas gracias por tu sinceridad.

—A ti por confiar en mí.

Joel sintió una punzada de desazón. Las conversaciones que habían escuchado Hodei y él con su tío presente eran sospechosas, pero lo que le acababa de decir Andrés incidía aún más en que allí estaba sucediendo algo que tenía que descubrir.

Aquel mismo día, las enfermeras le explicaron que, pese a que el edificio contaba con cuatro plantas, la última de ellas no se utilizaba. Vicente había decidido clausurarla para evitar contratar a más personal. Un motivo

más para recelar ante una justificación no demasiado convincente. A pesar de ello, decidió no seguir haciendo preguntas a las enfermeras sobre el tema, por si acaso. Tendría tiempo de saber en quién podía confiar.

Al llegar a casa aquel día, recordó con tristeza que su novio no le recibiría. Todavía no había regresado de su viaje, aunque le llamaba a diario. Le contaba que su madre estaba mejorando y que su padre ya le había dado una charla sobre la importancia de la familia y el daño que él estaba infringiendo a sus progenitores por no tratar su enfermedad. Todavía no asimilaba que, a estas alturas de la película siguiera habiendo gente con cierta cultura que considerara a los gays como viciosos o desviados.

Aquella noche volvió a tener una pesadilla. Estaba en mitad de una playa desierta excepto por dos figuras que retozaban sobre la arena. Al principio no les reconoció, sin embargo, al acercarse pudo ver los rostros de Hodei y Lucas, que permanecían tumbados uno sobre el otro. Se levantaron al unísono y corrieron hacia él. Mientras el más mayor le sujetaba, el vasco trataba de ahogarle. Estaba a punto de desfallecer cuando se despertó agitado y descompuesto.

Eran las seis de la madrugada y ya no pudo volver a conciliar el sueño. Se duchó, preparó un desayuno ligero y decidió desplazarse a Granada aquel viernes para visitar al asesino de sus padres. Habían pasado unas semanas desde el primer encuentro y, pese a que había estado tentado de adelantar el viaje después de aquella experiencia tan sorprendente en la finca de su tío, le había resultado imposible por culpa del nuevo empleo.

Mientras atravesaba las puertas que abocaban a la sala de comunicaciones, su intranquilidad fue creciendo. Tenía ganas de verle y al mismo tiempo sentía cierto temor. Era el homicida de sus padres y, si bien no le tenía cariño ni mucho respeto, por algún motivo, tampoco era capaz de odiarle por ello, hasta el punto que le indicaba la lógica, como si considerara que era el portador de secretos que podían variar el resultado de la historia.

Acompañado de otros familiares y amigos de los reclusos, entró en la sala donde entre un cristal y otro no había más de metro y medio, de forma que era relativamente sencillo escuchar lo que decían quienes se encontraban sentados al lado. La forma de comunicarse era a través de una rendija en la parte inferior del cristal, lo cual obligaba a los interlocutores a agacharse para que el otro pudiera entender lo que decía, claro que, a veces, se convertía en algo más que complicado cuando las voces de alrededor se entreveraban con las palabras propias. No había teléfono ni interfono, como había visto en las

películas, y eso ya le sorprendió la primera vez que fue. En cuanto se sentaron todos en el lugar indicado por el vigilante, aparecieron los reos desde la otra parte, cada uno de los cuales fue sentándose en el sitio asignado.

Lucas portaba un gesto tranquilo, como de costumbre, y miró unos instantes a su visitante como si pretendiera escrutar su mente.

—¿Cómo estás? —inició él mismo la conversación.

—Confundido, la verdad, ¿tú no?

—Yo estoy en paz y más contento ahora que te veo.

Joel no se explicaba cómo alguien con su pasado podía presentarse ante el hijo de sus víctimas con esa actitud. Por momentos, hubiera querido gritarle por qué lo hizo, por qué le robó su pasado, sus padres, la vida que estaba designada para él.

—No sé si mereces estar en paz.

—Te entiendo y tú acabarás comprendiendo también. Es cuestión de tiempo.

—Tuve una experiencia extraña relacionada contigo. No sé si fue un sueño...

—No lo fue. Aparecí ante ti para indicarte el camino. Quiero acompañarte en tu viaje y hay elementos que sé que puedo ayudarte a ver. Has comenzado a trabajar para tu tío, estás en el camino. Y seguro que las preguntas te asedian.

—¿A qué te refieres?

—Si te lo dijera ahora no serviría de nada. Te repito que eres tú el guerrero de la luz, yo solo puedo estar a tu lado.

—También estuviste a mi lado cuando mataste a mis padres y no tuviste ningún inconveniente en acabar tu trabajo.

—Es duro. Lo sé y también creo que lo estás viviendo con amargura, pero no te olvides de que eso te ha llevado a disfrutar de los padres más maravillosos del mundo.

—¿Cómo si eso lo justificara! El precio ha sido excesivo.

—E inevitable. ¿Cómo te va en la clínica nueva?

—¿Cómo sabes que he cambiado de trabajo?

—Yo sé muchas más cosas de las que imaginas.

—Pues, sinceramente, no creo que sea asunto de tu incumbencia.

—¿Y qué hay de esa cuarta planta?

—Para estar en la cárcel, sabes mucho. Esa planta no se utiliza, me lo explicaron, es un espacio inútil por el momento porque no querían ampliar

personal.

—Es una razón. ¿Has entrado alguna vez?

—Creo que las puertas están cerradas con llave.

—¿Y no le han dado una de ellas al jefe de cirugía?

—¿Para qué? Si allí no hay nada.

—No des por hecho aquello que no has constatado. Por ejemplo, sí que puedes asegurar que me viste en mitad de una finca mientras estaba encerrado, eso te lo puedo corroborar incluso yo, pero cada cosa que te digan es solo una interpretación de la realidad, no la realidad misma. Y esto sirve para tus tíos y para cualquier persona en la que hayas depositado una fe ciega que te impida hacerte preguntas.

—¿A quién te refieres?

—Hay alguien que ocupa tu corazón...

—¿Estás hablando de Hodei?

—La sinceridad es la base de una buena relación que empieza, tendrías que exigirla.

El vigilante llamó la atención de los presos. El tiempo se había acabado.

—Me tengo que ir.

—Todavía me quedan muchas preguntas, necesito respuestas.

—Y llegarán a su debido tiempo. Nos vemos pronto.

—No te vayas... ¿Por qué mataste a mis padres?

El reo se levantó y lanzó una mirada indulgente a su visita antes de darse la vuelta sin contestar y volver por donde había aparecido.

Joel le había investigado y no era posible encontrar demasiados datos acerca de él. A través de los medios de comunicación de la época descubrió que era un inmigrante mejicano de origen humilde que había llegado a España pocos meses antes de asesinar a esas personas: tres hombres y dos mujeres. Algunos medios le habían tachado de brujo, de un ser oscuro y siniestro que se empleaba en rituales mágicos en su país. Ni siquiera nadie explicaba con claridad el motivo de su viaje a España. Eligió la cárcel de Albolote porque sus antepasados habían nacido en un pueblo granadino cercano a la capital, Pinos Genil, y siempre había escuchado de sus padres historias de esta tierra. Dentro de la prisión, no había quejas de su conducta, no recibía visitas, no causaba problemas, entre otras cosas porque estuvo en régimen de máxima protección por su seguridad durante varios años. Los periódicos destacaban, a través del testimonio de compañeros de celda, que nunca hablaba de lo sucedido y que gastaba un carácter taciturno pero muy

pacífico.

Cada visita que hacía al preso se convertía en una travesía por el desierto. Iba con decenas de preguntas y se marchaba con más. ¿Por qué le había hablado de la cuarta planta de la clínica? ¿Cómo sabía tanto de ella? Era obvio que ese hombre tenía facultades que lo convertían en alguien especial, pero ¿significaba eso que debía dudar incluso de Hodei? La verdad es que en ningún momento se había cuestionado las razones de su partida. Había considerado que el viaje podía suponer una oportunidad para ganarse el apoyo de sus padres. Llevaba casi una semana fuera y le había dicho que pronto volvería. ¿Y si le ocultaba algo? ¿Debía dudar únicamente por lo que aquel hombre le había manifestado en voz alta? Aunque, a decir verdad, alardeaba de tanta información acerca de él que temía que fuera capaz de leer su mente.

La duda estaba sembrada y durante todo el camino hasta Madrid le fue taladrando la cabeza. ¿Otra vez le estaban engañando o manipulando? Y si era así, ¿estaba preparado para asumirlo, para aceptarlo? Era obvio que no. Dicen que uno está condenado a repetir su pasado si no supera las pruebas que le surgen en el camino, pero él no iba a tolerar que volvieran a utilizarle.

Paró a tomar un café y decidió llamarle por teléfono. Él se mostró cariñoso y le confesó que en un par de días volvería. Nada de lo que le dijo lo interpretó como sospechoso, al contrario, de alguna forma le tranquilizó.

No obstante, al llegar a la capital lo primero que hizo fue ir al bar en el que trabajaba Hodei. No se le había ocurrido hasta entonces porque su novio le había recomendado que evitara entrar para no mezclar el trabajo con el ocio. Lo hizo sin un motivo claro, pero al llegar al local su sorpresa fue mayúscula: el coche de Hodei estaba aparcado muy cerca de la entrada. Tuvo que leer dos veces la matrícula para cerciorarse de que así era y en cuanto lo asumió, se descompuso. Un impulso le alentó a entrar al bar para pedirle explicaciones, pero se contuvo a tiempo. Si accedía al local y hablaba con él escucharía sus justificaciones y tal vez volviera a mentirle. Recordó las palabras del brujo mejicano: *cada cosa que te digan es solo una interpretación de la realidad, no la realidad misma*. Eran las doce y media de la noche. En un par de horas acabaría el turno. Decidió esperarle, para ver adónde iba y saber si, tal y como los indicios apuntaban, le estaba tomando el pelo.

CAPÍTULO 29

La radio estaba encendida, aunque Joel no la escuchaba, apostado en su coche, a una distancia prudente de la entrada, suficiente como para poder controlar quién entraba y quién salía del establecimiento. En las últimas dos horas se le habían pasado por la cabeza decenas de teorías, algunas más descabelladas que otras, unas dejaban mejor al que había considerado su novio y otras le convertían en un cretino. Los nervios crecían a medida que se sucedían los minutos. Observó cómo alguien cerraba la puerta principal a las dos de la madrugada y, poco a poco, los clientes iban vaciando el recinto. Media hora después, por fin, los empleados comenzaron a abandonarlo: primero salió una chica rubia sonriendo, al lado de otro joven y antecediendo al que cerró con llave al salir, Hodei, con la melena revuelta y su eterno aire de escritor romántico, el que le había despertado unos sentimientos tan adormecidos como profundos, el que le había puesto carita de cordero degollado para explicarle que le dejaba unos días para cuidar de su madre enferma.

La muchacha se despidió estampando un par de besos a cada uno de los otros dos para emprender caminos separados, ella pasó junto al coche de Joel y la pareja se dirigió al vehículo del vasco. Este parecía distraído y caminaba deprisa, sin levantar la vista, pero el otro trataba de acelerar el ritmo para alcanzarle. Al llegar, Hodei tomó su llave para introducirla en la parte del copiloto con el fin de abrir la puerta y, en ese momento, su acompañante le estampó un beso en los labios por sorpresa. Él no se lo devolvió, tampoco lo rechazó. Solo le hizo un gesto para que entrara y después se puso al volante del automóvil.

Joel empezaba a atar cabos. Dos espesas lágrimas corrían por sus mejillas en un rostro inexpresivo. Todo había sido una mentira, una vez más. Ya no le importaba ni su nueva familia, ni su trabajo... solo la sensación humillante de haber sido utilizado. Había pecado de confiado, una vez más. No estaba dispuesto a repetir la experiencia que vivió con David. Si algo le había quedado claro después de aquella historia era que quería a alguien en exclusiva y no ser el segundo plato. Estuvo tentado de marcharse de allí de

inmediato, pero necesitaba saber más, descifrar por completo lo que estaba ocurriendo y por qué. Así que les siguió a una prudente distancia evitando que los otros se percataran de ello. La travesía urbana por Madrid le llevó hasta la zona de Legazpi, desde donde accedió a una calle corta donde aparcaron. Instantes después salieron del vehículo mientras, en una esquina, Joel aguardaba impaciente.

Los dos ocupantes del vehículo salieron en silencio, con caras de circunstancias, y entraron en un portal, cerrando la puerta tras de sí. No lo dudó: continuó recto hasta que vio un hueco para detener su Audi y descendió de él con premura. Al acceder al edificio, lo primero que hizo fue empujar el portón de hierro de la entrada para comprobar que estaba cerrado. Observó el portero automático por si aparecían los nombres de los inquilinos y lo que encontró únicamente fueron ocho timbres con una indicación del piso y la letra, lo que significaba que se trataba de un edificio de cuatro plantas con dos manos en cada lado. Estaba desesperado. Le hubiera gustado accionar todos los botones y pedir ayuda; sin embargo, consideró que, pasadas las tres de la madrugada, la mayoría de los inquilinos estaría durmiendo y, además, nadie iba a abrirle a no ser que inventara una excusa poderosa. ¿Y si rompía la puerta de cristal? Se le pasó un instante por la cabeza y recapacitó. ¡Él no era un delincuente! Cuando estaba tentado de claudicar escuchó el peculiar ruido de apertura, ese que se produce cuando alguien presiona desde el portero automático y oye aquel que se encuentra abajo, a punto de acceder al bloque. Empujó con suavidad y la puerta se abrió, sin más.

No quiso hacerse preguntas al respecto. Únicamente necesitaba hablar con él, decirle que lo sabía todo, que se sentía engañado y traicionado. Miró en los buzones. Ahí sí que se leían los nombres. Observó con detenimiento cada uno sin saber si aparecería y... ¡Eureka!, en el tercero-derecha: Hodei Lopetegui Murua y debajo Pedro Hernández Serra. Otra prueba más de que vivían juntos, de que mantenían una relación estable, perdurable en el tiempo.

Cada escalón que subía aumentaba su congoja, la desolación, la respiración se fue acelerando y los nervios le perforaron el estómago. Estaba ahí, frente a la puerta del tercero-derecha de un edificio antiguo y modesto, de esos que eligen los estudiantes universitarios para compartir algo barato y limpio. Su dedo tembloroso se fue acercando al timbre hasta que lo presionó y le subió una bocanada que pudo contener a tiempo. Escuchó al otro lado y como no había respuesta, volvió a tocar el timbre. Ahora sí que se oyeron

unos pasos e incluso el movimiento de alguien que observaba a través de la mirilla. Inmediatamente, la puerta se abrió y ante Joel apareció Hodei.

—¿Qué haces tú aquí? —su voz mostraba perplejidad y temor.

—Me parece que soy yo el que debía preguntar eso.

—Te lo puedo explicar.

—Creo que ya tengo todos los datos, no me hace falta: vives con tu pareja en este piso desde hace tiempo, que además es un compañero de trabajo.

En ese momento se escuchó la voz del otro que se acercaba a ellos mientras preguntaba.

—¿Quién es?

Y los tres permanecieron frente a frente, callados, sorprendidos, hasta que Joel rompió la tensión del instante.

—Me marcho.

—No te vayas así, te lo puedo explicar.

—Creo que no me apetece oír más mentiras.

El joven decepcionado bajó las escaleras, mientras el otro trataba de seguirle.

—Por favor, espérame. No te vayas así.

El primero aceleró hasta alcanzar la puerta principal y la cerró con fuerza, después corrió a su coche y arrancó precipitadamente. En la misma calle, Hodei trataba de detenerle a voces. No quería escuchar más. Se conformaba con acurrucarse en la cama y llorar.

CAPÍTULO 30

Desde que a Elisabeth le comunicaron que su hijo estaba muerto no había encontrado razones para seguir adelante. Salía cada día de la habitación para visitar a nuevos clientes que la violaban sin escrúpulos, pero nada resultaba tan duro como asumir la pérdida de su pequeño, no haber tenido siquiera ocasión de despedir a un bebé que había sido el principal motivo de su viaje a España, el que le había devuelto las ganas de luchar antes de saber que ya no volvería a verlo. La única familia del mundo que le quedaba era su marido, que estaba a miles de kilómetros de distancia y sin una noticia de su parte. Sus padres fallecieron muy jóvenes y se había criado con la abuela que también había muerto poco antes de volar a España. La soledad es un sentimiento tan poderoso que te embarga hasta que no deja espacio a nada más. Ni siquiera el apoyo incondicional de su compañera de habitación le había servido de acicate. Completamente desganada, ingería lo mínimo y apenas se le escapaba una palabra. A veces, mantenía la vista fija en el infinito durante horas como si el mundo se disolviera y la transformara en un mueble más de la habitación.

Evangelina sufría por ella, pero no sabía cómo ayudarla. Desde su primera violenta agresión sexual habían transcurrido un par de meses y, para su desdicha, hacía algunas semanas que había retomado el trabajo como prostituta, lo mismo que su compañera. No se acostumbraba. Seguía aterrada con cada ruido que se acercaba por el pasillo, a sabiendas de que le podría volver a tocar a ella. Aquel día, doña Rosita irrumpió como siempre, de sopetón, con ese aire de superioridad y exento de empatía que la caracterizaban.

—Tú, prepárate. Hay un trabajo especial para ti.

La joven se descompuso. Temía lo peor, una nueva singladura por un desierto árido y exento de vida y de agua. Se arregló, bajo la atenta mirada de la señora, y la acompañó sumisa, escoltada por uno de los vigilantes hasta la entrada del edificio.

—Ponte esta venda en los ojos. Te está esperando un coche. Entra en él inmediatamente y haz lo que te digan. No se te ocurra tratar de escapar

porque estarás muerta antes de que te dé tiempo a pensar que puedes conseguirlo y compórtate como esperamos de ti o lo que has vivido hasta ahora te parecerá un parque de atracciones con respecto a lo que te espera.

La joven, totalmente despavorida, asintió sin mirarla a los ojos, y se colocó el trapo antes de salir por la puerta principal y acceder al citado vehículo.

El viaje fue relativamente corto, una media hora, a lo largo de la cual solo percibía el sonido de la música procedente de la radio del coche. El conductor aparcó y le abrió para ayudar a salir a una Evangelina invidente. La condujo hasta una finca aislada en mitad de un bosque. En cuanto atravesó el umbral, la liberó de la venda y frente a ella apareció un hombre apuesto, de unos treinta años, no muy alto, aunque con cierto atractivo y con un cigarro en los labios, en el que reconoció al hermano del jefe, el que aparecía de vez en cuando por el edificio, mientras a su espalda el vigilante cerraba tras de sí para dejarlos solos. Era evidente que se trataba de un caserón y que el hombre que estaba junto a ella era alguien con una gran fortuna.

—Realmente preciosa, encantadora. De lo más dulce que ha pasado por aquí en mucho tiempo. ¿Cómo te llamas?

—Soy Evangelina.

—Un nombre muy... racial, sí señor. Si te portas bien conmigo, yo puedo hacer tu vida mucho más fácil.

—Sí señor.

—¿Te gusto?

A decir verdad, en otras circunstancias y, si le hubiera conocido lejos, tal vez le hubiera resultado atractivo; a esas alturas, lo único que le producía era náuseas. De cualquier modo, no era su tipo y hubiera querido escupirle, decirle que sería el último hombre del mundo al que escogería, pero no se sentía con fuerzas ni valentía para enfrentarse a él.

—Sí.

—¡Qué bien! Tú a mí también me encantas, esas cicatrices en el rostro te hacen más interesante.

El hombre se quitó la alianza y acercó su lengua al rostro de la muchacha y le lamió las mejillas hasta llegar a la boca.

—Entra en esa sala y desnúdate. Enseguida nos volvemos a ver.

La brasileña obedeció, aunque se tapó pudorosa con las manos los pechos y sus partes íntimas. La estancia que ocupaba era amplia, con un sofá lujoso, una alfombra grande y la chimenea prendida en mitad de la pared

central, una imagen extremadamente hogareña. Le llamó la atención las fotos colocadas en las paredes, entre las cuales destacaba la imagen de una mujer preciosa junto al hombre que acababa de conocer. Era evidente que se trataba de su esposa o de su novia. Se acercó a una de ellas y pudo ver que la chica le miraba completamente enamorada y le acariciaba con suavidad la mejilla en un gesto de cariño. Escrito a boli, en la parte inferior, había una dedicatoria que rezaba: «Te querré siempre», y lo firmaba una tal Lidia. Evangelina compadeció a la joven por estar enamorada de semejante degenerado, al que ya odiaba sin conocer. Intercalados con las fotos, había cuadros impresionistas y otros de artistas emergentes. Un derroche de dinero que denotaba el origen del dueño de aquella finca. Estaba distraída, fija en las paredes, cuando vio aparecer a su anfitrión, vestido con un traje sadomasoquista y antifaz en la cara.

—¿Qué me dices? ¿Te gusto ahora?

Agitó la mano que portaba un látigo y estalló contra el suelo, asustando a la joven.

—¡Por favor, no me hagas daño!

—Pero, niña... el dolor es el origen del placer.

Volvió a menear el látigo con decisión y, esta vez, recorrió el cuerpo de Evangelina, que gritó con fiereza.

—No me molesta que chilles. Al contrario, me pone muy pero que muy cachondo. Estamos solos. Nadie nos oirá.

Se acercó a ella y la asió del cuello, estrujándolo con fruición.

—Soy tu dueño, ¿verdad?

A duras penas, la chica pudo contestar:

—Sí.

—¿Vas a hacer caso a todo lo que te diga?

—Sí.

El hombre se colocó sobre ella y le mordió hasta marcarle los dientes en el estómago, el cuello y los pezones provocando oleadas incontenibles de dolor en forma de alaridos. Poco a poco, él se fue excitando y le hincaba sus largas uñas por la espalda al tiempo que le lamía soezmente restregándole su lengua por la cara. En un momento dado, tiró de su cabello hacia atrás dejando al descubierto un largo cuello que él rodeó con una mano, primero, y cuando le soltó el pelo, con ambas. Se levantó para alcanzar una botella colocada sobre la mesa de roble, momento que ella aprovechó para tomar aire. Después, regresó y, sin aviso previo, se la introdujo sin sutileza por la

vagina, al tiempo que volvía a estrangularla. Evangelina llegó a pensar que ese sería su final. Apenas podía respirar y no era capaz de distinguir dónde sentía más dolor. El hombre sacó la botella finalmente y liberó su mano del cuello permitiendo a la joven dar una larga bocanada de oxígeno antes de comenzar a toser. Ajeno a la tortura, él introdujo su pene erecto dentro de ella y, mirándola a los ojos, la besó babeante, exhalando el aliento de su boca. Una vez más, apretó su cuello y se afanó en un rítmico movimiento de pelvis, con tanto vigor que ella temió que acabaría partiéndola en dos. Antes de eyacular, sacó su verga y derramó el semen sobre el cuerpo de ella a la vez que volvía a soltarla, definitivamente.

El hombre permaneció quieto unos segundos mientras la chica recuperaba el aire.

—Tienes aún mucho que aprender, pero hay madera dentro. Sabré sacártela. Eres mía desde ahora en exclusiva. Nadie más te tocará.

Ella apenas era capaz de distinguir la voz, solo quería vomitar, huir de allí, llorar, matar a ese cabrón que había mancillado de esa forma su honor. Estaba dolorida, desesperada y con ganas de morir o de matar.

CAPÍTULO 31

Joel deambulaba por la casa como un zombi, apenas había comido en los últimos días y únicamente se desplazaba de casa al trabajo y viceversa. Tenía el móvil apagado para no responder a las insistentes llamadas de Hodei y ni siquiera había querido abrirle la puerta cuando se presentó allí rogando su perdón. No estaba dispuesto a hacerlo. Se negaba a repetir la historia con David. Ni siquiera se había atrevido a confesar a su madre el fin de su romance cuando ella le había consultado cada una de las dos veces que la había visitado, completamente desganado. Desde luego, su tristeza no le había pasado desapercibida, pero lo había achacado al nuevo trabajo. Se limitaba a colocarse frente al televisor ahora que ya había vaciado los ojos de lágrimas. Solo habían pasado cinco días desde que su mundo se derrumbó al encontrar al que consideraba su novio viviendo con otro chico, pero quería pensar que llegaría un momento de inflexión en el que asumiría su nueva situación, aunque aún no lo atisbaba en el horizonte. Ya aguantó que David le tratara con desprecio y que le obligara a aceptar lo inaceptable. No estaba dispuesto a escuchar siquiera los argumentos de alguien que le había engañado, eso era obvio.

Tocaron al timbre y se tensó al imaginar que se trataba nuevamente de él. Ni siquiera se movió del sitio hasta que escuchó una voz de mujer.

—Joel, ¿estás ahí? Soy Magda, tu prima.

Le sorprendió escuchar esas palabras y volvió en sí para levantarse. No se había relacionado con nadie en los últimos días, ni siquiera con su amigo Jonay, al que tanto apreciaba. Había preferido vivir en soledad esa tormenta emocional antes de molestar a nadie. Sin embargo, aquella voz le pareció sugerente, era alguien que acababa de aparecer en su vida, un familiar, al fin y al cabo. Decidió abrir e invitarla a pasar.

—Estaba preocupada. Llevo días llamándote por teléfono y siempre lo encuentro apagado. Incluso me puse en contacto con la clínica y me respondieron que estabas operando. ¿Ha ocurrido algo?

Joel trató de poner cara de circunstancias y, de alguna forma, su gesto derivó en un puchero.

—Es Hodei.

—¿Te ha dejado?

—No, más bien al revés, ¡o quién sabe! Estaba viviendo con otro chico a espaldas de mí. Me dijo que se iba a ver a su madre y no había salido de Madrid.

—¿Qué dices? No me lo puedo creer. ¡Parecía completamente enamorado de ti!

—Eso creía yo. ¡Y ya ves!

—¿Y por qué lo hizo?

—¡Qué más da! Solo sé que hacía mucho tiempo que no confiaba tanto en una persona y que no esperaba este jarro de agua fría.

—¿Y cómo te has enterado?

—Lo localicé en el bar en el que trabaja. Ni siquiera se esmeró mucho en ocultarlo. Tenía turno y, al salir, lo vi con un compañero, besándose. Luego se fueron juntos a lo que, según parece, era su casa. Se quedó con cara de circunstancias cuando llamé a su timbre y me dijo que no era lo que parecía. Como te puedes imaginar, me marché pitando de allí y no he querido saber nada más.

—¡Qué cojones tienes! Fuiste capaz de presentarte ante él.

—Necesitaba hacerlo, verle la cara, hacerle saber que me había enterado de todo.

—¡Pobre primo! Qué mal lo habrás pasado. Debías haberme llamado...

—Es un problema personal. No quiero agobiar a nadie con él.

—Soy tu prima. Aunque nos estemos conociendo, te estoy cogiendo mucho cariño y quiero estar a tu lado. Por cierto, tienes la casa un poco patas arriba, ¿no?

—Llevo días sin preocuparme de ella... ¡Para qué!

—Y por lo que veo, tampoco has salido mucho. Vamos a hacer una cosa: te vas a dar una ducha y mientras tanto yo me encargaré de limpiar y arreglar un poco todo este desaguisado. Y luego nos vamos a ir a tomar algo y a despejarnos.

—No estoy con ánimo.

—No te estoy dando una alternativa, es una orden. Tú no me conoces.

Joel torció el gesto y, por primera vez en varios días, le pareció buena idea que alguien adoptara por él las decisiones.

Magda le condujo a una terraza de verano en un edificio del Paseo de la Castellana con vistas impresionantes de Madrid. Respirar el aire fresco de la

noche le recordó que continuaba vivo. Durante la cena no dejaron de hablar de Hodei, de la amargura que le había causado a Joel y de la decepción que había sentido. Después, se desplazaron en el mismo local a un espacio reservado para las copas, donde cada uno pidió la suya.

—¿Y cómo te va en la clínica de papá?

—Bien. Es un trabajo muy cómodo. Ahora que lo dices, por cierto, quería preguntarte si sabes por qué está cerrada la cuarta planta.

—¡Ah! Eso es cosa de mi padre, que a veces tiene unas ideas peculiares. Un importante político, amigo suyo, estuvo ingresado y se quejó de la falta de atención personalizada. Se disgustó tanto que puso una reclamación y papá, que es muy reacio a las quejas, determinó que, o contrataban a más personal o reducían el número de pacientes. Así que cerraron la cuarta planta para evitar problemas.

—Es un poco absurdo. Si hay más pacientes, también habrá más ingresos y se puede aceptar más personal...

—No conoces aún al jefe. Le gusta controlarlo todo, no contrata a nadie, así como así. No es tanto un problema económico como de confianza. ¿Ha pasado ya por la clínica a verte?

—Sí, se acercó los primeros días y me presentó a todos los profesionales.

—¿Y ya está? Pues no te preocupes que volverá. Tal vez pienses que no está pendiente de ti, pero no te fíes. Al contrario, vigila cada paso que dan sus empleados.

—Pues no me extrañaría que recibiera algunos informes negativos, dado el carácter que gasto últimamente.

—¡Bah! No te preocupes. Tus capacidades están fuera de toda duda, aunque estés bajo de moral no hay duda de estarás haciendo un buen trabajo.

—La verdad es que tu padre es admirable, un hombre hecho a sí mismo.

—¿Qué quieres que te diga? Hay mucha gente que lo odia, que cree que es una persona despiadada y sin escrúpulos, como todos los hombres con cierto poder económico, pero yo no estoy de acuerdo. En el fondo, es un ser vulnerable. El año pasado, el gerente de una agencia de viajes de la que mi padre es dueño se le presentó llorando para pedirle un adelanto. Le confesó que estaba sin un euro porque era ludópata y necesitaba un adelanto para enviar a su hijo a una universidad privada. Se conmovió tanto que le prometió hacerse cargo de todos los gastos, sin pedir nada a cambio, con la condición de que solicitara ayuda profesional. También él costeó el

tratamiento. Hoy en día está curado y adora a mi padre. Tiene sus defectos, pero es una gran persona.

—Todos los tenemos.

—Aunque el verdadero ángel de mi casa es mamá. Le perdona todo. Cuando él estaba tan deprimido, recién ocurrido lo de tus padres, mantuvo una relación con una chica que puso en peligro el matrimonio. Le hizo mucho daño a ella. Creo que fue el punto de inflexión para que empezara a cambiar. Parece que, al verse descubierto, se sintió tan culpable que enmendó su vida. Hoy en día, sin embargo, su relación es más bien distante: se respetan, son una pareja aparentemente bien avenida, pero no hay cariño ni complicidad entre ellos.

—Lo siento.

—¡Ya ves! Cada uno tenemos nuestros problemas, no eres el único. ¿Otra copa?

—Por supuesto.

A medida que avanzaba la velada, Joel dejaba atrás sus preocupaciones. Con la tercera bebida, incluso soltó una carcajada y se alegró de contar con alguien de confianza que le sirviera de paño de lágrimas. Ella le habló de su última relación, con la que rompió, porque buscaban objetivos diferentes, unos meses atrás y admitió que estaba abierta a encontrar a alguien, aunque no desesperada. Había concluido que la mayoría de los hombres eran interesados y ególatras, excepto alguno que otro, como su primo. Compartir desgracias mutuas los llevó a intimar y estrechar lazos.

El soplo de aire fresco que supuso la aventura de aquella salida nocturna le aportó a Joel fuerzas para acercarse al día siguiente a casa de su madre. Estaba preparado para contarle su ruptura con Hodei. Habitualmente obviaba estos temas hasta que fuera inevitable, para no preocuparla en exceso, pero a estas alturas, había dado por finiquitada la relación y no cabía una vuelta atrás.

Al llegar a la casa, la encontró leyendo en el salón. Aunque acabó estudios de magisterio e incluso llegó a trabajar de profesora, su marido y ella determinaron al llegar Joel a sus vidas que querían ofrecerle la mejor educación y cuidados y, por eso, ella abandonó su carrera profesional. Nunca se había arrepentido. Además de hacer las tareas del hogar, se dedicaba a devorar libros de historia, ciencia, espiritualidad y, sobre todo, novelas. Le encantaba la lectura, que compaginaba con otras funciones sociales; formaba parte de una ONG que le permitía impartir clase a niños desprotegidos de

barrios marginales. Nunca tenía tiempo de aburrirse y, desde que su marido la dejó, buscaba desesperadamente cubrir cada hueco vacío. Todo era preferible a detenerse a recordar el inmenso sentimiento de soledad en el que le había dejado o el amor por él que sabía que jamás la abandonaría.

Ahora, su hijo era su bien máspreciado. Se habían esmerado en potenciar sus habilidades y restar importancia a los errores que cometiera. Tal vez porque el hecho de ser padres adoptivos les ayudaba a comprender mejor que un hijo no pertenece a sus progenitores, que cuenta con un carácter propio, un camino personal por recorrer y que la función principal de quienes le custodian es acompañarle y colaborar para convertirle en un adulto capaz de solucionar sus problemas. Es cierto que, a veces, se vieron obligados a castigarle por niñerías, pero se obcecaron en justificar los motivos de cada una de esas represalias, le transmitieron el significado real de la palabra respeto y restituyeron las discusiones y los gritos por amor. A cambio obtuvieron una vida sin sobresaltos y un cariño más que sincero de su único hijo.

Cuando Joel halló a Sara en el sillón relax, con los pies izados, atenta a cada página del libro, no le extrañó; al contrario, le enterneció la imagen y le regaló destellos de una vida pasada, feliz, hogareña, sumamente placentera, en compañía de sus padres y, como máximo, de algún amigo suyo del colegio. Ella ya no era tan joven ni estaba preparada para jugar con ellos en el suelo, como entonces, pero seguía manteniendo una belleza serena y una sonrisa sincera que a él le devolvía la alegría.

—Hijo mío, ¡qué contenta me pongo cada vez que te veo!

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

—Ya lo ves, leyendo. Muy bien. ¿Y tú? ¿Cómo va el trabajo nuevo? No te he notado muy feliz cuando hemos hablado por teléfono.

—Sí. Lo estoy. Es muy cómodo y gano mucho más que antes.

—Soy tu madre, a mí no me engañas. Esa no es una respuesta de felicidad, sino de conformismo. No te educamos para que te dejaras llevar por el dinero.

—No, mamá. Es que ahora de repente hay demasiados cambios en mi vida y tengo que ir asumiéndolos uno a uno.

—¿Tu nueva familia?

—En parte. Aunque te repetiré las veces que haga falta que mi familia siempre serás tú.

El rostro de Sara palideció antes de decirle:

—Es bueno que vayas con precaución. Ese Vicente no me da muy buena espina.

—¿A qué te refieres? ¿Sabes algo que yo no sé?

—No, claro, no. Solo que no quiero que nadie te haga daño.

—Sé cuidarme de mí mismo, me habéis enseñado bien.

—Lo sé, cariño, lo sé. Además, al menos ahora cuentas con Hodei.
¿Cuándo vuelve?

—De eso quería hablarte. Es que... la relación se ha terminado.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—Pues... tenía otra pareja, lo descubrí...

—¡Hijo!

Sara se levantó de golpe para abrazar a su pequeño, ya no tan pequeño.

—¡Cuánto lo siento! Era encantador. Me gustaba mucho para ti.

—¡Ya! A mí también, pero qué le vamos a hacer. La vida es así. Ahora tendremos más tiempo para pasar juntos. ¿Qué te parece si salimos al cine?

—¡Uy! ¡Hace tanto que no voy a ver una película en la pantalla grande, como decía tu padre!

—¡Por eso! Ya va siendo hora. Anda, ponte guapa y hoy serás mi pareja de cine.

—¿Estás seguro? ¿No prefieres ir con un amigo?

—Eres la persona perfecta para acompañarme hoy.

—Está bien. Dame media hora. Come algo, que tienes de todo en la nevera.

Mientras ella se acicalaba, Joel se preparaba un sándwich y pensaba en lo que le había dicho su prima sobre la cuarta planta de la clínica. Tal vez fuera cierto, una familia de ese estilo tiene su propia forma de hacer las cosas; de todos modos, quizás iba siendo hora de que investigara algo más sobre ella. Lo había decidido: cuando regresara al trabajo tenía que descubrir si lo que le habían contado era cierto o si ese lugar guardaba algún secreto digno de ser revelado.

CAPÍTULO 32

Todas las habitaciones de la clínica de la Cruz disponían de enormes cristaleras que mostraban una bonita panorámica de la ciudad en segundo término, porque alrededor de la clínica había un espacio verde con senderos, bancos y arbolado que se asemejaban más a una residencia de ancianos que a un hospital en sí mismo.

El despacho de Joel estaba ubicado en la primera planta, y constaba de un enorme escritorio victoriano junto a la ventana, frente al cual dos cómodos butacones a juego aguardaban a los visitantes. A mano izquierda, una estantería enorme para colocar ficheros y una nevera donde mantener frías las bebidas; a la derecha, una cristalera que alumbraba la estancia, y ante el escritorio otra mesa rodeada de sillas, dispuesta para reuniones. Distribuía su jornada laboral entre los quirófanos y la organización del trabajo del resto de cirujanos en aquel coqueto despacho.

En el exterior, apostada en su mesa, Lara estaba siempre a su servicio, una chica morena y atractiva que se afanaba en acabar las tareas administrativas a la vez que era su secretaria. Se había amoldado muy pronto a ella y le resultaba muy agradable de trato y resolutiva.

—Doctor Suances, ¿le traigo un café?

—Si no es molestia...

—Por supuesto que no.

Había salido apresuradamente de casa, sin desayunar, y la cafeína le ponía las pilas. Frente a una humeante taza, trazó un plan para adentrarse él solo, sin ayuda de nadie, en la enigmática cuarta planta de la clínica. Probablemente, no encontraría nada, pero necesitaba descartarlo con sus propios ojos.

En el fondo, no debía de ser una tarea complicada. En el ascensor ni siquiera había un botón en el que apareciera el número cuatro, de modo que tendría que acceder desde las escaleras con cuidado para no ser visto. Así que dio el último sorbo al café, saludó con naturalidad a la secretaria y avanzó por el largo pasillo hasta la última puerta. Se cercioró de que estaba vacío antes de accionar el pomo una sola vez con la fuerza suficiente como para

percatarse de que no se abría. Antes de repetir la maniobra, se topó de frente con una enfermera, que le saludó, mientras él disimulaba ojeando la carpeta que portaba en la mano por si acaso. Nada más desaparecer tras una esquina, el médico volvió a probar. Nada. Dedujo que estaba cerrada con llave. Entonces recordó que había otro lugar desde el cual, probablemente también se podía subir a dicha planta: a través de las escaleras. Aunque había carteles de prohibido pasar desde la tercera planta, se podía seguir unos peldaños hacia arriba hasta que una puerta dividía ambos lugares. Tuvo que cambiar de dirección varias veces, cada vez que se encontraba con algún profesional de la clínica o familiares de pacientes. Sus nervios se dispararon y concluyó que no estaba preparado para ser detective. Cuando finalmente alcanzó la puerta, sin testigos delante, se encomendó a su padre para probar de nuevo suerte. No sirvió de nada, también estaba cerrada. ¿Cómo podría obtener las llaves? Alguien, sin duda, las guardaría, pero ¿quién?

Se sentó con la cabeza gacha en el último escalón, desesperanzado, tratando de replantearse lo que podía hacer en ese momento. Entonces, la inercia le llevó a levantar la vista para darse cuenta de que allí estaba otra vez él, era Lucas, con su cara sonriente y las manos en los bolsillos. Vestía tal y como lo había visto la última vez que lo visitó. Reparó en la parte inferior de su cuerpo, una vez más, destacaba la ausencia de pies, era como si flotara, igual que la imagen que se le presentó en la finca de su tío.

—Tienes un don para abrir puertas cerradas. ¿O no lo sabes? —Con un talante distendido le escuchó a pesar de que no veía que sus labios se movieran—. Es muy pronto para rendirte, deberías intentarlo de nuevo.

Con cierto aire de escepticismo, se levantó y volvió a accionar el pomo, escuchó un sonido y comprobó que se abría. Se giró para darle las gracias a Lucas y ya no había nadie. Entró agitado y cerró tras de sí. Varios escalones más conducían a una nueva puerta que, igualmente, cedió sin problemas. Con sumo sigilo, Joel deslizó la madera mirando entre la rendija. Las luces estaban encendidas. Aquello no parecía vacío. Accedió y empezó a caminar cuando escuchó el sonido de unas voces que se acercaban. Abrió la primera puerta que encontró y se ocultó tras ella, mientras percibía los pasos cada vez más cerca de dos personas que charlaban amistosamente.

—Tiene una luxación de hombro y varios traumatismos en las piernas. Tal vez habría que operar.

—¿Es prioritario?

—Parece que no, tendrá que esperar...

El sonido se alejó y Joel decidió que ya podía salir de su escondite. Sin posibilidad de recapacitar sobre lo que había escuchado, el médico, vestido con su bata blanca, fijó su mirada en varias puertas a lo largo de un corredor. La distribución del espacio era similar a la de la segunda planta, por lo que coligió que se trataba de antiguas habitaciones. Abrió una de ellas y vio que albergaba una cama. Estaba vacía. Salió y probó con otra y con otra, todas idénticas, con una única cama, y desocupadas. Hasta que desde una de ellas le llegaron los quejidos de una voz femenina. Entró y halló a una chica joven, morena, con moretones en la cara, que le imploraba ayuda.

—¡Por favor, me duele! Un calmante.

—¿Quién eres?

—Me duele mucho, necesito algo para el dolor, morfina, lo que sea...

¡Por Dios!

—¿Quién te ha hecho esto? —insistió horrorizado.

La mujer estaba confundida, no entendía la pregunta.

—¿Cómo que quién? Ustedes lo saben muy bien. Me trajeron desde allí.

—¿De dónde?

—No me deje morir como a mi compañera. Haré lo que quiera.

Un ruido le extrajo de la conversación y, al abrir la puerta, distinguió nuevas voces. Entre ellas, no le costó identificar a la de su primo Gustavo, mientras charlaba con alguien más.

Joel sopesó la situación y no tuvo más remedio que reconocer que le habían descubierto. Trató de recurrir a cualquier excusa para salir del paso y, aun así, decidió hacer un último intento de escapada: correr todo lo que pudiera hacia la puerta por la que había ingresado. Gustavo se giró alertado por un ruido y se calló al mismo tiempo; volvió sobre sus pasos hacia atrás con sigilo, a la vez que Joel abría el pomo de la puerta y se colaba por ella justo cuando su primo doblaba la esquina. Una milésima de segundo evitó el contacto visual.

—¿No has oído un ruido? —preguntó al doctor junto al que caminaba.

—Yo no. Habrá sido el viento.

—Es posible. Vamos.

Volvió a mirar a su espalda y continuó su camino, mientras Joel trataba de recomponerse. Respiró hondo, jadeante, antes de bajar a la segunda puerta, en mitad de las escaleras. Al salir, a la altura de la tercera planta, un paciente que circulaba por el pasillo asido a una barra con antibióticos se asustó al aparecer de golpe frente a él. El médico, no obstante, siguió su camino.

Necesitaba un poco de calma. Así que fue directo a su despacho, fuera del cual únicamente Lara continuaba sus tareas.

—¿Necesita algo, doctor Suances?

—Nada. Que no me molesten, por favor.

—Por supuesto.

Una vez dentro inspiró profundamente. ¿Qué significaba lo que había visto? Lo único que le había quedado claro era que aquella planta pertenecía a la clínica. Y el hecho de que Gustavo se paseara por allí ponía en evidencia que la familia no estaba al margen de lo que estaba sucediendo en aquella parte del centro sanitario. Entonces, ¿por qué le habían mentido? ¿Quién era esa mujer que pedía ayuda con tanta insistencia? ¿Por qué aquello estaba semivacío? ¿Qué estaba ocurriendo?

Aquella noche volvieron las pesadillas: un dentista anciano y despiadado le esposaba a la fuerza, y con una sonrisa espeluznante se afanaba en extraerle los dientes uno a uno, después las uñas e incluso los pelos, sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. En el mismo sueño, veía la imagen de su tío y de Gustavo, que compartían carcajadas y animaban al supuesto especialista para que intensificara su labor.

Se despertó en mitad de la madrugada empapado de sudor, con una sensación de ahogo y completamente aterrorizado. Relacionó el sueño con la reciente experiencia en la cuarta planta de la clínica y su inquietud, lejos de desaparecer, aún se acentuó más.

CAPÍTULO 33

Aquella habitación no se diferenciaba de una prisión para Evangelina y Elisabeth, que desde el día que habían llegado no habían vuelto a ver al resto. Y, pese a la escasa calidez de ese lugar, era en el que mejor estaban, donde acababan sus desdichas, donde podían sentir una bocanada de paz después de verse obligadas a cumplir los caprichos de crueles y desalmados clientes subyugados por el placer sexual más oscuro y sin capacidad de empatizar ni un solo instante con las víctimas.

A esas alturas, las dos mujeres se consideraban hermanas, se apoyaban mutuamente frente al dolor y la desgracia, y compartían sueños de libertad. Después de varios meses habían llegado a conocer sus virtudes y sus defectos, sus recuerdos más oscuros y los más bonitos, sus habilidades y las ineptitudes, y todo ello era lo que las había transformado en hermanas de desgracia. La brasileña, de carácter más rudo y emprendedor, no paraba de buscar formas de escapar de allí, mientras que Elisabeth, más sumisa, se conformaba con seguir llorando en silencio la pérdida de su hijo y dejarse fluir con la corriente. Habían pasado ya dieciocho meses, año y medio, desde que las habían encerrado. Evangelina se dedicaba en exclusiva al hombre despreciable que parecía tener predilección hacia ella, tanto era así que a veces la visitaba en aquel oscuro lugar y se la llevaba él mismo. Su compañera se limitaba a clientes menos específicos. Muchas veces regresaban con heridas en el cuerpo, solo en contadas ocasiones vivían una relación sexual exenta de dolor. Aquello era el infierno, un lugar que jamás hubieran imaginado que pudiera llegar a existir. Hombres millonarios que buscaban allí dar rienda suelta a los caprichos más ocultos y repulsivos. En alguna ocasión, Elisabeth había alcanzado a ver la placa de policía de un cliente, por lo que perdieron incluso la esperanza de buscar ayuda en las autoridades. Aquel negocio iba más allá de lo que podían imaginar, estaban implicados demasiados personajes con poder.

En ocasiones, escuchaban movimiento y agitación y a través de las voces del pasillo descubrían que alguna chica iba a ser trasladada a otro sitio por una emergencia y que estaba grave. En aquellos meses habían sido

testigos auditivos de varios fallecimientos de jóvenes; entonces, Evangelina y Elisabeth se abrazaban aterrorizadas y se prometían que permanecerían juntas en la misma cama como si cada una de ellas fuera el único consuelo para la otra.

Hasta que llegó un día en que aceptaron, sin más, que la vida era así: tal fútil y exenta de sentido que perdieron el miedo a la muerte.

Aquella mañana, doña Rosita apareció con el desayuno, como cada día.

—¿Te has recuperado ya, guapita? —la pregunta iba dirigida hacia Elisabeth, que tres días antes había sufrido una impúdica tanda de latigazos.

—Sí señora, estoy mejor.

—Así me gusta. Esta noche es posible que las dos juntas participéis en una fiesta particular. ¿No os alegráis?

Ninguna acertó a responder. De fondo, rebotaba en las paredes el eco de unos gritos femeninos y unos tacones masculinos que corrían.

—Rosa, ven rápido. Esto es grave.

Al ver el tono de preocupación de quién le hablaba, la mujer salió atropelladamente de la estancia sin darse cuenta de que no había cerrado la puerta con llave. Las dos amigas habían interiorizado tanto ese sonido de la cerradura que al no escucharlo se miraron perplejas.

—¿No ha cerrado?

—Eso parece.

Evangelina se levantó de golpe y se acercó a la entrada. Al presionar la manilla comprobó que cedía sin ninguna dificultad. En el fondo del pasillo pudo ver un tumulto en una habitación, seguramente alguna chica a la que estaban atendiendo, pero en la otra parte, hacia las escaleras, no había nadie. La joven no se lo pensó.

—Es el momento. Vámonos.

—¿Qué dices?

—No tenemos tiempo, ni habrá otra oportunidad.

—¿Y adónde iremos?

—¡Qué más da! Todo será mejor que esto.

—Tengo miedo.

—Y yo. Vamos. Ahora o nunca.

Las dos salieron sigilosas del dormitorio. Como dos gatas, sus pies apenas rozaban el suelo para evitar producir sonido alguno. Corrían un gran riesgo y lo sabían, pero no podían dejar pasar esta oportunidad. Elisabeth miró hacia atrás y vio a un vigilante observando en el dormitorio al que había

acudido doña Rosita. Llegaron a las escaleras y descendieron uno a uno los peldaños con la máxima precaución. La puerta de entrada estaba justo enfrente. Evangelina había salido por ella más de una vez, casi siempre con los ojos tapados, pero en alguna ocasión le habían colocado en el coche el antifaz y se había fijado en todo; sabía que la llave estaba colgada en un pequeño armarito de la pared derecha. Mientras comprobaba que así era, su colega deambulaba con la vista espantada hacia todos lados. En cualquier momento podía aparecer alguien que les reventase el plan y sabían que ese sería su fin. En el casillero había tres llaves y la brasileña las cogió. Probó con la primera, los nervios la traicionaban y pensaba que el corazón se le saldría del pecho, no abría. Las voces eran cada vez más nítidas y con manos trémulas probó con la segunda y, esta vez, la puerta se abrió. Al otro lado estaba la libertad, el aire puro, la vida que se les había coartado sin haber cometido ningún delito. Los ojos se les nublaron de lágrimas al atravesar el umbral. Cerraron a su espalda y echaron a correr. En el interior, un hombre tomaba café, era el cliente exclusivo de Evangelina, el hermano del jefe. A través de un ventanal, pudo atisbar la imagen de las chicas corriendo y enseguida reconoció a su predilecta. Sin pensarlo dos veces, tomó un revólver y se encaminó a la entrada mientras las mujeres seguían corriendo en dirección desconocida. Por primera vez se pudieron hacer una composición de lugar: estaban en un pequeño pueblo y cerca de la casa había un descampado que conducía hasta los primeros árboles. Pasaron una fuente y siguieron hacia el bosque. Por detrás, a unos trescientos metros, el hombre trataba de alcanzarlas.

—Nos ha visto. Viene por allí —dijo Elisabeth al borde de la desesperación.

Evangelina echó la vista atrás y comprobó que alguien las seguía, lo reconoció, se trataba del perverso que tantas veces la había violado, les gritaba en un intento de retenerlas con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Corre cuanto puedas. No te gires.

La distancia entre perseguidor y perseguidas se fue reduciendo paulatinamente. La mejicana cayó al suelo y su compañera se detuvo a recogerla. Las heridas en la pierna infringidas en el último trabajo dificultaban su movilidad. Accedieron a una zona de arbolado y varios disparos retumbaron en el aire.

—Nos va a matar.

—No pienses, solo corre.

Evangelina se adelantó y la otra quedó rezagada. El joven siguió disparando sin piedad y uno de los tiros acertó. La brasileña se alteró con un alarido de su compañera antes de que la viera tendida en el suelo. Al socorrerla, un charco de sangre empezó a teñir la hierba de rojo a gran velocidad.

—Márchate. Aún tienes una oportunidad.

—No te dejaré.

Lloraba con desesperación mientras veía que, a lo lejos, el hombre con el arma estaba cada vez a menor distancia.

—Me ha dado en el pecho. Esto se acabó para mí.

—No. Te curarás. Ya lo verás.

—¡Vete, por Dios! Toma esta foto, es lo único que me queda de mi marido, y si alguna vez te lo encuentras suplícale de mi parte mi perdón por haber perdido a nuestro hijo y cuéntale cuánto lo amo.

La chica no sabía cómo actuar, intentó levantarla, pero carecía de las fuerzas necesarias. La figura del perseguidor avanzaba deprisa y Elisabeth se abandonaba a un estado de inconsciencia. Su compañera, en un acto impulsivo, guardó dentro del sujetador la fotografía con la imagen del matrimonio, se levantó de nuevo y empezó a correr más que antes, dejando atrás a la que había considerado su hermana en el infierno, a la que le había conducido a las puertas de la muerte. El pistolero comprobó las constantes vitales de la herida, al alcanzarla y, con un gesto de satisfacción, disparó una vez más a su cuerpo provocándole un violento espasmo general previo a la muerte. Después continuó la persecución.

A medida que caminaba, Evangelina escuchaba el rumor de un río. Se dirigió hacia él sin saber muy bien lo que encontraría. El monte finalizaba de golpe y bajo él pudo comprobar, efectivamente, que la corriente era intensa. Desde donde se hallaba, había una distancia de unos cinco metros hasta el agua. No fue capaz de distinguir la profundidad y, pese a que había aprendido a nadar hacía unos años, tenía miedo de arrojarse. Su perseguidor ya no disparaba, pero sus pasos entre la maleza se distinguían perfectamente, a escasos metros. Solo cabían dos opciones: tirarse al agua y arriesgarse a morir en la caída o permitir que la cogieran de nuevo y, probablemente, acabarían con ella un poco después, en el mejor de los casos. Sopesó las alternativas y en cuanto vio la cara de su violador, dejó de dudar y se lanzó al mismo tiempo que el otro le dedicaba una bala.

Durante unos segundos, el hombre oteó el panorama y consideró que había acertado y que la mujer había caído muerta al agua, pero de pronto una cabeza femenina emergió sobre la corriente y él apuntó hacia ella antes de vaciar el cargador en su dirección. Pudo ver cómo la sangre se diluía en el agua y sonrió al considerar que era imposible que hubiera salido indemne de aquella. Eran dos muchachas indocumentadas, no temía a una investigación policial. Lo único que le contrarió fue pensar que se había quedado sin su chica favorita, que tendría que ponerse a buscar a una nueva, tal vez podría pedirle a su hermano otro regalo especial, o quizás era hora de contentarse con su esposa, al fin y al cabo, estaba embarazada. Desandó sus pasos pausadamente para volver a la casa y en el camino pensó en acabar con Rosita por haber permitido que algo así llegara a suceder.

CAPÍTULO 34

Joel todavía no había salido de su asombro, ni era capaz de interpretar lo que había visto el día anterior en la cuarta planta de la clínica en la que ahora trabajaba, pero sabía que debía volver, aquello rayaba en la ilegalidad y si se estaba cometiendo un delito necesitaba conocer todos los datos al respecto.

Antes de proceder a repetir la experiencia, pasó por el despacho por si tuviera un asunto urgente que atender. Entró por la puerta lateral, pero Lara debió escucharle porque inmediatamente le salió al paso.

—Doctor Suances, hay alguien esperándole en la sala de espera.

—¿Un paciente?

—No me lo ha querido decir, está sentado fuera, pero dice que es un asunto personal muy importante.

Cuando Joel miró a través de la puerta abierta hacia el lugar que le había indicado su secretaria el estómago se le removió y los nervios afloraron al instante. Se trataba de Hodei, vestido con vaqueros y una camisa, con su aire distraído. Un mechón de pelo le cubría esos ojos que le habían cautivado al principio. Esta vez no sonreía. Una tormenta de emociones se liberó de repente y, por un momento, olvidó lo que había sucedido y tuvo un impulso irracional de abalanzarse a él, abrazarle, besarle. Todavía seguía siendo importante en su vida por más que se hubiera esforzado en olvidarle. Estuvo tentado de decirle que se fuera, pero pensó que tal vez sería contraproducente, que podría provocar una discusión delante de su secretaria después de haberse fraguado una imagen de médico responsable y centrado. Sus miradas se toparon y con toda la calma que fue capaz de reunir, le pidió que pasara al despacho.

Joel guardaba su maletín y el otro ocupaba un lugar frente a él sin cruzar una palabra. La tensión del ambiente invitaba a la reflexión más que a la precipitación. Finalmente, fue Hodei quien, a un gesto de Joel, entendió que estaba preparado para escuchar su discurso.

—No sé por dónde empezar...

—¿Qué tal si empiezas por el principio?

—Entiendo tu enfado. Desde que te marchaste no he parado de intentar

ponerme en contacto contigo. Te he llamado varias veces, te he dejado mensajes...

—Cambié de teléfono. No quería escuchar más mentiras.

—Es normal que estés a la defensiva... Da igual, aquí estoy, y he venido porque quería explicártelo todo en persona. Cuando te conocí acababa de dejarlo con Pedro, el chico con el que me viste. Habíamos sido pareja durante dos años y al principio nos fue bien, pero pasados unos meses la relación empezó a ser una tortura: él tiene problemas psiquiátricos, lo descubrí muy pronto, y no acaba de asumirlo, la mayoría de las veces prescinde del tratamiento. No es mal chico, pero intenté apoyarlo a lo largo de muchos meses. Me puse en su lugar, conseguí que iniciara una terapia y la dejó, sin más. ¿Has tenido contacto con alguien así? Es como subirte a una montaña rusa, por momentos es todo idílico, te adora, está dispuesto a dar la vida por ti, pero cuando el viento cambia, se convierte en un dictador, te grita, te monta escenas por cualquier nimiedad y no atiende a razones. Lo intenté. ¡Dios sabe que fue así! Después comprendí que cada uno es libre de tomar sus propias decisiones y que por mucho que trates de ayudar a alguien, no puedes hacer nada sin su colaboración.

A medida que avanzaba en el relato, Hodei se esmeraba en contener los nervios y la angustia que, no obstante, asomaban ocasionalmente en su discurso.

—Un mes antes de conocerte a ti, ya no había nada que salvar. Los momentos malos habían enterrado por completo a los buenos y yo ya no veía sentido a que siguiéramos juntos. Se lo dije con mucho pesar y él pareció aceptarlo mejor de lo que había supuesto. Se marchó de casa y durante un par de semanas volví a respirar el aire fresco de la mañana, a sentirme libre, a disfrutar del café o de esas pequeñas cosas que hacen la vida de uno más agradable. Entonces retomó el contacto telefónico y yo me mantuve firme, fui distante, pero sin llegar a enfadarle; por desgracia, llegó un momento en que no pude más y me vi obligado a implorarle que dejara de llamarme. Lo más duro era que nos seguíamos viendo a veces en el trabajo, aunque yo buscaba turnos alternativos para evitar coincidir. Allí apenas cruzábamos una palabra.

Hodei hizo una ligera pausa antes de seguir avanzando en su relato.

—Cuando apareciste todo cambió: el sol volvió a reinar en el cielo, era capaz de distinguir colores en las flores que nunca antes había visto. En pocos días te convertiste en alguien imprescindible para mí. Quería formar parte de tu vida, apoyarte, estar contigo en cada instante y hace unas

semanas, Pedro me esperó después del trabajo, muy afectado, y me contó que acababa de fallecer su madre, la persona más importante de su vida, la que le había controlado y cuidado siempre, y también me explicó que me echaba de menos y que necesitaba un hombro amigo para consolarse. Dijo que sería cuestión de pocos días. Estaba al borde de la desesperación y despertó en mí sentimientos de ternura por lo que tuvimos. Lo vi tan vulnerable y apagado que temí incluso por su propia vida. Entonces, tomé la peor decisión de mi vida: trasladarme por un tiempo a su casa. Temía que si te contaba la verdad eso pusiera en peligro nuestra relación. No podía concebir perderte, de modo que cometí un segundo error: ocultártelo. Al principio, se comportó como un amigo, pero llegó un momento en que fue evidente que pretendía recuperar lo que tuvimos. Le conté que te había conocido y que no había ninguna posibilidad de que él y yo volviéramos a estar juntos. El día que nos viste habíamos mantenido una fuerte discusión y había tomado la decisión irrevocable de marcharme, pasara lo que pasara; lo iba a hacer al día siguiente. No espero que me perdones, pero necesitaba que conocieras toda la historia. Te mentí, lo reconozco, y me pesará toda la vida. No puedo arrepentirme más de haber tomado una determinación que ha acabado con lo mejor que me ha pasado nunca. No me puedes pedir que deje de quererte porque es imposible, sin embargo, quiero que sepas que nunca te he sido infiel, que Pedro no tuvo ninguna opción porque mi corazón solo te pertenece a ti y que decepcionarte me ha dolido muchísimo.

Joel tomó aire aprovechando que Hodei se calló por fin.

—Lo siento. No te creo. Te vi fuera del bar. Os besasteis.

—¿Cómo? ¡Ah! Entiendo, me seguiste. Entonces deberías haberte dado cuenta de que yo no le respondí. Fue él quien lo intentó, para hacerme olvidar la discusión, como llevaba días haciendo, y yo no quise volver a enfrentarme. Charlamos en el coche y le rogué que me olvidara, que lo nuestro ya era historia pasada, que no volviera a intentarlo y él me pidió disculpas. Fue todo lo que pasó.

—Mira, Hodei, cada uno llevamos una mochila que hemos ido llenando en nuestro pasado. He sufrido mucho por culpa de mi inconsciencia. Me sentí hasta tal punto manipulado que casi era un robot sin voluntad, a merced de alguien que disponía de mí cada vez que me lo pedía y después me abandonaba para ofrecerse al primero que le saliera al paso. No quiero repetir de nuevo esa historia.

—Me di cuenta desde el principio de que tenías roto el corazón y de que

para recomponerlo iba a ser necesario mucho cariño.

—¿Y, sin embargo, no has tenido pudor en engañarme?

—Lo hice solo por miedo a perderte.

—Y lo has conseguido... ¿Cómo puedo saber yo que es ahora cuando me dices la verdad? También te creí la primera vez.

—Ahora estás más alerta, tienes más capacidad para ver detrás de las palabras. Mira, lo estoy pasando fatal, no duermo, no como apenas, he pensado incluso en dejar el trabajo y volver con mis padres a hacer la vida que ellos me piden. Jamás he sentido algo tan profundo por nadie y creo que nunca más ocurrirá. Dame otra oportunidad.

Los párpados del médico cayeron pesadamente y los tapó con las manos. Era cierto que lo que acababa de escuchar cambiaba las cosas, pero había dejado de confiar en él. Algo se había fracturado y no sabía si tenía enmienda; una parte de él hubiera querido arrojarle en sus brazos y otra pugnaba por escupirle a la cara. Albergaba demasiado dolor como para ignorarlo de un momento a otro.

—No te voy a decir que no siento nada por ti, porque no sería verdad. En realidad, si me has hecho tanto daño es porque estaba muy enamorado de ti. Y digo estaba porque en los últimos días he tratado de liberarme de ese sentimiento, aunque por el momento no lo haya conseguido. Me cuesta mucho creer lo que dices y, pese a que no me mientas ahora, lo hiciste antes. No necesito más inestabilidad. Estoy atravesando muchos cambios y no podría soportar otra decepción como esta.

—No te voy a decepcionar. No podría hacerlo. Si quieres te presento a Pedro y que él te cuente su versión.

—¿Es que aún mantienes contacto con él?

—La verdad es que desde que me fui esa noche no lo he visto. Incluso he dejado mi trabajo para evitar el contacto. Soy una hormiguita, tengo algo ahorrado y tiraré adelante como siempre he hecho. De todos modos, si tú lo necesitas, no me importa que nos cite con él para que te cuente lo que pasó.

—Sinceramente, no me apetece en absoluto. Mejor, déjalo donde esté.

—Entonces...

—Entonces, vamos a ver lo que pasa. No te prometo nada. No estoy seguro de poder olvidar lo que ocurrió, ni siquiera de poder creerte. Empecemos de nuevo, sin mentiras, más despacio, primero como amigos y ya veremos a qué estamos dispuestos.

—¿Eso significa que me das otra oportunidad?

—Eso quiere decir que ya no estoy tan enfadado como cuando has entrado al despacho, pero no me comprometo a nada.

—Me vale. Gracias. Déjame que te invite a cenar.

—Acabas de dejar el trabajo y ya estás derrochando.

—No te preocupes por eso. He decidido iniciar mi carrera de abogado, aunque tenga que empezar por lo más bajo. He vendido mi coche y he encontrado un apartamento más pequeño y alejado del centro. Me las apañaré.

—¡Tú sabrás!

Hodei se levantó más aliviado y feliz y estuvo tentado de abrazar a Joel, pero al ver su gesto hierático se contuvo.

—No vayas tan rápido. Tengo que pensar en todo esto. Llámame dentro de unos días.

—No tengo tu nuevo teléfono.

El médico tomó una de sus tarjetas y lo apuntó en la parte posterior, antes de despedirle absolutamente contenido. Al cerrar la puerta, no pudo evitar sentir una punzada de alegría. Quería dudar de él y que así lo percibiera el otro, pero en su interior volvió a desplegarse un firmamento cargado de fuegos artificiales, como si la llama que trataba de sofocar desde hacía unos días hubiera prendido nuevamente sin nadie que la ahogara.

CAPÍTULO 35

—Te aseguré que nos veríamos periódicamente. Me alegro de que hayas vuelto.

—Me dijo usted muchas cosas, pero ya estoy empezando a cansarme.

—¿Qué has descubierto?

—Dígamelo usted, parece que está al tanto de cada movimiento que hago.

Joel estaba ofuscado. Rebosaba de rabia e indignación hacia el preso que tenía delante suya y, sin embargo, al mismo tiempo se sentía extrañamente vinculado a él. Había viajado hasta Granada poco después de su descubrimiento porque no aguantaba más la incertidumbre. Hubiera querido creer que la visión del hombre apostado frente a él en las escaleras había sido producto de su imaginación, pero, por desgracia, su mente racional no había hallado con una razón convincente. Ahora tenía al propio Lucas para sacarle de dudas.

—Todavía no estás seguro de lo que ves. No te estoy controlando, solo pretendo ayudarte. Tengo la facultad de desdoblarme y aparecer junto a ti en la finca de tu tío o en la clínica o donde sea. No me preguntes más por ahora. Únicamente te pido que lo veas como una guía para evitar que te desvíes del camino que te llevará al despertar de tu intuición más que como una forma de control o subyugación.

—Ya que tanto sabes, ¿qué es lo que hay en esa cuarta planta? ¿Quién era esa joven?

—Esta última pregunta te toca responderla a ti. Te puedo decir que existe un acceso exclusivo a ella desde el exterior, aunque permanece oculto en el edificio. Sabes lo que hay en la cuarta planta: otra zona de la clínica. ¿Y por qué la esconden? Piensa, analiza, no te creas nada, eres muy listo.

—Pues, sinceramente, me estoy volviendo loco y tonto.

—Si no está a la vista es porque alguien trata de encubrirla. La joven que viste o cualquier otra que encuentres allí te pueden contestar a tus dudas mejor que yo, un simple recluso.

— Pero... ¿Quiénes son?

—Quieres que ratifique lo que sabes, pero no debo hacerlo. Investiga y constata por ti mismo si tus sospechas son fundadas. Hasta ahora lo estás haciendo muy bien. Incluso con tu amigo especial, dudaste y descubriste que te mentía; ahora ya no tienes tan claro que tu interpretación no estuviera errada y te has planteado darle otra oportunidad. Y yo te digo que se la darás y no te arrepentirás porque ahora ya no hay engaños que emborronen vuestra relación.

—¿Quién te crees para darme consejos?

—Nadie más que aquel que ha vivido experiencias muy parecidas a la tuya y que valora cada instante que nos conduce al amor. No desaproveches la oportunidad de vivir lo que te mereces. Lo vas a necesitar.

—Eres como un jeroglífico andante. Uno nunca sabe cómo interpretar tus palabras.

—Así es como tiene que ser.

Lucas se levantó dando la charla por concluida y Joel permaneció sentado unos minutos más, hasta que el funcionario le obligó a abandonar la sala de comunicaciones.

Era irritante comprobar que ese hombre estuviera al tanto de los detalles más secretos de su vida privada. Estaba tentado de huir lejos de él; sin embargo, un impulso irracional le conducía para tener en cuenta sus instrucciones.

De hecho, había acertado al ponerle tras la pista de las mentiras de Hodei y ahora, por el contrario, le estaba animando a deshacer el camino andado. Y surtía efecto porque recordó que le había invitado a cenar aquella misma noche en un restaurante del centro de Madrid y él había respondido con una rotunda negativa. Ahora se arrepentía, así que tomó su aparato móvil y le escribió un WhatsApp:

«Me lo he pensado mejor. Nos vemos esta noche, si aún te viene bien».

La respuesta no tardó más de unos segundos en llegar:

«Genial. Esta noche nos vemos».

Aún estaba a tiempo de regresar a casa desde Granada, prepararse y acudir a la cita. Volvía a notar mariposas revoloteando en el estómago, aunque esta vez necesitaba que la confianza renaciera de forma natural entre los dos.

Hodei se presentó con pantalón de pata estrecha, de tela, camisa blanca suelta y una americana de corte moderno, negra, ajustada y con las mangas hasta los codos, que le confería un aspecto elegante y distinguido, mientras

que Joel, por su parte, había elegido una camiseta de los Rolling Stones y pantalón y chaqueta vaqueras, como si cada uno de ellos hubiera tratado de vestirse con el estilo del otro más que con el del propio.

—Estás muy guapo —rompió el hielo Hodei al alcanzarle frente al restaurante.

—Sí, bueno... creo que hemos intercambiado los gustos, pero en fin...

Se miraron los dos de arriba abajo y rieron. Un buen inicio para una velada relajada en la que, sin embargo, Joel evitó entrar en los entresijos de sus indagaciones, a excepción de algunos comentarios sobre su buena relación con Magda y sus visitas a la prisión de Albolote.

—¿Y cómo está tu madre?

—Bueno, un poco triste desde que se enteró de que ya no éramos pareja.

—Yo te prometo que voy a convencerte de que puedes fiarte de mí. Estoy entregado en cuerpo y alma a que me vuelvas a querer.

—Uno nunca es dueño de sus sentimientos. Nunca he dejado de hacerlo.

Hodei sonrió y le rozó la mano sobre la mesa reservada para degustar una succulenta cena, a base de canapés variados, crujiente de foie con manzana confitada y solomillo al punto. Joel recibió el gesto con cariño.

—Me gustaría ver a Magda. Me parece buena chica.

—Pues, mañana he quedado con ella para comer, pero creo que es mejor que no aparezcas allí; después de lo ocurrido, me temo que he perjudicado mucho tu imagen ante ella. Tendré que explicárselo para que cambie de posición.

—Claro. No entiendo cómo una chica tan guapa como ella, culta, interesante, no tiene decenas de moscones detrás.

—Hombre, seguro que sí, pero no todo el mundo está preparado para vivir en pareja. Ella es una mujer profesional, independiente y libre, y supongo que no busca ataduras. Me contó que mantuvo una relación hace unos meses y que no cuajó.

—Tengo amigos muy guapos que estarían encantados de salir con ella.

—¡Qué manía más extendida la de emparejar a todo el mundo! Déjala que haga lo que quiera, que disfrute y que ría y que salga y que folle. No es necesario tener a alguien al lado para ser feliz.

—¡Vale! No te sulfures, era solo una propuesta.

—No es por ti, es que cada vez es más frecuente ver a solteros y solteras que están encantados con su situación, que no buscan pareja estable. Y es una opción respetable. Parece que todavía hay un sector de la población que no ve

a esta gente con buenos ojos.

—Estoy de acuerdo. Tu prima ya elegirá a quién quiera, si así lo decide.

—Pues eso...

—Y hablando de tu familia... En estos días en los que me estaba volviendo loco decidí investigar por mi cuenta. Aunque internet está lleno de información falsa, siempre encuentras verdades entre esas *fake news*. Me he pasado horas y horas leyendo cosas que dan que pensar. Puede que algunas de ellas no te gusten en absoluto... ¿Quieres que te las cuente?

—Dispara...

—Por lo que he leído, tu padre y tu tío formaron una sociedad muy jugosa. El primero empezó antes, levantó un imperio siendo muy joven, aunque no se sabe a ciencia cierta de dónde obtuvo el capital, unos hablan de que lo logró a base de duro trabajo en un pequeño negocio y otros aventuran directamente que estuvo traficando con droga. Lo único que se conoce es que fue creciendo año tras año. Llegó a poseer una constructora, varios edificios de oficinas, casas repartidas por todo el país y, según las malas lenguas, dinero en algún paraíso fiscal.

Hodei detuvo adrede el relato para examinar la reacción de la cara de su contertulio al describir los resultados de sus pesquisas. Al comprobar que Joel no se inmutaba decidió continuar.

—Era frecuente que apareciera en fiestas veraniegas, de esas que organizan los millonarios, acompañado de su mujer. Tenía una fortuna valorada en varios cientos de millones de pesetas y de la noche a la mañana se quedó sin nada. No hay información al respecto, tampoco está muy claro cómo un imperio de semejantes dimensiones llegó a caer tan en picado y en tan poco tiempo. El caso es que su hermano había participado en los negocios hasta que se distanciaron y tomaron caminos separados. En el momento de la terrible desgracia, tu tío había ingresado en una clínica de desintoxicación. A partir de entonces, la vida le dio un giro y sus beneficios empezaron a crecer como la espuma.

—¿Tal vez heredara algo de mis padres?

—No parece, al menos dinero no, porque tus padres estaban en la bancarrota, incluso habían hipotecado la casa. El hecho es que tu tío comenzó a levantar un imperio semejante al que tuvo su hermano y tampoco se conoce el origen del capital.

—¿Y todo eso lo has averiguado solo con internet?

—Y más. Tu primo es un *latin lover*, también asiduo a revistas rosa por

noviazgos con actrices y modelos. Parece que ayuda a su padre en los negocios, aunque en realidad da la impresión de ser un hijo de papá que solo se aprovecha del dinero y no da un palo al agua. Hay un par de mujeres que le han denunciado porque dicen que es el padre de sus hijos, pero él no parece dispuesto a reconocerlos.

La única bien parada es Magda, a la que los medios señalan como un cerebro privilegiado, una mujer que huye de los escándalos y que decidió abandonar la empresa familiar por desavenencias con el padre.

—No sabía que supieras encontrar tanta información.

—Me gusta internet y navego con mucha soltura, además sé de informática y soy capaz de entrar en algunas webs a las que la mayoría no tiene acceso.

—¿Me estás diciendo que eres un *hacker*?

—No tanto, pero me defiendo. Hay algo más, muy raro, inquietante diría yo. Mientras investigaba encontré un foro en el que destacaba una opinión muy hiriente de tu tío, tanto, que ponía de manifiesto que habían mantenido una relación personal. El hombre en cuestión dejaba entrever que disponía de pruebas de que Vicente había obtenido su fortuna, al igual que tu padre, a través del tráfico de mujeres. Estaba dispuesto a denunciarlo.

—Tú mismo has dicho que no se puede creer todo lo que aparece en la red.

—Claro que no. Aun así, a mí me pareció muy sospechoso que dejara caer tantos detalles sin llegar a asegurarlos y apunté su dirección. De alguna forma fui un visionario, porque al día siguiente el comentario había desaparecido, no había ni rastro de él. Comencé a buscarle a través de la dirección IP de su ordenador y tengo sus datos, por si quieres ir a hablar con él.

—¡Me has impresionado! No conocía tu destreza informática. Esto se va complicando porque acabo de descubrir que hay una planta en la clínica que aseguran que permanece cerrada para reducir gastos y en realidad está acotada, hay algunos pacientes, pocos, y profesionales que los atienden.

—No sé si nos estamos metiendo en terreno pantanoso...

—Querrás decir si nos hemos metido... Ya es tarde para echarse atrás. Si me dejas esa dirección estaría encantado de hacer una visita a ese hombre.

—Con una sola condición: déjame acompañarte.

El médico negó con la cabeza.

—Antes de que digas nada —continuó el vasco—, te tengo que confesar

que veo que hay cierto peligro, que no estoy dispuesto a perderte antes de reconquistarte y que si no aceptas mi ayuda prefiero no darte esa dirección.

Joel se lo volvió a pensar y poco después respondió dubitativo.

—Está bien. Puedes venir conmigo.

Una vez acabada la cena se desplazaron a otro local de copas que conocía Hodei, de ambiente gay, donde decenas de jóvenes dejaban volar la pluma escondida para darlo todo en la pista de baile. Fue una noche de distensión, en la que revivieron su primer encuentro. Entre copa y copa, se dedicaban miradas furtivas que chocaban entre sí con dulzura y se desviaban, como dos bolas de billar o una suerte de baile íntimo y discreto que conllevaba mucho deseo contenido y pocas palabras. Joel se desinhibió alentado por el alcohol sin llegar a perder de vista el objetivo de no acabar en la cama con él. Necesitaba ponerlo a prueba durante algún tiempo. Se despidieron con un casto beso en los labios y cada uno regresó a su domicilio con la sonrisa dibujada en el rostro, conscientes ambos de que aquello se había reiniciado con buen pie.

CAPÍTULO 36

Borja Oliden era un emprendedor jefe policía de treinta y cinco años, casado y con dos hijos, cuya vocación le había llevado al cuerpo pese a la ausencia de precedentes familiares. Había adquirido cierta notoriedad unos años atrás, cuando era inspector, gracias a una agudeza e intuición que le permitió detener a un asesino en serie que regentaba un bar, a las afueras de Valdetorres del Jarama, en Madrid. Se trataba de un hombre soltero, corpulento y cercano a la cuarentena, que escogía a sus víctimas al azar entre los clientes. Buscaba a viajeros, tanto varones como hembras, con poca familia, solitarios y sin carácter, para acabar con ellos cuando se cercioraba de que no había nadie más en el bar ni en los alrededores. Les pillaba desprevenidos, casi siempre por la espalda, y les hincaba su cuchillo hasta acabar impunemente con su vida. Lo más escabroso del caso era que el motivo de estas matanzas no era el sadismo, sino el canibalismo: se esmeraba en diseccionar en trozos a las víctimas para congelarlos e ir ingiriendo su carne en semanas posteriores. Era la única carne que comía. Por eso, sus asesinatos se espaciaban en el tiempo, entre uno y otro podía pasar un mes. Como un depredador, hasta que no acababa completamente con los restos humanos de su última presa no procedía a atacar de nuevo. Las desapariciones trajeron de cabeza a los miembros de la Policía Nacional durante muchos meses porque no había cuerpos, aunque algunas veces se encontraban sus vehículos abandonados y sin más huellas que las del propietario. Oliden se acercó casualmente al bar del asesino, al hallarse uno de los coches a un par de kilómetros de allí. La actitud y el nerviosismo del hombre le pusieron en guardia y solicitó una orden de vigilancia que le concedieron al entender que había motivos de sospecha porque el establecimiento estaba localizado en un punto equidistante de varios vehículos cuyos dueños habían desaparecido de un modo similar. Unos días después, al ver que nada sucedía, su jefe le ordenó abandonar la vigilancia, pero él seguía creyendo a su intuición. Fueron detalles aislados, conjeturas que no podía considerar pruebas, como su forma solitaria de vida, la escasez de clientes o la total ausencia de referentes familiares o amistosos, así que el

inspector decidió continuar su labor fuera de sus horas de servicio. Un par de semanas después, cuando el asesino estaba a punto de volver a actuar, Oliden consiguió detenerle.

De esa forma se ganó el respeto de sus compañeros y de toda la Policía, que lo alabó frente a los medios de comunicación que se hicieron eco del asunto y se hizo merecedor de un puesto de inspector jefe, el que ahora ocupaba. Y desde hacía varios meses había centrado sus esfuerzos en un nuevo caso. La aparición del cuerpo de un hombre sin identificar, despeñado al caer por un barranco en la zona de Somosierra levantó la alarma. Se trataba de un rumano, de gran corpulencia física, y no había una explicación plausible del motivo por el que se había tirado o lo hubieran arrojado. En su bolsillo descubrieron la dirección de la oficina de Vicente Escudero y Oliden interrogó al empresario. Aquella primera conversación despertó las suspicacias del policía, que comenzó a indagar en su pasado. Demasiados vigilantes, muchos corpulentos extranjeros a su servicio y algunos negocios turbios. Ante estos datos, solicitó al director adjunto operativo un equipo a su disposición. Y ante la posibilidad de que hubiera miembros del cuerpo implicados en la trama, determinaron mantenerlo en la sombra, incluso ante los demás compañeros.

Las pesquisas del grupo les habían conducido recientemente hasta Sergio Alvés, un hombre que formó parte de la plantilla de Escudero y al que echaron de la noche a la mañana. Él les reconoció que era integrante de una red de trata de blancas, y pese a que su testimonio no podía ser utilizado judicialmente, porque tenía una evidente discapacidad mental que pondría en entredicho su declaración, al jefe le sirvió para considerar que sus suspicacias estaban más que justificadas.

Teniendo en cuenta que los tentáculos de aquella organización criminal parecían extenderse a policías, políticos, periodistas y empresarios, Oliden dispuso un seguro adicional: la participación de un agente que entraría a trabajar en la clínica como un médico más. Necesitaba para esa labor a alguien suficientemente preparado, inteligente, que no llevara mucho tiempo en el cuerpo para no levantar sospechas, con conocimientos de medicina y que únicamente le diera cuentas a él mismo, ni siquiera al resto de compañeros. Así, había conseguido introducir a un inspector de su entera confianza, cuya identidad ni siquiera se la había comunicado a los demás, por si acaso. De esta manera, podía trabajar con la tranquilidad de que nadie más tuviera acceso a la investigación completa.

Alberto Lastra era algo más joven que él e ingresó en la Policía Nacional después de finalizar sus estudios de medicina y ejercer durante unos años. Enseguida llamó la atención del inspector jefe por un carácter camaleónico, una indiscutible capacidad de persuasión y su destreza en el manejo del lenguaje. El hecho de que llevara poco tiempo en el cuerpo fue un punto a su favor, porque le eliminaba de la lista de sospechosos que pudieran estar colaborando con el supuesto mafioso. Desde que había conseguido infiltrarse en la clínica de la Cruz mantenía una comunicación fluida con Oviden y le adelantaba todo lo que se saliera de lo común, como la destitución del jefe de cirugía de una forma sospechosa y su impresión sobre el nuevo cargo, Joel Suances, un sobrino que acababa de reaparecer en la vida de Vicente Escudero y al que el resto de sus hombres habían vigilado en las últimas semanas con el fin de determinar su implicación en la trama. Por el momento, no había pruebas de que formara parte de ella.

En el grupo dirigido por Borja, los otros cinco agentes estaban al corriente de la existencia de un topo, pero ni siquiera consideraban oportuno preguntar por él porque el jefe podía interpretar ese interés como un intento de desmantelar la operación. De manera que guardaban silencio en público y hablaban en privado de aquel misterioso agente, mientras se desvivían por encontrar datos que se apartaran de lo normal.

—Señores, ¿tenemos alguna información sobre Antonio Garcés?

—Sigue en paradero desconocido, jefe. Localizamos, como le dijimos, a su esposa en Trevejo, el pueblo de su hermana, en Extremadura. La hemos visitado hoy. Está terriblemente afectada, muy preocupada por su marido. Según ella no le explicó nada de lo que pasaba, solo que tenían que hacer las maletas y marcharse.

—¿Su testimonio es creíble?

—Yo diría que sí. Da la impresión de que no le gusta guardar secretos. Antonio debió pedirle que no hablara con nadie de su desaparición y no nos costó mucho persuadirla. Es una mujer sencilla, la esposa tradicional de un médico, ocupada en sus hijos y su casa.

—¿Os contó algo más?

—Según ella, necesitaba marcharse por algún tiempo. Le pidió que no se pusiera en contacto con él y parece que ha obedecido; sin embargo, nosotros lo hemos llamado y el teléfono móvil permanece apagado o fuera de cobertura.

—Necesitamos localizarle como sea si no lo han hecho antes ellos. Está

claro que ese hombre sabe algo y está aterrorizado. Por los datos que manejamos, era ajeno a la trama.

CAPÍTULO 37

Durante varios días, Joel se dedicó a conocer los pormenores de su trabajo en la clínica y de sus colegas. Así entabló una incipiente relación de amistad con Andrés, un médico de su edad con el que coincidió en gustos musicales y culturales y con un particular sentido del humor con el que conectó desde el primer momento. Por eso, cuando su madre le invitó a comer en su casa, le pareció buena idea ampliar la invitación a Hodei, con quien había ido estrechando vínculos, a Magda, su prima, e incluso al mismo Andrés, que consideró que podía servir de acicate para dicha reunión.

Joel y Hodei llegaron unos minutos antes que Andrés, y Sara se congratuló de tener a su disposición a un grupo de tres ayudantes dispuestos a colaborar para servir el cordero asado. Era una de sus especialidades y al hijo le encantaba su forma de cocinarlo. Magda llamó a la puerta y antes de que Joel se dispusiera a encaminarse hacia ella, la madre se interpuso sonriente.

—Ya voy yo. ¡Hacía tanto tiempo que no tenía invitados jóvenes en mi casa!

Al abrir, se encontró a una mujer ligeramente maquillada pero sencilla, vestida con un pantalón elegante y caro y una camisa de seda fresca. Traía una botella de vino en la mano.

—Hola, buenas. Esto es de la bodega de mi padre. Según me cuentan, es un vino extraordinario, aunque yo soy más de cerveza.

—Pasa, pasa, mujer. A mí me encanta el vino tinto. Ya te confirmaré yo lo bueno que es. Los chicos están conmigo en la cocina. Por cierto, creo que no conoces a Andrés.

—No tengo el gusto.

—Esta es la prima buenorra de la que me hablabas, ¿no, Joel?

Andrés hizo que Magda se ruborizara, mientras el aludido reía tratando de restar hierro a la situación.

—Me parece que mi primo es un poco bocazas... —soltó la joven con cierto aire de autocomplacencia.

—¡Qué va! —intercedió el compañero de Joel—, ha dicho el evangelio. Vamos que ni una coma le quitaría a sus afirmaciones. Es más, creo que se ha

quedado corto.

—Gracias, tendré que decir.

La intimidad que se había establecido entre los primos era más que palpable. Se apreciaban. Y Sara, pese a que lanzaba alguna mirada recelosa a la joven, cuando nadie la veía, también estaba a gusto con ella. La comida transcurrió entre chismes sin importancia y comentarios jocosos que provocaron la hilaridad de los presentes. Durante el postre, Magda abordó un tema algo más serio.

—¿Sabes que mi padre hoy ha hablado de ti?

—¿Sí? ¿Y qué ha dicho?

—Que el personal está muy contento contigo, que eres humilde pese a ser el jefe y que los pacientes te adoran.

—De eso doy fe yo mismo —interrumpió Andrés—. Es un tío honrado y discreto, de esos en los que gusta confiar. No he escuchado hasta ahora ni una sola crítica de los compañeros, y tú sabes, Joel, que en un centro sanitario eso es casi imposible.

—Bueno, parece que ha servido de algo el dinero que he dado a mis colegas para que hablen bien de mí.

De nuevo, se entremezclaron las carcajadas.

—He visto alguna información sobre tu familia por internet —irrumpió Hodei en la conversación— y parece que los periodistas no se ponen de acuerdo en cómo consiguió tu padre el dinero para ir ascendiendo en los negocios.

—Sinceramente, no lo sé. Como os dije, prefiero mantenerme al margen de ese tema. Ya le he dicho a Joel alguna vez, mi padre es demasiado exigente y pretende que todo salga tal y como él pretende; además, es muy reservado para sus cosas.

—¿Y no te has preocupado de saberlo? Tú eres abogada.

—Por eso, amigo. Cuanto menos sepa, mejor.

—¡Vaya! —exclamó Sara—, os estáis poniendo muy serios. Voy a traer una copita a ver si os animáis de nuevo.

Era el primer día libre que tenía Joel desde que él y Hodei habían hablado de visitar al enigmático internauta que había criticado al patriarca de esa familia, y habían convenido que lo harían aquella tarde. Andrés y Magda acabaron congeniando hasta el punto de que decidieron irse a tomar algo juntos, mientras los otros dos cogieron el coche rumbo hacia el barrio de Vallecas, donde el GPS localizaba el domicilio de la persona que estaban

buscando.

Nada más salir del Audi, una vez aparcado, Joel oteó una imagen que ya le empezaba a resultar tan familiar que ni siquiera le inquietó: el cuerpo de Lucas permanecía reclinado contra la pared de un portal concreto y el doctor dedujo que era su manera de indicarle el lugar exacto al que debían acceder. Hodei, por su parte, quedó impresionado por la destreza de su colega en encontrar el domicilio del hombre sin indicaciones, como si hubiera estado antes allí. Era un bloque de ladrillo visto, con pequeños balcones que no admitían a más de dos personas a la vez. Eran alrededor de las ocho de la tarde de aquel mes de junio y todavía los rayos de sol irradiaban con fuerza su luz. Entraron al portal, sin necesidad de una llave, y se detuvieron en los buzones para leer uno a uno los nombres de los vecinos hasta llegar al segundo E, donde la etiqueta anunciaba a Sergio Alvés Requerey. Tocaron al timbre y un hombre extraño pero agradable les salió al paso.

—Sí, díganme lo que quieren...

—Buscamos a Sergio Alvés.

—Pues dejen de hacerlo, ya lo han encontrado.

—¿Podríamos pasar? Necesitamos charlar con usted.

—Si me dicen quiénes son...

—Es acerca de la familia Escudero, nos gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Otra vez? ¿Son policías, como los del otro día?

Los dos jóvenes se miraron sorprendidos.

—No, yo soy médico.

—En fin, pasen. —El hombre empezó a dar saltos acompasados, ciertamente extraños—. Cuidado con no pisar las rayas de las baldosas, trae mala suerte. Es curioso que nunca me visite nadie y en la última semana ya sean los segundos que quieren saber acerca de la familia Escudero. ¡Qué importante soy! Parece que he abierto la caja de Pandora. ¿Me llamarán de la tele? A lo mejor voy a Gran Hermano VIP. ¿Les apetece un refresco, una cerveza, un café?

—Yo me tomaría una Coca Cola, si tiene.

—Ahora mismo se la traigo.

Por sus dificultades a la hora de pronunciar algunas palabras, su evidente obsesión por no pisar las rayas de las baldosas y el aspecto descuidado de la vivienda, con cajas amontonadas por doquier y cacharros desperdigados en distintas estancias que pudieron ver en su recorrido hasta la sala, los visitantes comprendieron que aquel hombre tenía algunas

limitaciones psíquicas. Vivía solo, con un gato y tres perros con los que jugueteaba mientras derrochaba una verborrea incontenible.

—En realidad hemos venido porque vimos el comentario que colgó en internet sobre Vicente Escudero, el empresario. Queríamos saber si le conoce.

—¿Vienen ustedes de su parte? Les advierto que me he cubierto las espaldas y que, si me ocurre algo, toda esa familia acabará pagándolo.

—No, no tenemos nada que ver con él. Verá, yo soy agente de seguros, hemos detectado una anomalía en la póliza de este hombre y le estamos investigando.

Hodei le coló una mentira improvisada, como si se estuviera creyendo su papel de investigador.

—¿Solo una? Vicente es un bicho. Todo lo que tiene ha sido gracias a sus sucios negocios, pero les tengo que prevenir de que no van a conseguir nada. Lo tiene todo muy atado, es muy listo y hay mucha gente poderosa implicada.

—¿Por qué le tiene ese odio a Vicente?

—¿Ustedes saben lo del negocio de las chicas? O se dejan hacer o les dan pum-pum. Son malos con esas mujeres. Mi madre también era mujer y la vecina de abajo es una chica muy guapa y me cae muy bien. No está bien lo que hacen. Ellas vienen de su país sin saber nada, son extranjeras, pero no tontas y ese hombre se aprovecha de ellas.

En ese momento bajó la voz, como si fuera a contarles un secreto.

—Les hacen comer ratas, que yo lo he visto, y lloran mucho. No me gusta que nadie llore. Y cuando dicen que no, *zas*, garrotazo a las pobres. ¡Cómo no están registradas!

—¿Y cómo sabe tanto?

—Yo sé porque lo vi. Trabajé allí, pero yo no les pegaba, solo veía lo que hacían. Empecé con Sebastián, su hermano, y luego Vicente me pidió que le ayudara a él.

—¿Su hermano? ¿También él se dedicaba a eso? —la pregunta llegó del propio Joel.

—¡Anda este! ¿Quién te crees que empezó? Vicente no es tan hábil. Se lo encontró todo hecho. La mujer de Sebas era lista como una zorra, sabía cómo manejar a su marido. —Sergio miró a Hodei y lo agarró con fuerza tirando de él hacia sí mismo—. ¡Cuidado con el pájaro!

—¿Cómo?

—Ese pájaro. Casi te da... Puedes seguir.

Sergio había agachado la cabeza como si realmente un ave fuera a pasar por encima suya, aunque ni Hodei ni Joel vieron nada. Realmente el anfitrión mantenía una actitud amable, aunque evidenciaba al mismo tiempo su discapacidad intelectual. Los otros trataron de restar importancia al incidente.

—Por su comentario en la red, daba a entender que tenía pruebas de todo esto.

—¡Y así es! No son violentos... los pajarillos, digo. Es que les encanta mi casa, y a mí me agrada que entren y salgan como si fuera suya. Vicente y sus socios creen que soy tonto, pero a mí no necesitan venderme ningún seguro: tengo uno mejor. Llevaba en coche a dos de esas chicas cuando tuvimos un accidente de tráfico. Las pobres fallecieron en el acto y yo pasé varios meses en un hospital. Al salir de allí, me dieron la patada. Pensaron que me había quedado alelado, pero he ido recuperándome y... ¿Saben qué? Que me hice siempre el tonto delante de ellos para que pensarán que no tenían de qué preocuparse.

—¿Y no es verdad?

—Soy muy listo. No me fío ni de mi sombra. Esto es muy peligroso, ¿saben? Pueden llegar a matarme. Son hombres malos.

—¿Y dónde está toda esa información que dice?

—Miren esta piedra, me la trajeron de Bombay, está en la India, ¿saben?, muy lejos. Yo quiero ir allí, pero solo no puedo.

—¡Vaya! Muy bonita la piedra. ¿Y qué me dice de la información? ¿Sabe dónde está?

—Ya había muerto ese matrimonio de locos y Vicente mandaba. Las cosas le iban bastante bien después de haberse asociado al jefe.

—¿Quién era el jefe?

—Eso no lo puedo decir. Alguien con mucho poder... El caso es que eran muy ambiciosos. Vicente, especialmente, lo quería todo para él. A mí no me gustaba hacer cosas malas, pero me lo ordenaron. «Tienes que ir a casa de mi socio y provocar un incendio con toda la familia dentro». Eso fue lo que me mandó hacer. Le dije que no quería y me respondió que tenía que hacerlo. Se me convence fácilmente de las cosas. Es una de las secuelas del accidente que tuve. Soy muy profesional, así que no se me escapó un detalle, nadie sospechó que fuera un fuego provocado, pero lloré mucho por los niños, sobre todo, tan pequeños... Ahora me arrepiento. Lo que no imaginaba Vicente es que yo no soy tonto, ¿se lo he dicho ya? Antes de encender la llama, abrí la caja fuerte. Mi papá era cerrajero y me enseñó. Se ve que no

perdí esos datos de mi cabeza porque los recordaba perfectamente. Abrí la caja fuerte y encontré los documentos que trataba de destruir en el incendio, los que quería Vicente para quedarse solo con todo el negocio, sin miedo a que hubiera cabos sueltos. Cuando llegué a mi casa y los abrí, aluciné: estaba todo: cómo reclutaban a las chicas, cómo las traían, dónde las alojaban y cuándo deshacerse de ellas. Incluso había una lista de clientes poderosos: policías, alcaldes de varios pueblos, empresarios y políticos. Todo estaba recogido en esos documentos. Desde que Sebastián creó el negocio hasta que se lo arrebató su hermano Vicente, año por año. ¡Me cago en...! Casi me da un infarto. Luego pensé que era un buen seguro de vida.

—¿Y eso cuándo fue?

—Hará cuatro o cinco años.

—¿Y nunca le descubrieron?

—Es que se creen que soy tonto, ¿sabe? Pero no es así.

—¿Y todavía tiene esa documentación?

—¿Por quién me han tomado? No me chupo el dedo. Soy listo, mucho más listo de lo que todo el mundo cree.

—¿Nos dejaría echarle un vistazo?

El hombre respondió con una carcajada.

—¿Ustedes también creen que soy tonto? Ese es mi seguro de vida. Lo que yo tengo solo lo entregaré en caso de que me maten, el original se enviará automáticamente a un buen amigo que sabe lo que tiene que hacer.

—Lo entendemos. Tal vez podamos ayudarle.

—¡He dicho que no! Prefiero que se vayan ya, me están molestando.

—No se altere, tranquilo.

—¡Váyanse ya!

—Está bien. Si cambia de opinión, llámeme. Este es mi número de teléfono —dijo Hodei.

Salieron del domicilio prácticamente a empujones y al bajar las escaleras del portal se cruzaron con dos fornidos y espigados hombres, con un cuerpo esculpido en gimnasio que les puso en alerta. Joel hizo un gesto a su pareja para que los siguieran y el otro, completamente abstraído, obedeció sin más. Tal y como imaginaba, llamaron a la puerta del tal Sergio, que salió pensando que sus invitados se habrían olvidado algo. Sin tiempo para reaccionar, los forzudos arrojaron al propietario al interior a empujones y comenzaron a interrogarle. Desde el exterior, ellos trataron de escuchar lo que decían y, teniendo en cuenta la delgadez de los muros, no tuvieron demasiados

problemas en oírlos.

—Capullo, has metido la pata. ¿Te creías que no te íbamos a localizar después de tu comentario en internet? El jefe lo sabe todo. Entrérganos los originales.

—No sé...

Apenas le dejaron acabar. El sonido de los golpes atravesaba los muros y Joel y Hodei se miraron perplejos. De repente, parecía que formaban parte de la historia de una película de acción o de detectives, de esas de los domingos por la tarde.

—¿Dónde coño tienes esos documentos?

Mientras seguían atentos a lo que estaba sucediendo en el domicilio, Joel vislumbró la silueta iluminada de Lucas que se le acercó y, con voz tenue, le susurró al oído.

—Estáis en peligro. Salid de aquí ya. Entrad en el coche y esperad. Sabréis lo que hacer.

—¿Cómo que sabré lo que hacer?

Hodei, de inmediato, le miró estupefacto.

—¿De qué hablas?

—De nada, que me estoy volviendo loco. Anda, vámonos enseguida de aquí.

—Pero, es mejor que escuchemos. Tal vez nos enteremos así de dónde están esos dichosos documentos.

—Hazme caso, sé lo que me hago... creo.

Los dos bajaron las escaleras y se subieron al coche a la espera de quién sabía qué.

—¿Qué hacemos aquí?

—Esperar.

—¿A qué?

Joel no respondió. Su mirada permanecía impertérrita en la puerta de acceso al portal y solo por breves instantes recorría el resto de la calle. No sabía si estaba haciendo lo correcto, pero hasta entonces, Lucas le había demostrado muchas más capacidades de las que había sido testigo en toda su vida, así que eligió confiar.

A los pocos minutos, Sergio salía del edificio escoltado por los dos gigantes.

—¡Mierda, son ellos! —exclamó Hodei asombrado.

—Vamos a seguirles.

Uno portaba un arma con el que, discretamente, apuntaba al pobre hombre. Lo lanzaron al interior del coche y arrancaron rápido. A una distancia prudente, Joel condujo su vehículo y le pidió a su acompañante que copiara la matrícula. El tráfico crecía en intensidad y eso, por un lado, dificultaba el seguimiento y, por otro, disimulaba mejor la persecución. En varias ocasiones estuvo a punto de perderlo hasta que llegaron a la estación de Atocha y aparcaron en línea amarilla. Unos metros más atrás, la pareja de detectives novatos escogía un lugar en doble fila para detener su coche. Desde allí, observaron cómo los otros caminaban hacia la estación, a paso firme, pero sin premura, probablemente para evitar llamar la atención. Sergio cojeaba y mostraba heridas sangrantes en la cabeza que trataba de taparse con la mano. Salieron de su coche para no perderlos de vista. Una vez dentro, los primeros acudieron directamente a la consigna y Sergio extrajo una llave del bolsillo y la abrió. Sus acompañantes se apresuraron a coger un maletín, antes de volver a cerrar la taquilla. Algunos viandantes se fijaron en el hombre herido, pero continuaron su trayecto. Hodei y Joel, que habían sido testigos a distancia de la maniobra completa, retrocedieron al comprobar que los tres regresaban por donde habían venido. No tenían un plan, no sabían qué harían, pero estaban convencidos aún sin hablar de ello de que en esa maleta se guardaban los documentos referidos por el pobre infeliz, unos minutos antes.

El coche oscuro con las lunas tintadas al que seguían, un Hyundai Tucson, arrancó el motor y se puso en marcha de nuevo. Partió a gran velocidad, esquivando al resto, al tiempo que los otros se esforzaban en mantenerse tras ellos a una prudencial distancia. Durante varios minutos recorrieron algunas carreteras urbanas hasta llegar a un acceso a la M-30 y cuando entraron en él aceleraron aún más. Joel apenas podía alcanzarles, estaban a punto de desaparecer cuando desde la puerta del copiloto del coche al que perseguían arrojaron a una persona casi al mismo tiempo que se escuchó un disparo. El médico se vio obligado a hacer un brusco giro para esquivar el cuerpo aparentemente inerte sobre la vía.

Delante de ellos, el corpulento conductor del primer vehículo sonrió satisfecho durante un breve instante de tiempo, justo hasta que apareció, frente a él, en mitad del carril, una figura humana que le miraba a los ojos con pasmosa tranquilidad. Instintivamente, para evitar atropellarlo, dio un volantazo con tal contundencia que el coche perdió el control y se estampó contra un murete que limitaba con la carretera. El accidente provocó un atasco instantáneo y el Audi de Joel frenó a unos vehículos de distancia. Sin

tiempo para pensar siquiera, el doctor salió disparado de su coche en dirección hacia los accidentados; antes de evaluar someramente su estado no pudo evitar darse cuenta de que en medio del carril continuaba inmóvil el mismo hombre que había provocado la colisión, que no era otro que Lucas. Uno de los pasajeros parecía inconsciente o tal vez muerto y el otro apenas movía la cabeza ni podía despegar los párpados, así que, antes de que lo hiciera, abrió la puerta trasera y en el asiento localizó enseguida el maletín. Lo cogió con presteza y regresó al vehículo sin percatarse de que, por un segundo, uno de los heridos había despertado. Al regresar al Audi, Hodei seguía aturdido.

—¿Qué ha pasado?

—Luego te lo cuento. Tenemos que salir de aquí como sea.

Echaron marcha atrás lo suficiente como para poder entrar en el arcén, consiguieron adelantar a los automóviles detenidos, cuyos conductores permanecían absortos en la imagen que tenían frente a ellos, y, cuando ya escuchaban el sonido de los servicios de emergencia, habían conseguido dejar atrás el accidente y el atasco. Condujeron como si les fuera la vida en ello, no pronunciaron ninguna palabra en todo el trayecto y tampoco pararon hasta llegar a casa.

CAPÍTULO 38

—Necesito un trago.

Joel cerró con llave tras de sí la puerta de su casa y se dirigió directamente al bar del salón. Antes de pronunciar una palabra más, se sirvió un whisky y se lo bebió de golpe. Después, puso dos copas más: una para él y otra para Hodei.

—¡Qué hostias ha sido esto! Todavía estoy temblando.

—Tenemos el maletín y eso es lo importante.

—¿Quiénes eran esos tipos? ¿Estaban muertos?

—No he podido cerciorarme, pero yo diría que, al menos, uno de ellos, sí. El otro parecía bastante grave. Sangraban por todas partes.

—Esto es muy fuerte. Deberíamos acudir a la policía.

—No sé. Ese hombre nos dijo que había agentes implicados. Personas con mucho poder. Antes de hacerlo tenemos que saber de qué diablos hablamos.

—¿Por qué tenías tan claro que debíamos esperarles en el coche? Mira Joel, he arriesgado mi vida, necesito sinceridad. No me cuadra que sepas tanto, que llegues a la casa de ese hombre como si hubieras estado antes, que actúes con esa seguridad, me estoy perdiendo algo, ¿verdad?

Joel lo miró afectado. Acababa de retomar la relación y no tenía muy claro que quisiera aún confiar en él; no obstante, también tenía que reconocer que estaba poniendo en juego su integridad y no tenía derecho a ocultarle datos; además, el mismo Lucas le había dicho que les iría bien a partir de ahora y, hasta el momento, no se había equivocado con sus predicciones. Y más allá de todo eso, no podía afrontar este asunto en solitario, necesitaba un cómplice y a su alrededor no veía a nadie más indicado para ello.

Se levantó de su asiento y caminó deprisa de un lado para otro de la habitación, tratando de pensar, valorando la posibilidad de desvelar los secretos. Lo miró con ternura y supo que estaba preparado para hacerlo, así que le habló de la presencia de Lucas en lugares determinantes, de todo lo que este le había contado. Y al expresarlo en voz alta, él mismo reparó en lo extraño que sonaba, especialmente cuando lo escuchaban los oídos de un

médico hasta hacía unas semanas dominado por una mente científica y racional. Claro que, a decir verdad, en los últimos meses, había pasado de creer que sus padres habían sufrido un accidente fortuito a descubrir que habían sido asesinados. Y después de que se revelaran como víctimas de un asesino en serie, pese a que apenas guardaba recuerdos suyos, la congoja por su pérdida le llegó a ahogar. Y como si eso no fuera suficiente para asimilar con calma, ahora accedía a otra información, aparentemente objetiva, que colocaba a sus progenitores al frente de una red de trata de blancas, nada menos. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Hasta dónde llegaban los tentáculos de una organización criminal de semejante envergadura? ¿Cómo era posible que la policía no hiciera nada al respecto?

Hodei no salía de su asombro.

—¿Me estás diciendo que un hombre que está en la cárcel se te aparece y te está ayudando a descubrir toda esta trama?

—Así es.

—No sé qué decir. Yo pensaba que, en todo caso, quienes se aparecían eran los espíritus de personas ya fallecidas. Esto se escapa a todo mi entendimiento.

—Y al mío, no te equivoques. Tú creías en eso, pero es que yo siempre me he burlado de los fantasmas, de todo lo que aparentemente no tiene una explicación científica. Tengo una mente racional que se está resquebrajando a pasos agigantados y no puedo hacer nada por evitarlo.

—Esto necesito macerarlo con un poco de tiempo. No es que no te crea, pero me cuesta trabajo aceptar que te esté pasando a ti. Como dicen los gallegos, *eu non creo nas meigas, mais habelas, hainas*.

—Te entiendo perfectamente. Yo mismo dudaría de lo que te estoy contando si no lo hubiera vivido en primera persona.

—Vamos a ver los documentos y dejar de lado este tema por el momento.

Abrieron el maletín y cientos de folios encuadernados quedaron al descubierto. Los ojearon por encima en silencio y sus caras se fueron ensombreciendo. Aquello evidenciaba la existencia de una banda organizada que secuestraba a mujeres jóvenes en el extranjero para prostituirlas y aprovecharse de ellas. Una trata de blancas en toda regla que requería un estudio pormenorizado de esas páginas antes de tomar la decisión de cómo actuar.

—Esto es increíble. Me estoy asustando de más. ¿Sabes lo fácil que es

para tíos como esos acabar con nosotros como lo han hecho con ese pobre hombre? —Hodei mostraba signos de alteración.

—Mantengamos la calma. Nadie nos ha visto ni sabe que tenemos este maletín en nuestras manos. Lo guardaré en la caja fuerte de este piso y no lo hallarán.

Temblorosos, sentados el uno frente al otro sin apenas cruzar palabra, buscaban formas de salir de aquel atolladero. Era mucho más trascendente y peligroso de lo que hubieran podido imaginar.

—Siento mucho haberte metido en este jaleo. —Joel, compungido, empezó a calibrar las dimensiones del asunto.

—Tú no tienes la culpa. Fui yo quien quiso ir contigo. Ahora estamos unidos en esto.

—Preferiría que te hubieras quedado al margen.

—Yo no. Solo de pensar que podías haber afrontado solo todo esto me descompongo. No olvides que, por más que lo intentes obviar, me siento totalmente dependiente de ti en estos momentos.

Joel le miró con ternura y se sorprendió al percibir que el resquemor y la decepción se habían disipado con la emoción de los últimos acontecimientos. Había sido sustituido por un profundo amor que brotaba de su interior, un amor que le empujó a acercarse a él y a besarle con suavidad, primero, y después con ardiente deseo. Hodei respondió dejándose llevar y los besos fueron precipitando las caricias. Cada uno trataba de despojar al otro de su ropa sin dejar de respirar el aliento ajeno. El sofá se transformó en el mejor lecho para retomar lo que habían paralizado unas semanas atrás, los dos se fundieron en un mismo ser, libre de prejuicios y resentimientos, dos mitades de un mismo todo que parecían no haber alcanzado antes el grado de deseo que les embargaba en aquel instante.

Al acabar, exhaustos, permanecieron estáticos y asidos de las manos.

—Tenemos que pensar lo que vamos a hacer. —Hodei aprovechó el instante de calma para reflexionar en voz alta.

—Por supuesto, pero podemos dejarlo para mañana. Esta noche solo quiero llenarme de ti.

Hasta en dos ocasiones más repitieron los juegos sexuales hasta que decidieron acostarse juntos en la cama donde poder diluir los problemas reales con las imágenes inventadas del sueño. Pese al ajetreo de la jornada, Joel durmió como un niño pequeño, sin escenas de tormento, como si el poder del amor hubiera desintegrado todos sus temores.

CAPÍTULO 39

A la prisión de Albolote acudían asiduamente voluntarios de ONG como PIDES y Solidarios para el desarrollo, con el fin de amenizar las mañanas o las tardes de los reclusos, algo que la mayoría agradecía porque hacía más llevadero el ralentizado paso del tiempo.

Solidarios para el desarrollo distribuía a su gente entre las personas sin hogar y los presos. En función de las necesidades y gustos de cada grupo, una vez por semana, los voluntarios localizaban a un invitado específico para que hablara a los internos de temas diversos: artes marciales, presentaciones de libros o de películas a cargo de sus directores o productores, obras teatrales, cómicos o charlas de autoestima. Todo con el fin de que los presos despertaran su curiosidad y se abstraieran de una realidad que les abocaba al victimismo y al deseo de salir para reiterar actos como los que les habían conducido a la cárcel.

Y desde que asistió a una charla impartida por un médico de cabecera, acerca de cómo las emociones influyen en las enfermedades, Lucas se hizo asiduo a ellas. Le importaban muy poco los beneficios penitenciarios que conllevaba escuchar dichas conferencias o los puntos por buena conducta que pudieran aportarle; en realidad, le parecía un soplo de aire fresco mantener contacto con personas ajenas a aquel universo enrejado que le hablaban sin resentimiento ni juicio y que traían impregnado en su cuerpo el maravilloso olor a libertad, el del aroma de esos perfumes prohibidos en la penitenciaría y que, al inhalarlos, le recordaban que seguían existiendo en un mundo distinto.

En el mes y medio que Marcos y él llevaban juntos en la celda se habían convertido en amigos inseparables, al margen de las actitudes de asombro e incompreensión de compañeros que no acababan de asimilar que quienes estuvieron a punto de matarse alcanzaran tal grado de intimidad.

Aquella tarde en la que las nubes del cielo se desintegraban en forma de las efímeras gotas del verano cargadas de un bochorno asfixiante, ambos amigos saludaron a los voluntarios de la ONG y les ayudaron a atraer a más público para reunirlos en la sala de usos múltiples, un aula que empleaban para impartir clase, con una veintena de sillas, una pizarra y una mesa

destinada al profesor o conferenciante.

—¿De qué va hoy la charla? —preguntó Marcos.

—Vamos a hablar de cómo aumentar nuestro nivel de felicidad —respondió Ada con una sonrisa de oreja a oreja.

La humedad suspendida en el aire mezclada con las altas temperaturas del verano se filtraba en todas las estancias, pero casi era preferible al invierno crudo, con muy pocas horas de calefacción y en el interior de unos muros tan gélidos que interferían incluso en el momento de conciliar el sueño.

Una veintena de presos se concentraron en el aula, alrededor de los siete voluntarios y la profesora de psicología Visi Méndez que, tras los saludos oportunos, se dirigió directamente a ellos.

—Vosotros estáis aquí porque habéis cometido un delito, eso es evidente.

—Yo no. Yo estoy aquí porque me engañaron, señorita —la voz provenía de un chaval de unos dieciocho años, de tez y piel morena, simpático y con una camiseta de tiras que dejaba entrever músculos prominentes.

—¿Cómo te llamas?

—Mohamed, para servirle, guapa.

—Gracias por el cumplido, Mohamed. Pues lo que quería decir es que, excepto tú y alguno más, lo cierto es que la prisión está llena de gente que ha cometido delitos, unos más graves y otros menos graves, pero todos penados con la privación de la libertad. ¿Creéis que fuera hay personas que no han cometido las mismas infracciones?

—Si yo le contara, señorita —tomó la palabra otro joven con gesto adulator, de alrededor de veintiún años, rubio, alto, fuerte y con cierto sobrepeso.

—Llámame María.

—Si yo le contara, María. En mi barrio, *habemos* muchos que vendíamos droga y los maderos nos cogieron a los más inocentes.

—Vale, pero en realidad vosotros no lo veis así.

Lucas estaba realmente interesado en lo que la mujer estaba contando, sentado junto a Marcos, a quien le hizo un gesto acercándose el dedo a la oreja como pidiéndole que prestara atención.

—Vosotros —continuó María—, sois víctimas de vuestra interpretación negativa. Es decir, que os habéis etiquetado inconscientemente en base a las

acusaciones que os han traído a este lugar y cada uno se ha creído el rol con el que le han señalado: ladrón, asesino, estafador... El problema es que si os veis como estafadores, actuaréis como tal en todo momento, tengáis o no la oportunidad de engañar, es algo inconsciente, y de esa forma, lo único que podrán ver aquellos que estén a vuestro lado será que sois unos estafadores.

Mientras hablaba, sus palabras se mezclaban con algunas risas efímeras, miradas de complicidad entre ciertos asistentes, ojos de deseo de otros dirigidos a la psicóloga y todo ello quedó de golpe interrumpido por un ruido extraño, sordo y seco en la última fila. Alrededor, las miradas se fueron girando una a una y comenzaron a gritar, mientras la propia terapeuta, sorprendida, sintió que algo grave estaba pasando.

—Señorita, aquí, por favor. Mi amigo se muere.

Era la voz quebrada de Marcos, que trataba de contener lo que parecía que era un ataque y que mantenía el cuerpo de Lucas estirado y tenso, en el suelo, girando puños y pies en un movimiento espasmódico y con los dientes apretados y los ojos completamente abiertos. Un par de voluntarios corrieron a avisar al funcionario apostado a la entrada del módulo, mientras que María se agachó a evaluar la gravedad de la situación.

El vigilante tardó varios minutos en aparecer y llegaba con cierta parsimonia hasta el aula, con una actitud relajada que contrastaba con el rostro de preocupación de quienes rodeaban el cuerpo rígido de Lucas. Mientras tanto, ajeno a todo ese movimiento, él accedía a una experiencia mística completamente vívida y angustiada: corría por un bosque a gran velocidad, como si escapara de alguien, y de repente su cuerpo se elevaba y descendía nuevamente en un escenario oscuro y lúgubre. Ya no tocaba el suelo, únicamente se deslizaba hasta ingresar en una estancia humilde, sencilla, donde frente a él apareció una mujer que aparentaba más de sesenta años por su aspecto demacrado, con la tez oscura, una cicatriz pronunciada en la frente y un pañuelo en el cabello. Estaba acostumbrado a las visiones, a desdoblarse mentalmente, pero era la primera vez que sentía con tal intensidad la desazón y la amargura que cohabitaban dentro del ser que tenía frente a él.

—¿Quién eres? —preguntó Lucas intrigado.

—No aguanto más. Quiero morir —la voz sonaba desgarradora y siniestra.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Todavía estoy viva, tráelo aquí.

—¿A quién?

—Lo sabes muy bien. Me queda muy poco tiempo.

La imagen se fue desvaneciendo a la vez que Lucas experimentó la sensación de ser succionado hasta regresar a la sala de la prisión. Desde el techo de la sala, pudo ver su cuerpo tendido en el suelo y rodeado de gente, frente a una psicóloga que trataba de hacerle reaccionar, mientras el vigilante caminaba pausadamente por el patio. De pronto, ya no estaba fuera, abrió los ojos y notó el peso del cuerpo, movió ligeramente la cabeza y comprobó que su compañero tenía el rostro desencajado.

—¿Qué ha pasado?

—Parece que te ha dado un ataque, pero no ha durado mucho, ni siquiera ha dado tiempo de que llegaran los médicos.

—Me gustaría ir a mi celda a descansar.

El vigilante que acababa de entrar, acostumbrado a las farsas de algunos de ellos, apenas dio importancia al asunto y estaba más temeroso de que aquello se le fuera de las manos que del estado del recluso.

—¿Ya estás bien? Pues, venga, cada uno a lo suyo. Yo digo que no necesitas un médico, está muy ocupado y como le llame sin un motivo justificado se va a molestar conmigo.

—No pasa nada. Estoy bien. Solo quiero descansar.

—Y yo, ¿no te jode? Pues, hala, a tu celda.

La psicóloga le echó una mirada de desprecio ante la actitud insensible del vigilante.

—Yo no sé mucho de medicina, pero creo que este hombre ha sufrido un ataque y necesita atención médica.

—Tiene razón: no sabe mucho de medicina, así que para qué le voy a hacer caso. ¡Quédate aquí sentado un rato y cuando te encuentres mejor te vas a la cama!

Lucas fue incorporándose con dificultad y dirigiéndose al exterior del aula para sentarse en una silla y obedecer las instrucciones del funcionario.

—Siento mucho haberle interrumpido. Era una charla muy interesante.

—No te preocupes, volveré las veces que haga falta.

Sentado en la silla, se apoderó de él una densa sombra de preocupación. Sabía que Joel estaba cada vez más cerca del desenlace y que, por tanto, se estaba acercando al peligro. Y lo que más incertidumbre le producía era que jamás había sentido el poder de alguien con tanta contundencia como el que le había transmitido aquella mujer de la visión. Su intuición le incitaba a no

temerla, pero las imágenes inquietantes que acababa de contemplar le transmitían una desazón cargada de angustia.

CAPÍTULO 40

De no haber recibido aquella llamada de los compañeros que le informaban de que habían localizado un cuerpo que podría tratarse del cirujano jefe de la clínica De la Cruz, su trayecto habría sido más placentero. El inspector Oliden no conocía muy bien aquella parte de Madrid y se prometió que haría una visita más prolongada con su esposa y sus pequeños de seis y cuatro años para disfrutar de aquel magnífico entorno. Estaba en la parte noroeste de la provincia de Madrid, justo en el límite con la de Guadalajara. A sesenta y cuatro kilómetros de la capital accediendo desde la A-1, antes de tomar la salida de Torrelaguna M-320, se llegaba a un pequeño municipio lleno de encanto donde la historia cohabitaba con la modernidad: Torremocha de Jarama. El GPS del vehículo, en el que había escrito la dirección que sus colegas le habían facilitado, le condujo hasta el extremo nordeste de la localidad, donde la espadaña y el carrizo precedían a frondosos árboles como sauces, fresnos, chopos, alisos y olmos, en un paisaje en el que ostentaban el cargo de custodios del río Jarama, que discurría entre ellos.

La voz femenina del navegador le indicó que había llegado a su destino, aunque no hubiera sido necesario porque había varios vehículos de policía con las sirenas prendidas, un equipo de buceo de la Guardia Civil y una ambulancia. Frente a él, un puente de hierro estrecho, cuyas reducidas dimensiones limitaban el paso a un vehículo cada vez. A ambos lados, estaba acotado por barandillas también de hierro, modernas, de color azul, excepto por uno de los extremos, en los que se veía completamente despegada. Era fácil adivinar que era el lugar por el que había caído el vehículo que una grúa levantaba en esos momentos desde el interior del río.

Oliden se acercó andando hasta la jefa de la Policía Local.

—Inspector jefe Oliden —se presentó enseñando la placa—, dígame, ¿qué tenemos?

—Hemos encontrado el cuerpo de un hombre de unos cincuenta y tantos años en el interior de ese coche. Estaba hundido en el río por culpa de las intensas lluvias de los últimos días y, parece que ha costado que alguien reparara en la barandilla rota. De hecho, un paisano lo ha visto esta mañana,

al descender el cauce del río y al quedar al descubierto la parte superior del coche. Todo indica que cogió el puente con tanta rapidez que cayó al agua y no pudo salir del interior. Es posible que se diera un golpe en la cabeza al impactar con los hierros y cayera inconsciente antes del impacto. Está a punto de venir el juez para ordenar el levantamiento del cadáver.

—¿Han comprobado si efectivamente se trata de Antonio Vázquez?

—Así es. Los buzos que han podido extraer el cuerpo han localizado en el interior de la chaqueta que llevaba puesta una cartera con la documentación y dos mil euros.

—Permítame... ¿Ha habido algún otro accidente de estas características en este lugar? Lo digo porque lo veo extraño, quiero decir, que estamos en un lugar donde es difícil acelerar, se ve que es un puente antiguo.

—Histórico, de hecho, el puente se encuentra en el camino agrario entre Torrelaguna y Uceda y era una vía complementaria del Camino Real que unía a los dos municipios desde la carretera de Francia, por Torrelaguna y Talamanca del Jarama, y se prolongaba hasta Guadalajara. Su origen data de 1471, aunque ha sufrido varias remodelaciones, la última de ellas en 1916, a petición del vicepresidente de la Diputación de Madrid de la época Arturo Soria. Es un puente de celosía inferior con cuatro secciones sobre estribos de cabeceras y tres pilas. Tiene una longitud de ochenta y tres metros y la calzada no llega a los cuatro metros de ancho, sin aceras, excepto esos dos estrechos apartaderos para peatones. Por su parte inferior, dispone de dos grandes vigas de hierro, sobre hormigón...

—Está bien, ya veo que se conoce el puente muy a fondo...

—Es que yo nací en este pueblo. He recorrido tantas veces este entorno que me lo sé de memoria.

—Entonces, podrá responderme a la pregunta. ¿Ha conocido otros accidentes en este punto?

—Sinceramente, no. Hay que decir que no es habitual un caudal tan abundante en el río, y menos en verano. He visto cómo algún chaval se ha herido al caer del puente, pero un coche que haya saltado al vacío de esta manera... nunca. A no ser...

—¿Podría ser que alguien lo persiguiera?

—Es lo que iba a sugerir. Que fuera delante, sin mirar demasiado al frente, y que al llegar aquí no esperara encontrarse el puente y saliera disparado.

—Gracias.

El acceso hasta el río era complicado por la vegetación colindante, pero los guardias civiles habían abierto un paso que les permitía subir y bajar con relativa facilidad. Oliden se dirigió hacia ellos y estaba a punto de descender para examinar por encima el cuerpo cuando dos submarinistas, que portaban la camilla, subieron para dejarlo sobre la tierra, al tiempo que él se agachaba para verlo y les enseñaba su credencial a los compañeros.

Antonio llevaba un traje empapado, manchado de barro por distintas zonas, y en la frente destacaba una enorme herida que atravesaba el rostro de izquierda a derecha.

—¿Han encontrado la cartera?

—Sí, está en su bolsillo.

Con los guantes puestos, el inspector se aventuró a sacarla para comprobar que, efectivamente, se trataba de Antonio Vázquez, el cirujano jefe de la clínica de la Cruz. Antes de retirarse se fijó en otro detalle, del interior de la chaqueta asomaba algo plateado. Al cogerlo se percató de que era el teléfono móvil en su funda. Se la quitó y en la parte posterior localizó una llave unida con cinta adhesiva a la funda y unas letras sobre ella: 4ª planta.

—Me temo, inspector, que ese chisme no va a funcionar en la vida, después de tantos días sumergido.

Aun así, Oliden lo introdujo en una bolsa transparente que sacó del bolsillo y la colocó con el resto de las pruebas; sin embargo, despegó la llave y se la introdujo en su chaqueta.

—Supongo que lo llevarán al Instituto Anatómico Forense de Madrid.

—Así es. Estamos en el límite de la provincia de Guadalajara, pero esto pertenece a Madrid.

El investigador llamó por teléfono primero a sus compañeros para contarles las novedades y pedirles que estuvieran pendientes de la autopsia; después a su colega infiltrado.

—Es él. Voy a interrogar a Vicente Escudero nuevamente. Quiero que estés muy pendiente de las reacciones de los trabajadores de la clínica. Quiero pasarme por la cuarta planta, pero no confío en que encuentre algo allí, teniendo en cuenta que esta gente se mueve tan deprisa. Así que necesito que te cruces conmigo para pasarte la llave de esa puerta, que estaba en poder del jefe de cirugía. Esperas a mañana y vuelves a entrar para ver si hay algo distinto a lo que veo yo hoy.

—Como ordene, jefe. Haré lo que me pide.

Oliden tenía claro que aquello había sido un ajuste de cuentas. Y pese a que carecía de pruebas, estaba convencido de que Escudero estaba implicado o probablemente había provocado aquella muerte; no obstante, el empresario estaba tan bien relacionado que cuando le llamó para conocer su paradero ya sabía lo que había sucedido y se trasladaba a la clínica, donde quedaron citados unos minutos después. Al llegar, Vicente aguardaba en su despacho, en la tercera planta, acompañado del hijo y su abogado.

—De nuevo nos vemos las caras, inspector.

—Parece que las desgracias le persiguen.

—Tiene razón. Ha sido un palo gordísimo. Antonio no llevaba mucho tiempo con nosotros, pero le habíamos cogido tanto cariño...

—¿Tanto? ¿Tenía entendido que lo había despedido porque dudaba de él?

Vicente calló y miró a su abogado, que intercedió por él.

—Lo siento, pero mi cliente no tiene por qué hablar de ese tema.

—Entonces, ¿lo despidió o no?

—Digamos... que fue un acuerdo mutuo.

—¿Y se puede saber el motivo?

—Me dijo que había recibido una oferta de otro hospital y que le pagaban más.

—Me gustaría echar un vistazo a la clínica.

—¿Para qué? Aquí solo hay enfermos —se apresuró a decir el hijo del propietario.

El abogado le hizo un ademán de asentimiento.

—Por mí, no hay problema —concluyó Vicente sumiso.

Oliden fue directo hacia la puerta de acceso a la cuarta planta, que permanecía cerrada, como de costumbre. Volvió sobre sus pasos al despacho del jefe.

—Necesito la llave que abre el acceso a la cuarta planta.

—¿Qué dice? Eso está cerrado.

—Por eso me hace falta la llave.

—Le aseguro que ahí no hay nada que ver.

—Perfecto, pero quiero asegurarme de ello.

Escudero, completamente contrariado, lo reflexionó, miró a su hijo y, con cierto aire de desprecio, le dijo:

—Gus, acompaña a... abre esas puertas.

—Pero papá, ¿eso es una zona privada? Dijimos que nadie debía entrar

en ella...

—Haz lo que te he dicho.

Oliden siguió los pasos de Gustavo que, con evidente desgana, precedía al inspector hasta la puerta de acceso a la cuarta planta. La llave giró y se encontraron frente a otros escalones que conducían al siguiente acceso, también clausurado. El joven repitió la maniobra y el inspector se encontró con un pasillo de luces apagadas.

—¿Puedo pasar?

—Pase.

Mientras el hijo de Escudero se apartaba levemente, el investigador dio unos cuantos pasos hasta accionar el interruptor. A continuación, avanzó con cautela y fue abriendo las puertas que hallaba a su paso. Camas vacías, sin colchones, persianas cerradas, luces apagadas. Al llegar al final, se topó con un quirófano, con los materiales aparentemente preparados para una intervención; sin embargo, nadie en su interior.

—¿Y esto? —le preguntó Oliden.

—¿A qué se refiere?

—Parece que está todo dispuesto para una operación.

—¡Yo qué sé! No tengo ni idea. Llevo los negocios de mi padre, pero no sé nada de clínicas.

—Está bien, podemos irnos.

Rendido, el inspector volvió a la tercera planta precedido de Gus. Antes de entrar en el ascensor, su cómplice en el interior de la clínica pasó al lado, tal y como habían acordado, Oliden depositó en su bolsillo la llave hallada en el móvil de Vázquez.

En otra parte de la clínica, Joel llegaba a su despacho y se encontró de bruces con su tío Vicente.

—Hombre, ¡qué sorpresa!

—Está aquí la Policía.

—¿Qué ha pasado?

—El jefe de cirugía... Antonio Vázquez... ha tenido un accidente de tráfico... y ha fallecido.

Joel no le había conocido, sin embargo, le dio lástima pensar que alguien tan joven hubiera perdido la vida.

—¡Pobre hombre! Lo siento mucho.

—¡Yo, no! Era un hijo de puta que me había robado. Se lo merecía.

A continuación, salió apresuradamente del despacho y Joel se quedó sobrecogido. Era la primera vez que veía aquella faz de su tío, de profundo desprecio y soberbia, tanto, que le embargó. Entonces recordó lo que Andrés le había contado sobre Antonio, el antiguo jefe, eso de que antes de marcharse estaba muy nervioso y parecía que ocultara algo. Y relacionando ambos detalles, Joel sintió un estremecimiento general. El miedo estaba empezando a hacerle mella.

CAPÍTULO 41

—¿Has oído lo de Antonio?

Andrés llegó alterado al despacho de Joel aquella misma tarde.

—Sí. Me lo ha dicho mi tío. Parece que ha tenido un accidente.

—Es un poco raro. Cuando lo vi marcharse tenía la cara desencajada y noté que estuvo a punto de contarme algo y se contuvo.

—Ya te dije que le habían pillado organizando operaciones sin el consentimiento de la clínica. Es posible que, al verse descubierto, se pusiera tan nervioso que actuara con torpeza.

—No sé, dicen que lo han encontrado en el río Jarama, que su coche se cayó por un puente porque iba a una velocidad de vértigo.

—¡Pobre hombre! No lo conocí, pero sé que tenía familia.

—Estaba casado y tenía una hija.

—¡Qué pena!

—No somos nada...

—Todavía.

—¿Qué quieres decir?

—Hombre, teniendo en cuenta la historia que os traéis mi prima Magda y tú, entiendo que podríamos llegar a ser familia.

—¡Ya te vale! ¡Vaya cambio de tercio! Es muy pronto para afirmar nada.

—¿Os va bien?

—Nos estamos conociendo, pero es encantadora. Mi tipo.

—¿Os animáis a quedar con Hodei y conmigo esta noche?

—Por mí, sí.

—¿Nos preparamos y nos vemos hacia las nueve?

—Perfecto.

Habían establecido una relación de confianza. Andrés era el tipo de amigo recurrente que le gustaba a Joel: simpático, desenfadado, sin problemas de

autoestima, ambicioso y buen amigo, ante todo, al menos en apariencia. Le agradaba que su prima hubiera encontrado a alguien así y deseaba con sinceridad que les fuera bien.

Cenaron los cuatro en una terraza, en el entorno de la glorieta de Bilbao, atestada de gente, al compás de las risas provocadas por las historias que Andrés relataba sobre su trayectoria médica en la clínica y en otros centros sanitarios donde había trabajado con anterioridad. Pidieron un par de botellas de vino y picaron algunas raciones y, de postre, unos dulces caseros. Estaban a punto de levantarse de la mesa para desplazarse a un local de copas que Hodei conocía cuando vieron pasar a Gustavo junto a ellos.

—¿Gus? ¿Qué haces por aquí? —la pregunta llegó directamente de Magda como un dardo.

—Lo mismo que tú, imagino... anda, pero si estás con nuestro nuevo primito y su novio, ¡qué grupo más *chic* hacéis!

—Y tú estás del brazo de dos chicas, espero que no tengas que seguir pagándoles para que te acompañen.

—¡Qué puta borde! Hala, ¡que os den!

En ese punto, el joven se acercó a Joel y en tono desafiante le espetó:

—Por cierto, primito, que sepas que te tengo cazado.

—¿A qué te refieres?

Sin ademán de responder, se limitó a darles la espalda lanzándole al cirujano una mirada retadora y se marchó, mientras que se hizo un silencio incómodo en la mesa.

—Me parece que Gus y tú no vais a obtener el premio a los mejores hermanos del mundo. —Joel trató de distender el momento y surtió efecto porque Andrés le rio la gracia y el resto le imitaron.

—¡Es un *gili*! Mira que lo tiene todo, pues no hace más que cagarla. Es un niño de papá. Jamás ha tenido que buscarse la vida. Joel, no le hagas ni caso.

—¡No tengo ni idea de a qué se podría referir!

Sin embargo, intercambió una mirada temerosa con Hodei quien, al detectar su inseguridad, quiso echarle una mano.

—Al menos es guapo.

—En unos años ni eso le quedará, ya le van saliendo entradas y no ha cumplido los treinta —apostilló Andrés.

De nuevo se rieron y a continuación abandonaron el establecimiento y se pasaron las siguientes horas bailando como posesos. Hacía años que Joel no

descontrolaba tanto. Los últimos acontecimientos, la muerte del cirujano jefe incluida, se fueron hundiendo en el alcohol, que desinhibió a la pareja en la pista de baile hasta que se fundieron en un abrazo, antes de que se besaran en un foro poco habitual para el médico. Aunque no era propio de ninguno de los dos, ni siquiera lo pensaron, mientras que en otra esquina, Andrés y Magda les imitaban acurrucados en uno de los sofás de la discoteca.

Eran las cinco y media de la mañana cuando los cuatro, apostados en la entrada, decidieron esperar a un taxi. Estaban tan cansados que no podían dar un paso más. Apoyado en la pared, el rostro de Joel palideció hasta mimetizarse con el fondo blanco. De repente, se paró en seco y, ajeno a todo lo que había a su alrededor, irguió la cabeza hacia el cielo con rotundidad fijando su vista en un punto concreto de la oscuridad.

—¿Te pasa algo, Joel?

Hodei se preocupó, mientras la pareja lo controlaba desde atrás con media sonrisa.

—¡Vaya tajada que lleva! —se asombraba Andrés.

Joel no atendía, solo caminaba ralentizado sin dejar de mirar al cielo. Allí, se topó de lleno con la imagen de una mujer oronda y morena postrada en la nada, con un pañuelo ocultando su cabello sobre una almohada y una visible cicatriz en la frente. Era como si alguien empezara a proyectar una película y él fuera el único espectador en la sala.

La mujer se incorporó y se dirigió a Joel.

—No me queda tiempo. ¡Ven ya!

—¿Adónde? ¿Quién eres?

—Búscame. Habla con Lucas.

Como si el proyector se fuera alejando a su espalda, el médico percibió la escena de la señora sobre la cama cada vez más grande, hasta completar el espacio que alcanzaba su vista, al tiempo que soltaba un alarido tan descorazonador que se vio obligado a agacharse y taparse los oídos. Joel comenzó a jadear, como si tuviera dificultades para respirar, y en un momento dado, exhausto por no poder tomar aire, cayó al suelo. Hodei se precipitó a él y, al ver que no reaccionaba, Andrés, preocupado, hizo lo mismo.

El joven permanecía tendido en el suelo tratando de aspirar, mientras que su colega consideró hacerle una traqueotomía, para lo que sacó un bolígrafo. Estaba a punto de pincharle la garganta cuando Joel aspiró con toda su fuerza y luego empezó a toser. Pasados unos minutos, su respiración

se normalizó.

CAPÍTULO 42

—¿Qué tienes que ver con la visión que tuve sobre esa mujer?

Joel se levantó temprano, pese a la resaca, para poder estar a la hora de las comunicaciones en la prisión de Albolote frente al asesino de sus padres biológicos. Estaba muy interesado en conocer el motivo por el que había vivido esa experiencia y presentía que Lucas albergaría la respuesta, pero en este caso no fue así.

—Lo siento. No lo sé. Imagino que hablarás de la señora de la cicatriz en la frente. Yo también la he visto.

—¿Por qué sabes que es la misma persona?

—No existen las casualidades. Si tú has tenido una visión ajena a mí y yo también, es fácil deducir que se trata de la misma señora.

—Pues la verdad, no tengo ni idea de cómo localizarla.

—Lo sabremos a su debido tiempo. Ahora me ocupa más la muerte de tu colega médico.

—¿Antonio Vázquez? Parece que la Policía investiga, pero puede ser un accidente.

—¿De verdad crees eso? ¿Por qué no has vuelto a la cuarta planta?

—¿Y si me pillan? Todo esto es una locura... y todavía es más grave cuando pienso que estoy siguiendo las instrucciones que me da el asesino de mis padres.

—Tú sabes que eso no es cierto. No es a mí a quien haces caso, vas detrás de tu propio instinto y las visiones solo llegan porque te acercas a algo que tienes que conocer por ti mismo. Entiendo que estés preocupado y hasta hastiado, pero todo camino de autodescubrimiento conlleva momentos de liberación y otros de amargura. Piensa que llevas toda la vida considerando que el mundo es de una forma concreta y en los últimos meses estás comprobando que no tiene nada que ver con esa idea. Primero has de destruir todo en lo que has creído, para que sobre esas ruinas renazca una nueva filosofía que te lleve a conocer la verdad. Esa es la única que te hará libre, la que te ayudará a descansar. Me encantaría estar ahí fuera para guiarte personalmente, pero eso no es posible y tampoco deseable.

—¿Qué relación había entre usted y mis padres biológicos antes de aquel día?

—¿Qué relación hay entre tú y tus padres biológicos ahora?

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Por qué me responde con otra pregunta?

—Porque, como te he dicho, antes de construir lo nuevo hay que destruir lo viejo. Necesitas llegar a responderte sobre ti, sobre lo que piensas y sientes, sobre tu forma de actuar. Has de verlo para entenderlo y dejar de juzgarlo. Solo cuando el juicio desaparece, puede entrar la luz.

—No entiendo nada de nada.

—Date tiempo. ¿Sabes que no eres culpable de nada? ¿Has pensado sobre la cuestión de que nunca has hecho nada malo? ¿De que no mataste a tus padres? ¿De que no abandonaste a tus tíos?

—Por supuesto, fueron ellos los que me dejaron desvalido.

—Y tú piensas, en el fondo, que ellos tenían motivos. Y es verdad, pero no tenían nada que ver contigo. Así que podrías empezar a dejar de culparte por no ser suficiente, por no ser merecedor del cariño de tu familia, por no haber hecho nada para que ellos no murieran. ¿En serio crees que podías haberlo evitado?

—No. Sé que era un niño, pero no puedo obviar la culpa por no haberte detenido.

—Vuelve a decírtelo las veces que sea necesario: eras un niño, no había nada que hubieras podido hacer para que la vida de tus padres no acabara aquel día. Necesitas soltar toda la basura que te está llevando a sentirte una mierda. No tienes que cargar con ella. Pásamela a mí, yo soy quien los mató y te aseguro que no hay otro responsable. Hasta que no te liberes de ella no empezarás a sentirte vivo. Y la sigues sosteniendo únicamente tú. Nadie te considera culpable de nada más que tú. ¿Sabes qué quiere decir eso? Que librarte de esa culpa solo te corresponde a ti. En el momento en que tú lo decidas, lo harás.

—¿Y hasta entonces? —Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Estás en el camino, no te inquietes. Solo síguelo.

De alguna forma, aquel hombre tan extraño, un monstruo y una especie de líder religioso, estaba accionando un interruptor que le permitía contemplar su congoja. Nadie hasta ese momento le había ayudado a entender que lo que de verdad estaba sufriendo era el dolor de la culpa, por no haber salvado a sus progenitores, por no haber merecido el cariño de sus

tíos, por no haber estado a la altura con sus padres adoptivos. Con plena consciencia, entró en el aseo de la prisión al salir de la visita, y por primera vez en las últimas semanas derrochó todo el torrente de lágrimas que llevaba reteniendo: por la muerte de su padre adoptivo, por todo lo que había descubierto, por el hecho de sentirse ninguneado... las ideas empezaron a aflorar en su mente y le llevaban a llorar cada vez más intensamente hasta que, por fin, se quedó vacío.

Después, regresó a casa dispuesto a bañarse en el amor de Hodei y se alegró de percibir que era la mejor medicina para despojarse de toda la culpa pasada.

A la mañana siguiente, la sonrisa perduraba en el rostro de Hodei, mientras degustaba el café que acababa de prepararse en la cocina de su pareja, releyendo la nota manuscrita que le había dejado antes de marcharse al trabajo:

Prepárate un café, no te marches, no soportaría no poder verte hoy cuando vuelva a comer. Cada noche me ayudas a ser más completo.



Te quiero

La vida se había transformado para él en un espectáculo de luz y color, emocionante, inocente, alegre y con destellos de éxtasis. Recuperar la confianza de su amante le había devuelto la fe en el amor. Estaba dispuesto a demostrarle su verdadero yo, sin más mentiras ni velos que ocultaran lo más profundo de su ser. Estar junto a él le ayudaba a respirar la magia del momento presente y no podía imaginar un motivo para renunciar a ello, ni siquiera la emoción y el riesgo que habían corrido juntos hasta el momento.

Al contrario, estaba preparado para llegar al final, para escoltarle en este viaje a lo desconocido, pese a que tuviera que apostar su propia vida en ello. Así que se levantó con el café en la mano y se dirigió hacia el salón. Ahora que tenía tiempo libre pensó que podía echar un vistazo a los documentos por los que habían puesto su integridad en peligro. Joel los había dejado en la caja fuerte y, en un acto de fe ciega en él, le confió los dígitos para abrirla, así que los cogió y se sentó en el sofá para escudriñarlos.

La portada era más bien simple, con un sello donde destacaba una E historiada seguida del resto de las letras del apellido biológico de Joel: Escudero. Pasó una página y empezó a leer. Pronto se percató de que aquello

era una descripción pormenorizada de la *empresa* impulsada por el padre. Se detallaba la forma de reclutar a las inocentes mujeres en países como Rumanía, Colombia, Méjico, Brasil, República Dominicana, y Senegal, entre otros muchos.

Según la documentación, contaban con un agente en cada uno de los estados de origen, que se encargaba de localizar a chicas con expectativas de mejorar su vida, antes de ofrecerles trabajos inexistentes en España. Se les pedía una cantidad no excesivamente grande, con la que poder sufragar los gastos en el extranjero, y, según la descripción, dicho agente nunca conocería el propósito real de esos viajes para evitar problemas posteriores. Eran meros oficinistas que enviaban informes pormenorizados de cada caso, de cada chica. Y de esta forma, se beneficiaban de un grupo de mujeres de alterne a coste cero, cuya estancia en cada club se prolongaba en función del resultado y de los riesgos que pudieran correr los responsables en caso de ser liberadas.

Las páginas posteriores mostraban una especie de catálogo de chicas donde se dibujaba su biografía, datos acerca de sus familias, su estado actual, edad, la fecha de llegada a España, el historial médico e incluso marcas en el cuerpo o tatuajes. Todo ello acompañado de una fotografía. Algunas estaban tachadas y Hodei dedujo que podría ser una señal de que habían fallecido o desaparecido. Nombres como Anais, en el año 1998, Divina, en 1993 o Elisabeth, en 1990. Decenas de páginas, cientos incluso, de mujeres que probablemente habían pasado por el calvario de un viaje procedente de un entorno atormentado del que pretendían liberarse a través de una vida mejor en otro país, promesas de empleos con el fin de reunir, pasado algún tiempo, a sus familias de origen y que jamás llegaban a desempeñar. Rostros de chicas cuya trayectoria les dirigía al infierno sin ningún motivo para ello. Las fechas se remontaban a los años 80 del siglo XX.

La cara del joven se descompuso al pensar en el dolor innecesario infringido a tantas soñadoras de sueños rotos. ¿Qué habría sido de cada una de ellas? ¿Realmente el padre de Joel podía haber tenido la sangre fría de jugar a ser Dios con esas personas? ¿Cómo alguien era capaz de albergar tanta maldad?

Las páginas posteriores contenían una lista de nombres y apellidos agrupada por profesiones, precedida por el título de «clientes»: políticos, periodistas, policías, jueces, empresarios, banqueros... Junto a la identificación, aparecía su cargo. Sin detenerse en cada uno, pudo leer algunos que le sonaban, directores de periódicos, alcaldes de municipios

importantes como Sevilla o Burgos, jueces madrileños, jefes de la Policía Nacional de ciudades populosas...

Aquello iba mucho más lejos de lo que hubieran podido imaginar. Era una trama tan atada que era comprensible que jamás hubiera llegado a ser conocida por la opinión pública. Había demasiados socios.

Y más adelante, el *staff*, dirigido por el tío Vicente y un tal Fran Rueda, quienes al parecer quedaban al cargo del negocio desde la muerte de los padres de Joel. Nombres de vigilantes, encargados y encargadas de los clubes de alterne y los nombres de una docena de locales, así como su ubicación en distintas ciudades de España: Madrid, Barcelona, Bilbao, Sevilla, Valencia, Zaragoza, Santiago de Compostela.

Hodei pensó que todo aquello suponía un conjunto de pruebas irrefutables de lo que habían hecho con unas pobres mujeres. Claro que, teniendo en cuenta que se trataba de algo que había sucedido veinte años atrás, tal vez fuera imposible de corroborar. ¿O no? ¿Quizás todavía ese entramado funcionara de la misma manera, dirigido ahora por Vicente?

No tenían demasiadas garantías de que, si lo pusieran en conocimiento de las autoridades, aquello acabara investigándose.

Por otro lado, también desconocían si los hombres a los que Joel había robado los documentos seguían con vida o habían muerto en el accidente. Decidió bajar a comprar el periódico por si alguno de ellos hablaba del tema. Pasó con soltura cada página de los diarios y allí estaba: un hombre había aparecido asesinado en plena carretera, con un disparo en la cabeza, a unos cientos de metros de distancia de donde se había producido un accidente de tráfico. El diario hablaba de que el copiloto había fallecido y el conductor estaba muy grave. También describía el atasco que había provocado en la carretera y que se había prolongado durante más de una hora.

La resaca con la que se había levantado se había ido transformando en inquietud, temor y nervios. Necesitaba compartir esos descubrimientos con alguien y un consejo sobre qué hacer con ellos. Tenía que detenerse en los detalles, indagar pormenorizadamente en cada signo para descubrir la forma de salir de aquel embrollo porque no le cabía el menor atisbo de duda de que Joel formaba parte de una familia de delincuentes que no tendrían ningún problema en acabar con ellos. ¿Y Fran Rueda?

Joel, por su parte, también enfrascado en la investigación, había pasado media mañana tratando de localizar la puerta exterior que llegaba hasta la cuarta planta, directamente sin tener que pasar por la entrada principal.

No le había resultado fácil. Dio vueltas por el edificio sin encontrar nada que se asemejara a una puerta oculta. Bajó al aparcamiento y recorrió las tres plantas sin detectar nada más que plazas de *parking* y los accesos ordinarios. Cuando estaba a punto de tirar la toalla escuchó un todoterreno con el logo de la clínica y a gran velocidad y se escondió intuitivamente. El vehículo se dirigió hacia la planta sótano -3 y Joel lo siguió a través de las escaleras. Una vez abajo, pudo comprobar cómo el coche se paraba junto a una esquina oscura coronada por cuatro paredes de hormigón. Un sanitario descendió del utilitario y, con cierta urgencia, pareció presionar la pared, abriéndose de par en par y dejando al descubierto la puerta de un ascensor del que salió un médico con una silla de ruedas. La luz del elevador sirvió para que Joel pudiera ver cómo entre los dos sacaban a una mujer inconsciente del coche y la sentaban en la silla; a continuación, el conductor abandonaba el lugar a la vez que el médico desaparecía tras las puertas del ascensor con la mujer apostada en la silla. Había encontrado la puerta secreta.

Al acceder a la cuarta planta no vio a nadie a los lados. Andaba con mucha cautela y escuchó el ruido de una cama articulada y, sin pensárselo dos veces, entró a ver lo que hallaba.

—Por favor, ayúdeme, sáqueme de aquí.

La voz implorante de aquella mujer recostada y dolorida le traspasó el alma. Tras repetir la maniobra que había visto para subir en el ascensor, el médico se introdujo en la primera habitación, después de cerciorarse que no había nadie dentro más que la paciente.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se llama? ¿Qué hace aquí?

—¡Ay, no lo sé! Soy Jessica, vengo de Colombia y no sé dónde estoy.

—Estás en una clínica, en Madrid, pero ¿de dónde te han traído?

La mujer tenía problemas para mantenerse despierta, tal vez porque le hubieran dado un tranquilizante o por las heridas que presentaba: golpes en la cabeza y hematomas en los brazos.

—Jessica... No te duermas. Necesito que me cuentes lo que te han hecho.

—Yo solo quería una vida mejor... Ese hombre es un monstruo.

—¿Dónde estabas?

—No lo sé. Me trajeron con una venda en los ojos.

—¿Y no viste nada? Recuerda, es importante para que pueda ayudarlos.

—No hay nada que hacer. La Policía no nos ayudará.

—Yo no soy policía, soy médico. Haz memoria, por favor. ¿Pudiste ver algo antes de entrar en el coche?

De nuevo, Jessica cerró los párpados exhausta y Joel la asió de los hombros para despertarla.

—¡Jessica, contesta! ¿Pudiste ver algo al salir de la casa?

—No sé, era un lugar solitario, en un monte, hacía mucho calor.

—¿Cuánto has tardado en llegar hasta aquí?

—¡Quién sabe! El tiempo pasa despacio.

—¿Viste algún cartel, un nombre, alguna referencia?

Los párpados volvían a ceder inexorablemente, por lo que el médico procedió a reanimarla nuevamente agarrándola de los hombros.

—Te pregunto si viste alguna referencia, nombre...

—Había algo, unas maderas, con la forma de una casa.

—¿Ponía algo?

La joven apenas podía mantenerse despierta y Joel no dejaba de instigarle para evitar que se durmiera.

— Disfrutar... respirar... ver. Era una especie de cartel.

—¿Estás segura?

La joven cayó inconsciente sin posibilidad de recuperación. Imposible volver a despertarla, aunque Joel contaba con una pista... Esa mujer había visto una inscripción que ponía algo así como «disfrutar, respirar, ver», probablemente un anuncio turístico de algún pueblo. Un lugar en el que todavía habría otras chicas inocentes como aquella.

Salió cauteloso de la habitación y se dirigió a la siguiente, la abrió, pero no había nadie en el interior; siguió avanzando por un pasillo vacío y percibió el llanto sordo de una mujer que suplicaba a alguien más. Escuchó desde la habitación contigua:

—Por favor, un calmante.

—No grites. Ya mismo vienen.

El hombre salió de la habitación y Joel, escondido tras una columna, tuvo oportunidad de verle la cara y descubrir así que se trataba de Gustavo, su primo.

CAPÍTULO 43

Tal y como le había descrito a Joel, la visión de aquella mujer que le había provocado un ataque había sido una de las experiencias espirituales más intensas que Lucas alcanzaba a recordar; y no solo por lo real que pareció, sino porque había reinstaurado su capacidad de asombro. No sabía quién era esa señora cuyo rostro había distinguido con tanta veracidad, aunque el mensaje de acercarle a Joel sí le había quedado claro. El caso era... ¿Adónde?

Por eso había dedicado los últimos días a meditar. En parte, también, para sosegar su mente ante otra sombra que le acechaba, un presagio oscuro que estaba a punto de cumplirse y que, pese a que era inevitable, no podía liberarle de un sentimiento de tristeza porque conllevaba una dolorosa separación.

—Lucas, te vas a volver loco.

En ese punto, Marcos ya le consideraba casi como un padre y el cambio de carácter de los últimos días había comenzado a preocuparle. Se había acostumbrado a escuchar su discurso y, si bien no alcanzaba a entenderle completamente, reconocía que había algo en él que le atraía, como si se tratara de una vieja canción especial olvidada que le gustaba traer al consciente. Y gracias a él se había emancipado de sus pensamientos más iracundos, lo cual le había transportado a un estado de paz placentera. Por fin había dejado de culparse por defraudar a sus padres, a sus colegas, a su novia... Ahora advertía que lo que le hacía daño era esa propia culpa. Se había pasado la vida considerando que no merecía nada, que no era suficiente, que nadie le podía querer y había energizado esas dañinas ideas hasta el punto de que nadie era capaz de convencerle de lo contrario. Y lo que se fraguó como un pensamiento trasmutó con el tiempo en una verdad irrefutable. Por eso, durante años el mundo era el espejo en el que se reflejaba todo aquello que él veía en su interior en forma de situaciones que le ayudaban a reafirmarla. Hasta que descubrió que es así como actuamos constantemente, dando por buenos pensamientos absurdos que los experimentamos como tales solo porque les damos credibilidad. Lucas le

habló de cómo el juicio y la culpa solo abocan al sufrimiento, a más juicio, a más culpa y de que para redimirse es necesario integrar que el mundo es holográfico, similar a un sueño, y por tanto tiene la misma trascendencia que el universo onírico, ninguna. No es que cometer un error nos arrastre a situaciones que nos hagan infelices, es la culpa por ver que hemos incurrido en un fallo la que alberga el dolor. Así que Marcos, con la guía de Lucas, empezó a analizar sus propios actos, a observar sus reacciones y a conocerse para después desasirse del personaje que había creado él mismo de la nada. Y así, dejó de odiar a su novia por haberle entregado a la policía, a su madre, por no ocuparse de él, a sus hermanos, por desentenderse, a su padre, por no ejercer.

Protegerse de condenar al entorno le permitió soltar carga. Incluso había sido capaz de mirar a los ojos de su madre, que le visitaba cada mes, y mandarle todo el amor del mundo y la compasión, lo mismo que a su novia, pese a que no hubiera pasado por la sala de comunicaciones de la prisión. Sentía tanta paz que a veces olvidaba que estaba privado de libertad.

Y justo ahora que empezaba a entender las afirmaciones de su compañero, este sufría una crisis que no acababa de comprender.

—Tienes que comer algo, amigo, te vas a quedar sin fuerzas.

Lucas le miró por primera vez en varios días, cerró y volvió a abrir los párpados muy despacio y asintió.

—Estoy de acuerdo contigo. Vamos al comedor.

La respuesta despertó una sonrisa de su compañero, que le ayudó a incorporarse antes de dirigirse a la sala donde ya estaban la mayoría de los reos esperando su comida.

Lucas bajó el tono de voz para conversar con su amigo.

—No te separes hoy de mí, Marcos.

—No te preocupes.

—No lo digo por mí, aquí está a punto de pasar algo.

—¿A qué te refieres?

—Hazme caso, vamos a aquella esquina. Lo veremos todo mejor.

—¿De qué hablas? Llevo meses escuchándote y todavía no entiendo ni la mitad de lo que dices.

—El catering... la gente está muy enfadada con la comida.

—Es normal, si cada semana hay varios enfermos de gastroenteritis. Yo mismo he llegado a encontrarme una mosca entre las lentejas. Deberían haber seguido cocinando los propios compañeros.

—Pues hay personas que no están dispuestas a seguir aceptándolo.

—¿Qué dices?

—Calla y escucha. Y recuerda: las bocas que hablen y las manos quietas.

Los dos amigos, una vez que llenaron las bandejas con la comida del día, se sentaron en un extremo del comedor. Durante varios minutos todo discurrió con normalidad, pero antes de que nadie tuviera tiempo de acabar su plato, media docena de fornidos hombres se levantaron desde distintos lugares de la sala en dirección a la garita en la que estaban aislados los guardias, a la vez que otro se tiraba en el suelo entre quejidos.

—Hay un compañero que está en el suelo. Algo le pasa. Tienen que salir...

Los guardias no se inmutaron demasiado.

—¿Qué le pasa?

—No sé, parece que está sangrando por la boca.

Uno de los dos abandonó su silla y fue hacia la puerta cerrada con llave. En cuanto la abrió, tres de los reos le sujetaron e introdujeron a la fuerza en el módulo sin que el que estaba dentro se percatara de la maniobra. El resto de los reclusos que se había congregado allí ingresó en la garita y, ante el asombro del vigilante, lo agarraron tan rápido que no tuvo tiempo de reaccionar. Lo sacaron a empujones hasta el lugar en el que se concentraban los presos. Uno de los funcionarios se defendió pegando patadas a sus agresores, mientras el otro permanecía atemorizado y le gritaba que se detuviera, que no serviría de nada.

El que actuaba como cabecilla de la incipiente revuelta recibió un golpe del hombre maniatado que le provocó un ataque de furia y le asestó repetidas patadas en el cuerpo y en la cabeza del vigilante. Uno de sus colegas, impulsado por el odio, se unió a darle mamporros hasta que cayó malherido, boca abajo e inconsciente, ajeno al hilo de sangre que nacía de la comisura de los labios.

Después, uno de los internos cerró la puerta de entrada con llave mientras el líder observaba fijamente a una de las cámaras colocadas en las esquinas.

—Estamos hartos de ese maldito catering. La gente se pone enferma. No saldremos de aquí a menos que dejéis que volvamos a encargarnos de hacer nuestra comida. Esto es un motín.

Una voz profunda resonó en la sala. Era la del director de la prisión.

—La habéis cagado. Estáis jodidos.

—Nos hemos cansado de las reuniones que acaban con que no hay nada que hacer, que es un problema de presupuesto y que no se puede solucionar. Me cago en..., hemos llegado a encontrar moho en la carne. No merecemos más basura en la comida.

—Como no saquéis al herido inmediatamente de allí os juro que vais a lamentarlo.

—Ahora somos nosotros los que tenemos las riendas. Cómo te lo diría: no quiero hacerlo, pero utilizaré este cuchillo si hace falta —dijo mostrando a la cámara un puñal de unos siete centímetros—. Estoy condenado a cincuenta años así que, si me echan otros treinta, me la suda. Soy el primer interesado en que el vigilante se cure rápido, pero para eso debe pasar usted, en persona, por aquí, con su secretario, y en cuanto firmemos el acuerdo, todo se habrá acabado.

—No cuentes con ello. Lo que has vivido en la cárcel va a ser un paseo por un parque de atracciones en comparación con lo que te espera.

—Me da igual. Lo hago por todos nosotros, por mi compañero Martín, que falleció hace unos días por una bacteria que le llegó a través de la comida. Usted no tuvo que soportar las horas que ese hombre se pasó vomitando, destrozado, sin que nadie me hiciera caso cuando pedí ayuda, hasta que fue demasiado tarde. Tardaron doce horas en llevarlo a la enfermería.

—No me cuentes tu vida. Os doy quince minutos para que os rindáis.

—Somos nosotros los que ponemos el plazo. Y no hay demasiado porque parece que su compañero está inconsciente y sangra mucho.

El director estaba al borde del desquicie. Claro que había contratado un catering barato y el bajo coste le había granjeado la admiración de sus colegas porque en el tiempo que llevaba allí había conseguido reducir gastos en una época de crisis. Se dignó a recibir a varios presos cuando no estaba obligado a ello para escuchar sus quejas, pero tenía muy claro que él mandaba y que nadie le iba a decir cómo hacer las cosas, y menos unos delincuentes.

Ángel Redondo llevaba dos años al frente de aquella institución, era su primer destino. A sus treinta y tres años se jactaba de ser uno de los directores más jóvenes de todo el país gracias al apoyo de un consejero del gobierno andaluz muy amigo de su familia, siempre vinculada al partido en el poder y con un destacado poder adquisitivo.

Era la primera vez que se veía en circunstancias semejantes y eso le irritaba, pero estaba dispuesto a acabar cuanto antes con aquel sinsentido. El protocolo obligaba a comunicarlo a las autoridades policiales, que en breve empezarían a llenar la prisión, pero unos presos no iban a destruir la reputación que se estaba ganando con sus superiores a fuerza de imponer normas más estrictas y reduciendo costes, a su juicio, innecesarios.

Lo primero que decidió hacer fue observar a los demás presos. Algunos se habían puesto en pie y jaleaban, otros permanecían sentados y semiocultos.

—¡Por mis huevos que voy a acabar con todos esos! Se van a arrepentir de haber tomado una decisión tan desafortunada. Supongo que usted como psicóloga los conoce bien a todos, así que identifique a los culpables y quiero aquí, ya, a todos los funcionarios encargados de la seguridad.

—Hombre, conocerlos bien... Como sabe, mantengo una entrevista personal con cada uno cuando entra y un par de veces más al año, sería un genio si fuera capaz de recordar las caras y las situaciones personales de los cientos de personas que he atendido. Tendría que buscar informes y tardaría demasiado. Vamos a tener que conjeturar en función de sus caras, expresiones y demás... —respondió la psicóloga del centro.

—No me parece el momento para reivindicaciones laborales. Si tiene que conjeturar, conjeture, señorita, conjeture, que para eso le pagan. Haga su trabajo y no me dé más problemas.

En la esquina de la sala, al margen del bullicio que se había originado, Lucas y Marcos contemplaban la escena como meros testigos.

—Me das miedo. Eres un brujo —dijo Marcos a su compañero casi sin inmutarse.

—Solo es una cualidad que venía de serie conmigo. Por favor, por lo que más quieras, no te separes de mí.

CAPÍTULO 44

Joel y Hodei trataban de traducir todos los datos que habían reunido hasta el momento, aunque tenían aún más preguntas de las que habían respondido.

—Todo empieza a cobrar sentido. Y pone en evidencia que tu primo forma parte del entramado.

—¿Estará Magda al corriente de todo? —Hodei intentaba sopesar todas las posibilidades.

—No. Ni lo pienses. Ella está al margen de todo.

—He indagado, resulta que hace cinco años murió una familia entera a causa de un incendio en su casa de Madrid. En ese fuego falleció el jefe de la Policía Municipal, la esposa y dos hijos. Se atribuyó a un accidente fortuito, a causa de un cortocircuito... Adivina cómo se llamaba...

—¿Fran... Rueda?

—Buena memoria. Así es. Parece que era el socio de tu tío.

—Esto es una mierda: políticos, periodistas, policías... ¡Qué asco de sociedad! Todos corruptos y dispuestos a sacar tajada de pobres jóvenes indefensas. ¿Es que todavía no se ha acabado la esclavitud? ¿Y si vamos a la Policía?

—No tenemos pruebas de nada. Este informe lo puede haber escrito cualquiera. Y teniendo en cuenta hasta donde llegan los tentáculos de esta organización, es muy arriesgado.

Durante unos minutos, permanecieron en silencio y Hodei aprovechó para abrir su ordenador. Tecléo el nombre de varios navegadores y buscó las palabras «disfrutar, respirar, ver». No apareció nada interesante; después añadió el lugar «sierra de Madrid».

—¡Joel, rápido, ven!

—¿Qué pasa?

—Tú dijiste que aquella chica recordó tres palabras que aparecían en algún cartel. Fíjate, aquí, cerca de la sierra de Guadarrama, hay un municipio que tiene una especie de casita de madera como cartel de bienvenida y en el que pone «Rascafría: valle de El Paular». Y debajo: «Naturaleza, tradiciones, artesanía, gastronomía». Y mira al final lo que se ve.

—Ver, disfrutar, respirar.

—Puede ser este lugar.

—¿Y qué hacemos?

El sonido del teléfono avisó a Joel de que estaba entrando una llamada procedente, precisamente, de la casa de su tío Vicente.

—Joel...

El médico supo de inmediato que hablaba con su tía.

—Sí, dime...

—Te llamo... En fin, tal vez estés ocupado y yo te esté molestando.

—No, en absoluto, cuéntame.

—Bueno, es que he encontrado unas cartas que nos escribimos tu madre y yo durante el tiempo que intentamos reunir a tu padre y a tu tío y he pensado que tal vez quisieras tenerlas.

—Me encantaría.

—¿Cuándo podrías venir? ¿Ahora?

—¿Ahora? No sé... por mí, sí.

—No están ni Vicente ni Gustavo y creo que puede ser más cómodo así.

—Me viene estupendamente.

—Pues nada, aquí te espero.

Nada más colgar el aparato, se dirigió a su novio.

—Ha encontrado unas cartas de mi madre...

—Pero, esas mujeres podrían estar encerradas y sufriendo.

—Necesito saber si mi madre tenía conocimiento de algo, si era un monstruo como me han contado y cuál era la función de mi padre. Tal vez hallemos respuestas en esas cartas. Y después, iremos a Rascafría.

Una hora después, Hodei y Joel acompañaban a la tía alrededor de una tetera y varias tazas, en la terraza del ático del barrio de Salamanca cuando se presentó Magda, alertada por el primo al saber que su madre iba a entregarle unas cartas personales.

—¿Cómo estáis?

—Bien, aquí, con tu madre... Nos estaba hablando de la mía —explicó Joel.

—¡No sabes hasta qué punto te quería! Tu padre y ella habían tenido muchas dificultades para concebir. Durante años lo intentaron sin éxito, y de

repente, llegaste tú, como un milagro, con tu carita rechoncha y tus ojos grisáceos. Tenías muy poco pelo, pero una mirada que intimidaba, como si fueras conocedor de los secretos del universo.

—¡Vaya! Se perderían por el camino —sentenció a modo de comentario distendido tratando de ocultar los nervios.

—Aquí las tienes.

Sacó un paquete de alrededor de una docena de sobres atados con una cinta verde. Joel posó su mirada en ellos, deseoso de conocer el contenido, pero Hodei se percató de un detalle que al resto pasó desapercibido: en el otro bolsillo asomaba otra carta separada del resto, pero con el mismo remitente. Lo supo porque pudo comparar la caligrafía y la tinta de ese sobre y del resto que tenía en la mano y parecían coincidir.

Joel asió el manajo y lo liberó con premura para abrir el primer sobre y leer el contenido allí mismo. Mientras avanzaba en su lectura, el resto callaba en respetuoso silencio atentos a sus reacciones.

En un momento determinado, Lidia se levantó y Hodei la siguió con la mirada, al tiempo que Magda reaccionaba con amargura a los dos lagrimones que asomaron de los ojos de Joel, enfrascado en la lectura de decenas de páginas. La tía, mientras, se desplazó a su dormitorio y cerró tras de sí la puerta. Al volverla a abrir, ya no llevaba la chaqueta en cuyo bolsillo había quedado la única carta que no había entregado a su sobrino, justo la que más interés le había despertado a él.

En vez de volver al lugar en el que Joel leía y Magda somatizaba cuanto estaba viendo a través del rostro de su primo, la mujer se dirigió hacia el aseo. Hodei sintió un impulso. La puerta del dormitorio estaba a espaldas de Magda y vio la posibilidad de hacerse con el sobre. Se levantó sigilosamente y anunció que iba al lavabo sin recibir apenas atención de los otros dos. Caminó despacio y abrió la puerta con sigilo. A primera vista no había ni rastro de la chaqueta, tal vez la hubiera guardado en el armario. Entró a la vez que se escuchó el picaporte de la puerta del cuarto de baño. Eso significaba que Lidia regresaba al salón y, si no salía de inmediato lo descubriría sí o sí. No había tiempo, pero tampoco podía renunciar a localizar la carta. Abrió con avidez el armario y, a continuación, una cómoda de época victoriana coronada por un espejo barroco. Los pasos se acercaban por el pasillo cuando Hodei vio el cuello de la chaqueta en el interior de un cajón semiabierto. La cogió, miró en el bolsillo y vio el papel amarillento del sobre, lo tomó, volvió a doblar la ropa y cerró el cajón. El rostro de Lidia estaba a punto de aparecer

en la sala cuando él abandonó el dormitorio y cerró la puerta justo a tiempo para no ser visto por ella.

—¿Qué haces aquí de pie?

—Quería ir al servicio y me levanté, pero luego me di cuenta de que había entrado usted.

—Jovencito, que no sea por falta de aseos... en esta casa tenemos cuatro. Justo a la derecha, al entrar por el pasillo, tienes uno.

—Muchas gracias, voy para allá.

Hodei se introdujo donde le había dicho y, una vez solo, comprobó la letra del sobre. Efectivamente, era la misma que las otras. Estuvo tentado de leer su contenido, pero pensó que no tenía derecho, que era Joel quién debía de ser el primero, así que guardó la carta doblada y retornó a la sala para sentarse junto a su novio.

—Si quieres —irrumpió Lidia—, puedes leerlas a solas en tu casa.

—Gracias, pero casi estoy acabando. Prefiero terminarlas aquí por si tengo preguntas que hacerle.

—Como quieras.

Quince minutos más tarde, por fin Joel empezó a recomponerse. Magda se levantó, al ver que había concluido y le abrazó con fuerza infundiéndole cariño y comprensión.

—Espero que te hayan servido —indicó su tía.

—Mucho. Aquí veo que mi madre y mi padre tenían problemas conyugales, pero para ella yo era prioritario y eso me agrada. Incluso se planteó abandonarle a él por culpa de las drogas y da a entender que mi padre era infiel... ¿Era así?

—Cariño, era otra época. No juzgues a tu padre por eso, casi todos los maridos con éxito buscan otros nidos para recostarse, pero acaban volviendo siempre al hogar.

—¿Y por qué no se fue?

—Ella adoraba a tu padre y no quería separarle de ti.

Magda quiso mostrarle su apoyo.

—Es durísimo lo que estás viviendo. Primero descubres que tus padres biológicos fueron asesinados, después, que tienes otra familia... Quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Lo sé, Magda.

Los dos volvieron a abrazarse y cruzaron lágrimas ante un Hodei que observaba con ternura la escena, mientras introducía la mano en el bolsillo

para cerciorarse de que la carta continuaba en su poder, a buen recaudo.

CAPÍTULO 45

Varias furgonetas de la Guardia Civil acordonaban el recinto de la prisión de Albolote. Había agentes apostados en la entrada principal y se habían suspendido todo tipo de comunicaciones con el exterior. Algunas nubes semi ocultaban los rayos solares a principios de septiembre y el movimiento en el interior era continuado. En la sala de vigilancia, el director, los subdirectores, educadores y decenas de funcionarios aguardaban el trascurso de los acontecimientos a través de las cámaras.

—Señor —anunció uno de los vigilantes—, me acaban de comunicar que hay periodistas en la puerta, parece que se han enterado.

—¡Mierda! —soltó la expresión con un plus de angustia—, alguien ya se ha ido de la lengua. Desde ahora, tendremos que obedecer órdenes de todo el mundo, ya lo veréis.

Por la puerta principal asomaba un coronel, vestido de faena, acompañado de varios colegas. A su paso, las sucesivas puertas correderas fueron abriéndose hasta llegar al lugar que ocupaban las autoridades carcelarias. A su entrada, las miradas se giraron inmediatamente hacia él.

—Soy el coronel Arsenio Angulo. ¿Quién está al mando aquí?

—Yo, Ángel Redondo, director de la prisión.

—Cuénteme lo que ha sucedido hasta ahora.

—Lo tenemos controlado, señor. Los presos se han amotinado en el comedor, han cogido a dos vigilantes como rehenes y han herido a uno de ellos al intentar escapar.

—¿Y qué es lo que piden?

—Dicen que quieren que les permitamos que cocinen ellos mismos.

—¿Perdón? ¿Por eso se han amotinado?

—Hasta hace seis meses había un grupo de cocina que se encargaba de ello, pero con el catering redujimos costes.

—¿Y por qué no han pedido una reunión?

—Lo hicieron, pero como comprenderá no estoy aquí para dar el gusto a unos delincuentes.

—A veces hay que tener más mano izquierda, señor Redondo. Fíjese

adonde le ha llevado no dialogar.

—No podemos doblegarnos ante unos simples delincuentes. ¿O es que viene aquí para ceder a sus deseos?

—No, alma cándida. Ya no es posible. ¿Ha visto que todas las televisiones están a punto de hacer conexiones en directo desde el exterior de su prisión? Ya no podemos hacer nada más que obligarles a rendirse por las buenas o por las malas.

—Un nutrido grupo de mis hombres se dirige hacia allí. Están a punto de entrar.

—¿Y a usted quién le ha dado permiso para actuar? Aborto la misión.

—Yo puedo con esto solo.

—Ha sido el propio gobierno el que me ha dado la orden de ponerme al mando. Estoy aquí para solucionar este estropicio provocado por su ineptitud.

—¿Yo? No lo necesitamos.

—¿Cómo se lo explico? O les dice a sus hombres ahora mismo que detengan su misión o lo hago yo mismo y lo echo inmediatamente de aquí.

El director, muy contrariado, miró a su alrededor y vio las caras de los subdirectores que le hacían ademanes discretos para que delegara sus funciones en él. Finalmente, a regañadientes, utilizó la radio para pedir a sus hombres que regresaran. A continuación, se puso a las órdenes del coronel.

—Póngame al corriente, tengo que saber cuáles son las formas de acceder al módulo trece tanto a través de los tejados como por los patios interiores. Espero que no sea demasiado tarde.

La mirada del coronel deambuló por los monitores que transmitían las imágenes en directo desde distintos ángulos. Mientras lo hacía, el líder de los insurrectos se acercó a una de las cámaras que enfocaba una imagen picada suya.

—Señor director, se le acaba el tiempo. Este compañero suyo no presenta muy buen aspecto y, si en media hora no me da una respuesta, no me hago responsable de lo que pueda ocurrir.

El resto de los presos levantaban los brazos y gritaban envalentonados por la falta de vigilantes. Los ánimos se habían caldeado y los reos disfrutaban como niños en el patio del recreo.

Lucas y Marcos, sin embargo, continuaban apostados en la misma esquina, el segundo más amedrentado que el primero.

—Esto va a acabar mal, amigo, entre esa gente hay mucho capullo. No me fío un pelo de que esto no se le vaya de las manos —dijo el más joven.

—Lo importante es que no te muevas de aquí. Deja de mirarlos, no pienses en ellos, trata de sentir que estás fuera de todo esto y quédate sentado.

En pocos minutos, el coronel había realizado un diagnóstico preciso de la situación. No en vano, había afrontado el reto de otro motín unos años atrás, cuando estuvo destinado en Barcelona, con éxito, liberando a los rehenes y sin causar un solo herido. En esta ocasión, había trazado un plan coordinado con el resto de los mandos desplazados hasta el lugar. El director, por su parte, ocupaba una silla al ver que había sido relegado de su cargo y que únicamente se dirigían a él para preguntas prácticas del recinto.

—Es preciso que no nos demoremos. Cuanto más tardemos, más se agravará la situación, más periodistas, más interés mediático y más jefes al teléfono tratando de imponer su opinión. Así que no podemos permitir que esto se prolongue. Todos los hombres a sus puestos.

En el exterior, los reporteros habían comenzado a describir la escena pese a no tener idea de lo que estaba ocurriendo dentro. Un helicóptero con un operador de cámara sobrevolaba la zona hasta que el coronel, muy enfadado, hizo una llamada al delegado del gobierno para que desapareciera de allí inmediatamente. No podían arriesgarse a que la televisión registrara la operación en directo para alertar a los presos. Unos minutos más tarde, el piloto desvió su trayectoria y se alejó de la cárcel. Los agentes comenzaron a salir por los tejados colindantes al módulo trece, con el fin de descender hacia el patio e introducirse en la sala desde allí, teniendo en cuenta que la puerta de acceso estaba controlada por los presos. Los gritos se habían extendido por toda la prisión, algunos se habían enterado por la televisión y otros por el ruido y espoleaban a sus compañeros, golpeando los barrotes de las ventanas con palos o con cualquier utensilio a su alcance.

Los agentes de la Guardia Civil se esforzaban en ocultarse de las celdas para evitar que los reos alertaran a los implicados. Paulatinamente fueron accediendo al tejado del módulo trece y se dispusieron a preparar las cuerdas para descender por la pared, controlando las ventanas del comedor.

Los amotinados se congregaban en la sala, mientras un aciago sol había desintegrado cualquier resquicio de nubes antes de ceder su reinado y ocultarse.

—Yo me cargaría a ese vigilante, que es un capullo integral —soltó un

preso riéndose y animando el cotarro.

—Ya puestos, podríamos matar a todos, si total vamos a acabar jodidos de todas formas —respondió otro entre calada y calada de su porro.

—Pues yo pienso que, ya que estamos, tendríamos que hacer una lista de peticiones. Es el momento de que nos escuchen.

Cada frase era recibida con risas y aplausos, como si el motín hubiera revivido lo peor de cada interno, como si estuvieran ávidos de venganza y se les hubiera olvidado el motivo por el que lo habían organizado.

Al tiempo que una docena de agentes descendían por la pared lateral, el cabecilla se impacientaba.

—¡Esta gente se cree que no vamos en serio! Cuando vean que nos cargamos a uno de los suyos, a lo mejor nos hacen más caso.

Marcos, sentado junto a Lucas, le miró y comprobó que estaba con los ojos cerrados, meditabundo, así que prefirió no llamar su atención, pero se levantó. No podía permitir que acabaran con la vida de un vigilante, por ningún motivo, ni siquiera por esa comida podrida que les daban. No era proporcionado.

El joven avanzó con prudencia hacia los alborotadores, mientras que el líder del grupo asió el cuchillo y lo levantó hacia la cámara. Justo en ese instante se escuchó un ruido, eran gases lacrimógenos que se colaron en el interior como misiles, a través de los barrotes de las ventanas, después de romper los cristales.

El portador del cuchillo se tapó inmediatamente la boca sin intención de detenerse, a pesar de la escasa visibilidad, para acabar con la vida del vigilante malherido, que permanecía maniatado y apoyado en la pared, mientras le miraba con horror porque veía que no tenía posibilidad de escaparse.

Marcos se adelantó todo lo posible con el fin de interceptar el puñal del agresor bajo la mirada atónita de Lucas, que acababa de abrir los ojos, y al ver la escena, con gran desesperación y sin pensárselo dos veces se levantó y corrió cuanto pudo para defender a su amigo. Al mismo tiempo, en mitad de una nube de gas que impedía ver con claridad más allá de las siluetas, el primero del grupo de agentes que ya había comenzado a entrar en el comedor, se encontró de frente con las manos alzadas de alguien que portaba un cuchillo y otro que sostenía su brazo e instintivamente empuñó el arma, la dirigió hacia el objetivo y disparó varias veces abatiendo a las dos personas que cayeron tendidas en el suelo.

CAPÍTULO 46

«Querida cuñada:

Te escribo desde Mallorca para explicarte por qué no pude despedirme de ti. Nos marchamos precipitadamente porque nos dijeron que por fin había un bebé para nosotros. No te puedo detallar la manera en que hemos obtenido al pequeño, porque es Sebas el que ha gestionado todo esto. Después de tanto luchar para adoptar, hemos visto una oportunidad a través de un médico que nos va a evitar todo el papeleo, de forma que cuando regresemos, con el niño bajo el brazo, solo tendremos que contar que estuve embarazada y que lo mantuve en secreto por temor a que no saliera adelante. Por eso, es necesario que desaparezca un par de meses, para que no haya preguntas al respecto.

Te lo cuento a ti porque sé que guardarás el secreto en honor a nuestra amistad y además me viene bien tener un cómplice que me ayude a disipar las dudas que surjan alrededor. A partir de ahora sé que nada irá mal. Gracias por tu ayuda. Te mantendré informada.

Besos

Carmen».

Hodei leyó la carta en voz alta, tal y como su pareja le había pedido, y al acabar, los ojos de Joel estuvieron a punto de salirse de las órbitas. En aquellas líneas lo que su hasta ahora madre biológica le estaba confesando a su cuñada era que le iban a entregar un bebé, pese a que ocultarían que se trataba de una adopción, ¿tal vez fuera un niño robado?

El timbre interrumpió los pensamientos de ambos y fue el vasco quien se levantó y se dirigió hacia la puerta cuando volvió a sonar con insistencia. Al abrirla, el asombro del joven fue aún mayor: era la tía Lidia.

—Habéis sido vosotros, ¿verdad? Tenéis la carta...

Ambos se quedaron callados.

—No hace falta que lo confeséis. Lo sé.

—Me temo que sí. Pase.

La mujer, con un gesto dramático, caminó hasta colocarse frente al que durante las últimas semanas había considerado su sobrino.

—Tienes que estar muy confundido...

—¿Es cierto? ¿Ellos no fueron mis padres biológicos? ¿Me compraron?

—No, no, ¡qué barbaridad! Tus padres se pasaron años tratando de tener un hijo biológico y, cuando comprendieron que era imposible, decidieron adoptar. Contaban ya con una cierta fortuna, pero los trámites se hacían interminables. Así que buscaron alternativas hasta que conocieron a un doctor que se encargaba de localizar a padres solventes para entregarles los bebés que, por distintos motivos, sus propios progenitores no podían atender. En tu caso, por lo que yo sé, tu madre falleció en el parto y tu padre nunca quiso saber nada de ti; de hecho, ni siquiera eran españoles.

—Pero no fue una adopción legal. Pagaron a ese doctor, ¿imagino?

—Es posible, pero en aquella época las cosas se hacían así. No pienses ni por un instante que eso te aleja de nosotros como familia. Para mí sigues siendo mi sobrino.

—Sin embargo, cuando mataron a mis padres, no quisisteis quedaros conmigo. ¿Quizá influyó el hecho de que no fuera de vuestra sangre?

—De verdad que no. Fue tu tío, él estaba muy enfadado con tu padre, tanto, que decía que tenerte le recordaría todo el daño que le había hecho.

—¿Y cómo puedo hallar a mi madre biológica? ¿Cómo puedo saber dónde está enterrada?

—Lo siento. Ahí sí que ya no puedo ayudarte.

—Me gustaría quedarme solo con mi pareja.

—Perdóname, no quería que vieras esa carta porque sabía que te haría mucho daño y entendía que no iba a servir de nada. Por eso la oculté, pero imagino que fuisteis más listos que yo, ya no vale la pena descubrir cómo la hallasteis.

—Eso ahora es lo de menos.

La mujer supo que no había nada más que pudiera decirle y Hodei se quedó abrazando a un desconsolado Joel cuyo mundo volvía a resquebrajarse bajo él. Ahora tenía que asumir que era un hijo adoptado, comprado o cedido a unos padres que fueron asesinados y que estaban inmersos en un mar de lagunas de aguas turbias; tal vez su origen ni siquiera fuera español, y ya no tendría ocasión de visitar la tumba de su madre porque la documentación, en un caso tan atípico, no existiría. Era tanta información para asumir que se pasó el resto de la noche llorando en el regazo de su amante.

CAPÍTULO 47

Todo el mundo tosía en aquella sala excepto los guardias que portaban máscaras antigás, pese a que la nube se filtraba rápidamente a través de puertas y ventanas. Los agentes esposaron a los presos y los sacaron paulatinamente de allí, mientras que las sirenas de las ambulancias anunciaban la llegada de los médicos. El vigilante malherido permanecía en el suelo, inconsciente, y fue el primero al que se llevaron los sanitarios, mientras que los doctores se esmeraban en tratar de salvar la vida de los dos presos que habían recibido varios disparos. Intentaron reanimar al cabecilla del motín con adrenalina y varias cargas eléctricas de electroshock, pero a los pocos minutos, uno de los especialistas reconoció que no había nada que hacer.

El otro cuerpo que permanecía tendido igualmente inerte sobre las frías baldosas del comedor era Marcos, que aún guardaba un débil hilo de respiración y un charco de sangre creciente alrededor. Habían retirado a Lucas de su lado mientras intentaban estabilizarle. Rodeado de médicos y enfermeros que colgaron inmediatamente sueros intravenosos y varias bolsas de antibióticos, la escena comenzó a ralentizarse ante los ojos de un Lucas que acertaba a distinguir detalles detrás de la nube de gas que se disipaba velozmente. Con un poso de profunda amargura, el hombre permanecía sentado y hundido a cierta distancia del operativo sanitario, obedeciendo sus órdenes. No obstante, escuchó la voz susurrante de su amigo:

—Eres un brujo. Lo sabías. Quisiste impedirlo.

Lucas giró la cabeza y la imagen incorpórea de Marcos se presentó delante de él sonriente.

—También eras consciente de que no había nada que hacer. Me has preparado para el viaje y solo estoy lleno de agradecimiento.

—Amigo...

—Ahora soy sabio, entiendo más, lo veo todo tan claro. El cuerpo ya no me sirve, pero seguiré siendo. Estoy a punto de despertar del sueño de esta experiencia y de vivir el Amor con mayúsculas, ese del que tanto me has hablado, pero antes de trascender tenía que verte para darte un mensaje:

Evangelina Dosantos. Es el nombre de la mujer que te tiene trastornado. Cuéntaselo a él. Pídele que la busque. Ya estáis más cerca de que todo esto cobre sentido.

—No conozco a ninguna Evangelina Dosantos.

—Es él quien debe conocerla.

—Se lo diré. Me has dado tanto...

—Mucho menos que tú a mí. Pero todo sueño se acaba, y el mío forma ya parte de la historia. Gracias por llenarme de paz cuando mi corazón estaba herido.

—Sabes a quién se lo estás agradeciendo, ¿verdad?

—Claro, a ti, o sea, a mí, porque tú y yo y todo lo que es somos uno. Es increíble sentir esa certeza de que no estoy dentro del mundo, sino de que el mundo está dentro de mí.

—Ahora eres tú el maestro, el que está en disposición de enseñarme.

—El maestro precisa al alumno para evolucionar y viceversa. Me alegro de que hayamos coincidido estos meses, aprendí a valorar la vida. Estoy preparado para abandonarla. Así era como debía de ser.

—Te echaré de menos. Ve en paz.

La imagen del rostro de Marcos se fue desvaneciendo a la vez que los doctores frente a Lucas intensificaban la actividad en su cuerpo.

—Lo perdemos, no hay pulso.

—Ventilación artificial... No hay respuesta.

—Vamos con las cargas.

Dos médicos y varios enfermeros intensificaron su labor durante varios minutos para obtener una respuesta que les devolviera la esperanza, pero Lucas se levantó y prefirió iniciar su camino hacia el exterior. Ese cuerpo ya no estaba preparado para continuar vivo, Marcos había emprendido ese último viaje tal y como él mismo sabía que iba a suceder desde el mismo instante en que llegó a su vida.

CAPÍTULO 48

El interior de aquella cabaña de madera, que desde fuera parecía semiabandonada, estaba dispuesto con muebles rústicos y antiguos y algunas mesas y sillas. Un mobiliario simple distribuido en las dos plantas de la casa, conectadas por una escalinata tan rústica que parecía construida por inexpertos. Uno de los espacios más amplios era la cocina, con una isla en la mitad donde se localizaban un conjunto de seis fuegos de gas sobre los que era posible colocar cazuelas de gran tamaño. Lo que más llamaba la atención en aquella vivienda era la escasa iluminación: una bombilla en cada habitáculo, como si pretendieran ahorrar en exceso o evitar ser vistos desde el exterior; además, las ventanas permanecían cerradas a cal y canto, quizás para dar la impresión de que no había nadie dentro. En la sala principal, ese día se habían reunido media docena de vigilantes, además de la cocinera, todos alrededor del jefe.

Vicente Escudero, vestía un pantalón blanco ajustado y una camiseta blanca, sobre la que se había colocado una americana estilo blazer casual, con las mangas y el entalle ajustado. Pese a sus cincuenta y cinco años, su forma moderna de vestir recordaba a la de un treintañero. El jefe había aparecido en la casa unos minutos antes, acompañado de Gustavo, su hijo, y de un escolta, que permanecía apostado en la puerta a la espera de órdenes, mientras su chófer aguardaba en la entrada, frente al volante del Mercedes Clase S. Como si de una táctica se tratara, Vicente no les habló durante un buen rato, prefirió mirar a los hombres a la cara, pasearse, o tal vez ponerles a todos nerviosos. Tampoco Gus pronunció palabra, muy fijo en la mirada de los otros. El jefe tomó la palabra:

—Lo que ha ocurrido aquí es inadmisible. Tal vez creáis que he tardado en venir porque me daba igual; al contrario, necesitaba pensar hasta qué punto nos afecta como empresa lo que habéis hecho. ¿Y sabéis a la conclusión que he llegado? Que nos debilita y nos pone en una grave situación. Os dije que estamos vigilados de cerca por la policía y que no podemos utilizar las instalaciones de la clínica más que en casos de emergencia, y no puede ser que estas urgencias sean provocadas por nosotros

mismos. Es la tercera vez en este año que perdemos a una de las chicas. Eso sin contar con que hemos tenido que trasladar al hospital a otra que todavía no estamos seguros de que acabe saliendo de esta.

—Lo siento, jefe. Se pusieron tontas y tuvimos que actuar.

—¿De verdad me estás contando que dos jóvenes indefensas se encararon tanto con unos hombretones como vosotros que tuvisteis que matar a una y dejar a otra casi muerta? Traemos a las mujeres aquí directamente desde el aeropuerto porque necesitan tiempo para comprender cómo será su vida a partir de ahora. Hasta que las trasladamos a su futuro lugar de trabajo vosotros sois los responsables de que lleguen en buenas condiciones, los que las tenéis que mantener a salvo.

—¿Pero usted dijo...?

—Sé lo que dije. No me importa que os las tiréis de vez en cuando. Entiendo que pasáis aquí mucho tiempo y prefiero no veros estresados; además, que a las chicas les viene bien para empezar a prepararse para su nueva vida. Pero una cosa es que os acostéis con ellas y otra que las malogréis.

—Pero, jefe, ¿no es también bueno que reciban algún que otro correctivo para que se habitúen también a eso? Así, luego, no se llevan un chasco cuando algún cliente se pasa.

—Tú eres Luis, ¿verdad?

—Así es.

—Luis, aquí la violencia la ejerce quien debe no quien quiere.

Con un gesto de cabeza solicitó la presencia del fornido guardaespaldas, que se acercó y asestó un puñetazo en la cara, sin más, al tal Luis, que cayó al suelo sangrando por la nariz. Pese a que no opuso resistencia, el hombre siguió pegándole con el zapato en la barriga y cabeza. Después, se paró para escrutar a su jefe.

—Fuiste tú, cabrón, el que casi mata a la última chica. ¿Te crees que no lo sé? A mí no me la juega nadie. Ese material es solo mío. —Giró la cabeza hacia su escolta—. Déjale a Gus la pistola.

El escolta obedeció las órdenes de Vicente y entregó el arma al joven que mostraba una media sonrisa y los ojos inyectados en sangre. Estaba nervioso, agitado, y miraba a su padre deseoso de recibir la orden. Este cerró los párpados, como gesto afirmativo, y Gus apuntó a la cabeza y disparó una y otra vez. El primer impacto en la cabeza produjo un charco de sangre que fue creciendo desmesuradamente con más balas hasta que el padre tuvo que

pararle con sus propias manos. El chico casi temblaba de nerviosismo, de emoción. No era la primera vez que acababa con la vida de alguien y no albergaba ningún sentimiento de tristeza o temor al respecto. Tampoco le quedó un atisbo de remordimiento ante su acto.

El sonido de los impactos retumbó en la habitación y los demás asistentes se echaron hacia atrás, huyendo del peligro, sin un gesto de extrañeza, como si estuvieran acostumbrados a que algo así sucediera de vez en cuando. La sangre y las vísceras salpicaron las paredes blancas y a varios de los presentes, obligándoles a dar unos pasos hacia atrás.

—Ahora ha quedado más claro, ¿verdad? Pues, ya sabéis: limpiar todo este estropicio y que no me entere yo de que vuelve a suceder algo semejante. ¿Lo habéis entendido?

Un par de ellos movieron la cabeza a modo de asentimiento, el resto no podían dejar de mirar absortos el resultado de aquella reunión.

—Antes de irme os tengo que decir que mi hijo se hará cargo desde ahora del negocio. Nos quedaremos a recibir el nuevo cargamento, en los próximos días. Después, dejaréis de verme por aquí. Gus será, a partir de ahora, mi voz ante vosotros.

A unos cientos de metros de distancia, alrededor de treinta chicas horrorizadas escucharon el eco de las detonaciones. Algunas se abrazaron y otras sollozaban en soledad. Pese a que estaban encerradas bajo tierra, en un zulo de seis por siete metros, bajo la penumbra de una solitaria bombilla, los disparos rebotaron en la montaña y retumbaron en el lugar en el que se encontraban.

Hacía dos semanas que habían llegado desde distintos puntos del globo: Rumanía, Ecuador, Colombia o Senegal. Como si fuera integrantes de la ONU, muchas de ellas debían entenderse por gestos, ya que hablaban idiomas diferentes.

Desde que aterrizaron, fue quedando clara la diversidad de caracteres de unas y otras: algunas, aterrorizadas y sumisas, apenas pronunciaban palabra; otras, trataban de buscar apoyo en sus compañeras; y unas pocas, de personalidad más acusada, se dispusieron a liderar el grupo. Solo veían a dos o tres vigilantes, siempre los mismos. Ellos les bajaban la comida, más bien escasa, en platos de plástico. La cocinera se empeñaba más bien poco, a veces

excediéndose con la sal, otras evitando añadir proteínas para ahorrar dinero.

Carolina se había pasado la vida luchando como una guerrillera. Nacida en un barrio de chabolas de Caracas, desde muy pequeña conseguía libros que devoraba. Su madre ejercía la prostitución y aunque tenía media docena de hermanos, lo cierto es que ella vivía en la casa únicamente con su madre y un hermano más joven. Al cumplir los doce años, Caro pasó a servir en el domicilio de unos señores de alto poder adquisitivo y la trataron casi como a uno de los suyos. Atendía a los hijos del matrimonio, pero también le permitían estudiar y la trataban relativamente bien, incluso le instaban a llamarles padrinos, hasta que un día expuso que quería ingresar en la Universidad. Estaba convencida de que no pondrían ninguna pega, por eso le sorprendió tanto escuchar que era imposible, que ellos no eran millonarios y carecían de recursos para enviarla a estudiar, que no lo necesitaba porque ya tenía un trabajo: cuidar de la casa. No sirvió para nada que les rogara comprensión, ellos mantuvieron una postura tan férrea como intransigente. Carolina se sintió completamente decepcionada y desolada, sobre todo porque era consciente de que los coches de lujo de sus padrinos, su enorme casa y los viajes de placer continuados a Estados Unidos y otros países ponían de manifiesto dos cosas: que la habían engañado y que la consideraban como una criada más.

La rotunda respuesta fue para ella tan inaceptable que abandonó la casa al día siguiente con un fajo de billetes que los dueños escondían en un lugar supuestamente secreto que ella conocía desde hacía años. Con ese dinero decidió emprender una nueva vida y la posibilidad de hacerlo a diez mil kilómetros de distancia le pareció apetecible. Acostumbrada a conseguir lo que se proponía, en el grupo, Carolina era una de las que más había luchado por no rendirse a sus captores. Su fuerza y su decisión animó a otras jóvenes a escucharla y a dejarse llevar por ellas.

Junto a algunas de sus colegas hispanas en aquel cuchitril, ideó un plan sencillo para escapar: había que inmovilizar al chaval que bajaba la comida a diario entre varias mujeres. No les pareció nada descabellado. Le robarían el arma y se harían con el mando para poder huir de aquel infierno.

Hacía una semana que habían tratado de completar el plan, con tan mala suerte que Jessica, la chica colombiana que se iba a encargar de darle el primer golpe, no reaccionó a tiempo y se quedó petrificada sin saber cómo actuar, así que, por detrás, otra de las jóvenes le propinó un golpe con escasa fuerza y él reaccionó con tanta rapidez que enseguida sacó el arma y disparó,

sin más. Carla, una chica de veintiún años, cayó de golpe al suelo y el resto permanecieron inmóviles.

—Como se mueva otra, me lío aquí a tiros con todas. ¿Es que no os habéis enterado de que vuestra vida no vale nada aquí?

Al sonido del disparo acudieron otros dos vigilantes a la puerta y al ver que Luis apuntaba con su arma a las jóvenes le imitaron, por si acaso.

—¡Me lo vais a pagar! Ya veréis como sí.

Luis subió los escalones hasta reunirse con sus colegas y cerró tras de sí la trampilla dejando a las mujeres completamente abatidas. Al rato, llegaron dos hombres con una carretilla oxidada y colocaron el cuerpo inerte y volátil de la joven sobre ella. El segundo se limitó a dar un par de pasadas con la fregona en el suelo, emborronando aún más la mancha rojiza de la sangre. La subieron y la enterraron en el exterior, en el agujero que previamente habían cavado para deshacerse de ella.

Esa misma tarde, el mismo vigilante que había acabado con la vida de la pobre chavala bajó directamente a por Jessica. Se la llevó a rastras, sin atender sus gritos, temerosa de que fuera el último viaje para ella. Las demás la observaban con tanto horror como estupor y Carolina estuvo tentada de salir al paso para defenderla, pero la compañera que tenía al lado la sostuvo de la muñeca, al darse cuenta de sus intenciones, y ella lloró de impotencia y de culpabilidad por haberla abocado a una situación tan extrema. Jessica permaneció en el exterior varias horas, hasta que, ya entrada la noche, reapareció semi inconsciente y repleta de magulladuras y de golpes. Nadie preguntó el motivo porque todas se imaginaron las vejaciones y humillaciones sexuales a las que la habían sometido. Durante los siguientes dos días, las compañeras la trataron de atender, aunque carecían del material adecuado para curarla. Después de horas de súplicas a los vigilantes para que la llevaran a un centro hospitalario, dos de ellos descendieron las escaleras, la agarraron de los hombros y de los pies y procedieron a sacarla de aquel lugar.

CAPÍTULO 49

El inspector Oriden repasaba la grabación de la entrevista que hacía hecho a Vicente Escudero unas horas antes. Quería detectar algo que se le hubiera pasado por alto, algún detalle al que no le hubiera dado la importancia que requería en su momento, pero no lo encontraba. No tenía dudas de que el empresario no había sido el autor material de la muerte de Antonio Garcés, pero no estaba tan claro que no lo hubiera ordenado. Por el momento, el fallecimiento se consideraba un accidente a la espera del informe forense y la inspección del vehículo.

Estaba seguro de que aquella cuarta planta de la clínica encerraba algún misterio, aunque no hubiera visto nada suficientemente clarificador y tampoco Alberto Lastra, su hombre de confianza en la clínica, hubiera podido acceder con la llave que él mismo le había pasado, probablemente porque habían cambiado la cerradura y no abría. Sentía que ese empresario no era trigo limpio, tenía datos para sospechar que dirigía una red de trata de blancas, pero ni una sola prueba que pudiera incriminarle todavía.

Cuando decidió colocar un topo en el centro sanitario, lo hizo seguro de que aquel negocio guardaba muchas claves del asunto. Él le había transmitido que, tras el interrogatorio, los rictus de los jefes mostraban nerviosismo y que detectó más movimiento del habitual, más visitas del propietario y de su hijo; además, en la puerta de acceso a la cuarta planta habían colocado a un vigilante de seguridad, lo cual había dificultado aún más su propósito de buscar la manera de subir a ella.

Lastra también había entrado en contacto directo con la familia por otra vía, a través de la hija, y según sus indagaciones, no estaba relacionada con los turbios negocios del padre. Claro que Oriden era un hombre de cabeza fría y, por las conversaciones mantenidas con su agente, no tenía claro que los sentimientos entre él y la chica no hubieran aflorado y que, por tanto, no fuera del todo objetivo. De cualquier forma, tenía que reconocer que seguía confiando en su destreza y en su instinto.

—Señor, ha llegado el informe forense de Antonio Garcés. Lo tengo en mi ordenador.

Uno de los agentes del grupo de investigación había entrado tras dar un par de toques en la puerta.

—¿Y qué dice?

—Han hallado un traumatismo craneal, posiblemente producido por un golpe durante la caída desde el puente al agua, y varios cortes, aunque la muerte se produjo por ahogamiento. Según ellos, cayó al río, se dio varios golpes, quedó inconsciente y, por tanto, imposibilitado para salir del vehículo a tiempo.

—O sea, que creen que fue un accidente.

—Su informe así lo indica. No ven nada anormal, excepto que la velocidad del coche debía de ser muy elevada para caer de esa forma y golpearse así.

—Estamos como al principio. ¿Y se sabe algo del teléfono móvil?

—El informático ha descriptado los datos, pero no hay ninguna llamada ni mensaje destacable.

El inspector jefe se derrumbó sobre una silla, exhausto y sin saber cómo seguir. Cuando parecía que estaban más cerca, las pruebas no ayudaban a confirmar sus sospechas.

—¡Inspector! —Uno de los agentes le llamó la atención desde su mesa —. Venga aquí, tenemos algo.

—¿Qué?

—La científica ha encontrado una bala dentro de la rueda trasera del vehículo.

—¡Bingo! Eso abre la puerta a considerar el caso como un homicidio. Esto es un principio. Necesitamos localizar como sea a esas chicas. Busquen alrededor de todas las propiedades de Vicente Escudero, quiero saber dónde está en cada momento. No sería tan necio de ocultarlas en una casa de su propiedad, pero es posible que se encuentren cerca de alguna de ellas, en un lugar apartado, no alejado de Madrid, un pueblo, tal vez. Y quiero que Gámez y Terradillos vigilen los movimientos del empresario desde ahora.

Durante las siguientes horas, los agentes se afanaron en examinar todas las propiedades del empresario. No fue tarea fácil, su abultada fortuna se repartía en inmuebles de todo el país. Una cadena de inmobiliarias, varias agencias de viajes, gasolineras, bloques de apartamentos... su emporio lo colocaba entre una de las cincuenta personas más ricas del país.

Mientras el equipo trabajaba en ello, Oliden se desplazó hasta la cafetería contigua a una estación de servicio donde se había citado con

Alberto. Le llamó alterado porque tenía una información importante que contarle y prefería hacerlo cara a cara.

Nada más llegar, el inspector jefe se topó de frente con Lastra, que daba vueltas al café con la cucharilla. Le hizo un gesto a modo de saludo y el otro se sentó a su lado, alejado del resto de clientes.

—¡Cuéntame!

—Lo tengo.

—¿Qué es lo que tienes?

—Ya te dije que estoy saliendo con Magda, la hija de Vicente.

—Lo sé.

—Ayer estuve en su casa y casualmente pasó por allí el hijo, Gustavo, así que no le perdí de vista. En un momento dado, se dirigió a la cocina, donde se encontraba la madre, y yo me levanté por si le contaba algo interesante.

—¿Y?

—Le dijo que mañana su padre y él se iban de viaje, que estarían fuera el fin de semana entero.

—Bueno, podemos seguirle... aunque tampoco eso nos garantiza nada.

—Espera... impaciente. Esta tarde he visto llegar a la clínica a Gustavo acompañado de su padre. Traían cara de circunstancias y he detectado que pretendían pasar desapercibidos, así que los he seguido hasta su despacho aprovechando que venían solos. ¿Tú sabes que el truco del vaso funciona?

—¿A qué te refieres?

—A que, si colocas un vaso con la apertura hacia una puerta, es posible enterarte de lo que se cuenta al otro lado.

—¡Coño! Eso lo saben hasta los niños...

—Pues yo pensaba que era un mito, pero mira por dónde lo he intentado y ha funcionado.

—¡Déjate de sandeces! ¿Qué han dicho?

—Esta gente ha visto muchas películas o no se fía ni de su sombra porque hablaban en clave, sobre un nuevo cargamento que estaba a punto de llegar y otro del que se querían deshacer. El padre le ha pedido al hijo que no la cagara como acostumbraba, ahora que le había nombrado responsable del negocio. Y al más joven se le ha escapado un nombre: Miraflores de la Sierra.

—¿Qué dices? Vicente Escudero tiene allí una finca. Lo he visto antes de salir para aquí.

—Si unimos los puntos podemos llegar a una conclusión: este fin de semana, los Escudero se van a encargar de sacar a las chicas de su guarida para llevarlas a algún *putiferio* y, de camino, recibirán a otras para prepararlas.

—Es el momento idóneo. Tenemos que preparar el operativo y desplazarnos hasta allí.

—Yo quiero estar.

—Creo que nuestro equipo ha demostrado su fidelidad así que, tal vez, sea el momento de que te conozcan. Buen trabajo, Lastra.

—Gracias, jefe.

—Una cosa más... Gustavo aludió a algo inquietante. Habló de acabar con Joel, el nuevo jefe de cirugía, sobrino de Vicente. Estaba muy enfadado con él porque aseguraba que se la había jugado a la familia, que no era de fiar.

—¿Y el padre estaba de acuerdo?

—No. Le frenó. Dijo que, hasta que no tuviera la completa seguridad de lo que estaba afirmando, no iba a mover un dedo. Eso sí, le instó a recuperar una importante documentación que parece que está en manos de Joel. ¿Qué hacemos?

—Tuve a mis hombres vigilando a ese médico varias semanas cuando se supo que era hijo de Sebastián Escudero y no pudieron establecer ninguna conexión anterior, por eso lo descartamos como sospechoso de formar parte de la trama; pero es posible que haya resultado ser más curioso de lo que imaginábamos y que haya encontrado algo. Tal vez sería bueno hacerle una visita. Deberíamos conocer el contenido de esa documentación.

—¿Y si voy yo mismo? Él confía en mí. Quizás tenga más suerte.

—Si estás en lo correcto, padre e hijo irán a la sierra mañana.

—Puedo hacerle una visita antes de salir para allá.

—Está bien. Averigua lo que sabe y después tiras para Mirasierra. Allí estableceré el dispositivo.

CAPÍTULO 50

Hodei tanteó el lado contiguo de su cama y comprobó con desconcierto que estaba vacío. Abrió los ojos, encendió la lamparilla y después izó la persiana para dejar entrar la luz del día, pero era de noche. El reloj marcaba las 5:15 de aquel viernes de mitad de septiembre y pese a que habían pasado unos días desde los últimos descubrimientos de Joel relativos a sus padres, todavía eran palpables los restos del naufragio.

El vasco abrió la puerta y al otro lado se encontró a Joel ensimismado con el ordenador, atento a lo que estaba haciendo.

—¿Por qué te has levantado a estas horas?

—No podía dormir.

—¿Y qué estás haciendo?

—Fíjate. He estado mirando por internet. Resulta que el cartel de Rascafría no está en el mismo pueblo, sino en la subida al puerto de la Morcuera, en plena sierra de Guadarrama, a menos de media hora del pueblo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues, que la chica de la clínica vio un cartel que está en un lugar aislado, donde normalmente solo los senderistas y los esquiadores en invierno suelen pasar. Creo que desde allí es posible que localicemos la casa en la que están encerradas esas mujeres. He visitado por *Google Earth* la zona y aunque no he visto apenas construcciones, apostararía el cuello a que mi supuesto tío mantiene a esas chicas encerradas cerca de allí.

—Me impresionas. No sabía que tú también te manejaras bien con la informática.

—Yo tampoco. Me he puesto a mirar y ha sido mucho más fácil de lo que me hubiera supuesto.

—Pero... ¿De verdad crees que han construido un prostíbulo en plena naturaleza? ¡Es muy raro! La sierra de Guadarrama es un entorno protegido, nadie puede edificar ni una simple borda sin permiso o incluso con permiso.

—A mí también me parece raro, pero Jessica, la joven que me encontré casi inconsciente, fue muy clara: vio un mensaje que decía «Ver, disfrutar, respirar».

—¿Y qué propones?

—No perdemos nada por echar un vistazo. Hoy me tomaré el día libre, así podríamos buscar un alojamiento en Rascafría, que es un pueblo precioso, y disfrutamos del fin de semana en un lugar idílico.

—¿Con todo lo que te está sucediendo crees que es el mejor momento para irnos?

—Precisamente por eso. Cambiar de aire, descansar junto a ti, será la mejor terapia...

—No me tomes por tonto —dijo sonriendo—, tú lo que quieres es subir a La Morcuera para ver si encontramos algo.

—No hay nada de malo en echar un vistazo, ¿no crees?... Ya que estamos allí...

—¡Ya te vale! ¿Me dejas desayunar primero?

—Claro, claro... y tenemos tiempo para prepararnos. Podemos salir temprano si no volvemos a acostarnos. Rascafría está a una hora de distancia de aquí.

Mientras a través de las ventanas se colaban los primeros rayos diurnos, degustaron un desayuno a base de un zumo de naranja, café con leche y tostadas de tomate y jamón serrano y, sin ninguna prisa, se ocuparon en reunir algo de ropa para el fin de semana. Teniendo en cuenta que Rascafría se encontraba a más de mil cien metros de altitud y que en pleno mes de septiembre los cambios bruscos se podían producir en cualquier momento, Hodei, más acostumbrado a la montaña, seleccionó ropa de abrigo y aconsejó a su pareja que hiciera lo mismo. Además, el vasco introdujo en la mochila algunos sándwiches, patatas fritas, un termo de café, unas galletas, bebidas frías y chocolates. Joel le miró entre divertido y sorprendido y el otro se vio obligado a explicarse.

—¿Qué miras? Los viajes me dan mucha hambre, además, con algo tendremos que entretenernos.

—El objetivo es rescatar a unas mujeres con problemas no engordar como cerdos...

—¡Lo tendré en cuenta cuando me pidas que comparta contigo! —concluyó el tema Hodei con un guiño.

Gustavo acababa de llegar al domicilio de su primo y esperaba su salida

en el coche, acompañado de un par de forzudos. Desde que lo conoció, por primera vez, unos meses atrás, sospechó de él y se lo transmitió a su padre, pero no quiso hacerle caso. La verdad es que el viejo estaba empezando a dar signos de debilidad, de sentimentalismos baratos que, a su juicio, no conducían a ningún sitio. Por eso no quiso estrechar lazos como había hecho su hermanita, la lista.

Cuando se enteró de que sus dos hombres habían sufrido un accidente le extrañó mucho. En parte porque Fidel era un conductor fuera de serie, extraordinario. Ese fue uno de los motivos por los que lo reclutó cuando empezaba a despuntar en el mundo de los ralis. Eran amigos antes de que le invitara a formar parte de su negocio y tenía planes para él. Por eso, su muerte le había impactado y entristecido más que la de cualquier otro. Tampoco le cuadraba el hecho de que no apareciera el paquete que habían ido a buscar a casa del tal Sergio Alvés. Si Fidel era buen conductor, Lalo era impecable en su trabajo, no dejaba cabos sueltos. Para más inri, había salvado la vida, aunque estuvo en coma en un hospital público y dada su implicación en la muerte de Alvés, custodiado por agentes de policía.

Necesitaba verle despierto, preguntarle por el accidente, cómo habían perdido el maletín que habían ido a buscar, cómo se habían chocado en plena autovía, aunque los médicos no daban muchas esperanzas al respecto. A principios de esa semana, sin embargo, fuera de todo pronóstico, Lalo empezó a dar señales de vida, a moverse ligeramente, hasta que el miércoles pronunció su primera palabra. Un día después, Gustavo utilizó sus contactos para esquivar a los policías de la entrada y poder acceder a la habitación del paciente. Lo encontró algo confuso todavía y, pese a que no sabía ofrecer una explicación coherente del accidente, porque aseguraba que un espíritu se había aparecido frente a ellos, sí que fue capaz de reconocer la cara de la persona que se llevó el maletín con la documentación. Lo había visto una vez en casa de Vicente. Se trataba de Joel.

En un primer ataque de ira había acudido a su padre para pedirle que se deshicieran de él, pero él no estuvo de acuerdo. Demasiados interrogantes por una desaparición que podía abrir la caja de Pandora en un momento en el que la Policía les seguía los pasos. Eso es lo que le había dicho, aunque en realidad, para Gustavo era la constatación de que su padre estaba perdiendo facultades y reblandeciéndose paulatinamente. Afortunadamente, se había comprometido a pasarle la vara de mando para el negocio de las prostitutas y tenía que agradecerse. Por otro lado, debía admitir que el jefe había sido

desde siempre para él un modelo a seguir, un luchador que había tocado el cielo impulsado desde la nada más absoluta. Le quería y le admiraba tanto que cada decisión importante que tomaba estaba mediatizada por la imagen de él. A través de sus actos buscaba continuamente su aprobación, pese a que difícilmente la alcanzaba en el grado esperado y eso lo decepcionaba y lo frustraba a partes iguales. Así que la confianza depositada en él para continuar con el negocio más importante de la familia le había devuelto la esperanza y eso suponía que debía obedecer sus últimas órdenes.

Hodei y Joel salieron del edificio con una mochila y una bolsa de viaje en las manos. En cuanto vieron partir al Audi del médico, Gustavo dio a sus colegas la orden para que entraran en el edificio. Él les siguió a una distancia prudencial. Justo al llegar al portal, alguien más salía y retuvo la puerta para dejar pasar a los forzudos, pensando que eran unos vecinos más. Subieron hasta el piso de Joel y abrieron a patadas, sin consideraciones.

En esos instantes, Joel tomaba la M-30, y su semblante palideció.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—Mi cartera. Me la he dejado sobre la mesa.

—No te preocupes, yo tengo dinero.

—No es solo eso. La documentación, el DNI, el carné de conducir... tengo que volver.

—¡Qué cabecita tienes!

—Y que lo digas.

Quince minutos más tarde, cuando el Audi tomaba la curva que llevaba a casa se cruzó con un vehículo que circulaba a tal velocidad que no impactó con el suyo porque estuvo hábil de reflejos. Al aparcar, todavía le temblaban las piernas y las manos de la impresión.

Joel subió en solitario y al llegar a su piso se encontró la cerradura destrozada. Nada más entrar, sintió un escalofrío que le recorrió la espalda entera al darse cuenta de que estaba todo tan revuelto como si una jauría de perros hubiera campado por allí a sus anchas. Consideró, de repente, la posibilidad de que estuvieran todavía dentro, teniendo en cuenta que se habían marchado menos de media hora antes. Caminó con prudencia, tratando de descubrir cada habitación, comprobando que no había nadie

dentro. En su dormitorio, la caja fuerte estaba abierta, el colchón en pie y los cajones por el suelo, pero el dinero seguía intacto en el interior. Era evidente que se habían llevado los documentos y eso significaba que alguien, probablemente del entorno de su tío, sabía que habían estado en su poder.

CAPÍTULO 51

No habían tardado en ponerle compañía en la celda que ocupaba Lucas. Solo habían pasado unos días desde el fallecimiento de Marcos y seguía tratando de asimilar su pérdida. Le hicieron una misa en el interior de la prisión, pero el funeral oficial se había desarrollado en Valdemingómez, Vallecas. Pese a su juventud, veintidós años recién cumplidos, pocos compañeros y amigos parece que se desplazaron hasta la parroquia de Santo Domingo. Sus padres, un hermano y alrededor de una docena de chavales desconocidos para ellos.

Lucas era consciente de que continuaba vivo porque así tenía que ser, pero a veces, le pesaba seguir en el camino, tanto como permanecer encerrado en un sueño del que quieres despertar. Ocurría cuando sufría, como en esa ocasión. Su amigo, tan joven, había pasado al otro lado y ahora, solo a través de la meditación se veía capaz de entablar conversación con él.

Por eso, había interrumpido durante esos días su comunicación con los compañeros de celda, de comida o de taller. No es que pretendiera ser asocial, es que sentía que estaba atravesando la fase del dolor profundo. Y aunque era consciente de que todo sufrimiento tiene un final, porque cada emoción permanece únicamente con nosotros hasta que elegimos librarnos de ella, necesitaba llorar y añorar a su amigo.

Estaba sentado sobre la cama, tratando de conectar con Marcos, cuando su respiración pausada se interrumpió para dar paso a imágenes inquietantes que le alteraron. Parecía que se había colado en un túnel de esos de los parques de atracciones que te conducen por espacios sinuosos a distintas alturas, que provocan vértigo antes de emerger nuevamente a la luz del día.

Al final de la mareante experiencia, allí estaba ella: la mujer de su visión, recostada sobre una cama, con una especie de camisón antiguo y el cabello suelto, largo y oscuro. La habitación era humilde, sencilla y fría, como si estuviera ubicada en el pasado, en la posguerra española o en una casa antigua de los años setenta. La señora, mestiza, ocupaba prácticamente toda la alcoba y se movía de un lado a otro. Su rostro demacrado denotaba cansancio y algunas perlas de sudor le salpicaban las mejillas.

—¡Por fin has venido! —dijo en tono liviano y se congratuló de verlo ante ella.

—¿Evangelina?

Lucas era consciente de que estaba ante la mujer que se presentó en el transcurso de aquella especie de ataque que sufrió durante la charla de Solidarios para el desarrollo. Ahora podía verla mejor, unos ojos negros e intensos bajo el cabello adornado con tintes blanquecinos de las canas.

—Así es. Esa soy yo: Evangelina Dosantos.

—Recuerdo tu nombre, me lo dijo Marcos, pero no sé qué hago ante ti.

—Tú y yo estamos más conectados de lo que crees. Necesito hablar con el chico. Mi tiempo se acaba. Me estoy muriendo y he de contárselo antes de partir.

—Dímelo a mí.

—Me encantaría liberarme así de este peso, pero me es imposible. Estoy en el convento de Santa Isabel la Real, en Granada.

—No es un buen momento.

—Al contrario, es el mejor instante posible. La tormenta se acerca y va a necesitar recomponer las piezas del puzle en cuanto se acabe.

—¿Por qué no le avisas tú misma?

—Con él me es más complicado, lo intento, pero temo hacerle daño con mis visitas.

La luz se transformó en oscuridad y la imagen desapareció delante suya. Sintió un tirón y se percibió nuevamente en el interior del cuerpo físico, así que abrió lenta y paulatinamente los ojos y despertó del trance. Estaba en prisión y no había ni rastro de cuanto había vivido. Tenía que avisar a Joel, tal y como la mujer le había pedido, aunque era consciente de que tendrían que pasar unos días, después de que se enfrentara a la mayor encrucijada de su vida, esa que acabaría con él o lo emanciparía definitivamente de sus cadenas.

CAPÍTULO 52

Desde que había vuelto al coche, Joel apenas había abierto la boca. Decidió no contarle el estado en el que se había encontrado el piso: por un lado, porque seguramente habría cancelado el viaje y le habría convencido de que era necesario avisar a las autoridades; por otro lado, por evitarle un disgusto y una preocupación mayor.

Nada más ver el desorden causado por los asaltantes, lo primero que le vino a la cabeza era que habían estado vigilándoles porque sabían que no estaban dentro. Después, se agobió con la idea de que alguien hubiera invadido ese espacio vital que él consideraba sagrado: su casa. Por último, trató de mantener la mente fría para decidir si debía acudir a la Policía. Deambuló por la casa aprisa para comprobar que lo único que se habían llevado había sido el informe sobre el negocio de trata de blancas, ni siquiera habían abierto la cartera que se le había olvidado encima de la mesa del salón. Desde luego, arreglar todo lo que le habían destrozado le iba a costar lo suyo, pero no era irreparable. Y si no había nada que recuperar, ¿para qué avisar al 091?

Además, su intuición lo empujaba hacia Rascafría. Algo muy adentro le atormentaba y a la vez le impulsaba a viajar, como si pensara que estaba destinado a vivir lo que allí se produjera en los siguientes días.

Cogió unos clavos y los hincó en la puerta, a modo de cierre provisional. A continuación, bajó los escalones de dos en dos y se metió en el coche como si nada hubiera sucedido. Hodei estaba más preocupado de acabar con la bolsa de patatas que había abierto que de imaginar algo tan preocupante como que habían entrado a su casa, así que no lo percibió.

Circularon por la A-1 hasta interceptar la N-604, una carretera nacional en dirección hacia la sierra de Guadarrama. El parte meteorológico de la radio hablaba de tormentas y lluvia intensa para las próximas horas en el valle Alto del Lozoya, pese a que a esas horas el cielo estaba despejado, mientras Joel conducía y Hodei echaba una cabezada recostado en el sillón del copiloto. Lo miró y pensó que no podía engañarle, no le parecía honrado.

El paisaje alternaba pinares silvestres con turberas tupidas de vegetación

que ocultaban pequeñas zonas acuosas en forma de diminutos lagos, dispersos por la ladera. Montañas componiendo sierras que se alzaban en vigías de un entorno natural incomparable, donde solo en verano y en épocas estivales se veía salpicado de senderistas y turistas, especialmente, madrileños.

Pocos kilómetros antes de llegar, se desvió unos metros para detener el coche. Hodei se despertó de golpe.

—¿Dónde estamos?

—Ya casi hemos llegado. Quería pararme para ver este lugar. Se llama el puente del Perdón, vi alguna foto por internet y pensé que merecía la pena hacer una parada.

Se trataba de un puente de piedra construido en el siglo XVIII y edificado sobre otro anterior. Con tres vanos de medio punto y dos descansaderos sobre los que se asentaba un banco, en la actualidad servía para acceder al monasterio de Santa María de El Paular. Estaba construido con sillería de granito y empedrado también por el sendero central.

—Hodei, quiero decirte algo...

—¡Qué serio te has puesto!

—Cuando me he montado en el coche me has preguntado por qué he tardado tanto y te he respondido que he tenido una necesidad imperiosa.

—¿Y?

—No era verdad.

—¿Qué quieres decir? No me digas que me la has pegado con alguien en ese rato.

Aunque Joel mostraba un talante serio, su pareja trató de restarle importancia.

—Nos han robado.

—¿Cómo?

—Cuando he llegado a casa estaba todo revuelto y habían hecho estallar la caja fuerte. Dentro aún estaba el dinero que yo había dejado, pero ni rastro de los documentos de Sergio Alvés.

—¿Quieres decir que han entrado a robarnos esos papeles aprovechando que nos íbamos?

—Así es. Le estoy dando vueltas y creo que nos vigilaban.

—Esto es muy peligroso, Joel. Tenemos que avisar a la Policía.

—Por eso no he querido contártelo. No podemos hacer eso. No me fío de las autoridades y tampoco nos iba a servir de nada. No van a recuperar

esos documentos para nosotros y tampoco hay mucho más que denunciar.

—Pero podemos estar en peligro... ¡Quién te dice que no nos están siguiendo!

—Tenemos que continuar. Es lo único que sé.

—Espero que tus visiones, tus alucinaciones y tus intuiciones no nos arrinconen en un callejón sin salida.

—Confía en mí por esta vez.

Volvieron a subir al coche y en menos de diez minutos se adentraban por una carretera empedrada que les condujo al centro del pueblo. Al acceder a una coqueta plaza, en medio de la cual un frondoso olmo cercado se elevaba por encima de un alcorque de cemento en el que algunos abuelos estaban sentados, pensaron que era un buen sitio para aparcar el coche. El viento se había levantado y las nubes comenzaban a cubrir un cielo hasta entonces despejado.

Joel abrió el maletero, agarró una chaqueta y le ofreció otra a su novio, que se la puso medio tiritando.

—¡Qué pueblo más bonito! —exclamó Hodei.

—Vamos a recorrerlo. Y después, he consultado con el GPS del coche y me ha aparecido un restaurante ahí mismo, que tiene pinta de ofrecer comida casera.

—Por fin, perfecto. Estoy hambriento.

Perdieron el tiempo en caminar, pasear por el entorno y conocer el municipio. A la hora de comer, eligieron un edificio de tres plantas, con fachada de piedra y balcones de hierro forjado que invitaba a resguardarse del fresco de la tarde. En el centro de la construcción, un cartel anunciaba su nombre: La Antigua Tahona.

Al entrar por los pórticos amaderados, vieron una serie de mesas distribuidas a modo de café bar, más que de comedor.

—Perdone, ¿dónde podemos comer?

—Suban a la planta de arriba, allí les atenderán.

Un ambiente hogareño y casero invitaba a dejarse guiar por los camareros. Pidieron hojaldre de setas, las primeras de la temporada, y cochinillo asado. La espectacular pinta de los platos, regados por un Faustino crianza casi les hizo olvidarse de los problemas.

—Casi no has hablado en toda la mañana, Hodei.

—No te lo voy a negar, estoy preocupado.

—Recuerda que el primer objetivo de este viaje es disfrutar. Me

encantaría que nos libráramos por unas horas de toda esa película de asesinatos, muertes y mentiras y nos centráramos en nosotros mismos.

—Tienes razón. Sobre todo, frente a estos platos de setas de temporada y una carne tan tierna. A los vascos se nos conquista a través del estómago.

—Nos vamos a poner las botas.

A un par de mesas de distancia, un hombre, sentado en solitario, oteaba desconcertado a los jóvenes y trataba de pillar al vuelo partes de la conversación, mientras hincaba el diente a un chuletón de buey. Era calvo, con gafas y bigote y mostraba un tatuaje en el cuello que quedaba al descubierto cada vez que se agachaba para morder otro bocado. Hodei le sorprendió mirándolos y, enseguida, torció la vista para evitarle.

—¿Conoces a ese de ahí? —le preguntó el vasco.

—No lo había visto en mi vida.

—Pues diría que está pendiente de nosotros.

—No seas tan suspicaz. Está el restaurante medio vacío, ¿no haces tú lo mismo cuando comes en solitario?, ¿escuchar las conversaciones de los demás?

—Ya, pues no me hace ninguna gracia.

—No le des importancia. Ya verás...

Joel giró la cabeza por el restaurante hasta que se encontró con el hombre, que tímidamente le echó una mirada.

—¿Es usted de Rascafría? —le preguntó con seguridad para que no le cupiera duda de que se dirigía a él.

—Así es. ¿Y ustedes, no?

—Somos turistas. Hemos venido a pasar el fin de semana. Nos han hablado muy bien del entorno.

—¿Y están arrepentidos?

—¿Por qué íbamos a estarlo?

—Han venido en la peor época del año. Han pronosticado tormentas y lluvias intensas.

—El tiempo es imprevisible. Por el momento estamos disfrutando mucho y mañana queremos dirigirnos hacia el puerto de la Morcuera.

—¿Con la que va a caer? Ni se les ocurra. Aquello es para verlo en invierno, con la nieve, o en verano, con el calor, para hacer una ruta... pero a estas alturas de septiembre y con un cielo tormentoso, de veras, ¡olvídense!

—Le agradecemos mucho sus consejos. Nos lo pensaremos bien.

—No hay nada que pensar. Suspendan su viaje.

La insistencia del paisano acabó incomodándoles hasta el punto de que, una vez pagada la cuenta, se dispusieron a abandonar el local, pero se vieron obligados a atender al último consejo del cliente.

—Si quieren un buen dulce casero, en la misma plaza de España está La taberna, el sitio con el mejor bizcocho del mundo.

—Gracias. Le haremos caso.

—Adiós y suerte.

Mientras se dirigían hacia La Taberna, a pocos metros de donde habían comido, Hodei se quedó parado de repente.

—¿Qué pasa?

—Juraría que acabo de ver a Andrés cruzar por la calle hacia aquella esquina.

—¿Qué dices?

—¡Que sí, que es él!

Los dos apresuraron el paso para comprobarlo, pero, al llegar a dicha esquina, no había ni rastro del compañero de trabajo de Joel.

—¡Qué extraño! De verdad que era él.

—Me parece raro que coincidamos aquí, pero yo qué sé. ¿Estaba solo?

—Sí.

—Bueno, si fuera así, al menos no nos vemos en el compromiso de contarle a Magda que le está siendo infiel, tan pronto.

Los dos caminaron hacia el bar sin que Hodei pudiera quitarse de la cabeza lo que estaba seguro de haber visto.

CAPÍTULO 53

Borja Oviden llegó el sábado a Rascafría en su vehículo particular con el fin de no llamar la atención. Necesitaban la mayor discreción posible y así se lo había pedido a sus subordinados, que llevaban trabajando desde el día anterior en el pueblo. El hotel que había elegido estaba a las afueras de la localidad y, nada más salir del vehículo, protegido por un paraguas ante un tiempo más otoñal que veraniego pese a que todavía estaban a mediados de septiembre, se topó con Alberto Lastra, al que saludó someramente antes de invitarle a acompañarlo hasta el interior. Ni siquiera esperaron al ascensor, subieron las escaleras de dos en dos hasta acceder a la segunda planta, donde abrieron la primera puerta que dejaba al descubierto la habitación en la que habían establecido su cuartel de operaciones. Mientras Oviden se iba quitando la chaqueta, hablaba en voz alta con sus compañeros:

—Señores, este es Alberto Lastra, el compañero que ha estado infiltrado en los últimos meses en la clínica de la Cruz, de Vicente Escudero, bajo el nombre de Andrés Ocaña. Quiero que lo conozcan porque a partir de este momento forma parte de nuestro operativo para este fin de semana.

El inspector jefe sentía la necesidad de rodearse de todo su equipo en estas circunstancias. El satisfactorio trabajo de cada uno de ellos le había convencido de que podía confiar plenamente en los agentes escogidos.

—¿Qué sabemos?

—Señor, Gámez y Terradillos están muy cerca de la casa de Escudero en Miraflores. Dicen que en todo el día no ha salido nadie de allí, pero en la entrada hay un BMW, cuya matrícula está registrada a su nombre. Además, parece que han visto a más de una persona en el interior, aunque no han podido proceder a una identificación positiva. Están prácticamente seguros de que el empresario está dentro y de que planea algo.

—¿Y Ramos y Escribano?

—Llevan todo el día deambulando por el puerto de La Morcuera, en el camino que discurre desde Rascafría a Miraflores y no han localizado aún nada. Ni movimientos extraños, ni construcciones no registradas.

—Está bien. Necesito que cada uno de ellos siga en su puesto, que nos

avisen de inmediato ante cualquier movimiento de Escudero o algo que resulte sospechoso en la sierra.

—¿Y tú qué me dices, Lastra?

—Pasé ayer el día entero entre Miraflores y Rascafría de paisano, para ver si alguien conocía a Vicente o a su hijo. No se puede decir que sea Julio Iglesias, pero casualmente me he encontrado a un vecino que me ha contado lo que vio hace dos meses. Le he enseñado al vecino una foto de Gustavo Escudero y me ha confirmado que es la persona que vio. Le llamó la atención porque era un chico rubio, joven y muy bien vestido que conducía un Mercedes descapotable. Dice que iba delante de una furgoneta y que pararon ambos ante un restaurante de Miraflores. Al bajarse del coche se dirigió al vehículo que aguardaba detrás y discutió con el copiloto. Después abrieron una puerta lateral y se bajó una chica morena, de aspecto descuidado, pero guapa, a la que introdujeron en el bar durante unos minutos. Salieron precipitadamente al escuchar un golpe, otro vehículo había chocado contra el Mercedes y le había roto el faro izquierdo trasero. Parece que el joven se puso hecho un basilisco, aunque el conductor del otro coche era un abuelo que se disculpó en repetidas ocasiones. Al final, sin siquiera esperar a hacer el parte amistoso, el joven ayudó a meter a la chica en la furgoneta y salieron disparados.

—¿Algo más?

—Como ya le conté ayer, pasé por casa de Joel Suances y estaba claro que la habían saqueado. Probablemente con intención de quitarle los documentos. Él ya no estaba allí. Y no sé si es una casualidad, pero le vi ayer en el pueblo acompañado de su novio.

—Mucha casualidad me parece a mí. Habrá que estar pendientes. ¿Te han visto ellos?

—Espero que no, podría poner en peligro la operación.

—¡Jefe! —avisó uno de los agentes pendientes de sus compañeros—. Malas noticias: Vicente Escudero se ha escapado por una puerta trasera dejando su coche en el porche.

—¡Mierda! Nos han descubierto. Tenemos que actuar deprisa.

CAPÍTULO 54

Trataba de avanzar sin conseguirlo, sus piernas apenas se movían y la angustia iba en aumento porque no podía incrementar la distancia de aquella imagen que le infundía terror: la de una mujer mayor, de tez oscura, con una enorme cicatriz en la frente, que gritaba en la lejanía con una voz de ultratumba y se acercaba a Joel sin que pudiera escapar. Trató de chillar y tampoco había sonido que naciera de su garganta. Se palpó la frente y notó el sudor frío. La desesperación aumentaba a medida que trataba inútilmente de interponer cierta distancia entre él y esa horrible mujer y veía cómo ocurría exactamente lo contrario. Finalmente, ella consiguió alcanzarle.

—No abandones a tu madre...

La frase llegó a sus oídos como envuelta en una ráfaga de viento, como un alarido espeso que quisiera llamar su atención. Joel se esforzó una vez más en alzar la voz. Una leve vibración gutural consiguió sacarle de la inmovilidad y se despertó agitado, levantando el cuerpo como un resorte y respirando como si le hubieran impedido hacerlo durante un rato. Tenía la camiseta empapada de sudor y le costó volver a la realidad.

—¿Qué te ha pasado?

Hodei se despertó de golpe y se preocupó al contemplar el gesto aterrado de su novio, que parecía incapaz de explicarse.

—¿Estás bien? Levanta el cuerpo. Respira con tranquilidad.

El joven se había incorporado y buscaba cualquier cosa que pudiera sacar de su ensimismamiento a Joel.

—Aquí hay una bolsa, respira en su interior.

El médico le hizo caso y poco a poco la palidez de su rostro se fue tiñendo de rosa y la respiración comenzó a ser más pausada.

—Ha sido una pesadilla.

—¿Otra? Creía que ya habían desaparecido.

—Bueno, han ido a menos, pero todavía no me han abandonado por completo.

—¿Y qué sucedía?

—Una mujer oronda y mestiza parecía que me iba a matar o algo así y

me perseguía. Cuando me ha atrapado, en vez de hacerme nada solo se ha limitado a soltarme un mensaje inquietante.

—¿Qué?

—Que no abandone a mi madre.

—¿Y a quién se refiere? ¿A la biológica, a la adoptiva o a la que fue asesinada?

—Eso quisiera yo saber.

El sonido de la lluvia repiqueteaba en el cristal. Un cielo gris y opaco sustituía aquella mañana a las diminutas nubes blancas que habían irrigado el azul del día anterior.

La pareja, después de un día de ocio, había planificado desplazarse aquel sábado hasta el puerto de la Morcuera. El ambiente invernal no invitaba a ese desplazamiento, sobre todo, después de haber pasado la noche en esa apacible habitación con vistas al centro del pueblo. Aun así, Joel tenía claro que no podían renunciar a sus planes, subir a lo más alto y localizar el cartel en forma de casita de madera como indicativo de Rascafría. Después, lo único que habían planeado era andar por el entorno para localizar alguna casa o chabola susceptible de albergar a las muchachas.

El teléfono móvil sonó con insistencia.

—Hola, Magda, ¿qué ocurre?

—Nada en especial. ¿Tú sabes si Andrés tenía que trabajar este fin de semana?

—Lo siento, pero no. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Nada. Es que me contó que estaba de guardia y al llamar a la clínica una compañera dice que no le ha visto en toda la mañana.

—No sé, es que nosotros nos hemos escapado de fin de semana romántico.

—¡Qué bien! ¿Cerca de Madrid?

Hodei no paraba de hacerle señas de que cortara ya, porque estaban preparados para marcharse.

—Sí, por el entorno. Te tengo que dejar que nos tenemos que ir.

—Vale, ya hablamos. Besos.

Con los abrigo y chubasqueros listos y botas de montaña, los dos se dispusieron a subir a lo más alto del puerto.

Cerca del mediodía, Vicente caminaba deprisa, bajo la lluvia, resguardado por el paraguas que sostenía uno de sus hombres, el que se acababa de percatar de que había un sospechoso vehículo frente a la casa de Miraflores de la Sierra donde su jefe esperaba la llegada de Gustavo. Llamó a un vecino de confianza y le pidió que pasara por allí y observara. A la media hora, este les confirmó que había dos hombres dentro del coche y que estaban pendientes de la casa. Así que Vicente avisó a su hijo y salió por la parte trasera, andando, con el fin de interceptar a Gustavo a unos cientos de metros de distancia, los suficientes como para que no detectaran su marcha.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Quiénes son esos hombres?

—Pues... tal vez sean Joel y su *pimpollo*.

—¿Cómo?

—Me han informado de que han cogido una habitación de hotel en Rascafría y que pretenden subir hoy al puerto de la Morcuera.

—¿Qué dices? ¿Qué coño saben?

—No lo sé, pero son unos aficionados. Está todo controlado, no te preocupes. Los tenemos vigilados.

El Mercedes descapotable de Gustavo apenas podía avanzar con rapidez porque a medida que subía por la carretera hacia el puerto, la lluvia arreciaba y la visibilidad se reducía. Mientras él conducía, su padre aprovechaba el tiempo, en el asiento delantero, para llamar por teléfono. Al otro lado, una voz de mujer le respondió de inmediato.

—¿Sí?

—¿Está todo preparado?

—Están listas, el camión con el remolque, preparado. Hemos habilitado la parte de atrás para trasladarlas hasta Madrid, donde tenemos también a punto el autobús que las repartirá por todo el país.

—No quiero que nada falle. Esta misma tarde llegará el nuevo cargamento desde el aeropuerto y aquello tiene que estar vacío y en condiciones de recibirlo.

—Así será.

—Tenemos que pasarnos por la cabaña para cambiar de coche y aprovecharé para ponerme otra ropa. No voy preparado para tanta lluvia. Nos vemos en un rato.

Los inspectores Lastra y Oliden, acompañados de Gámez y Terradillos, deambulaban en un solo vehículo por las calles de Miraflores de la Sierra cuando Alberto recibió una llamada de teléfono.

—¡Dígame!

—Soy el hombre con el que habló ayer. Usted me dejó su teléfono por si veía de nuevo al joven de la foto. Pues, sí que es casualidad, pero acabo de toparme con ese chico en el mismo Mercedes que recordaba de la otra vez, estaba con un hombre mayor que él.

—¿Dónde?

—En una casa, muy cerca de la cima del puerto. Han entrado dentro. Hay otro vehículo aparcado fuera. ¡Menudo cochazo! Es un Range Rover Autobiography, el de mis sueños.

—¿A qué distancia de la cima?

—A un kilómetro escaso.

—Muchas gracias caballero, me ha hecho un gran favor.

—De nada. Si quiere hacerme un regalo, ya lo sabe, ese coche me encanta...

Alberto dio un volantazo para girar completamente el automóvil en dirección hacia el lugar indicado por su informante con un haz de esperanza recuperado, después de haber perdido el tiempo deambulando por las calles, mientras que Ramos y Escribano vigilaban los alrededores del puerto de la Morcuera sin hallar nada sospechoso.

No les costó localizar la casa, porque se encontraba relativamente cerca de la vía. Dos vehículos seguían aparcados en el exterior, el todoterreno y el Mercedes. Se congratularon de haber llegado a tiempo. La lluvia seguía cayendo con fuerza y el ruido servía para amortiguar el sonido del motor. La temperatura había experimentado una bajada de, al menos, diez grados, en una sola jornada. Detuvieron el coche a unos cien metros de distancia y Oliden y Lastra salieron de él para acercarse lo máximo posible. Cuando estaban a punto de llegar a la puerta escucharon el ruido del picaporte y, en un gesto instintivo, se escondieron tras dos árboles para evitar ser descubiertos. Inmediatamente después vieron a Vicente y Gustavo, ataviados con ropa de montaña y tapados por el paraguas que portaba otro hombre, en dirección al coche.

El mismo guardaespaldas los acomodó en la parte trasera y se puso al frente del volante para iniciar la marcha. Los dos inspectores, aún en el exterior, corrieron todo lo que pudieron para entrar en su propio vehículo.

—Corre, Gámez, por lo que más quieras, no los pierdas.

—No se preocupe, jefe, esta vez no se me escapan.

El Range Rover salió a gran velocidad y el coche de la policía le siguió a una distancia prudencial para no despertar sospechas, hacia la cima del puerto de la Morcuera. La lluvia se convirtió en un espontáneo aliado excepcional porque reducía al máximo la visibilidad en una carretera tan repleta de curvas como estrecha.

Poco después, el Range Rover accedía por una vía de montaña que nacía en la misma cima de la calzada en dirección ascendente. Justo al lado de un cartel de madera en forma de casita en el que se podía leer: «Rascafría: valle de El Paular» sobre otra inscripción: «Naturaleza, tradiciones, artesanía, gastronomía» y al final, el letrero se completaba con tres verbos: «Disfrutar, respirar, ver».

Alberto se percató del desvío del vehículo y pidió a su compañero que tomara el mismo ascenso, por el que ya no se veía el todoterreno, aunque sí estaban allí las huellas profundas de sus ruedas recién surcadas. A unos trescientos metros de distancia, el Range Rover estaba parado, en una zona acotada por una alambrada fácilmente salvable. Los agentes pararon el vehículo un poco más abajo, cogieron sus armas y avisaron a los compañeros por radio, para que se desplazaran hasta allí y les dieran cobertura.

Coordinados por otro agente, pendiente de cada detalle en la habitación del hotel que utilizaban como base de operaciones, los seis agentes se reunieron en ese mismo punto, una montaña con importantes zonas de desnivel coronadas por pinares y arbustos que les resguardaban parcialmente de una lluvia incesante.

CAPÍTULO 55

Ante Hodei y Joel, en mitad de la sierra, con los impermeables empapados, rodeados de árboles y una vegetación aún amarillenta que les tupía parcialmente, apareció un camión todoterreno, con ruedas enormes y un gran remolque cubierto, del que descendió una persona con el rostro oculto tras el paraguas que le resguardaba de la lluvia y que portaba uno de los guardaespaldas. Allí mismo esperaban Gustavo y Vicente, ambos bien guarecidos bajo anoraks oscuros. Apostados tras un grupo de enormes pinos, el desconcierto se apoderó de ambos.

—Son tu tío y tu primo —susurró Hodei entumecido.

—Muy perspicaz, ya tengo ojos.

—¿Y qué vamos a hacer? Tengo los pies empapados y eso parece una reunión, sin más. Aquí no hay rastro de chicas por ningún lado.

—¿Por qué están ahí en mitad de la lluvia? Aquí está pasando algo.

—Al menos ellos son previsores, llevan botas y abrigos. ¿Quién nos iba a decir que en pleno mes de septiembre cambiaría tanto el tiempo de un día para otro?

Apenas pudieron tomar una decisión al respecto. Escucharon un chasquido detrás y cuando trataron de darse la vuelta, el pavor les invadió: dos corpulentos hombres les estaban apuntando con un arma. Uno de ellos, calvo y con bigote, se dirigió a ellos.

—Os dije que no subierais hoy hasta aquí.

La pareja identificó inmediatamente al hombre: era el mismo con el que habían coincidido el día anterior en el restaurante donde habían comido.

—Habría sido mejor que me hubierais hecho caso.

A continuación, encendió su walkie talkie.

—Los tenemos, jefe.

A continuación, les empujó a los dos entre los arbustos hasta llegar a la altura de Gustavo y de Vicente sin permitirles siquiera abrir la boca.

—Estaban escondidos entre los matorrales y esos pinos de ahí.

Una socarrona sonrisa dejó entrever los dientes del más mayor, mientras que su hijo parecía incómodo.

—Matémoslos ya.

—Todavía no. Seguro que ella quiere hacerlo contigo. —Después de responder a su hijo miró a los ojos de Joel completamente decepcionado—. ¡Me cago en... tu padre! Había depositado muchas esperanzas en ti, Joel. Pensé que habiendo vivido una vida menos holgada que nosotros, aprovecharías la oportunidad para medrar.

—Yo, yo... —El médico trataba de pensar rápido para dar una explicación que no sonara a excusa—. Esto es una casualidad, solo hemos venido de senderismo. —Hasta Hodei le miró con cara de pocos amigos, considerando que se había esforzado muy poco en encontrar una excusa.

—No hace falta que busques una justificación. Mi hijo ha resultado ser más espabilado que yo. Él nunca se fio de ti, ¿sabes? A veces pecho de inocente. Te hemos estado vigilando y, por cierto, ya no tienes que preocuparte de los documentos de Sergio Alvés, ni por él, de hecho. Nadie le echará de menos, me temo.

—Habéis sido vosotros. Habéis allanado mi casa para robarme. Me la habéis destrozado.

—¡Hombre! Ya lo sabes... ¡Qué bien! Pues eso no es nada comparado con el perjuicio que nos has causado. Tenía en mucha estima a Fidel y a Lalo, los dos hombres que he perdido en ese maldito accidente y con los que ya no podré volver a contar. Fueron leales hasta el final y, pese a que estaba prácticamente inconsciente tras el golpe, Lalo, el conductor, fue capaz de identificarte. Parece que saldrá de esta, pero se tendrá que comer el marrón del asesinato de Sergio Alvés, así que me has quitado a dos grandes profesionales.

La lluvia había cesado ligeramente, pero el terreno se había transformado en un barrizal sobre el que Joel y Hodei hundían sus zapatillas deportivas.

—¿Fuiste tú el que robó todo su imperio a mi padre?

—No te equivoques, chaval. Tu padre era un hijo de puta de los grandes, el que me enseñó este negocio del que ya sé que estás al tanto. Él y tu madre colaboraron para ganar mucho dinero con las mujeres, hasta que la avaricia les superó y pincharon en hueso. Él se comportaba conmigo como un déspota, como si creyera que yo era un estorbo más que su hermano. Me volqué en sus negocios, traté de dar lo mejor de mí y siempre me respondió con desprecio. Se consideraba el listo, el poderoso, el intocable. Y lo peor es que tu madre le daba alas y le ayudaba en todo, sin plantearse un solo dilema

moral al respecto. Hasta yo mismo sentía náuseas cuando veía la cantidad de chicas que sacrificaba porque enfermaban o porque se volvían locas. ¿Crees que a tu madre le temblaba el pulso? Yo fui testigo de cómo le incitaba a él a matarlas: «si no sirven para el negocio, es mejor deshacerse de ellas». Nunca he conocido a una mujer igual, tan exenta de escrúpulos.

—Tú acabaste con ellos.

—Si te refieres a que yo los maté, te equivocas. Y no por falta de ganas, la verdad. Aunque, para ser sinceros, estaban ya acabados. Y eso sí que fue asunto mío. Tocó las narices más de la cuenta a alguien importante, que quería parte del negocio, y me alié con él con el fin de hacerle sucumbir a tu padre. ¡Y vaya que sí lo hicimos! Lo dejamos en la ruina. —La carcajada de Vicente ponía en evidencia su nulo arrepentimiento al respecto después de tantos años—. Ese acuerdo con este hombre me obligó a paralizar el negocio durante unos años, pero después fui capaz de reconstruirlo y añadirle más nombres poderosos, más socios, más impunidad.

—¿Y por qué me habéis acogido como parte de la familia? Hubiera sido más fácil apartarme.

—Eso fue idea de mi esposa. Ella, la pobre, tan inocente, tan ajena a todo, aunque no dudo de que algo sabrá, pero yo jamás le he contado nuestro secreto y ella tampoco me lo ha preguntado. He evitado que se convirtiera en alguien como tu madre, tan manipuladora, tan ambiciosa. Cuando Luisa te vio, sintió que el peso del remordimiento por no haber ayudado a tus padres en su última etapa todavía estaba latente. Y creyó que atrayéndote de nuevo a nuestras vidas podríamos resarcirte. Fue un error. Ahora, ya no hay vuelta atrás. Tampoco puedo permitir que sigas tu camino, sin más, tras haber desvelado mis secretos. ¿Antes de morir queréis conocer el motivo? Gus, mételes con las chicas. Así estableceréis contacto con las mujeres que queríais salvar y descubriréis la forma en que han vivido todas las demás. Aunque no entiendo ese alboroto por un puñado de putas...

El hijo, acompañado de los dos pistoleros que precedían a Joel y a Hodei, se desplazó unos metros y se agachó tratando de palpar algo en el suelo. Utilizó una llave para abrir el candado y de donde parecía que solo había tierra y hojarasca emergió una chapa enorme de hierro que dejó al descubierto un enorme zulo subterráneo. Desde la penumbra de los laterales, asomaron las pálidas y sucias caras de varias mujeres, alguna de las cuales aprovecharon para suplicar que las sacaran de allí. Gustavo ató las manos de los dos con bridas y después se limitó a empujar a la pareja para que bajara

por la escalera antes de encerrarles.

Las caras de los dos jóvenes eran de absoluta perplejidad. A su alrededor, decenas de mujeres, algunas de ellas con aspecto enfermizo, otras llorosas, todas vulnerables y temerosas de acercarse a los recién llegados. Nadie supo qué decir, ellos tampoco. Entonces, una de las chicas se levantó de su rincón y les habló a distancia:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

—¿Por dónde empezar? Somos dos ingenuos, que creíamos ser capaces de liberaros a todas cuando nos enteramos de que estabais por aquí. —Las palabras de Joel rebosaban amargura.

—¿No habéis traído pistolas? ¿No tenéis armas?

—Pues no. Ya te ha dicho él que somos unos ingenuos —Hodei no sabía si llorar o reír de los nervios— y creo que estamos a punto de morir por eso.

—Me llamo Carolina. Soy venezolana. Gracias por vuestro esfuerzo. Estos son unos hijos de puta y la peor es la chica.

—¿Qué chica?

—La mujer joven. No viene mucho, pero nos trata como si fuéramos ganado.

El tiempo jugaba en su contra y lo sabían. En cualquier instante, volverían a ver las caras de sus ejecutores y ya no habría nada que hacer al respecto, así que el médico se sintió incitado a pensar con rapidez. Lo único que vio a su alrededor fue una escalera de acero inoxidable. Tal vez podría cortar las bridas por uno de los peldaños rotos. Liberarse de ellas era el primer paso para escapar. El resto de las mujeres permanecían impávidas.

Joel movía las manos de arriba para abajo y pronto se percató de que estaba surtiendo efecto. No fue una tarea fácil, pero lo consiguió. A continuación, repitieron la maniobra con su novio y ambos quedaron sueltos.

—Carolina, necesitamos ayuda. ¿Con cuántas mujeres podemos contar?

—Me temo que con muy pocas. Llevamos aquí varias semanas, ya he perdido la cuenta, y la mayoría están débiles y algunas empiezan a perder la noción de la realidad.

—¿Y tú?

—Yo soy fuerte. Ni siquiera esa puta ha podido conmigo.

—¿Quién?

—La chica. Os lo he dicho. Esa mujer nos marcó hace una semana con un hierro candente sobre el brazo, como si fuésemos animales. Ni siquiera pestañeó, al contrario, cada vez que alguien se quejaba o gritaba le contestaba

a voces que se callara. Incluso a las últimas llegó a ponerles una mordaza para no oír sus gritos. Es un témpano.

Le enseñó el antebrazo, donde aún era visible la herida producida por el citado hierro candente. Había dejado de llover y el murmullo de unos pasos les alertó. El apenas perceptible sonido de una voz femenina destacó al mismo tiempo que alguien introducía una llave en el candado para abrir la trampilla.

—Sé que tenemos que acabar con ellos, pero déjame a mí. Esta vez yo seré quién lo haga.

Al levantar la pesada puerta de hierro algunas gotas de lluvia se colaron intermitentemente en medio de un foro sumiso y expectante. Una mujer portaba un arma y oteaba el subsuelo buscando un objetivo concreto.

CAPÍTULO 56

Los seis integrantes del grupo especial de la Policía Nacional avanzaban bosque a través atentos a cualquier vestigio humano. Fue Lastra el primero que se detuvo en seco.

—¡Escuchad! Creo que los oigo por allí. Son voces.

Sus compañeros se concentraron un instante y, efectivamente, uno de ellos señaló el lugar del que procedía el incesante bisbiseo. Una docena de imágenes se dibujaron en el horizonte, entre las cuales, Oliden se fijó especialmente en Vicente y uno de sus hombres de confianza, con el que intercambiaba instrucciones.

—Vamos a proceder al traslado —explicaba el jefe—. Me acaban de confirmar que las chicas acaban de llegar al aeropuerto, así que en una hora aproximadamente recalarán en este lugar. Necesitamos dejar libre el espacio y airearlo antes de que eso ocurra.

—¿Sabemos el destino del cargamento que tenemos aquí? —Uno de los conductores procedió a preguntar con tal naturalidad que ponía de manifiesto que utilizaban habitualmente la palabra *cargamento* en lugar de mujeres.

—La lista está por ahí.

Uno de los hombres se dirigió al coche, lo abrió y extrajo un papel.

—Cinco a Alicante, cinco a Barcelona, ocho a Sevilla, siete a Santiago y cinco a Madrid.

—Actuaremos como siempre: vosotros lo trasladáis al punto de encuentro y allí habrá otros tantos vehículos que distribuirán la carga hacia los destinos indicados.

Lastra desvió su mirada hacia otro punto distinto del lugar en el que mantenían la conversación. Allí pudo adivinar la imagen de dos personas que estaban a punto de levantar una gran puerta de hierro aparentemente asida al terreno que llamó la atención de sus compañeros. Oliden evaluó la situación: contó el número exacto de vigilantes, e incluso fueron capaces de identificar a casi todos, clasificados en los informes que llevaban meses elaborando. Aprovecharon para sacar fotos antes de proceder a intervenir, con el fin de acumular más pruebas contra ellos. Después, el jefe, entre susurros, se dirigió

a su equipo:

—¡Está bien, chicos! Este es el momento. Tenemos que actuar ya o se nos van a escapar. Allí está Vicente y me temo que no vamos a tener otra oportunidad. Terradillos y Gámez, por la derecha. El resto, a la izquierda, y tú, Alberto, vente conmigo.

Oliden, ni corto ni perezoso, avanzó unos pasos, esperó a que sus colegas tomaran las posiciones acordadas y una vez que los vio preparados avanzó algo más, quedando al descubierto, y gritando con toda la potencia que su voz le permitió:

—¡Alto, Policía Nacional!

Al eco de las voces, los guardaespaldas no dudaron en coger sus pistolas y empezar a disparar hacia el lugar de procedencia de los gritos. Borja y Alberto respondieron también a balazos, secundados por el grupo, provocando un fuego cruzado.

Vicente Escudero fue el primero en introducirse en un vehículo, protegido por varios de los pistoleros a sueldo. Antes de que el motor arrancara, Alberto destrozó las ruedas a balazos, lo cual imposibilitó la huida, de forma, que mientras los proyectiles volaban por doquier, el jefe permaneció en el vehículo blindado, agachado, tratando de guarecerse.

Momentos antes, justo cuando se abrió la puerta de hierro y apareció la pistola, en el interior de aquel oscuro habitáculo, Joel y Hodei se miraron absolutamente perplejos. La persona que portaba el arma no era otra que Magdalena, su prima, esa que les había llamado esa misma mañana preocupada por Andrés, en la que había depositado toda su confianza, la que había descartado como cómplice de aquel turbio negocio.

—Hola, primito.

Con un tono cargado de ironía, la joven fue descendiendo escalón a escalón sin dejar de apuntarles y con una media sonrisa en el rostro.

—Supongo que esto será una sorpresa para ti.

Joel no reaccionaba. No entendía que hubiera caído en la trampa de haber sido embaucado por la simpatía y el carácter extrovertido de su prima, en la que había confiado en los peores momentos, la única por la que sentía un afecto real de toda la nueva familia que le había creado tantos dolores de cabeza desde que la conoció.

—Pero, tú...

—¡Si no hubieras metido las narices en esto...! De verdad que me caías bien. Llegué a convencer a papá de que podríamos reclutarte cuando te viéramos preparado. Este negocio da para mucho y había sitio para ti. Cuando mi hermano me contó que los documentos estaban en tu poder no quería creerlo, pero aquí estás, con el bobalicón de tu novio, que en vez de quitarte esas ideas conspiratorias no ha hecho más que alentarlas. ¡Lástima!

—¿Para qué les cuentas todo eso? Acaba con ellos y ya está. —Gus parecía molesto y nervioso.

—Tranquilo. No se pueden escapar. Debemos a nuestro primito unas explicaciones antes de que se reúna con su verdadera madre, ¡Dios sabrá quién coño es!

—Entonces, nunca has sido sincera con nosotros...

—¿Acaso lo has sido tú? Te abrimos la casa, la familia, y nos has pagado con la traición. ¡Qué curioso! Papá me pidió que os vigilara y solo me sirvió para confiar en ti. Afortunadamente, no engañaste a Gus.

—De verdad que pensé que eras buena gente. —Hodei lo soltó con rabia y decepción.

—Eso es muy relativo. Hay que cuidar de la familia y eso es lo que yo he hecho toda mi vida. Sin mí, mi padre y este cebollín que tengo como hermano estarían ya más que acabados.

El hermano, inmediatamente, le hizo un gesto de protesta que atajó ella con la mano. Carolina, la chica venezolana, situada detrás de los dos, se arriesgó a empujarla para tratar de despojarla del arma, pero lo único que consiguió fue darle un pequeño susto. Magda arrojó con rabia al suelo a la chica y le asestó varias patadas antes de propinarle un porrazo con la empuñadura de la pistola que abrió una herida de la que empezó a manar la sangre.

—¡Serás puta! —antes de continuar se dirigió a su hermano, que se estaba divirtiendo con el espectáculo—: Reserva a esta para el puto gordo de los gustos retorcidos, a ver si se encariña con ella.

—Se lo diré a papá —respondió obediente el chico—, pero acaba ya con estos que se está alargando mucho.

En ese instante, escucharon un grito de «Policía Nacional» e instantes después, un tiroteo.

—Mierda, mátalos ya.

—¿Qué es eso?

—¡Trae, joder!

Gus trató de coger el arma de su hermana y tuvieron un forcejeo que aprovecharon Hodei y Joel para arremeter contra ellos. El doctor se enfrentó al hermano, que había conseguido hacerse con el arma de ella, mientras Hodei inmovilizaba a la chica. Gus le atizó con fuerza y, al ver cómo caía, su pareja dejó libre a Magda para asistirle, momento en el que ella aprovechó para subir las escaleras de dos en dos, precedida de su hermano, preocupado por el cruce de disparos que retumbaba en el exterior. Nada más salir, cerraron con llave el portón e impulsivamente corrieron a ayudar a los suyos. Vicente, sin embargo, les llamó la atención desde el vehículo en el que continuaba escondido.

—Gus, Magda...

La pareja se volteó para ver a su padre a través de la ventanilla.

—Papá, quédate ahí, estarás más seguro.

—No vayáis hacia allá. Marchaos, escapad, es importante que nosotros estemos a salvo.

—Pero... ¡Los nuestros necesitan ayuda! —imploró el hijo.

—Olvídate de ellos. Huid hacia la montaña, rápido.

Obedeciendo las órdenes de su progenitor, los dos cambiaron la trayectoria y se dispusieron a desaparecer tras los árboles cuando Escribano, uno de los agentes, los vio y advirtió sus intenciones.

—¡Alto, Policía!

Ni siquiera se dieron la vuelta y siguieron corriendo, así que Escribano apuntó y disparó. Gus cayó al suelo al instante, mientras su hermana, llorosa y aterrada disparaba al aire y seguía corriendo. La respuesta llegó desde el grupo de vigilantes en forma de tiroteo. El policía se centró en la chica y al huir, siguió disparando al resto desde el punto en el que estaba. Cuando el padre consideró que ya no estaba pendiente de él, testigo de lo sucedido, salió preocupado del coche en dirección a su hijo. Al llegar a él trató de detectar sus constantes vitales y se derrumbó desconsolado al comprobar que no había ningún signo de vida: había muerto.

Una de las balas del grupo de pistoleros a sueldo impactó en el cuerpo de Terradillos y su compañero Gámez se agachó para comprobar su estado. El agente metió la mano por el interior del chaleco de protección y constató que no había sangre. Afortunadamente, había detenido el disparo. Ayudó a levantarse a su colega y se sumaron nuevamente a la batalla.

En el interior del búnker, las mujeres permanecían arrinconadas,

completamente aterrorizadas y abrazadas unas con otras, excepto Carolina que, pese a su herida, había vuelto a levantarse y, junto a otras dos más impulsivas y envalentonadas, se puso a disposición de los dos hombres, en quienes ahora depositaban su confianza en vista del curso de los acontecimientos. El médico golpeaba la puerta con la pierna tratando de que cediera el candado, sin éxito. La desesperación empezaba a hacer mella en ellos cuando escucharon desde afuera una voz que a Joel le resultó familiar.

—Somos policías. Están a salvo, apártense de la puerta. Voy a disparar para abrirla.

Bajaron apresuradamente las escaleras mientras escuchaban las detonaciones a la vez que percibían que el candado había cedido. La puerta, nuevamente se abrió y apareció Andrés, el compañero de la clínica y el amigo especial de Magda. Lo que no acababa de entender Joel era por qué se había presentado como policía.

—¿Joel? Pero... ¿Qué cojones haces tú aquí?

—¿Yo? ¿Y tú? ¿Policía? ¿No eres Andrés?

—Mi verdadero nombre es Alberto Lastra. Soy policía. Es largo de explicar. Confía en mí.

—Magda está con ellos.

—¿Tu prima?

—Ha escapado con su hermano.

—Los cogemos. Vosotros resguardaos en ese camión con las chicas.

Mientras hablaban, seguían escuchándose los disparos, a una distancia prudencial. Había tres cuerpos de vigilantes de seguridad en el suelo, rodeados de sendos charcos de sangre alrededor y una vez que el inspector los puso a buen recaudo, se separó de ellos para detener a unos contrincantes que no estaban dispuestos a dejarse prender.

En medio de aquel caos, de mujeres tratando de resguardarse del terror que estaban viviendo, de un fuego cruzado del que todavía no estaban a salvo, Joel acertó a ver una imagen fuera de lugar, la de una figura humana, sin pies, que lo miraba con condescendencia: Lucas le saludaba sonriendo. Cuando salió de su ensimismamiento, el médico se percató de que el preso le hacía un gesto con la mano para que lo siguiera y, como hipnotizado, comenzó a caminar hacia él sin darse cuenta de que por detrás Hodei trataba de pedirle explicaciones al respecto. Se desplazó por el terreno embarrado en el mismo momento en el que la lluvia nuevamente comenzaba a arreciar. Le llamó la atención que Lucas no parecía mojarse como él. Se calzó el gorro del

plumífero y su novio, unos metros por detrás, imitó el gesto. Había dejado de llamarle la atención al darse cuenta de que no le oía. Sabía que, a veces, vivía ese tipo de experiencias casi místicas y esta vez estaba dispuesto a llegar al final y tratar de descubrir por qué su pareja se comportaba de esa forma, aunque tuviera que arriesgar su propia vida.

Precedidos por aquella proyección corporal, que no alcanzaba a ver Hodei, los dos siguieron caminando, descendiendo por el camino con gran parsimonia y distanciándose de la batalla campal. La montaña quedó al descubierto y la imagen espectral de Lucas se detuvo, giró hasta quedar frente a Joel y señaló a un conjunto de grandes pedruscos. Este desvió su mirada al punto indicado, donde asomaba parte del rostro de una cabeza, la de Magda. Permanecía escondida tras aquellas rocas y, por algún motivo, Lucas le había conducido hasta ella. El médico subió con sigilo para no ser descubierto, por delante de Hodei, ajeno todavía a lo que estaba sucediendo.

Joel pisaba el terreno con gran prudencia para no llamar la atención de su prima, la lluvia y los árboles se aliaron con él para ayudar a ocultarle. Como si presintiera algo, la chica se giró justo cuando el médico estaba a punto de sujetarla por detrás y al ver la cara de su primo se apresuró a levantar el arma para apuntarle directamente a la frente.

—No des un paso más o te mato. Lo tendría que haber hecho antes. Tú has jodido a mi familia.

—Olvidas que soy tu familia.

—¡Ja! No te equivoques. El hermano de mi padre te cuidó varios años, pero no eras de su sangre. Por eso mi padre nunca te quiso con nosotros. No eres de la familia. De hecho —sonrió—, más bien eres un hijo de puta.

—¿De verdad no te arrepientes de haber destruido la vida de tantas mujeres, de tantas personas?

—Solo he defendido a los míos, a mi padre, a mi madre y a mi hermano. Ellos son mi familia.

—Ellos son unos asesinos.

Ambos se miraban de frente, ella con la pistola en la mano y él con los brazos en alto. Hodei, no obstante, caminó por detrás hasta que estuvo a su espalda. Aprovechó su distracción para colocarse en una posición adecuada antes de abalanzarse sobre ella con el fin de arrebatarse la pistola. Joel, testigo de la maniobra de su novio, aprovechó la lucha para ayudarle en sus intenciones; en el trascurso del forcejeo, el revólver se desprendió de las manos de Magda y fue a parar hacia abajo, varios metros, a través del

terraplén. Joel se apresuró a intentar recuperarla, pero le interrumpió el sordo sonido de una detonación que escuchó a su lado. Miró al suelo y comprobó horrorizado que el propio Vicente Escudero en persona estaba allí y que había disparado a Hodei, ahora inerte en el suelo. Corrió desesperado a su lado, sintiendo que su vida se escapaba por momentos junto a la de él.

—¡Hodei! ¡Hodei! ¡Contéstame! ¿Estás bien?

No estaba bien. Había cerrado los ojos y la sangre empapaba la ropa de Joel, ajeno ya a una Magda que tras liberarse de Hodei se había colocado junto a su padre, con la satisfacción de haber recuperado la autoridad y el dominio de la situación.

—Gracias, papá. Tenía que haber acabado con él hace un rato —lo dijo con el mismo grado de satisfacción que de frialdad.

—Al final, nos vas a dar más problemas de los que había imaginado en un principio. Me recuerda al apuro que me hizo pasar tu madre verdadera, no mi cuñada sino la que te parió, sí, esa que te abandonó. Era una de las chicas, ¿lo sabías? La muy perra tomó una mala decisión: tratar de escaparse. Estuvo a punto de conseguirlo, ¿te imaginas?, aunque afortunadamente estaba yo para encargarme de evitarlo. Me vi obligado a dispararle. Sí, yo la maté. Y no me arrepiento, era una más y me liberó de muchos problemas. Quiero que lo sepas antes de morir.

Cargó la pistola, mientras Joel, con los ojos nublados de lágrimas, escuchaba como en un sueño aquellas aterradoras palabras del asesino de su madre biológica procedentes de un monstruo que había considerado en los últimos meses como su tío; se afanaba en mantener el hilo de vida de su amante, pero no pudo soslayar el sonido de una nueva carga y, sin dar tregua a la duda, se irguió fuera de sí, con toda la furia retenida, ajeno al temor, para arremeter contra su agresor acompañado de gritos ensordecedores de ira y dolor. La detonación liberó la tensión de Magda, convencida de que Joel la había recibido; sin embargo, frente a ella, Vicente fue resbalando paulatinamente hacia el suelo con un hilo incipiente que asomaba por la boca abierta y unos ojos que iban perdiendo signos vitales. Dejó caer su cuerpo en la tierra embarrada, mientras la prima retrocedía absorta y aterrada. Joel la agarró y comenzó a golpearla en un intento desesperado de intercambiar la vida de Hodei por la del engendro en el que se había convertido aquella mujer.

La chica recibía los testarazos sin apenas defenderse, sin pronunciar una palabra. Él tenía el rostro desencajado, con los ojos a punto de salirse de sus

órbitas, completamente enajenado. Consiguió tirarla al suelo y cogió una piedra pesada, decidido a aplastarle la cabeza. La lluvia se mezclaba con las lágrimas de rabia, de un sufrimiento incontenible, y levantó los brazos con la piedra en las manos. Justo antes de obedecer a sus emociones, el espectro de Lucas apareció ante él y consiguió retenerle.

—Todavía no está todo perdido. No marques tu vida con la culpa por alguien que no merece la pena. Aún hay esperanza.

La silueta se volatilizó sin tiempo para que Joel pudiera reaccionar mientras que, por detrás, notó el abrazo de alguien. Era Andrés, o Alberto, el mismo que había disparado a distancia a la cabeza de Vicente una bala certera que lo había matado en el acto, antes de acercarse para ayudar a Joel. Pese a la desesperación de Joel, Alberto Lastra fue capaz de interrumpir a tiempo el golpe que, sin duda habría acabado con la vida de Magda.

—¡Ya está, Joel, ya está! No eres un asesino. Los tenemos a todos.

Joel, exhausto, dejó caer la piedra y se derrumbó en medio de gritos desgarradores que trataban de abrirle en canal para liberarse de tanto sufrimiento: el de haber sido continuamente engañado, el de haber perdido a su madre sin conocerla, el de haber confiado en una familia sin escrúpulos y, especialmente, el de sentir la pérdida de Hodei, el único que había estado a su lado, el que había considerado desde un primer momento el amor de su vida, el que había ofrecido su vida por él.

Alberto reparó en sus constantes vitales.

—Todavía tiene pulso. Tenemos que llevarlo a un hospital. El helicóptero está a punto de llegar.

—¡Quiero verle! Yo puedo salvarle.

—No, déjanos a nosotros. No estás en condiciones de hacer nada. Confía en mí.

Los disparos habían dejado de rebotar en las montañas, pero la lluvia seguía fundiéndose con la sangre. Unos minutos después, mientras Alberto se afanaba en ayudar a Hodei, un helicóptero sobrevolaba la zona, mientras los agentes del grupo dirigido por Oviden conducían a media docena de hombres detenidos hacia los vehículos cuyas sirenas rugían cada vez más fuerte en las cercanías de aquella sierra.

EPÍLOGO

Una semana después

El sol imperaba en un cielo granadino exento de una sola nube. Joel ascendía en solitario por las angostas y pedregosas callejuelas del Albaicín mientras imaginaba los escasos cambios que se habrían producido en aquellos parajes en las últimas décadas. Paredes blancas de murallas sobre las cuales una alineación de tejas en un par de filas separaba la calle de aquellos cármenes o palacetes. Desde el exterior apenas era posible apreciar los tesoros que permanecían encerrados en su interior. Vistas increíbles de la ciudad en caserones lujosos y reconstruidos, de varias plantas y con un enorme patio interior oculto a turistas y viandantes por la presencia de chopos, olivos y otros árboles custodiando verdaderos vergeles rodeados de fuentes inspiradas en una época musulmana en la que el agua era el principal flujo de vida en viviendas y ciudades, siempre emulando el ejemplo de una Alhambra visible desde buena parte del Albaicín sobre la colina de Sabika.

El aroma a tomillo, laurel y romero se filtraba desde las viviendas y las flores de jazmín todavía saludaban al paso de algún carmen pese a estar finalizando el mes de septiembre.

Parecía que la calma por fin se había apoderado de Joel, después de tanto tiempo apostado en la sala de espera de la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital La Paz de Madrid. En las primeras horas, el estado crítico de Hodei hacía suponer un final trágico. Lo que más había preocupado a los profesionales era la herida en el tórax y la pérdida de sangre, que lo mantenía conectado a las máquinas. Milagrosamente, tras unos días y varias intervenciones, los médicos se congratularon de ver que el paciente mejoraba de una forma tan rápida que la mañana anterior despertó y pudo hablar con Joel. Fue un emotivo encuentro en el que Hodei, como si no hubiera tenido suficiente después de toda la travesía, le había confesado que ya sabía a lo que iba a dedicar su futuro más cercano: a estudiar para ser detective privado. Joel le respondió con una enorme sonrisa, considerando que se trataba de una broma más que de una idea cabal. A partir de entonces, sus colegas

estuvieron de acuerdo en que sus constantes se habían estabilizado y en que el peligro de muerte había pasado. Alberto Lastra pasó por el hospital un par de veces a visitarle y le aseguró que Magda pasaría una buena temporada en prisión y que la trama había sido completamente desarticulada, así que se había liberado de otro peso. Cuando estuvo seguro de que Hodei había sido estabilizado, el médico había decidido emprender ese viaje para desplazarse hasta Granada. Primero fue a la prisión de Albolote, para ver a Lucas, quien le ofreció una dirección, sin añadir más detalles, la misma hacia la cual se encaminaba en aquel momento.

El encanto y la magia albaicinera le llevó a perderse en varias ocasiones. Finalmente, frente a él, surgió un pórtico enladrillado en forma arqueada sobre el que destacaba la inscripción *MONASTERIO SANTA ISABEL LA REAL* con la imagen de la Virgen acomodada en un pedestal, sujetando al niño Jesús de la mano.

Al atravesar el umbral, tuvo la impresión de que seguía en la calle, porque el suelo también empedrado conducía a una escalinata similar a las decenas de ellas dispersas por el barrio granadino del Albaicín.

Una monja de unos ochenta años, con gafas y el pelo blanquecino tras un rostro tan arrugado como entrañable, salió al paso al verlo y lo interceptó.

—Lo siento, señor, pero por aquí no puede pasar. Si desea concertar una visita, puede llamar a este número y le reservaremos hora, pero ahora es imposible.

—Es que vengo desde Madrid y necesito ver a una hermana que está enferma.

—¿La hermana Evangelina? ¿Es usted familiar?

—No exactamente, pero sé que ella ha pedido verme.

—Caballero, este es un convento de clausura, no tenemos contacto con el exterior.

—¿Le importaría asegurarse? Es que, como le digo, vengo desde lejos y es ella la que está muy interesada en que la visite.

Antes de que la religiosa se diera la vuelta para consultarlo, desde una ventana se escuchó una voz:

—Hermana Herminia, por favor, permítale subir. Tengo que hablar con él.

Era la imagen de una mujer mestiza, medio incorporada, con el cabello suelto y ondulado, una cicatriz en la frente y un ligero acento que, pese a un perfecto castellano, denotaba una procedencia de ultramar, concretamente,

del continente americano.

La monja respondió con un gesto de asentimiento y le pidió al visitante que la acompañara. Atravesaron un patio antes de subir las escaleras hacia la habitación de la mujer que había llamado su atención con tal precipitación.

Nada más entrar, el médico la reconoció. Era la misma imagen que se le había aparecido varias veces en sus sueños, la misma que irrumpió frente a él la noche que estuvo de fiesta con Andrés, Hodei y Magda, excepto por un detalle: frente a ella cualquier atisbo de temor que le había transmitido entonces se había disipado. Al contrario, emanaba paz, recostada en la cama después de haber hecho el esfuerzo de haberse levantado para pedir que subiera. Evangelina sonreía y dejaba entrever unos dientes blancos que relucían en mitad de un rostro más bien oscuro.

—¡Déjame que te vea! Ponte a la luz.

Joel, sorprendido y expectante por lo que tuviera que decirle, obedeció sus órdenes y se colocó delante de la ventana.

—¡Qué guapo eres! Tu madre se hubiera sentido tan orgullosa de ti.

En la primera frase ya había respondido a la duda que le había corroído desde que Lucas le envió a ella: la de saber si Evangelina era realmente su madre biológica. Por lo que acababa de escuchar, no era así.

—¿Usted la conoció?

—¿Que si la conocí? Fuimos más que hermanas. Nunca la olvidaré. Estaba llena de vida y de amor hacia ti y hacia su marido, pese a que se había quedado en Méjico. Se arrepintió tanto de su decisión...

—La he visto a usted en mis sueños...

—Estoy a punto de cruzar el umbral y hay razones que la razón no entiende.

—No diga eso, no la veo tan mal.

—¡Ay, hijo mío! Tengo una decena de tumores que se han extendido por todo mi cuerpo y no me queda mucho tiempo, cada día pienso que puede ser el último... Así que ya no intento convencer a nadie de que mis percepciones son reales. Tú y yo somos ese tipo de personas capaces de conectar con el espíritu y saber entender más allá de lo evidente.

—No estoy tan seguro de ello.

—Yo sí. Lo heredaste de tus padres. Necesitaba hablar contigo para decirte que eres el fruto de un matrimonio que se adoraba, de una madre que no pudo soportar que le separaran de ti y que se murió amándote.

—¿Cómo ocurrió?

—Convivimos juntas durante los años más duros de mi vida, nos habían encerrado en un edificio ruinoso en el que nos utilizaban como ganado, como prostitutas. Nos pegaban, nos violaban y los supuestos clientes dejaban rienda suelta a su imaginación para disfrutar sin reparar en el daño que nos hacían. Esta cicatriz de mi frente es producto de la primera paliza que recibí. Tu madre llegó a España embarazada de ti y en avanzado estado de gestación. Nada más nacer tú, os separaron y le causaron un daño irreparable. No dejaron que te viera nunca más y a los pocos días le comunicaron que habías muerto. Fue entonces cuando la convencí para que tratáramos de escapar. ¡Cuánto tiempo estuve culpándome por ello! Si no lo hubiera hecho, tal vez estaría aún entre nosotros; aunque mi experiencia me ha demostrado que siempre ocurre lo que tiene que suceder, pero no he podido nunca liberarme de ese error tan garrafal. Intentamos huir y casi lo logramos, corrimos y corrimos y, por unos instantes, nos sentimos libres por primera vez en mucho tiempo, como si el yugo de nuestros opresores hubiera desaparecido. Por desgracia, aquello duró solo unos minutos, hasta que detectamos que nos perseguía uno de los jefes, al que conocía muy bien porque me había violado en repetidas ocasiones. Iba armado y se reía como si saliera a cazar conejos. Disparó varias veces sin acertar en el blanco. Pensaba que estábamos a punto de lograrlo cuando, al mirar atrás, me encontré a Elisabeth tendida en el suelo. Quería quedarme junto a ella, traté de detener la hemorragia, sin embargo, ella sonreía y me pedía que no me parara, que me escapara, que la abandonara. Tuve un impulso al ver que se acercaba nuestro agresor y corrí todo lo que pude. Escuché otro disparo y me horrorizó ver que ese hombre sin escrúpulos había rematado a la que había sido mi mejor amiga, mi hermana de cautiverio y lo odié por ello. Pensaba que me alcanzaría y entonces llegué a un barranco. Enfrente tenía un río, por detrás, a mi perseguidor, y decidí arriesgar mi vida y lanzarme a aquel caudal sin saber si habría suficiente agua como para que no me matara. Afortunadamente sobreviví y pese a que me disparó varias veces, no sufrí más que algún rasguño sin demasiada importancia.

A medida que discurría su discurso, la moribunda rememoraba tan vívidamente las imágenes que sus ojos estaban completamente empañados y Joel sintió un instantáneo afecto hacia ella que le llevó a empatizar tanto que también se les escaparon algunas lágrimas.

—¿Y por qué no lo denunció? —preguntó con la mayor indulgencia posible para no dañar más a la mujer.

—Lo intenté. No sabía ni siquiera dónde estaba, pero me encaminé a la primera comisaría de Policía que encontré, a unos kilómetros de allí, y mientras esperaba me topé de frente con el rostro de alguien que reconocí: vestía de uniforme, hablaba con un compañero y recordé esos ojos inclementes que se habían posado sobre mí varias veces, los mismos que me habían violado. Horrorizada y amedrentada, abandoné aquella comisaría y traté de huir lo más lejos posible. Aquel episodio impidió que confiara en nadie, no sabía cómo escapar y me dediqué a coger trenes sin ton ni son, bajándome antes de que me pidieran el billete, sin nada de dinero, hasta que me encontró la hermana Patricia, durmiendo en el suelo, enferma, con la cabeza medio ida y al borde de la inanición. Ella me trajo aquí, me cuidó y decidí que era un buen lugar para empezar una nueva vida.

—¿Y cómo sabe que soy su hijo?

—Vicente Escudero se encaprichó de mí y me llevaba a una de sus casas cada semana. En una de esas visitas escuché de casualidad una conversación telefónica. Hablaba con su hermano sobre el estado de salud de Elisabeth y aludieron al niño que le habían quitado y que ahora tenía el matrimonio, Sebastián y Carmen. Así lo descubrí.

—¿Y se lo dijo a ella?

—No fui capaz. Tal vez pensé que era mejor que no lo supiera porque el dolor de conocer que estabas vivo y que te habían arrancado de sus brazos podía desestabilizarla aún más. Decidí hacerlo cuando estuviéramos a salvo, pero no tuve oportunidad. Ni siquiera me atreví a contárselo cuando estaba muriéndose en mis brazos.

Joel calló y reflexionó unos instantes. Poco después, quiso saber más.

—¿Y mi padre?

—Tu padre... ¡Pobre hombre! Me hubiera puesto en contacto con él de haber conocido su paradero. Solo sabía que era mejicano, de Huautla de Jiménez, en Oaxaca, un inocente chamán que debió enloquecer.

—¿Por qué cree eso?

—Pese a que nunca salí del convento, intenté que mis compañeras me ayudaran a denunciar la trama que mantenía recluidas y prisioneras a decenas de mujeres, pero mi estado rozaba la locura y no me creyeron. Solo tenía una fotografía de él que me dio tu madre antes de morir y decidí guardarla como un recuerdo suyo. Unos años después, por pura casualidad, encontré un periódico viejo en el que aparecía un rostro que me impactó. Lo reconocí inmediatamente, era el marido de Elisabeth, algo más mayor, y la noticia

hablaba de que había matado a cinco personas, entre ellas a doña Rosita, una madame a la que había tenido mucho miedo, y dos vigilantes que aparecían de vez en cuando por la casa en la que estábamos retenidas. No me lo podía creer. No tenía sentido. Visité una vez la cárcel y traté de hablarle, pero no quiso recibirme. Me obsesioné tanto con el tema que empecé a investigar: ¡Ya ves, una monja de clausura metida a policía! Pedí un traslado por un tiempo para tener acceso a los periódicos y no me cansé hasta que uní todas las piezas del puzzle: ese hombre era tu padre y el marido de Elisabeth y había viajado desde Méjico para encontraros. Por desgracia, no llegó a tiempo, pero sí fue capaz de descubrir quiénes eran los culpables de la muerte de su esposa y los que se habían llevado a su pequeño. Los cinco asesinados formaban parte de la trama: tres vigilantes y el matrimonio que te crio como si fueras su hijo. Ese hombre los mató para vengar a tu madre.

—¿Me está usted hablando de Lucas?

—Así es. Aunque no es ese su nombre verdadero. Se llama Mario.

—¿Quiere decir que soy hijo de Lucas o de Mario o como se llame?

—Tú lo has dicho.

—No lo entiendo. ¿Y por qué no acabó con la vida de Vicente si fue él quien mató a su mujer?

—Era su próximo objetivo, pero yo creo que se arrepintió al ser sorprendido por ti y decidió entregarse a la Policía.

La oronda mujer rebuscó en su mesita de noche y localizó una carpeta pequeña. La abrió con sumo cuidado y fue pasando un conjunto de fotografías de cuando ella llegó a Granada, sonriendo con sus compañeras, instantáneas de toda la congregación, de ella con un bebé en brazos, en medio de una pareja de agricultores. A medida que sus ojos se posaban en esos recuerdos los ojos se le iban nublando, como si cada una le transportara a ese lugar concreto por un segundo.

—He tenido una buena vida. He sido feliz rodeada de mis compañeras, sintiéndome útil a la sociedad, ayudando a los más necesitados... incluso estos últimos años, en clausura, me han servido para evitar pensar en esta parte de mi pasado, aunque no he conseguido desprenderme de ella. Siempre me he culpado por no haber hecho más, por no haber sido más valiente, por no haberte buscado... Lo siento. Aquí está.

Sacó una manida fotografía en la que, no obstante, destacaba la figura de una mujer muy guapa y sonriente, morena, como ella, con el cabello ondulado y agarrada de la mano de su marido. Joel se la acercó y la alejó

hasta que no tuvo dudas de que se trataba del mismo hombre al que había visitado en los últimos meses en la cárcel.

Empezó a sollozar frente a una mujer impresionada por la reacción. La llantina inicial se transformó en torrente hasta que Evangelina sintió el impulso de abrazarlo. Ambos se desgarraron por aquella vida sesgada, por las oportunidades coartadas antes de materializarse, por los sueños rotos, la inocencia corrompida de un hombre que había sacrificado su libertad para hacer justicia por una mujer que jamás tuvo la oportunidad de recibirla, por su verdadera madre, Sara, la que le había cuidado y protegido desde que tenía siete años, a la que desde ahora quería aún más y por Hodei, que había estado a punto de morir por él. Y de aquella amargura profunda surgió una emoción diferente, la del resurgimiento del Ave Fénix, la idea de que aún tenía a su novio, a su madre y que tal vez era momento de acercarse de otra forma a su padre biológico, Lucas, Mario, el hombre que había postergado el contacto con su hijo hasta que se despojó de la culpa por haber acabado con unas vidas que habían provocado tanto daño, a pesar de lo cual, se pasaría el resto de su existencia arrepintiéndose de haberlo hecho.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Estamos acostumbrados a considerar a los presos como delincuentes, asesinos, personas indeseables que deben apartarse de la sociedad porque no merecen un hueco entre nosotros, pero mi experiencia en la prisión de Albolote, como profesor de escritura creativa, gracias a la ONG Solidarios para el desarrollo, me ha permitido acercarme a un mundo hasta ahora desconocido para mí, donde los reclusos son personas que han cometido errores, como hacemos todos y cada uno de los que estamos fuera de la cárcel todos los días, pero también tienen sentimientos, sufren y muchos de ellos tratan de enmendar su vida, pese a las trabas que la sociedad les coloca una vez que están fuera. Quiero agradecer a Sebas, Sergio, Martín, Rosa, Jorge, José, Óscar, Teresa, Luis, Rafa y al resto de los alumnos que habéis tomado parte durante alguna temporada de este curso, por la información que me habéis regalado para escribir esta novela y porque me habéis enseñado a mirar con otros ojos, a creer en el ser humano, a respetar, a no juzgar y a sentir el poder de la palabra LIBERTAD.